

A Juanjo, por ser el sol que me ilumina todos los días.

A Ían, por ser el hijo más maravilloso del mundo.

A Elena Martínez Blanco, por ser tan valiente como Saira y enfrentarte a tus miedos.

CAPÍTULO UNO

Saira jamás había querido ser ella. Desde muy pequeña, rezaba todas las noches para ser como su hermana Mariam. A pesar de haberlo pedido con todas sus fuerzas, nada cambiaba en su vida. Vivía en Kabul y creía tener ocho años. Su madre nunca le hablaba del día en que nació, como tampoco se hablaba en casa de quién era su padre. Eran tantos los recuerdos dolorosos que acompañaban a su madre, que más valía olvidar. Lo que sí sabía con seguridad era que Mariam le llevaba más o menos cinco años y que era como la madre que no encontraba en Bahar.

Siempre se había refugiado en los brazos de su abuelo, que era lo más parecido a un padre que conocía. Hamid era un hombre tranquilo al que le gustaba contar cuentos y fumar en su despacho con un libro en las manos. De complexión robusta, había cumplido sesenta y cinco años. Su piel era acetrinada, brillante, y tenía los ojos oscuros y grandes. Le gustaba lucir bigote, «su orgullo», y aunque durante años vistió trajes de lana italianos, ahora su vestuario consistía en un *kurta*^[1] y unos pantalones, y un chaleco de lana en invierno. Solía llevar sombrero, pero desde que los muyahidines llegaron al poder lo había cambiado por un *pakul*,^[2] ya que se negaba a llevar turbante. A Saira le gustaba el olor de su abuelo; era un aroma que la tranquilizaba.

Hamid miraba el pasado con melancolía y aborrecía el futuro que se desplegaba ante su familia. Odiaba en lo que se había convertido su país y temía el incierto día a día, que se abría paso a costa de tantas vidas humanas. Añoraba las risas infantiles en las calles de Kabul, aquellos momentos de una niñez feliz que jamás podrían vivir sus nietas. Recordaba cómo corría por las calles sin temor a ser alcanzado por una bomba o cómo subía a las ramas del árbol más alto para ver ponerse el sol. ¿Dónde habían quedado esas tardes en que los niños jugaban a lanzar con tirachinas bolitas de caca de cabra a los ancianos desde lo alto de las tapias? ¿Dónde estaban aquellos niños que gritaban de emoción cuando se estrenaba una nueva película de Clint Eastwood?

Cuando Hamid miraba el pasado, no solo añoraba al niño que fue, también echaba de menos poder pasear con tranquilidad por su jardín. Su casa, construida en uno de los barrios nuevos de Kabul, llamaba la atención por los rosales del jardín. Se decía que desde el final de la calle se olía el aroma de sus rosas y que cuidaba las flores con el mismo arte con que escribía poemas a Amira, su mujer.

Hamid volvería a su pasado sin pensárselo dos veces, a los días en los que era feliz y podía imaginarse un futuro próspero para su única hija, Bahar. ¡Cómo añoraba los momentos que había compartido con sus compañeros de universidad! Durante horas, se encerraban en su despacho y charlaban sobre fútbol, sobre la última película que habían visto o sobre política, mientras fumaban tabaco rubio que compraban de contrabando. ¿Dónde habían quedado todos aquellos retazos de historia que se diluían como el humo?

A veces, el abuelo les decía a Saira, a su hermana Mariam y a su madre:

—No debéis temer a los *djinn*,^[3] ni a las margaritas, ni a los libros, ni a los fantasmas.

A quien debéis temer es a los hombres.

La primera vez que Saira oyó esa frase apenas tenía cuatro años, pero le llamó la atención. Años más tarde, antes de que el abuelo muriera, le preguntó si las margaritas podían causar algún mal. Hamid, con la paciencia que lo caracterizaba, la sentó en su regazo y le respondió:

–Sabes que, en ocasiones, las mujeres dejan ciertos asuntos a los designios de una margarita –le explicó con fingida voz femenina–. Seguro que Mariam ha jugado alguna vez a ese juego.

Mariam bajó la vista, se cubrió la boca con una mano, sonrojada, y negó con la cabeza mientras el abuelo y Saira se reían.

–¿Y los hombres también dejáis esos asuntos a las margaritas? –preguntó Saira.

–Si todo fuera tan fácil como deshojar una margarita, nuestro pueblo viviría en paz. Pero no, mi *suri*,^[4] las cosas son más difíciles de lo que puedas imaginar. Hace tiempo que los hombres de este país perdieron el norte –contestó Hamid.

–¿Y por qué no se compran una brújula, como en esos libros que nos lees? –Saira siempre tenía una pregunta en los labios, pues, pese a su corta edad, ansiaba saber qué ocurría a su alrededor–. Así nadie se perdería.

La realidad era mucho más terrible de lo que podía imaginar la niña, pero Hamid trataba de disfrazar los hechos. Aún creía que los muyahidines entrarían en razón y su pueblo alcanzaría la paz. La época del horror acabaría, él podría volver a dar clases de farsi en la universidad y las mujeres caminarían solas por la calle sin temor a que las pararan y las castigaran por ello. Era optimista, aunque a veces se desesperaba y se preguntaba si los pastunes serían capaces de olvidar los rencores entre tribus para volver a empezar de nuevo. Esa era una de las razones por las que no se había marchado de Kabul: Hamid quería ser de los que tendieran la mano y ayudaran a reconstruir su país. Si él era capaz de olvidar todo el dolor y la amargura que había sufrido su familia, otras familias también podrían hacerlo.

–Bendita inocencia, mi *suri*. *Inshallah*^[5] nunca la pierdas. –Hamid acarició la mejilla de la niña–. Si la vida te deja, algún día serás lo que tú quieras ser. Eres una niña muy especial e inteligente. Podrías comerte el mundo, si quisieras.

El abuelo miraba pensativo a Saira, su niñita rubia, la de la curiosidad insaciable. Pensaba que con la llegada de los americanos a Afganistán todo cambiaría, pues los talibanes habían huido a las montañas; pero todavía quedaba un país por reconstruir y muchas heridas por curar. Habían pasado casi dos años, y en las calles de Kabul aún se percibía la mano de los muyahidines. El régimen de terror al que habían sometido a la población había calado muy hondo; el miedo había conquistado el corazón de los kabulíes.

–¿El mundo? Creo que no voy a poder, es demasiado grande para mí.

–¿Quieres que te cuente un secreto? –Saira asintió con la cabeza–. Ya sé que para este viejo es un poco tarde, pero no lo es para ti. Si un día tienes la oportunidad de salir fuera del país, aprovéchala. Al Reino Unido, a Francia, a Alemania, a España... No lo dudes ni un segundo, mi *suri*. Y si algún día regresas, todo esto habrá cambiado, las mujeres podréis volver a la escuela y nosotros estaremos muy orgullosos de tener a mujeres tan listas como tú.

–Yo no quiero ir a la escuela. Yo quiero quedarme aquí contigo y que tú me enseñes.

–No, no digas eso. Poder ir a la escuela es un lujo, mi *suri*. Este viejo no tiene las respuestas a todas tus preguntas.

–Yo creo que eres el hombre más listo del mundo. Además, siempre dices que has leído más de dos mil libros. Esos son muchos libros.

Hamid suspiró. De todos los libros que Saira mencionaba, apenas le quedaban setenta, que permanecían guardados en el fondo de un armario, como si leer constituyera una vergüenza. Una noche, los talibanes entraron en su casa e hicieron una gran hoguera con su biblioteca, de la que estaba tan orgulloso. Los pocos libros que pudo salvar los tenía en su cuarto y los releía cada noche con pasión. Su casa era el único sitio donde aún podía permitirse el lujo de reír y donde les enseñaba a Saira y a su hermana a leer y a escribir, pues, con la llegada al poder de los muyahidines, a las mujeres se les prohibió ir a la escuela.

–¿Sabes cuántos libros hay en este mundo, mi *suri*? –Saira abrió mucho los ojos–. Hay millones y millones de ellos esperando ser leídos, y tú me hablas de poco más de dos mil. Yo poseo el conocimiento de unos cuantos y os enseñaré todo lo que sé, pero ni Mariam ni tú debéis conformaros nunca con lo que yo puedo mostraros.

–*Inshallah* algún día tenga un millón de libros. Entonces sería rica.

–No es más rico el que más dinero tiene, sino el que más conocimientos atesora. Algún día todo cambiará para nosotros y las mujeres podréis volver a la universidad sin que nadie os mire mal por ello.

–Entonces tú serías mi profesor. Sí, dime que serás mi profesor.

–Alá es misericordioso y te escuchará, mi *suri*. Nada me gustaría más que estar en la universidad y teneros como alumnas a Mariam y a ti.

Aunque eran muchas las noches en las que no tenían nada que llevarse a la boca, Hamid se las ingeniaba para preparar *chai*^[6] y contarles una de las numerosas historias que sabía. Una noche en la que el hambre era insoportable, Hamid convenció a Bahar para que cociera unas piedras mientras él contaba una historia.

–¿Cuándo estará la cena? –preguntó Saira.

–Antes de cenar debes escuchar esta historia, mi *suri*. –Hamid carraspeó y engoló la voz.

–¿Es muy larga? –interrumpió Saira sin dejar de mirar cómo su madre removía las piedras–. Esta sopa no huele a nada. Yo quiero *chapati*^[7] y *qorma shalgham*.^[8]

–¿Quién quiere cordero pudiendo comer sopa de piedras? Este es el cuento del anciano y el burro. La historia que voy a contaros sucedió en Herat.

–¿Y por qué en Herat? Yo nunca he estado en Herat. ¿Es más bonita que Kabul?

–No, mi *suri*, no hay ciudad más hermosa que Kabul. Ya sabes que hace muchos años Kabul era una de las ciudades más bellas y cultas del mundo.

–Tú no habías nacido, ¿verdad? –comentó Saira.

–No, no había nacido. Veo que escuchas atentamente mis historias. Pero ¿vas a dejarme terminar esta?

–Es que yo quiero cenar ya.

–Y cenaremos, mi *suri*. Bahar está preparando la mejor sopa que puedas imaginar. –Hamid comenzó su relato–: Había un anciano y un niño que viajaban con un burro de pueblo en pueblo. Llegaron a una aldea caminando junto al burro y, al cruzarla, un grupo de niños se rió de ellos, gritando: «¡Mirad qué par de tontos! Tienen un burro y, en lugar de montar en él, los dos caminan a su lado. Al menos, el viejo podría subirse al burro»...

–¿Es cómodo viajar en burro? –interrumpió Saira–. Yo nunca he viajado.

–Sí, es cómodo viajar en burro, aunque es más cómodo viajar en coche –respondió el abuelo–. Antes de que tu hermana y tú nacierais, teníamos un coche.

–Entonces eras rico, ¿verdad?

–Deja que continúe, anda; si sigues hablando no cenaremos.

–¿Ya vamos a cenar?

–No, no, mi *suri*; mientras Bahar prepara la cena, yo os contaré esta historia. La sopa de piedras requiere tiempo y mi relato no ha hecho más que empezar.

–Deja que el abuelo termine de contar la historia. Siempre haces lo mismo, Saira –le recriminó su madre.

–Está bien, puedes seguir. –Saira frunció el ceño, se retorció los dedos de las manos y se pasó la lengua por los labios resecaos.

Bahar permanecía de pie al lado de la estufa dando vueltas a una olla con agua y cinco piedras que el abuelo había cogido en el jardín. Todavía les quedaban dos zanahorias para comer, que añadieron al agua, pues, como decía el abuelo, el secreto de la sopa de piedras eran dos zanahorias, ni una más ni una menos.

–Aún no huele a nada –dijo la niña.

–Paciencia, Saira. –Bahar se acercó a ella con la cuchara de madera en una mano y le golpeó la cabeza. La niña dio un bote en la silla y bajó la vista a sus pies–. Y no pongas esa cara, que no te he pegado tan fuerte.

Hamid fue a replicar, pero ante la mirada severa de Bahar prefirió no entrometerse.

–Entonces –siguió contando Hamid con una mueca traviesa–, el anciano se subió al burro y prosiguieron la marcha. Llegaron a otro pueblo y, al pasar por él, algunas personas se indignaron cuando vieron al anciano sobre el burro y al niño caminando a su lado. Entonces, un hombre con la cara tan arrugada como una pasa y al que le faltaba un ojo dijo: «¡Parece mentira! ¡Qué desfachatez! El viejo montado en el burro y el pobre niño caminando». Al salir del pueblo, el anciano y el niño intercambiaron sus puestos. Siguieron caminando hasta llegar a otra aldea. Cuando las gentes los vieron, exclamaron escandalizadas: «¡Esto es verdaderamente intolerable! ¿Habéis visto alguna vez algo semejante? El muchacho montado en el burro y el pobre anciano caminando a su lado. ¡Qué vergüenza!»...

–Ah, ya sé cómo acaba –soltó Saira–. Al final el burro se muere, ¿verdad que sí?

–Sí, al final se muere –dijo Mariam soltando una carcajada–. Saira tiene razón.

–No me dejáis terminar –replicó Hamid–. Ya sabéis que primero tenéis que escuchar la historia. La cena no está lista. ¿Acaso no sabéis que si probáis la sopa antes de tiempo no podréis comprobar el exquisito sabor de este caldo? Y, aunque no lo creáis, somos afortunados porque esta sopa solo la comía el sah de Persia. Así que podréis decir que en esta casa comemos igual que en un palacio.

–¡Mariam! –exclamó Saira relamiéndose los labios–, ¡vamos a tomar sopa de piedras! Venga, deja que termine de contar el cuento.

–Si eres tú la que no le deja hablar, yo estoy callada... –Mariam se encogió de hombros.

Bahar chistó e inmediatamente las niñas se callaron. Saira miró a su madre y bajó la cabeza. Aquella noche, su madre estaba más seria de lo normal. Bahar no era una mujer muy alegre, pero a veces sonreía cuando el abuelo contaba alguna de sus historias. Saira siempre había tenido la impresión de que su madre se avergonzaba de ella, y por eso se refugiaba en los brazos del abuelo.

Hamid siguió con el relato. Tras una hora de risas, en la que Hamid no paró de bromear, las niñas se durmieron encima de la mesa, con el plato vacío y sin haber probado bocado. Saira cogía la cuchara con tanta fuerza que se le marcaban los nudillos de la mano. El gesto de Mariam mostraba la paz que su madre no tenía. Bahar se sentó junto a su padre.

–Ya está, *baba*.^[9] Míralas. Al final las ha vencido el cansancio. Esta noche tampoco cenarán. –Bahar miró a las dos niñas. Llevaban un día y medio sin comer y se habían dormido con una sonrisa en los labios. El cuento de Hamid había funcionado—. Y mañana ¿qué les contarás? Ya no nos queda nada. Sabes que las dos últimas zanahorias las he puesto en esa sopa absurda que te has inventado. ¿Por qué no les dices la verdad? Los cuentos no nos darán de comer.

–¿Y qué querías que hiciera, hija mía? –Mientras hablaba, su gesto cambió. Ya no se parecía al abuelo que bromeaba con las niñas y las hacía reír. En su rostro se reflejaba un cansancio extremo—. Me avergüenza no ser un hombre y tener que pedir fiado. Nadie quiere contratar a un viejo profesor como yo. Ni para limpiar cuerdas me quieren.

–Podríamos marcharnos de aquí y empezar de cero en América. Escribe a tus amigos ingleses para que nos presten dinero. No nos costará adaptarnos. Hemos vivido fuera y eso puede abrirnos algunas puertas.

Hamid escupió en el suelo y Bahar cerró los ojos. Nunca hablaban de lo que sucedió aquella noche, pero cada vez que veía a Saira recordaba que no había sido un sueño, que la niña era el resultado de una pesadilla. El gesto de Hamid se volvió más duro si cabe, antes de seguir hablando.

–Ya es tarde para mí, y lo sabes.

–No, *baba*, no es tarde. No todos los extranjeros son iguales.

–No, pero no soportaría vivir en un país que nos ha robado parte de nuestra identidad. No podría mirar a un hombre a la cara y no saber si es el padre de Saira. ¿Tú puedes olvidarlo?

Bahar comenzó a balancearse adelante y atrás. Se había cubierto el pecho, como si con ello pudiera protegerse de lo que ocurrió aquella maldita noche. Le tembló el labio inferior, aunque se sobrepuso a las lágrimas que pugnaban por salir. Hacía años que había enterrado en lo más profundo de su alma la noche en la que perdió su dignidad como mujer. ¿Cuántos años habían pasado? ¿Siete, quizás ocho? ¿Para qué contarlos? La noche que mataron a Said, a ella la violaron. ¿Para qué recordarlo? Ni siquiera apuntó el día en que la niña nació. «Saira no debería haber nacido», se decía cada vez que la veía por las mañanas al levantarse, porque, por mucho que Hamid la quisiera y la protegiera, ella jamás podría olvidar lo que perdió aquel día. Y si su padre quería que olvidara, Bahar tenía que irse muy lejos; no podía quedarse en un país que no quería recuperarse.

–¿Cómo voy a olvidarlo, si cada vez que la veo trato de sofocar los recuerdos que

me asaltan y no me dejan vivir? –Bahar tragó saliva y su mirada se perdió en el fuego de la estufa.

Hamid se levantó y se colocó detrás de Bahar. Hacía tanto tiempo que no la reconfortaba con una palabra amable, que temía que su hija se derrumbara. Pero Bahar era más fuerte que él. Gracias a ella, él seguía manteniendo la cordura. Al final posó una mano sobre el respaldo de la silla. Bahar percibió la calidez del gesto. La última vez que sintió algo así, Said la había besado y le había regalado una rosa roja. Hacía años que no dejaba que nadie la reconfortara, pues la sola idea de que alguien le mostrara un poco de ternura la hacía temblar. Había construido un muro tan alto a su alrededor que nadie lograba traspasarlo.

–No podré aguantar mucho más aquí. –Bahar se cubrió la cara con las manos. Ya no le quedaban lágrimas que derramar–. Paga todo lo que debes y empecemos de nuevo. Todavía te quedan amigos que nos sacarían del país. Elige un lugar, podríamos ir a Inglaterra. Yo no quiero irme sin ti, eres lo único que me queda.

–Ramin me fiará como hasta ahora.

–No me gusta ese hombre, y lo sabes. Me mira mal –contestó Bahar con desdén–. Está en contacto con los talibanes y puede ser peligroso.

–Ramin no tiene queja de mí. Yo soy un hombre de palabra que paga hasta el último afgani que debe.

–¿Cuánto le debes? –quiso saber Bahar.

–Todavía me quedan algunas cosas que vender.

–Entonces vámonos de aquí. Los políticos no tienen ningún interés en solucionar nuestros problemas. Y nosotras no podemos salir a la calle, debemos seguir llevando esta cárcel de tela a cuestas. Además, ¿a quién le importa que una familia no tenga qué comer? ¿Qué futuro les espera a las niñas? ¿Y a Saira? Ella es la que más me preocupa. Si seguimos aquí, ¿quién va a quererla como se merece? Está marcada.

–Vamos a acostar a las niñas. Se ha hecho tarde.

–Pero, *baba*...

Hamid dejó la conversación pendiente, como siempre que su hija sacaba el tema. Bahar frunció el ceño y terminó por aceptar la voluntad de su padre. Suspiró con resignación; sabía que en esa ocasión su padre se equivocaba. Pero ¿qué podía hacer? Nada. Hacía años que Bahar veía pasar los días mientras esperaba que llegara su fin.

Hamid pensaba que el peor pecado del hombre, por encima de cualquier otro, era la soberbia, pues se ponía en boca de Dios palabras que justificaban la barbarie de una guerra

o la opresión de un pueblo sobre otro. Y, desde que conoció a Ramin, no hubo día en que no se arrepintiera de haber hecho tratos con él. Pero ¿qué podía hacer si sus nietas no tenían nada que llevarse a la boca y las últimas dos gallinas se las llevaron los muyahidines cuando huyeron al interior de las montañas? ¿Cómo no hacer tratos con el diablo si después de haber vendido casi todas las joyas de Amira ya no le quedaba ni un afgani con que comprar un puñado de arroz?

La llegada de Ramin a la casa de Hamid cambió todavía más el pequeño mundo de Saira. Todo lo que los talibanes no habían logrado eliminar de su hogar, él logró enterrarlo en menos de un día. Ni la falta de luz y agua ni las bombas habían podido con el inquebrantable Hamid; y sin embargo consiguió abatirlo un solo hombre.

Fue meses después de la famosa sopa de piedras. Una noche de mucho frío, oyeron cómo alguien revolvía en la cocina. En ocasiones entraban perros por la ventana en busca de lo poco que tenían para comer. Esta vez, sin embargo, era diferente. Mariam y Saira se levantaron de la cama y pegaron la oreja a la puerta de su cuarto. Desde allí oyeron la voz de Hamid y la de otro hombre, que hablaban en la cocina.

—¿Qué haces en mi casa, Ramin? ¿Me he retrasado unos días en el pago y vienes a buscarme a estas horas?

—Todos tenemos problemas.

—Hace casi tres años que te compro comida y hasta ahora nunca has tenido una queja de Hamid Khan.

—Me he cansado de esperar. Llevas más de un mes sin pagarme y yo también tengo que satisfacer a mis proveedores.

—Mañana pasaré por la tienda y pagaré todo lo que te debo.

—No, mañana es tarde. Lo necesito esta noche.

—Eres un *kharami*...^[10]

—Sí, un *kharami* que te da de comer, Hamid. Nunca lo olvides.

Mariam y Saira oyeron el ruido de una silla al caer al suelo.

—¿Qué pasa, Mariam? ¿Por qué está gritando el abuelo?

—No escuches nada de lo que dicen. Ven, vamos a acostarnos.

Mariam lloraba al lado de Saira y se limpiaba los mocos con la manga de su chaqueta de lana. Saira también se echó a llorar. En muy pocas ocasiones había oído al abuelo hablar en ese tono. Cuando los insultos empezaron a llenar el silencio de la noche,

Mariam le tapó los oídos a su hermana.

–Mariam, tengo miedo. ¿Qué le está haciendo ese hombre al abuelo?

Las voces fueron aumentando de volumen y Saira temblaba entre los brazos de Mariam.

–No escuches, Saira. Deja que te cuente un cuento...

Mariam trataba de recordar un cuento, pero en esos momentos había olvidado todos los que había escuchado por boca de su abuelo. A Saira le flaqueaban las rodillas. Quería ayudar a su abuelo, abrir la puerta y cogerlo de la mano para que no gritara tanto. Sin embargo, la oscuridad le daba pavor. Desde el piso de arriba hasta la cocina no había ni una vela que alumbrara el pasillo. La última bomba que cayó cerca de su casa destruyó los cables eléctricos, y desde entonces no tenían luz. Se decía a sí misma que era una cobarde, y le daba vergüenza que Mariam y su abuelo supieran que era una miedosa que escondía el rabo entre las piernas a la primera dificultad.

De pronto, notó cómo se hacía pis encima y cómo su cuerpo comenzaba a convulsionarse de puro terror. Todas las noches, Mariam se levantaba cuando Saira tenía una urgencia. Sacaba el orinal de debajo de la cama y esperaba a que Saira terminara de hacer sus necesidades antes de volver a la cama. En esta ocasión, Saira estaba tan asustada que orinarse encima fue toda una liberación.

–Mariam –le temblaba el labio inferior–, no he podido aguantarme. Por favor, no se lo digas a mamá. No sé lo que me ha pasado.

–No te preocupes, Saira. Ven, tienes que cambiarte. Hace mucho frío.

–¿Verdad que no le va a pasar nada al abuelo? Ese hombre grita mucho. Haz algo, Mariam...

–¿Qué quieres de nosotros? –se oyó a Hamid–. Mañana por la mañana tendrás el resto. Aún me queda una joya que vender.

–Pretendes que me marche con veinte miserables afganis...

–Vete de mi casa antes de que te saque a patadas.

Mariam y Saira oyeron un golpe seco y algo pesado cayó al suelo. En ese momento, Bahar soltó un chillido desgarrador. Mariam sofocó un grito con una mano, cogió la de Saira, y ambas se escondieron debajo de la cama.

–Te pagaremos –decía Bahar una y otra vez–. Este collar de perlas perteneció a mi madre y vale mucho dinero...

Mariam y Saira oyeron el rasgado de una tela y a continuación varios golpes.

–¿Qué pasa, Mariam? –quiso saber Saira con el corazón a punto de salirse por la boca.

–Nada, Saira, no pasa nada. No escuches. Ya me acuerdo de un cuento. Escucha, Saira, había una vez un príncipe que vivía en un palacio...

Pero los sollozos de Bahar impedían que Saira se concentrara en el cuento de Mariam. Durante la noche oyeron al hombre emitir tres gemidos prolongados. Saira no quiso preguntar, pues con cada gemido que escuchaban, Mariam sufría un espasmo. Aquello no podía ser bueno, se decía mordiendo los labios hasta que le sangraron.

Poco antes de que el primer gallo cantara, Mariam y Saira oyeron cómo el hombre se dirigía a su madre y le decía:

–Ya puedes sacar la basura de la cocina.

Mariam y Saira permanecieron abrazadas y no salieron ni siquiera cuando escucharon la primera oración del día, ni cuando el sol iluminó su habitación. A partir de entonces, Hamid pasó a ser un recuerdo para Saira, y Ramin se quedó a vivir en la casa. La habitación y la cama de Bahar fueron ocupadas por el mismo demonio.

A la mañana siguiente, Mariam se hizo cargo de Bahar, pues su cuerpo era un mapa de cardenales y golpes; estaba más muerta que viva. Sin embargo, como en muchas otras ocasiones, Mariam se ocupó de que Saira no supiera nada. Le contó que su madre estaba muy enferma y que su enfermedad era contagiosa. Saira sabía que mentía, al igual que lo hacía su abuelo cuando le contaba ciertos cuentos. Esa mañana lavó por primera vez la ropa en una palangana, encendió la estufa de la cocina y calentó las sobras de la cena. Además, se encargó de ordenar la casa y subir bolsas de agua caliente hasta la puerta de Bahar.

Desde que Ramin irrumpió en la vida de Saira, todo se volvió más oscuro. Todas las mañanas, la niña veía a Bahar levantarse con un labio partido o un ojo hinchado. Su madre trataba de quitarle importancia diciendo que se había golpeado durante la noche, aunque Saira sabía que era Ramin quien le pegaba. Lo peor de todo era que Ramin también descargaba en ella la rabia que llevaba dentro.

«*Kharami*, eres una sucia *kharami*», era la frase que escuchaba últimamente cuando se encontraba con los niños de su calle. Por el modo en que lo pronunciaban sabía que *kharami* no podía significar nada bueno. Algunos arrugaban la nariz como si estuvieran oliendo boñigas de vaca, otros le tiraban del pañuelo para dejar al descubierto su pelo rubio, que ni el *hiyab*^[11] lograba cubrir por completo, pues era demasiado fino y se desparramaba por su cara. Como con tantas otras cosas, Saira temía preguntar el significado de esa palabra, pero un día los niños de su calle le dijeron que *kharami* significaba «bastarda». Y Ramin empezó a recordárselo todos los días.

La primera noche que Ramin llamó *kharami* a Saira, Mariam bajó la mirada al suelo y se mordió los labios. Negó varias veces con la cabeza para que su hermana no le contestara; sin embargo, la niña le replicó.

–No me llamo *kharami* y no soy una bastarda. –Ramin se volvió hacia ella con los puños apretados–. Mi nombre significa «paloma». Es mucho más bonito...

No pudo terminar la frase, pues Ramin se acercó a ella y la acalló partiéndole el labio.

–Eres una vergüenza para esta familia, para este país. Tú tienes la culpa de todo, tú y los de tu especie, *cuti gori*.^[12] No vales nada.

Mariam se quedó paralizada. Saira se había orinado encima y temblaba de pies a cabeza, mientras Ramin la insultaba.

–Tú serás lo que yo te diga que seas, ¿me has oído? –siguió diciéndole Ramin, y la levantó del suelo mientras Mariam y Bahar trataban de calmarlo. El labio de Saira sangraba y unas gotas de sangre mancharon el *kurta* blanco de Ramin–. Nada ni nadie podrá cambiar lo que eres. Tú has traído la desgracia a este país, a mi pueblo. Eres la hija de un asqueroso extranjero, pero vamos a acabar con todos vosotros, porque somos un pueblo orgulloso y nadie puede decirnos cómo tenemos que hacer las cosas.

A partir de entonces, Saira decidió que no volvería a responder a los insultos de Ramin. Así que, en cuanto este llegaba a casa, ella se escondía detrás de la puerta de la cocina y rezaba para que no la viera y no oyera el ruido que hacían sus piernas al temblar. Cerraba los ojos e imaginaba que Ramin no estaba, que no la veía, e incluso a veces se olvidaba de respirar. Y tras la puerta recordaba cómo era su vida antes de la llegada de Ramin. Aún podía escuchar la voz de su abuelo contándoles un cuento alrededor de la estufa mientras bebían *chai*.

Cuando Ramin terminaba de cenar, eructaba dos veces e inmediatamente después iba a fumar al patio. Saira no salía de su escondite hasta que estaba completamente segura de que no regresaría a la cocina. Entonces, Bahar, Mariam y ella compartían lo poco que él les había dejado para cenar.

Un día, Saira le preguntó a Mariam por qué Ramin vivía con ellas y el abuelo ya no estaba en casa. Su hermana le contestó que ahora era Ramin quien se ocupaba de ellas y que el abuelo jamás regresaría.

–Si se lo pido a Alá, quizás me escuche, Mariam. Así el abuelo regresará a casa y todo volverá a ser como antes. Ya no le pediré nada más.

–No vendrá, Saira. Tienes que hacerte a la idea de que el abuelo está en un sitio mejor que este.

–Yo quiero estar en ese sitio, con el abuelo. ¿Me llevarás algún día a verlo?

–Saira, el abuelo nunca volverá.

Mariam le explicó que el abuelo le debía dinero a Ramin y que, al no poder devolverle la deuda, Bahar tenía que saldarla. No había nada que hacer. Era la palabra de una mujer contra la de un hombre, y Ramin tenía muchos amigos poderosos.

–Pero mamá no ha hecho nada.

–No, mamá no ha hecho nada, pero... es una *cuti gori*... –Mariam perdió el brillo de su mirada al recordar. Era la primera vez que hablaban de ese tema–. Era de noche cuando unos hombres llegaron borrachos a casa. Uno de ellos se presentó como el secretario del embajador de Estados Unidos, y por eso el abuelo los dejó pasar. No sé qué venían buscando, pero tenían ganas de divertirse porque se reían mucho mientras se llevaban a mamá a la habitación... Y ella gritó y gritó, aunque nadie acudió a ayudarla. Decían que odiaban a nuestro pueblo porque se habían visto envueltos en una terrible guerra que no terminaba. El abuelo aseguró después que mataron a mi padre porque odian a los que son como nosotros. Después de aquella noche, los hombres salieron del país huyendo de un conflicto que no podían solucionar. Nadie se responsabilizó de lo que pasó. Supongo que la justicia no existe para nosotros, los pobres.

Ahora Saira comprendía por qué Ramin le decía que era una bastarda. Ella no era hija del padre de Mariam, y por eso Bahar no quería hablar del tema.

–El abuelo está muerto, ¿verdad?

Mariam la miró y, aunque no le contestó, Saira supo que estaba en lo cierto. Saira no quería que siguiera contándole esas cosas, pues veía cómo la mirada de su hermana se oscurecía, pero Mariam continuó:

–El abuelo decía que los talibanes habían traído la desgracia a nuestro país y que las mujeres somos las grandes perdedoras en esta guerra –terminó por decir Mariam–. Nuestra abuela, sin ir más lejos, conoció al abuelo en la universidad.

–¿Y qué le pasó a la abuela?

Mariam se tomó su tiempo para responder. Saira apenas se acordaba de su abuela, solo sabía que se llamaba Amira, que el abuelo le escribía poemas de amor y que le gustaban las rosas tanto como a Bahar. Cuando Saira pensaba que ya no le contestaría, Mariam siguió hablando:

–A la abuela también se la llevaron una noche. El abuelo siempre decía que tú te pareces mucho a ella, y yo también lo creo; eres tan preguntona como ella. Los muyahidines afirmaban que no acataba la ley de Alá porque se negaba a usar burka, y por eso se la llevaron.

Unos días después de celebrar la última noche del ramadán, Mariam dejó de dormir con Saira. Ahora lo haría con Ramin. Bahar se quedaba en el pasillo, sintiendo cómo miles de dagas la apuñalaban con cada gemido de Ramin. Saira no entendía por qué su madre esperaba allí, sobre el helado y duro suelo.

Desde la cama, Saira escuchaba cómo Mariam lloraba todas las noches, pero ¿qué podía hacer ella para ayudar a su hermana si la oscuridad le daba miedo? Y es que, una vez desaparecía la luz, rezaba para que volviera otra vez, para que nunca se apagara. Al final no sabía si era peor una oscuridad donde todo estaba en silencio o una oscuridad donde se advertían pequeños sonidos que poco a poco se acercaban hasta ella.

Tras escuchar los lloros y las súplicas de Mariam para que Ramin parara, Saira oía el crujir de los muelles de la cama y al hombre emitir un gemido prolongado.

—No tienes de qué avergonzarte, Mariam —le dijo Ramin la primera noche que su hermana no durmió con ella—. Tú eres una mujer, no como tu madre. Esto es lo que hacen los hombres y las mujeres. ¿Lo entiendes, Mariam?

Saira esperó a que Mariam contestara a la pregunta, pero Ramin volvió a preguntarle, y su grito despertó otra clase de miedo en ella:

—¿Lo entiendes, Mariam?

—Sí, *baba*.

—No me llames así. Yo no soy tu padre. Llámame Ramin.

A partir de aquella noche, Bahar llegaba a su cama instantes después de que los murmullos se apagaran. Se tumbaba al lado de Saira, de espaldas, y hundía la cabeza en la almohada. La oía llorar, tanto o más como lo había hecho Mariam momentos antes. Saira no se atrevía a hablar. Se quedaba quieta, mordiéndose el pulgar de la mano para que su madre no la oyera llorar también, hasta que se dormía. *Inshallah* su madre le dijera algo en esos momentos, pensaba Saira, porque prefería que la culpara a ella a que hubiera un muro de silencio entre las dos. Desde que no estaba el abuelo, ya nada era igual. Ya no se escuchaban risas en casa.

Todas las mañanas, Saira se levantaba en cuanto advertía el primer ruido en la casa. Entonces esbozaba una media sonrisa, pues la oscuridad se había ido y ya no tenía tanto miedo, y corría hasta la cocina, donde sabía que estaba Mariam. Ella, al igual que su madre, solía tener dos sombras oscuras bajo los ojos; era como si la oscuridad no se hubiera marchado del todo.

Bahar siempre le decía que debía peinarse una vez que se levantaba, pero a ella no le gustaba mirarse al espejo, pues veía su fea piel, tan blanca que a su madre le daba vergüenza mirarla a la cara. Nunca se lo había dicho, pero Saira, tras haber hablado con Mariam, sabía que era una bastarda y que su madre odiaba a algunos extranjeros. A la niña

también le habría gustado que el color de sus ojos no fuera como el azul del cielo. ¿Por qué no podían ser de un negro intenso, como los de su madre, los de Mariam y los de todas las mujeres que conocía? Si fuera como Mariam, todos los días comería albaricoques secos, o almendras tostadas, o cualquiera de las cosas que le llevaba Ramin a su hermana cuando llegaba de trabajar.

A veces, Saira se preguntaba cómo conseguía Mariam ser dos personas en una. Por las noches la oía llorar y, sin embargo, por la mañana su aspecto era muy distinto. No sonreía como antes, pero al menos no lloraba. Saira creía que, si pudiera comer pistachos o piñones como hacía su hermana, sería feliz y sonreiría buena parte del día.

Sin embargo, Mariam se había aislado en un silencio que ni siquiera Saira era capaz de traspasar.

—Eres una desagradecida, Mariam, como esa sucia *kharami* de ahí —le dijo una mañana Ramin. Saira permanecía refugiada detrás de la puerta, como si de ese modo pudiera hacerse invisible a los ojos del hombre—. Eres una mujer afortunada por comer todos los días. Me mato a trabajar, y tú ¿cómo me lo agradeces? Con desprecio. Tu madre te llena la cabeza de tonterías y tú dejas que te convenza de que soy un mal hombre. Yo solo quiero más atención por tu parte. ¿Me escuchas?

—Sí, Ramin.

Entonces Mariam se levantó y le ofreció su silla a Ramin al tiempo que Bahar le servía una taza de té recién hecho, un poco de pan y unos albaricoques secos.

—En esta casa van a cambiar muchas cosas. Hamid era un viejo chocho. A los idiotas no los quiere nadie. Nuestro pueblo necesita hombres, no poetas. Y que sepáis que todo lo que os decía era mentira. Hamid era un sucio colaborador de los *americanis*, como vosotras. Dad gracias de que soy generoso. Os coméis mi comida y esperáis que yo no me dé cuenta. Primero comeré yo. Luego lo hará Mariam.

—Ramin —se atrevió a decir Mariam con una sonrisa triste—, por favor, deja que cuide de mi madre y de mi hermana. Te juro que entre las tres comeremos lo que come una sola persona.

Aquella no era la sonrisa de Mariam, y Saira lo sabía. Estaba esforzándose por mantener una mueca en los labios. La oscuridad le había robado su sonrisa, se dijo Saira, como también les había quitado a su abuelo, al padre de Mariam y a su abuela.

Cuando Ramin se marchó, Bahar se dio media vuelta y se echó a llorar. Saira le preguntó si estaba triste. La verdad era que no podía imaginarse a nadie más triste que ella. Odiaba la oscuridad porque solo traía cosas horribles.

Bahar se volvió hacia Saira y le contestó que no se preocupara cuando la viera llorar, pues no tenía importancia.

–Es por culpa de las cebollas –le dijo.

Pero Saira supo que su madre mentía; aquellas lágrimas eran amargas. Cada vez rezaba menos, y cuando lo hacía solo le pedía una cosa a Alá: que Ramin se marchara de una vez.

1. Camisa suelta que llega hasta las rodillas.
2. Sombrero flexible y redondeado masculino, generalmente confeccionado en lana.
3. Del árabe (*yinn*), genio, ser fantástico de la mitología semítica.
4. En farsi significa «rosa roja», aunque el abuelo sabe que en hebreo significa «princesa».
5. «Ojalá.»
6. Té.
7. Especie de pan.
8. Guiso de cordero de sabor dulce y amargo, cocinado con nabos, cebolla y azúcar.
9. Cariñosamente, «papá».
10. «Cabrón», «bastardo».
11. Velo.
12. «Perra blanca.»

CAPÍTULO DOS

–Mariam, ¿esto es una pesadilla? –le preguntó Saira en la cocina. La pequeña estaba acucillada en un rincón mordiéndose las uñas y mirando cómo su hermana tomaba el desayuno.

–¿El qué?

–Pues ¿qué va a ser? Esto, lo que pasa en nuestra casa.

–No, Saira, no es una pesadilla. Es real.

–Vaya... ¿Y va a ser siempre así? –No esperó una respuesta que sabía de antemano—. Muchas veces pienso que estoy dormida y que cuando abra los ojos el abuelo estará en la cocina preparándonos té.

Mariam tamborileó los dedos sobre su rodilla y se encogió de hombros.

–Ven, siéntate a la mesa conmigo. ¿A qué vienen estas preguntas? Sé que hay algo más.

Saira echó un vistazo a la puerta que daba al pasillo para ver si Bahar estaba cerca.

–¿Y me darás una almendra?

–Te doy dos si me dices qué te ronda por la cabeza.

–Si te lo digo, ¿me prometes que no se lo dirás a mamá? Y tampoco tienes que decírselo a Ramin.

–¿Y por qué querría decírselo a Ramin?

Saira esperó a que Mariam le diera una de las almendras que le había prometido.

–Porque ahora duermes con él todas las noches y ya no eres la misma. Ya no quieres hablar conmigo.

Mariam contuvo la respiración y cerró los ojos. Saira esperó a que su hermana contestara, pero esta sufrió un escalofrío y comenzó a temblar.

–Mariam, no sé qué he hecho, pero si te he molestado perdóname, por favor. Ya nunca hago nada bien. Ramin dice que soy una inútil y que no sé hacer nada.

Saira avivó el fuego de la estufa y se sentó en el suelo para calentarle los pies a su hermana.

–Tienes los pies fríos. El abuelo decía que yo tenía unas manos mágicas, pero ahora no estoy segura de nada. –Le sacó los calcetines y comenzó a pasarle las manos por los dedos–. ¿Te acuerdas de cómo era el abuelo? Yo no lo he olvidado. Hace muchos meses que se fue.

–Sí, no hay día que no me acuerde de él.

–A veces me llamaba a escondidas cuando mamá y tú estabais haciendo la comida y me leía sus poemas. Yo no los entendía porque eran palabras de amor, aunque me daba igual, porque me gustaba oír cómo los recitaba. Y también me acuerdo de sus abrazos.

–¡Ay! Lo siento, mi niña; a veces olvido lo mucho que os queráis.

Mariam se agachó y la abrazó con fuerza. Saira aspiró con ganas el dulce olor de su hermana. Era el mejor perfume del mundo, mejor que el del abuelo. Le proporcionaba tanta seguridad que en ese momento se sintió realmente feliz.

–Yo también doy buenos abrazos –dijo Mariam cuando se separó de su hermana. Se sentó de nuevo en la silla al tiempo que Saira volvía a calentarle los pies.

–Sí. Era el mejor abuelo que podíamos tener –afirmó Saira–. ¿Sabes qué es de lo que más me acuerdo? De que siempre me decía que el cielo no era el final de esta vida y que cuando él se marchara podría recordarlo mirando las estrellas.

–Tranquila, seguro que está bien allá donde esté.

–Aun así, espero que no se haya perdido en el cielo, porque por más que contemplo las estrellas no lo veo. A ver si encuentra el camino y me saluda desde arriba. –Esperó unos segundos a que Mariam reaccionara al masaje.

–El abuelo ya habrá encontrado el camino –le dijo su hermana.

Saira permaneció callada durante unos segundos. No sabía cómo hacer una pregunta que llevaba tiempo rondándole la cabeza.

–¿Cuándo se irá Ramin? ¿Todavía le debemos dinero? Voy a contarte otro secreto. ¿Me darás otra almendra?

–Toma, cómetelas todas, yo no tengo hambre. Ya he entrado en calor. El abuelo tenía razón, tus manos son maravillosas. –Mariam la miró con ternura. Su hermana todavía no había perdido la inocencia, algo difícil entre aquellas paredes. Deseaba que nada de lo que le pasaba a ella le ocurriera a Saira. Todavía no había cumplido nueve años, pero sabía que muchas niñas de su edad eran vendidas y forzadas a contraer matrimonio.

–Eres muy buena conmigo. –Cogió las seis almendras que quedaban en el plato y se las comió de una vez–. ¡Qué buenas están! Yo nunca me canso de comerlas. El abuelo me

traía un puñado cuando iba al mercado y se las metía en el bolsillo para que yo las encontrara. Me decía que era su pajarito, y yo me enfadaba porque primero me daba una y después tenía que buscar las otras. Si eran un regalo, no sé por qué no las traía envueltas en papel.

–Sería para darte una sorpresa. Ya sabes cómo era el abuelo; le gustaba mucho jugar contigo. –Mariam sabía por qué no las llevaba como el resto de la compra. Bahar solía regañarlo por metérselas en el bolsillo sin pagarlas; no habría sido la primera vez que alguien perdía la mano por robar.

–¿Si yo duermo con Ramin me dará unas...?

–Chist... no digas eso, Saira –la interrumpió Mariam antes de que pudiera acabar la frase. Le tapó la boca con una mano y negó con la cabeza–. Y tampoco se te ocurra pensar en ello.

Saira bajó la cabeza. Sabía que Mariam lloraba todas las noches, pero por las mañanas Ramin le daba todo lo que ella no podía comer. Hacía tanto tiempo que no comía avellanas que casi no se acordaba de su sabor. Sin dudarlo cambiaría la suerte de su hermana por la de ella. Se encogió de hombros y al final sacó una pulsera de oro del bolsillo.

–¡Mira, Mariam, el abuelo me la dio! Perteneció a la abuela. Si se la damos quizás se vaya de casa.

Mariam abrió la boca y parpadeó varias veces. Antes de contestar le acarició la larga melena rubia.

–No, Saira, Ramin no va a irse. Son cosas que tú no entiendes.

–Pues podrías explicármelas. Ya no soy tan pequeña como crees.

¿Qué iba a explicarle a su hermana, que temía que llegara la noche, que no le gustaba Ramin y todo lo que él implicaba? ¿Para qué acabar con el poco tiempo de inocencia que le quedaba a Saira? Desde luego, haría todo lo que estuviera en su mano para ocultarle ciertas cosas. Ya tendría tiempo de saber qué ocurría en casa, pues más pronto que tarde ella terminaría casándose con Ramin, y a saber qué suerte correrían su madre y Saira. Lo supo la primera noche que pasó con él: jamás dejaría que se casara con otro hombre. Se veía condenada a estar de por vida junto a alguien que detestaba. Y cuanto antes lo asumiera, cuanto antes aceptara que la vida de una mujer en Kabul no valía nada, mejor le iría. Muchas mujeres se lo habían comentado, aunque también era cierto que debido a la presión algunas terminaban suicidándose. El abuelo no la había preparado para eso, y su madre aún menos. ¿De qué le servía saber escribir, leer y tener un nivel alto en matemáticas si no podía sacar provecho de sus conocimientos? Pero si algo tenía claro era que haría todo lo posible para que su madre estuviera junto a ella y que le buscaría un buen marido a su hermana.

–Ahora es el hombre de la casa y cuida de nosotras –terminó por decirle Mariam–. Eso es lo que tienes que entender. ¿Qué sería de nosotras sin él? Le debemos respeto. –La pierna derecha comenzó a temblarle como si de un tic nervioso se tratara.

–No, no cuida de nosotras. –Saira se levantó del suelo con brusquedad–. A mí no me gusta que esté en nuestra casa. Nosotras podemos trabajar.

–Nadie querrá contratarnos –reconoció–. Las mujeres tenemos muy pocas oportunidades de trabajar.

–Pues yo voy a encontrar un trabajo para pagarle a Ramin todo lo que le debía el abuelo.

–Saira, sabes que eso es imposible. Tienes que ser realista de una vez por todas. ¿Tú crees que a las mujeres que estudiaron una carrera no les gustaría ejercer su profesión? No somos nada, y cuanto antes lo entiendas mejor.

–No es justo... –Saira se cruzó de brazos.

–No, no es justo, pero a nadie parece importarle si es justo o no.

–Ahora casi nunca nos reímos ni contamos cuentos. Todavía me acuerdo de la sopa de piedras del abuelo y cómo nos divertimos. Si le doy esta pulsera, se pondrá muy contento y ya no le deberemos dinero. Y tampoco me mirará con cara de asco.

–Eso es porque no te mira como yo lo hago. Eres preciosa. –Mariam acarició su mejilla como si de una pieza de cristal se tratara.

Saira se encogió de hombros. Intuía que Mariam se lo decía para contentarla, y sabía que no era cierto: no era ni hermosa y no tenía el encanto de Mariam, que hacía que todo el mundo se sintiera bien. Si se pareciera en algo a su hermana no sería tan desgraciada.

–Lo que quiero es que volvamos a ser como antes. Tú no lo entiendes porque a ti no te mira así y encima te da cosas buenas para comer.

Mariam deslizó la silla hacia atrás y se levantó sin apenas hacer ruido.

–Sí que lo entiendo, y escúchame porque no voy a repetírtelo. Ramin nunca se irá de aquí. Guarda esa pulsera, ¿de acuerdo? Nunca se la des a nadie, y menos a él. Hagas lo que hagas, Ramin se quedará con nosotras.

–Es que yo no quiero que esté en casa, Mariam, no quiero. Ramin no es bueno, aunque se pase el día rezando. Alá ya no me escucha. ¿Por qué lo escucha a él? ¿Por qué se ha olvidado de nosotras?

–No lo sé, pero nunca ha escuchado nuestras plegarias. No le importamos a nadie.

Saira abrió los ojos sorprendida; no podía creer que Mariam hubiera perdido la fe. A partir de ese momento, ella rezaría por las dos.

–No digas eso, o se enfadará con nosotras –le advirtió la niña señalando hacia el cielo, como si temiera pronunciar el nombre de Alá en vano.

–Venga, vamos a por agua antes de que sea tarde –dijo Mariam agarrando a Saira de la mano.

Desde luego, Mariam no podía imaginar que alguien pudiera enfadarse con ella mucho más de lo que lo hacía Ramin. ¿Cuánto podría aguantar? Solo deseaba que las fuerzas no le fallaran.

Todas las mañanas, tras comer lo poco que había sobrado de la cena, Mariam y Saira esperaban a que fuera a buscarlas Naseer, el hijo mayor de su tía paterna, que ya tenía quince años, para ir a la fuente a por agua. Nunca salían solas, y Naseer las acompañaba con la condición de que Saira cargara con dos garrafas. El agua corriente era un lujo que no podían permitirse, pues la bomba que cayó cerca de casa inutilizó las tuberías, y el único pozo del que disponían lo envenenaron los talibanes días después de que desapareciera el abuelo. Bahar procuraba contar siempre con reservas en casa, sobre todo para beber y cocinar. Hamid siempre había considerado importante tener varias tinajas para cualquier emergencia y, de las tres que había al lado del gallinero, dos siempre estaban llenas.

Una vez por semana calentaban agua y las tres se bañaban por turnos en un barreño de hojalata. Para ellas, poder disfrutar de esos momentos de intimidad era una pequeña fiesta, sobre todo en los tiempos en que Hamid vivía. Bahar se lavaba en primer lugar. Le gustaba que el agua oliera a rosas, el perfume preferido de Said, pues, a pesar de todo, no quería olvidar al único hombre que había amado. Solía hacerlo sin prisas, quizás porque era el único momento de la semana que tenía para ella. Tras enjabonarse el cuerpo, Mariam le lavaba el cabello con una infusión de hierbabuena, vinagre y jabonera, un remedio casero cuando no se tiene champú.

A continuación era el turno de Mariam, y después, cuando el agua casi estaba fría, se metía Saira. Años atrás, cuando eran más pequeñas, se bañaban juntas, pero ahora ya no cabían en el barreño. Mariam ya no necesitaba la ayuda de su madre, ni para esa cuestión ni para ninguna otra. Desde que Ramin había decidido que ella ocupara el sitio de Bahar, Mariam apenas hablaba con su madre. No sabía qué decirle, qué secretos compartir con ella. Así pues, había aprendido a esconder los golpes que Ramin le propinaba por las noches y, para que nadie supiera qué ocurría tras la puerta de su habitación, se bañaba con un camisón de manga larga. La avergonzaba pensar que se merecía cada pellizco que recibía y que no era una mujer completa. A pesar de tener casi catorce años, aún no había menstruado. Ninguna mujer encontraba explicación a ello, y tampoco había un remedio casero que pudiera solucionar el problema. Todos los meses soñaba con ese momento para así poder darle un hijo a Ramin. Era la única manera de tenerlo contento y de que se olvidara de ella.

Últimamente, Saira temía bañarse. Si bien era un momento íntimo para las tres mujeres, en alguna ocasión había visto que Ramin espiaba detrás de una puerta. La hacía sentirse incómoda, sobre todo cuando Mariam se bañaba y él se relamía los labios. Veía cómo los ojos se le encendían y temía que Ramin alargara una mano y acariciara el cabello de Mariam. Saira recordaba cuando había cordero para comer y ella se relamía los labios, pero no comprendía qué placer podía haber en espiar a su hermana desnuda. Ese debía de ser el motivo por el que se bañaba con un camisón de manga larga, pensaba Saira. Ahora estaba segura de que Mariam también sabía el secreto de Ramin.

Todos los viernes, antes de acudir a la oración, Ramin se bañaba. Mariam y Saira se encargaban de calentar agua durante toda la mañana. Cuando Ramin llegaba, Mariam se quedaba en la puerta de la cocina, que en invierno era el lugar más caliente de la casa, y esperaba a que Ramin la llamara para que lo ayudara a vestirse. Tenía preparada una muda limpia y procuraba mantener siempre una sonrisa. Después de vestirse, Ramin terminaba de arreglarse a solas. Se colocaba un turbante negro y se atusaba la barba entrecana. Nadie sabía cuántos años tenía, pero Mariam calculaba que debía de rondar los cincuenta.

Ramin era un hombre enjuto, de piel muy oscura y cejas anchas y muy pobladas. A Saira le recordaba a una pasa, porque su rostro estaba tan arrugado como esa fruta. Le faltaban varios dientes, aunque no se le notaba mucho porque apenas sonreía.

Un día, mientras Saira y Mariam preparaban la comida, comentaron lo mal que olía la boca de Ramin, y poco a poco llegaron las carcajadas. Se reían como cuando el abuelo vivía en casa; las risas se escapaban libres por la cocina.

–La boca de Ramin huele a caca de vaca o, peor aún, a pedo de rata –soltó de repente Mariam.

Saira se cubrió la boca con una mano para reprimir una carcajada.

–Pero ¿tú has olido un pedo de rata?

–No, pero tiene que oler fatal –respondió Mariam.

–Yo sí me imagino cómo debe de oler. Tiene que ser como cuando pasamos por esa casa que hay al final de la calle y hay perros muertos y mucha basura y las ratas escarban. Qué pestazo. –Saira volvió a reprimir una carcajada. Temía que su madre las oyera, bajara a la cocina y le propinara una colleja, como hacía siempre que se reía.

–Esto tiene que quedar entre tú y yo. Es nuestro secreto, como lo de la pulsera, ¿vale? –le instó Mariam.

–¿Te has dado cuenta de que Ramin tiene cara de rata? –Imitó el aspecto de una rata y mostró los dos incisivos, como si estuviera royendo una zanahoria. Elevó el tono de voz, que sonó más agudo–. Soy una rata y solo como basura. –Siguió diciendo cosas de Ramin porque parecía que a Mariam le hacía gracia y se reía con ganas–. Y me gusta mirar todo lo

que hay en esta casa.

Mariam se tapó la boca con una mano para que nadie las escuchara desde la calle. No era la primera vez que alguien le iba a Ramin con el cuento de que se oían risas en casa.

–Déjalo ya, Saira, que van a oírnos.

Sin embargo, Saira continuó en el mismo tono y se arrodilló en el suelo para rodear a Mariam como si fuera una rata.

–Sobre todo cuando te mira con esos ojos tan pequeños cuando te estás bañando. A mí me da un poco de miedo que te mire. Sé que por eso te pones el camisón, para que no te vea.

–¿Me mira cuando me baño? –La expresión de su rostro cambió por completo, dejó de reír y se agarró la falda con rabia para no romper el plato que había encima de la mesa. Retorcía la tela como si fuera el cuello de Ramin.

–Sí, bueno, ahora ya no. Desde que te bañas con el camisón ya no mira.

Mariam se puso tensa como una cuerda. Su boca dibujó una mueca de asco que a Saira le pasó desapercibida.

–¿Por qué no me lo habías dicho? No quiero que nadie me mire cuando me baño. – La cogió por los hombros y la zarandeó–. No quiero que me miréis. ¿Cómo tengo que decíroslo a mamá y a ti? ¿Acaso yo te miro? Dejádme en paz cuando me baño.

–Está bien, Mariam, pero no te enfades conmigo. Lo siento, lo siento, no te enfades conmigo. Yo no te miro, solo veía cómo él se escondía detrás de la puerta. Haré lo que tú quieras que haga. Cuando tú y mamá os enfadáis conmigo siento que se me rompe algo aquí dentro. –Se llevó una mano al pecho–. ¿Quieres que vaya a la fuente yo sola y así tú descansas?

–No, solo quiero que me digas si Ramin me espía. –Mariam se encogió de hombros–. Pero no te preocupes por mí, solo procura no enfadar a Ramin y no dejes que te vea demasiado por casa. Eso lo hace enfurecer, y te hará la vida imposible. Tú no tienes la culpa de ser como eres, diga lo que diga el cara de rata.

Mariam relajó la tensión de su rostro y esperó a que Saira dijera alguna de sus ocurrencias.

–¿Quieres que te cuente otro secreto? –Saira esperaba con expectación a que Mariam asintiera–. Un día hice pis en el agua en la que Ramin se baña y no se dio cuenta.

–¿Cómo se te ocurrió hacer una cosa así? ¿Y si te hubiese pillado? –Desconcertada, Mariam no sabía si reñirla o echarse a reír de nuevo.

–Hasta ahora no me ha pillado.

–¿Lo has hecho más veces?

Saira asintió con la cabeza y se puso a contar con los dedos de las manos hasta que llegó a ocho.

–Esto también es un secreto –repuso la niña.

–Claro que sí, este será otro de nuestros secretos. –Mariam no pudo reprimir una sonrisa dulce.

–¿Sabes una cosa? –siguió contando Saira–. Al menos, cuando se lava no huele a pedo de rata y la casa no apesta a tabaco.

–Tienes razón –replicó con la mirada perdida.

Antes de la segunda oración del día, Saira esperó a que Mariam se arreglara y se pusiera el burka. Como Saira era pequeña, su familia no la obligaba a cubrirse completamente el cuerpo, solo el cabello, una de las partes que más odiaba. Según palabras de Mariam y de su madre, el burka era incómodo, pues apenas veían por la calle y les costaba respirar, sobre todo en verano, cuando hacía mucho calor. Ni a ellas ni a ninguna mujer que conocía les gustaba llevarlo y, sin embargo, Saira deseaba crecer para pasar desapercibida por la calle. Nadie la miraría con desprecio, nadie la señalaría cuando caminara al lado de Mariam, ni la llamaría *kharami*. Sería invisible para todos.

A Mariam le gustaba que Saira la acompañara, no solo porque se divertía con ella, sino porque la ayudaba a no tropezar y a no meter un pie en los muchos agujeros que poblaban el camino que llevaba a la fuente. Y ahora, con la llegada del invierno, tenía que andar con mucho cuidado debido a las numerosas placas de hielo que se formaban a menudo en ciertas calles estrechas donde apenas daba el sol.

Una vez que Mariam estaba preparada, cogían dos garrafas de plástico de quince litros cada una y se marchaban a la fuente. Naseer las esperaba en la puerta del jardín con un bastón que perteneció a su padre. Solían tardar más de una hora en ir y otro tanto en regresar, aunque por el camino se encontraban con otras mujeres y se ponían a hablar de sus experiencias. Antes de salir de casa, Naseer echaba un vistazo a la calle y les decía si era buen momento para llegar a la esquina. Entonces, Saira y Mariam cruzaban un patio grande, en cuyo centro había una fuente de la que ya no brotaba agua. En el jardín solo quedaban las malas hierbas, y, por mucho que Saira se esforzara por arrancarlas, salían constantemente. Al final había desistido. Las malas hierbas, como Ramin, no desaparecerían de sus vidas.

A veces, algunos niños los esperaban sentados al final de la calle. A esos chiquillos les gustaba jugar a poner obstáculos en el camino para burlarse de ellas, y Saira iba señalando las piedras para que Mariam no tropezara. En otros tiempos, los niños

escuchaban música o veían la tele, pero desde que los muyahidines llegaron al poder poco podían hacer para divertirse. Naseer no hacía nada por defenderlas, únicamente se ocupaba de acompañarlas hasta la fuente.

Antes de que Mariam se pusiera el burka, solían decirle cosas bonitas por la calle, como que tenía las pestañas como las alas de una mariposa o la piel tan tersa como la seda. Ella solía reírse con los comentarios y bajaba la vista al suelo con las mejillas arrojadas. Saira, en cambio, nunca recibió ningún piropo por parte de los niños de su calle. *Kharami, cuti gori*, comerratas... era lo que escuchaba todas las mañanas.

La mayoría de las casas del barrio eran bajas y tenían tejados planos de tejas cocidas. Algunas mantenían los colores vivos de sus fachadas, pero en los últimos tiempos la mayoría había perdido el color. En realidad, el barrio se había contagiado de la tristeza que reinaba en las calles de Kabul. En las tapias de las casas se veían las señales de la guerra. Al día siguiente de un ataque, los niños metían los dedos en los agujeros para saber el alcance de las balas.

–Mirad, este agujero es de un tanque. Puedo meter la cabeza –oyeron una vez Saira y Mariam.

–Con lo canijo que eres podrías meter hasta tu culo apestoso por ahí –respondió otro niño.

–¿A quién llamas canijo? –replicó, tumbándolo de un puñetazo, a pesar de que su oponente le sacaba una cabeza–. Ya sabes que puedo partirte la cara cuando quiera y luego arrastrarte por toda la calle, así que no vayas de listo conmigo.

–Y estos agujeros tienen que ser de un AK-47 –dijo otro niño para calmar los ánimos. Con Jabbar, el chaval que había propinado el puñetazo, había que andarse con mucho cuidado–. Estos sí que son buenos fusiles de asalto, no como los que llevan los yanquis.

Entonces corrieron por la calle y jugaron a matarse unos a otros como si llevaran un fusil. Algunos de los chicos mayores, entre ellos Jabbar, presumían de haber disparado uno.

–Para llevar un fusil tienes que ser un hombre. –Jabbar flexionó un codo y mostró el brazo–. Estos músculos son fuertes y soportan cuando la culata golpea el hombro. ¿Veis?, ni un solo arañazo, ni un solo morado. Ayer estuve con mi padre entrenando en un campamento.

Jabbar tenía catorce años, aunque por su aspecto nadie le echaba más de trece, y Naseer lo temía tanto como ellas. Tenía el pelo muy oscuro y revuelto, los labios finos y una cara aniñada que no se correspondía con la brutalidad con la que trataba a la pandilla que lo acompañaba. A pesar de ser muy delgado, era fibroso y fuerte. Tenía un ojo caído, recuerdo de una paliza que recibió de su padre por haber aceptado golosinas de un soldado inglés. Después de aquel día, Jabbar ya no fue el mismo, pues, al igual que muchos

afganos, desarrolló un odio visceral por todos aquellos que invadían su país, fueran cuales fuesen sus motivos.

Cuando Saira salía a la calle con Mariam, a pesar de ir con Naseer, rezaba para que Jabbar estuviera ocupado en una pelea o tirándole piedras a un gato. Deseaba tanto que se olvidara de ella, de su hermana y de su primo, que hasta que regresaba a casa no respiraba con tranquilidad.

Aquella mañana las oraciones de Saira fueron escuchadas, o al menos eso creyó. Jabbar y sus amigos estaban entretenidos insultando a un niño que acababa de llegar al barrio. El niño era menor que Saira, aún no habría cumplido siete años. Por lo que Saira y Mariam pudieron oír, era un hazara, o sea, un musulmán chií. Los miembros de esta minoría no podían defender sus ideas y eran atacados a diario por el resto de los kabulíes.

Saira alzó la cabeza para ver mejor qué ocurría, pero Mariam apretó el paso para recorrer ese tramo de la calle lo más deprisa posible. Saira había oído que un hazara era peor que un perro sarnoso.

–Mariam, ¿ese niño es un hazara?

–Sí, pero camina más deprisa y no digas nada.

–A mí no me parece que tenga cara de perro, y tampoco que sea sarnoso. Jabbar debe de estar equivocado –susurró para que solo Mariam la escuchara–. No sabe lo que dice. –Volvió a mirar al niño, al que Jabbar y seis chicos más habían acorralado.

–Te he dicho que te calles.

El niño hazara tenía el rostro redondo, la boca carnosa y con forma de corazón, y unos hermosos ojos verdes que a Saira le recordaron a la hierba que antes crecía en su jardín. Le pareció que era tan guapo como una chica y, de no haber oído que se llamaba Hassan, habría jurado que era una niña.

–¡Eh, perro asqueroso!, busca tu hueso en la basura –dijo un chaval que se llamaba Abdul Aziz y le sacaba dos cabezas.

Los demás chicos se echaron a reír y lo rodearon. Como solía ocurrir en esos casos, Jabbar fue el que tomó el mando. Llevaba una vara en la mano derecha y una cuerda en la otra. Se acercó al niño y comenzó a golpearlo con saña en las pantorrillas. Hassan rompió a llorar y cayó de rodillas al suelo, suplicando que lo dejaran en paz.

–Cobardes –musitó Mariam sin que la oyeran–. Solo es un niño. A ver cuándo aprendéis a luchar contra los de vuestro tamaño.

–¿Qué has venido a buscar aquí? –preguntó Jabbar con una mueca de desprecio en la cara–. Ya lo sé, has venido a robarnos nuestra comida, sucio hazara.

–No, no, de verdad. –Hassan sacó un trozo de pan de su bolsillo y se lo ofreció a Jabbar–. Toma, es todo lo que tengo. Por favor, quiero irme a casa.

–No le hables en ese tono –le contestó Abdul Aziz–. Muestra un poco de respeto hacia tus superiores.

Jabbar volvió a azotar al niño con la vara, pero en esta ocasión le pegó en las nalgas.

–¿Cómo quieres que coma algo de un hazara? Vosotros solo coméis ratas. Eso es lo que eres, un comerratas.

Hassan alzó un momento la cabeza y Saira vio lágrimas corriendo por sus mejillas. Estaba tan asustado que se había orinado encima.

–¿Sabes lo que comen las ratas? –inquirió Jabbar.

–Comen perros y ratas –comentó Abdul Aziz, propinándole una colleja.

Saira se cogió del brazo de Mariam. El corazón le latía tan fuerte que creía que iba a explotarle.

–Mariam, ¿por qué le hacen eso?

–No lo sé, pero será por lo mismo por lo que Ramin no te quiere. –Se encogió de hombros y, aunque llevaba burka, Saira percibió cómo temblaba bajo la tela–. Muchos piensan que no sois afganos como mamá y como yo.

–¿Cuántos sucios yanquis visitan la cama de tu madre? –Jabbar soltó una risa–. Y no me mientas, que será peor para ti. A nosotros no nos gustan que nos mientan, ¿verdad que no? –Echó una rápida mirada a los seis chavales que rodeaban al niño.

Todos asintieron con la cabeza.

–Venga, arrodíllate. Y como cuentas algo te cortaremos las pelotas y se las daremos a los perros.

Hassan estaba a cuatro patas y Jabbar se subió sobre su espalda. Este comenzó a propinarle patadas en las costillas, como si fuera un caballo.

–Hoy no me apetece caminar. Vas a llevarme hasta el final de la calle. Desde hoy te nombro mi caballo. –Jabbar se quedó pensando unos instantes antes de seguir hablando–: O, mejor aún, serás el burro de Jabbar. Dime, ¿quién eres ahora?

–Soy... un... burro... –soltó Hassan con dificultad.

–Mal, muy mal. No se dice así. ¿Es que no te han enseñado modales? –Jabbar

hablaba con la cabeza muy alta. Saira se mordió el labio cuando vio que a Hassan le flaqueaban los brazos—. Claro, a los perros asquerosos como tú nadie les enseña. Pero, después de todo, no tenéis la culpa. Da gracias de que yo te enseñe.

Mariam y Saira siguieron caminando en silencio. Estaban demasiado impresionadas para hablar como si no hubiera ocurrido nada. Saira no podía dejar de pensar en ello. ¿Por qué a la gente le molestaba tanto que ella tuviera el pelo rubio o que ese niño no fuera un pastún? ¿Por qué no había más personas como su abuelo?

Para ir a la fuente, un antiguo lavadero donde las mujeres se reunían para lavar la ropa, tenían que pasar por un pequeño mercado. Saira solía entretenerse en los tenderetes, sobre todo en los que vendían fruta y verdura, siempre bajo la atenta mirada de su primo. En alguna ocasión, el abuelo se acercaba al caer la tarde para recoger lo que nadie compraba y no se podía vender al día siguiente. Como él, eran muchos los que rebuscaban entre la basura para poder comer. Al principio, a Hamid le podía el orgullo, pero con el tiempo supo llevarlo con dignidad y se hizo un experto en coger la verdura menos podrida. Luego, en casa, Bahar las preparaba lo mejor que podía.

Esa mañana, el sol brillaba con fuerza y en los puestos del mercado había mucha gente comprando. Los niños jugaban a despistar a algún tendero mientras un amigo se llevaba una granada o unos nabos al bolsillo. Junto a un tenderete, un hombre estaba cortando rodajas de un melón muy maduro y a su lado había un niño sentado esperando a que el tendero terminara. El niño se pasaba la lengua por los labios y se los mordía con nerviosismo. Esperaba ansioso. Cuando el tendero acabó, tiró las pieles al suelo y el niño las recogió, les quitó la arena que se había adherido a ellas y les dio un mordisco.

—¡Joder, niño! ¿Cuántas veces tengo que decirte que las pieles de los melones no se comen? —le recriminó el tendero alzando una mano para pegarle un guantazo, pero el niño lo esquivó sin problemas, se encogió de hombros y siguió comiendo sin importarle los gritos que profería el tendero—. Vete por ahí a comer, que me espantas a la clientela —gritó cogiendo al niño de la pechera y propinándole una patada en el trasero—. Que sea la última vez que te veo por aquí. Si quieres comer, paga como todo el mundo.

El niño salió corriendo, aunque antes de perderse en otro de los puestos le hizo un corte de mangas. Naseer soltó una carcajada.

—Yo como lo que quiero. ¿Acaso la calle es tuya? —replicó el niño comiéndose otra piel de melón. Tenía la camisa llena de chorretes y la cara mugrienta, y lamía el jugo que le resbalaba por el mentón—. Vete a comer piojos. Y a ver si adelgazas un poco, que uno de estos días vas a reventar. Y pienso venir siempre que me dé la gana. ¿Me has oído? —Soltó una carcajada y le lanzó un buen eructo.

Algunos de los hombres que compraban en los puestos de al lado se echaron a reír, para fastidio del tendero, quien se puso rojo como un tomate.

Esta era una de las pocas veces que a Mariam no le importaba llevar burka, ya que

podía reírse a gusto sin que nadie le llamara la atención. Saira oyó la respiración agitada del hombre.

–La próxima vez que te vea te corto la mano, ¿me has oído tú a mí? Aquí no queremos desgraciados como tú.

El niño volvió a hacerle otro corte de mangas y se escondió en los bajos de un camión.

–¿Están buenas las pieles de melón? –preguntó Saira con cara de asco.

–No lo sé, pero es posible que sea lo único que vaya a comer hoy. Y no pongas esa cara, ¿o es que no te acuerdas de que comimos un día pieles de patatas? –Mariam recordaba que el abuelo había buscado entre los desperdicios de las otras casas para que esa noche comieran algo.

–No es lo mismo, las patatas están buenas.

Mariam y Saira siguieron caminando hasta perder de vista al tendero, que no dejaba de gritar y clamar al cielo. A Saira le llamó la atención un puesto en el que se asaba carne de cordero. Generalmente los kabulíes no comían fuera de casa, por lo que en esos tenderetes solían comprar extranjeros.

–Mariam, ¿cuánto tiempo hace que no comemos cordero? –El olor que inundaba la calle le hizo la boca agua.

–La última vez fue en la fiesta del cordero del año pasado.

–¿Crees que este año volveremos a comerlo? –Volvió el rostro hacia su hermana con la esperanza de que se lo confirmara–. Si me porto bien, a lo mejor Ramin compra un cordero muy grande y tenemos para comer durante una semana. –Se mojó los labios varias veces–. Voy a portarme bien y cuando Ramin llegue a casa no sabrá ni que existo. Ya queda poco.

–Sí, ya queda poco para que se celebre la fiesta –dijo Mariam suspirando. Tenía tantas ganas de comer cordero como su hermana, y eso que no pasaba tanta hambre como ella.

Antes de que llegaran a los últimos puestos del mercado, oyeron gritos. Saira giró sobre sus talones y comprobó que el jaleo provenía de un tenderete de carne. Al parecer, un niño había cogido la cabeza y las patas de una gallina del cubo de los desechos, pues esa era la carne que solo querían las moscas, mientras otro niño aprovechaba el descuido del tendero para llevarse una gallina. Un hombre empuñaba un cuchillo y en su cara se reflejaba rabia contenida.

Naseer se detuvo para ver qué ocurría mientras les hacía un gesto con la cabeza a

Mariam y a Saira para que prosiguieran. Era un niño curioso, aunque, desde que perdió a su padre en una explosión, hablaba muy poco. Era alto y muy delgado, y tenía media cara paralizada.

Mariam se detuvo en seco y, antes de atender a la indicación de su primo, se agachó para ponerse a la altura de Saira.

–¿Sabes de qué acabo de acordarme? Hoy no hemos pasado por los puestos de las especias. Y si nos damos prisa te llevaré a ver la tienda de las sedas.

Dio media vuelta y echó a andar hacia la otra parte del mercado. Un anciano al que le costaba caminar tiró a sus pies el agua con la que había limpiado pieles de pollos, pero Mariam siguió caminando deprisa, sin detenerse para secárselos.

–¿Me llevarás a verlas? Sí, vamos a verlas. Cuando me case lo haré con uno de esos vestidos tan bonitos que llevan las novias y me pondré la pulsera de la abuela.

Los gritos fueron subiendo en intensidad, pero Saira parecía no darse cuenta de lo que ocurría a sus espaldas.

–Date prisa, Saira.

–Ese hombre te ha mojado los pies. Es un cochino.

–No importa. Ya los limpiaré cuando llegue a casa. Ven, conozco un atajo que lleva al puesto de las especias, pero no te separes de mí porque vamos a ir muy deprisa.

–Tenemos que esperar a Naseer.

–Enseguida viene, tú sigue corriendo.

Mariam comenzó a correr en la dirección contraria a la que iba todo el mundo. Algunos hombres chocaban con ellas, aunque Saira corría al ritmo de su hermana.

–Han pillado a un chico –dijo Naseer cuando las alcanzó–. Ha robado una gallina.

Saira movió la cabeza para saber por qué corría todo el mundo.

–Saira, no mires hacia atrás –le pidió Mariam con la respiración entrecortada–. Si me ganas, mañana te daré mi desayuno.

–Mariam, ¿por qué corre la gente hacia allí?

–No lo sé y no me importa. Saira, ¿hueles a cardamomo y a canela? –Mariam se arremangó un poco la tela del burka y sacó del bolsillo del pantalón unas cuantas monedas que Ramin le había dado esa mañana para que le comprara huevos–. Hoy vamos a comprar

canela para ponérsela al *chai*. ¿Qué te parece?

Cuando Mariam oyó un grito desgarrado de dolor, se detuvo para coger aire. Al alarido siguieron las voces alteradas de algunos hombres que pedían un médico para el niño. Echó un vistazo a la gente que se arremolinaba alrededor del puesto, y después miró a Saira, que corría sin parar para llegar la primera a la parada de las especias. Se alegró de que Saira no se enterara de lo que le había ocurrido al niño. A muchos hombres les gustaban los espectáculos en que podían descargar toda su ira mientras un niño suplicaba y gritaba que jamás volvería a robar. Si antes comentaban la última película que se había estrenado en el cine, ahora hablaban de impartir justicia como si fueran jueces.

Saira se sentó en la acera para descansar un rato. Desde allí no se veía el puesto de la carne, por lo que Mariam se sintió aliviada de que nadie comentara lo ocurrido. Un poco más allá, junto a un almacén de trigo, había una mujer con un burka azul junto a un joven taxista, y, a su lado, una mujer con un burka amarillo mendigaba con un niño en el regazo. Ambas parecían jóvenes por la agilidad con la que movían las manos.

Al otro lado de la acera había una tetería con unas cuantas mesas y sillas en la calle, donde varios hombres con turbante negro y espesa barba oscura observaban lo que ocurría en el mercado. Se pasaban la mañana bebiendo *chai* de una tetera que había encima de una mesa pequeña y bastante pringosa, y fumaban cigarrillos, que uno liaba mientras otro machacaba el tabaco.

–Mariam, he llegado la primera. ¿Me dejarás que elija yo la canela?

Mariam asintió y le dio unos cuantos afganis a Naseer para que fuera él quien se encargara de pagarlos. Saira cogió unas ramitas de canela para olerlas, se colocó una en el labio superior como si fuera un bigote, luego se puso dos nueces moscada en los ojos y se volvió hacia Mariam.

–Mariam, soy un gato.

–Saira –la riñó Mariam. Aunque no la veía, la niña supo por su tono de voz que estaba seria–, no juegues con eso, solo vamos a llevarnos un poco de canela.

Saira dejó inmediatamente la ramita en su sitio y esperó a que Mariam hiciera la compra.

–Niña, lo que cojas te lo llevas –le espetó el tendero pegándole un manotazo–. Aquí no estamos para perder el tiempo.

Naseer le dio un codazo a Saira y esta se cruzó de brazos. Después de comprar dos ramitas de canela, cruzaron hacia la tetería y se metieron en una calle estrecha en cuyas aceras se vendían desde alfombras hasta telas, pasando por sartenes y pulseras de oro. Lo que más le gustaba a Saira, más incluso que todo el oro que se exponía en algunos escaparates, eran las sedas para confeccionar vestidos de novia. Le encantaba imaginar que

el día de su boda llevaría un vestido tan bonito como el de su madre. El abuelo le había contado cómo fue la boda de Bahar, cuántas pulseras de oro llevó y cuántos invitados acudieron a ella. Hamid decía con orgullo que para ese día habían sacrificado diez corderos y que compartió con todos los vecinos la boda de su única hija.

Saira contempló el escaparate donde se exponían las telas que tanto le gustaban. Le señalaba a Mariam los colores que más la atraían y hablaba sobre cómo podría ser su vestido de boda.

–¿Qué vestido te gustaría llevar a ti?

Mariam se encogió de hombros. El vestido le traía sin cuidado. Lo único que sabía era que pasaría muy pronto, cuando tuviera la regla y pudiera formalizar la relación con Ramin.

–Aún es pronto para pensar en eso, Saira. Venga, ya hemos perdido mucho tiempo viendo telas. Démonos prisa, todavía tenemos que ayudar a mamá a bordar el mantel.

–Naseer, ¿podemos volver mañana?

–Ya veremos. Depende de la hora a la que salgamos de casa.

Cuando llegaron a la fuente había bastante cola. Naseer se retiró a hablar con un grupo de hombres que fumaban tabaco de liar. Algunas mujeres estaban sentadas en el suelo esperando su turno. Hacía frío y el aliento de Saira era blanquecino. Se frotó las manos para entrar en calor. Buscó con la mirada a alguien que conociera y le señaló a Mariam dos mujeres escondidas bajo lo que parecía una tienda de campaña que hacían con el burka para verse las caras. Su amiga Zahra estaba comprobando cuántas garrafas les quedaban por llenar a las cinco mujeres que había delante de ella.

–Ahí está Zahra con su madre. ¿Nos sentamos con ellas? –Saira dejó sus garrafas y las de su hermana al lado de la fuente para cuando le tocara el turno.

–Sí, mejor con ellas que pasar frío aquí de pie.

–Hola, Zahra. Hoy nos has ganado porque Mariam me ha llevado a ver las telas que tanto me gustan.

–Qué suerte –contestó Zahra–. Esta mañana, mi madre y yo hemos ido a visitar a una mujer que se había caído por las escaleras. Es un poco torpe, siempre le pasa lo mismo.

Mariam tocó la cabeza de la madre de Zahra, la llamó por su nombre y esta le hizo un hueco para que se sentaran junto a ellas. Saira se coló por debajo del burka de Mariam al tiempo que esta lo separaba para unirse al grupo. Dentro de la tienda improvisada hacía un poco más de calor y las mujeres aprovecharon el escondite para compartir la poca comida que tenían, ya que estaba mal visto comer en público. Mariam sacó unas cuantas uvas y

pasas que le había dado Ramin.

–¿Tienes uvas? –preguntó Zahra–. Mamá, qué buenas están las uvas.

Mariam las repartió con ellas e Ikram, la madre de Zahra, le dio un poco de *pulao*^[13] con zanahorias y pasas.

Ikram rozaba la treintena, aunque aparentaba más de cuarenta y cinco años. Tenía un aspecto bondadoso, y a Saira le gustaba estar con ella porque no la miraba con desprecio. Ikram era médico, aunque hacía años que no ejercía en un hospital. En ocasiones acudía a casas particulares para asistir a parturientas, porque las mujeres tenían prohibido ser atendidas por hombres.

–Se te ve un poco cansada, Mariam. ¿Pasa algo que deba saber?

Mariam miró a Saira y confió en que esta no dijera nada de lo que ocurría en casa. Nadie sabía que compartía habitación con Ramin.

–No, lo que pasa es que todavía echamos de menos al abuelo.

–¿Cómo está tu madre después de su pérdida?

–Está bien, dentro de lo que cabe. La muerte del abuelo fue una sorpresa –respondió Mariam adelantándose a Saira. Mientras hablaba, trataba de quitarse un hilo inexistente del pantalón–. Todavía le cuesta dormir por las noches.

Saira sabía que había ciertas conversaciones en las que no participaba por ser demasiado pequeña, así que se acercó a Zahra, que solo tenía un año más que ella, para jugar a las tabas y cuchichear.

–¿Cómo se porta Ramin con vosotras? ¿Es un buen hombre? –Aunque Ikram trataba de buscar la mirada de Mariam, esta parecía no levantarla del suelo.

–Ramin cuida de nosotras. Ahora es el hombre de la casa.

–Ya, entiendo. Hace tiempo que no nos vemos –siguió diciendo Ikram, que no perdía detalle de los gestos de Mariam–. Desde la muerte de Hamid.

–Estamos muy ocupadas. –Aunque Ikram era una amiga de toda la vida, Mariam no quería comentarle que Ramin apenas les daba dinero para comer y que Bahar se pasaba el día bordando para sacar unos cuantos afganis–. Ahora estamos bordando un ajuar para la hija de una mujer que tiene mucho dinero y ha oído hablar de la habilidad de mamá. Es una suerte que cada vez se conozcan más nuestros bordados. –Se calló un instante–. ¿Cómo fue el parto de Fátima? He oído que al fin ha tenido un niño.

–El parto fue un poco complicado porque aún no ha cumplido quince años y ya es su

segundo hijo. Todavía está guardando cama porque perdió sangre. Ya sabes, al no disponer de las condiciones adecuadas, los partos pueden complicarse. Espero poder atender el tuyo cuando te cases.

Saira dejó de jugar unos momentos para prestar atención a la conversación de su hermana. Se mordió el labio inferior y optó por seguir callada.

–Aún no he menstruado –repuso Mariam bajando de nuevo la vista al suelo y llevándose un mechón de pelo detrás de la oreja–. Mamá está muy preocupada por eso; dice que así es muy difícil encontrar marido.

–Si aún eres una niña. ¿Cuántos años tienes? –preguntó otra mujer que se llamaba Najma–. ¿Once?

Najma se había doctorado en biología molecular por Cambridge, una carrera que a efectos prácticos no tenía ningún sentido en Kabul. Años atrás, cuando los talibanes llegaron al poder, fue de las primeras mujeres que quiso huir, pero la pillaron en la frontera de Pakistán con su marido y sus hijas. A ella la metieron en la cárcel y su familia simplemente desapareció, como tantas otras en Kabul. Najma había salido de la cárcel hacía apenas tres meses y desde entonces vivía en casa de Ikram, pues de la suya solo quedaban dos paredes en pie.

–Ya no soy una niña. Tengo casi catorce años. Los cumpla el mes que viene.

–Ya no me acordaba de los años que tenías. Estás tan poco desarrollada... Y, ahora que lo dices, sí, es un poco extraño –reflexionó Ikram–. Deberías tomar infusiones de ruda. Si luego pasas por casa, te daré unas cuantas hojas. Debes tener cuidado con las dosis porque puedes sufrir diarreas.

–Muchas gracias –respondió Mariam–; iremos a mediodía.

Zahra se levantó cuando una mujer comentó que era su turno.

–Tomad, termináoslo vosotras. –Ikram les ofreció el *pulao* que tenía en una hoja de papel de estraza–. En casa todavía nos queda un plato para cada una.

Mariam y Saira siguieron sentadas mientras devoraban el arroz. De vez en cuando, Saira miraba a su hermana, esperando que le explicara por qué le había mentado a la madre de Zahra.

–Qué bueno está, ¿verdad, Mariam?

Esta asintió sin replicar y sin levantar la mirada del arroz.

–Mariam, ¿después iremos a casa de Zahra? –Esperó unos segundos antes de añadir–: Zahra me ha dicho que tiene una cosa para mí. Es un *salwar kameez*^[14] que se le

ha quedado pequeño. Luego se lo diremos a Naseer.

–Vale –le contestó de forma automática, aunque tenía la mente en otra parte.

–También me ha dicho que me dará un chaleco de lana para ahora que viene el invierno. Ikram y Zahra siempre se han portado muy bien con nosotras.

–Sí, es cierto –dijo levantándose del suelo y quitándose la arena del burka–. Creo que ya nos toca.

–Todavía hay tres mujeres delante de nosotras.

–No importa. No me apetece esperar sentada.

Naseer, Mariam y Saira volvieron a casa por la puerta de atrás, aunque el camino era más largo; cualquier cosa con tal de no encontrarse de nuevo con Jabbar. Caminaron sin hablar, y Saira temía haber dicho algo que hubiera molestado a su hermana. De vez en cuando, Mariam se llevaba las manos al estómago, como reprimiendo una arcada. Una vez que traspasaron la puerta del patio, Mariam se quitó el burka, fue hasta el único ciruelo que todavía daba frutos en ese jardín marchito y se apoyó en el tronco. Entonces comenzó a vomitar, y Saira le sujetó la cabeza para que no se ensuciara el pelo.

–¿Qué te pasa, Mariam? Deja que lleve las garrafas a la cocina. Descansa un poco. Tienes mala cara. Ya te lo ha dicho Ikram. Luego le diremos que te encuentras mal, a ver qué puede darte.

–No es nada –repuso Mariam secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa–. Habré comido mucho. Venga, vamos a la cocina a preparar la comida.

–No, mientras tú descansas yo te lavo las zapatillas y luego preparo la comida. Por favor, no te pongas mala.

–No es nada, de verdad. Solo necesito descansar un poco. Cuando termines de lavar las zapatillas iremos a casa de Ikram.

En cuanto entraron en casa, Mariam pudo respirar tranquila. Su madre había limpiado la casa, la había ventilado y ya no olía a Ramin. Cerró todas las ventanas y se sentó en una silla de la cocina. Bahar la miró, aunque no le preguntó nada. Se sentó junto a ella y la cogió de la mano. Las tenía frías, tanto como la mirada.

–Nos hemos encontrado a Zahra y a su madre. También estaba Najma –dijo Saira llenando una jofaina con agua para limpiar las zapatillas de Mariam–. Luego iremos a su casa para que me dé un chaleco y a Mariam unas hierbas que la ayudarán a ser mujer.

Bahar siguió sentada al lado de su hija mayor mientras Saira le contaba que habían pasado por la calle de las telas.

–¡Ah! Casi se me olvida –replicó Saira–. Hemos comprado dos ramitas de canela. ¿Podemos ponerlas ahora en el té? Por favor, hace mucho tiempo que no lo tomamos con canela.

Bahar se levantó para echar otro tronco a la estufa.

–Estás helada –le dijo Bahar a Mariam, retirándole un mechón de pelo de la cara–. Saira, corre al patio y trae un poco más de leña. Tu hermana no se encuentra bien. Cuando vuelvas, puedes ir a casa de Ikram.

–¿Mariam no va a acompañarme?

–Sí, iré contigo –repuso Mariam antes de que su madre pudiera contestar a Saira–, pero deja que descanse un poco. Naseer ha dicho que volvería dentro de un rato para acompañarnos.

Saira regresó del patio con tres leños. Bahar estaba pelando dos berenjenas, las únicas hasta que Ramin le diera dinero. Desde hacía unos días, Bahar intentaba que le diera unos cuantos afganis más para comprar comida, pero Ramin le contestaba que él no tenía la culpa de que ella malgastara su dinero y que tampoco tenía los bolsillos llenos de billetes, como los yanquis.

Cuando su primo llegó, Mariam y Saira se fueron con él a casa de Ikram. Mariam parecía haber recuperado el color de la cara.

–Cuando lleguemos, deja que hable con Ikram, tengo que comentarle una cosa. Tú puedes ir a la habitación de Zahra a jugar un rato.

–Como tú digas, Mariam.

No estuvieron más de una hora en casa de Zahra e Ikram, y sin embargo ambas salieron mucho más tranquilas de lo que habían entrado. Saira llevaba puesto el chaleco que había sido de Zahra; la niña le aseguró a Ikram que no se lo quitaría hasta que llegara el verano. Además, salieron contentas no solo por cómo las trataba Ikram, sino también porque les había dado semillas de sésamo y un poco de yogur que había elaborado con leche de cabra.

–Espero que te abrigue –dijo Ikram.

–Muchas gracias por todo –se despidió Mariam cogiendo dos paquetes, uno para ella y otro para su primo Naseer, que esperaba en la calle–. Mi madre y mi tía te estarán muy agradecidas por todo lo que haces por nosotras.

–Volved cuando queráis. Esta es vuestra casa.

El olor a jazmín del arroz inundaba la cocina. Cuando Mariam y Saira llegaron,

Bahar estaba sentada en una silla, bordando las sábanas del ajuar de la hija de un hombre rico. Llevaban casi un mes trabajando en varios juegos de sábanas, tres manteles y ocho juegos de toallas con sus respectivos albornoces. Con el dinero que recibían podían sobrellevar el hambre.

–Mamá, Ikram también nos ha dado un poco de yogur y unas semillas de sésamo.

–Vamos a comer. Mañana tenemos que entregar este trabajo y todavía queda mucho por hacer. –Bahar cogió el tarro que le daba Saira, lo destapó y echó una cucharada en el arroz.

–Ikram ha dicho que era solo para nosotras.

–Saira, Ramin comerá lo que comemos nosotras –replicó Bahar–. Ahora siéntate y come en silencio. Hoy me duele la cabeza.

Saira esperó sentada a que su madre le pusiera un plato de comida. Bahar hizo cuatro partes, aunque no iguales. El plato más grande se lo reservó para Ramin, y, de los otros tres, el más pequeño fue para Saira. Cuando terminaron de comer, Saira se levantó para preparar el té y para lavar los platos en el patio de atrás. Había dos jofainas encima de unas tablas, donde lavaban la ropa y los platos. En cuanto estuvo el té, Saira dejó lo que estaba haciendo y le dio un sorbo. Al regresar a la cocina, Mariam y su madre ya se habían puesto a bordar. El té seguía caliente y dejó que el calor de la taza le calentara las manos.

Durante toda la tarde permanecieron en silencio, salvo por algún versículo del Corán que recitaba Saira:

–¡Bendito sea Aquel que puso en el cielo constelaciones y una lámpara y una luna luminosa!

–Bendito sea –respondía Bahar con la mirada fija en los bordados.

La única que permanecía callada era Mariam. La tarde caía y, a medida que la luz se retiraba, ella iba encogiéndose en la silla. Había comenzado a temblar. El fuego, al igual que la tarde, se había ido apagando.

–Voy a avivar el fuego. Creo que esta noche va a hacer mucho frío –dijo Mariam.

Desde la cocina oyeron el chirrido de los goznes de la puerta metálica del patio. Ramin llegaba arrastrando los pies. Saira miró a Bahar. Por la expresión de su madre, supo que había bebido, aunque estuviera prohibido para los de su religión. Corrió a guardar las sábanas que estaban bordando y se escondió detrás de una puerta.

Antes de abrir la puerta de casa, las tres oyeron cómo se dirigía a Saira:

–*Kharami*, deja de cacarear y dile a la *cuti gori* de tu madre que vengo con hambre.

–Soltó un eructo–. Las mujeres sois una desgracia para nuestro país. Sois bocas que alimentar y manos que no trabajan.

Bahar le abrió la puerta al tiempo que Mariam le acercaba unas zapatillas. Le preguntó si había tenido un buen día, pero Ramin la apartó de un empujón. Mariam se sujetó al marco de la puerta para no caer al suelo.

–Hoy has llegado más pronto –se excusó Mariam, y corrió a calentar un poco de agua para que hiciera sus abluciones.

Para cuando Ramin se sentó a comer, la mesa estaba lista. Bahar y Mariam se quedaron de pie esperando a que él terminara de cenar. Saira casi nunca veía cómo comía, y pensó que no se perdía nada; era como ver comer a un perro.

Ramin engulló hasta el último grano de arroz y reclamó más comida. Mariam se apresuró a servirle las berenjenas que Bahar había cocinado por la mañana.

–Están frías –dijo él dando un golpe en la mesa.

Giró la cabeza buscando a Bahar y, en cuanto sus miradas se encontraron, se levantó con una mueca de asco, la cogió por la pechera y la zarandó. Después le agarró una mano y la colocó en la mesa para pegarle un puñetazo. Bahar gimió de dolor. Afortunadamente, Mariam no oyó crujir ningún hueso.

–Por favor, Ramin –le suplicó la chica–, por favor, no le hagas daño. Ya están calientes. Perdóname, ha sido culpa mía –le murmuró con dulzura.

Ramin pareció calmarse.

–Esta mañana he encontrado a alguien que podría comprar a la *kharami* –comentó él.

Mariam se volvió hacia Ramin, aturdida.

–Me ofrecen una buena cantidad por ella.

–Ramin, todavía no ha cumplido nueve años. ¿Cómo vamos a casarla si todavía no es una mujer?

–¿Crees que somos ricos? Mejor casarla ahora y no esperar a que sea una mujer. No puedo fiarme de las mujeres de esta familia, porque mírate tú. –Le hizo un gesto con la mano que mostraba un profundo desprecio–. Cinco años más comiendo gratis.

–Pero Saira no sabe cómo comportarse con un hombre.

–¿Crees que soy tonto? Es lo último que me faltaba por escuchar en mi casa. –

Ramin agarró a Mariam del pelo—. Que soy tonto y que tú eres más lista que yo.

—No, no he dicho eso...

—Las mujeres sois todas iguales. Ya nacéis enseñadas.

Ramin la soltó.

—Podemos esperar un año, solo un año, y te juro que no notaremos que vive con nosotros. No me la quites, por favor.

—Sois como las gallinas, que al menor descuido picotean la mano que les da de comer. —Arrastró la silla, que cayó al suelo, y se tambaleó, pero Mariam lo agarró de la cintura para que no perdiera el equilibrio. Él la apartó y se dirigió a la puerta tras la que estaba escondida Saira. A Ramin le temblaba la mano, y Saira rezaba para que fallara el golpe que iba a propinarle, pero cuando su mano tocó la cara de la niña la tumbó de espaldas—. Pasarás la noche fuera como las gallinas. Y tú, Mariam, cacarea todo lo que te dé la gana, pero no quiero verla en esta casa. Ya sabes, o la vendo o se queda en la calle.

Entonces Ramin abrió la puerta de atrás, la levantó del suelo por el antebrazo y le pegó una patada en el trasero. Saira volvió a caer al suelo y notó el sabor de la tierra húmeda. Bahar le suplicó varias veces que no la hiciera dormir en el patio porque la noche iba a ser muy fría. También le dijo que Saira solo era una niña estúpida que ya había aprendido la lección.

—A mí no me engañas. Esa *kharami* es igual que tú. Seguro que en cuanto me descuido te paseas con todos los extranjeros que encuentras. ¿Qué te dan ellos que no te dé yo, un hombre de verdad? Dime, mujer, ¿por qué no me diste un hijo, por qué les diste a esas ratas inmundas lo que a mí no pudiste?

Y tras estas palabras Bahar acabó en el patio, al lado de Saira y con el labio partido.

—Ramin, por favor, no podemos echarlas a la calle —rogó otra vez Mariam. Se oyó un golpe fuerte y un grito—. Esta es nuestra casa.

—El hombre de esta casa soy yo, y yo decido qué se hace y qué no. Y que sea la última vez que cuestionas mis decisiones delante de nadie, y menos delante de esa bastarda. Pueden quedarse en el gallinero, pero no quiero volver a verlas dentro de casa. Es más de lo que haría cualquier *americaní*. Da gracias de que muestro misericordia.

—Muchas gracias, Ramin —dijo con un hilo de voz—. Eres muy generoso.

Bahar arrastró a su hija hasta el gallinero. No se estaba tan caliente como en la cocina, pero al menos no pasarían la noche a la intemperie. Una vez dentro, Bahar empezó a recitar una y otra vez:

–No puedo, estoy seca, ellos me lo arrebataron todo.

–¿Quiénes te lo arrebataron todo? –quiso saber Saira.

–Los hombres que entraron en casa me lo quitaron todo...

Al final, Bahar se quedó dormida en los brazos de Saira mientras la pequeña le acariciaba la cabeza. Saira no entendía por qué su madre decía que estaba seca. Habría dado lo que fuera por comprender el mundo de los mayores. Se limpió las lágrimas y se tocó la mejilla. Se le había hinchado tanto que apenas podía abrir el ojo. Se pasó media noche rezando para que Ramin desapareciera de sus vidas y la otra media oyendo la furia de Ramin. No comprendía lo que decía, pero desde luego no estaba dispuesta a que nadie la vendiera.

13. Arroz.

14. Vestido

CAPÍTULO TRES

La noche había sido larga para todos, pero a Saira se le hizo eterna. No recordaba que fuera tan oscura, tan llena de sombras. Además, las estrellas ni siquiera habían salido a colorear el cielo. Si al menos hubiera visto a su abuelo saludarla desde allá arriba, la espera habría sido menos dura. Cuando las horas se hicieron insoportables, contó los segundos de un minuto, pero por más que trató de dormir no pudo dejar de pensar en que Ramin quería venderla. Un dolor sordo e intenso le recorría la mejilla derecha hasta alcanzar el ojo, aunque le dolía más el corazón que el golpe. Tenía la garganta seca de tanto llorar y un sabor amargo en la boca. Esa noche la asaltaba una y otra vez el temor de estar lejos de Mariam, de su casa, de los pocos buenos recuerdos que tenía.

Con las primeras luces del alba, Bahar abrió los ojos y se abrazó a Saira. Al igual que la niña, ella tampoco había dormido bien, pues se había pasado gran parte de la noche pensando en qué debía hacer con su vida. Tenía tanto miedo como su hija pequeña. Entonces dijo algo que desconcertó a Saira, pues era la primera vez que le mostraba ternura.

–No dejaré que ese malnacido te venda. Aunque sea lo último que haga en esta vida, pero no dejaré que te venda.

–Mamá, tengo miedo.

Bahar se incorporó y adoptó el gesto duro que Saira recordaba.

–Yo también, yo también tengo mucho miedo, hace años que lo tengo, pero debemos ser fuertes.

–¿Qué vamos a hacer?

–Lo primero es curarte el golpe cuando se levante Ramin. –En la mirada de Bahar no había dudas: no malgastaría ni un segundo más de su vida en esconderse como un animal–. Está un poco hinchado. Todavía me queda un poco de pomada de árnica.

–¿Y luego? Yo no quiero irme de casa, no quiero que me venda a un hombre que no conozco.

–Ahora solo nos queda esperar. Pronto se levantará, y en cuanto lo haga entraré en casa. No tardará en marcharse; no suele perderse la primera oración del día.

Saira volvió a contar los segundos eternos que había hasta llegar a un minuto. No supo cuánto tiempo pasó, pero los gallos ya hacía rato que cantaban. Al fin oyeron los primeros portazos en la casa y cómo Mariam trataba de calmar a Ramin con palabras dulces.

Bahar se levantó llevándose las manos a los riñones. Estaba dolorida, aunque no

emitió ni un gemido.

–Espera aquí. Mariam vendrá ahora.

–¿Adónde vas, mamá? No vayas, por favor, te pegará otra vez. No me importa esperar a que se marche.

–No, Saira, no tengo otra opción. Me da igual lo que me haga, y no voy a consentir que os ponga otra vez la mano encima.

Bahar se dirigió a la casa con la cabeza alta. Saira admiró la determinación de su madre, que, aunque temblaba al caminar, no vaciló cuando abrió la puerta de la cocina. Mariam salió en cuanto los gritos se calmaron. Caminaba un poco encogida y en las manos llevaba un trapo blanco con el que se enjugaba las lágrimas. Al llegar al gallinero, Saira se abrazó a ella sin parar de llorar. Permanecieron un rato de esta manera; se necesitaban tanto como el aire que respiraban.

–Deja que te vea. –Mariam le levantó el mentón para comprobar la herida.

–No es nada. –La niña trató de quitarle importancia al ver que el rostro de Mariam también tenía marcas–. Deja que yo te cuide a ti. Estás muy pálida y un poco caliente.

–Estoy bien, Saira. Me preocupaba no saber de ti, de vosotras, esta noche. ¿Has pasado frío?

–No mucho. Mamá me daba calor –mintió.

–Menos mal que llevabas puesto el chaleco que te dio Ikram. Lo siento, mi niña, lo siento mucho. –Mariam volvió a romper a llorar.

–Tú no tienes la culpa de nada; no tienes por qué llorar.

–Ven, deja que te dé un poco de calor. También tengo unas manos mágicas, ¿no te lo dijo el abuelo?

–Sí, el abuelo lo decía, y también decía que tú eras como un ángel. Yo también lo creo. Eres muy buena conmigo y con mamá... incluso también lo eres con Ramin.

Mariam se secó las lágrimas que no podía controlar.

–El abuelo decía cosas muy bonitas –respondió Mariam.

–Sí –confirmó Saira–. ¿Sabes de qué están hablando mamá y el cara de rata?

A Mariam se le escapó la risa. Lloraba y reía a partes iguales.

–¿Aún te quedan ganas de bromear después de lo que pasó anoche?

–¡Es que se comporta igual que las ratas! Pues ¿sabes lo que te digo? Si quiere venderme, me escaparé de esa casa y volveré otra vez a tu lado. A mí no me importa vivir en un gallinero. Ya no le tengo miedo a la oscuridad. –Era mentira, pero no quería preocupar más a su hermana.

–No, Saira, nunca se te ocurra hacer eso porque podrías recibir un castigo del que te arrepentirías toda la vida. Prométemelo, por favor.

–Es que yo quiero quedarme siempre a tu lado.

–Yo también quiero que estés siempre a mi lado, pero las cosas no son como nosotras quisiéramos.

Saira sufrió un escalofrío que no se debía al frío de la mañana y terminó por encogerse de hombros.

–Bueno, te lo prometo –murmuró la niña, aunque no estaba segura de la veracidad de esa promesa–. ¿Qué ha pasado?

–De momento no va a casarte. –Saira suspiró y volvió a abrazarse a su hermana–. Lo he convencido para que lo atrase. Le he dicho que cuando seas mujer podría encontrar un marido mejor y por una vez me ha dado la razón. –Mariam secó las lágrimas de su hermana.

–¿Y si me casa con un hombre que vive en Kandahar o en Jalalabad? Ya no nos veríamos nunca más.

Mariam respiró lentamente. Esa era una de las posibilidades que tanto temía, pero no podía hacer nada al respecto. Confiaba en que poco a poco, con el paso de los meses, Ramin la escuchara un poco más y tuviera en cuenta su opinión.

–Ahora no tenemos que preocuparnos de esa cuestión. –Mariam quiso zanjar el tema.

–¿Ha pasado algo más en la cocina?

–No lo sé, cuando mamá ha entrado en la cocina, Ramin estaba sentado y ella se ha puesto a calentar agua. Le ha suplicado otra vez que te dejara vivir un año más aquí.

Saira sentía los escalofríos de Mariam.

–Después se ha puesto a hacerle el desayuno.

–¿Y qué va a pasar ahora? –Saira abrió los ojos con la esperanza de que Ramin

cumpliera su palabra.

–No lo sé. Con Ramin no podemos estar seguras de nada. De todas maneras, prefiero quedarme un rato aquí contigo y esperar a que se marche.

Y tras la tormenta llegó una calma aparente. Ramin salió de la casa como si nada hubiera ocurrido entre aquellas paredes. Bahar estaba preparando té cuando Saira y Mariam entraron en la cocina. La mujer sentó a Saira en una silla, le puso una manta por encima e hizo que Mariam buscara la pomada de árnica. La niña tenía los miembros ateridos y los labios morados.

–Hay que calentar agua para lavarte esa herida y para que entres en calor. Todo va a cambiar –se dijo para sí al tiempo que ponía una bolsa de agua caliente en el estómago de su hija pequeña–. Tómate primero una taza de té, acabo de recalentarlo. Le he puesto mucha canela, como a ti te gusta. Te sentará bien.

Saira quiso sonreír, pero era tanto el dolor que sentía que solo alcanzó a asentir con la cabeza. Su madre no solía tener detalles con ella, y dos en el mismo día era muy extraño.

–Hoy nos quedaremos aquí. Todavía tenemos que terminar las sábanas del ajuar.

Mariam sacó una bandeja de mimbre donde habían ido colocando las piezas que terminaban del ajuar y Bahar comprobó que Mariam había acabado de bordar la última sábana.

–Solo nos queda plancharlas –dijo Mariam.

–¿Te has pasado toda la noche bordando? –le preguntó Bahar.

–Sí, después de que Ramin se durmiera. –En el rostro de Mariam se podía observar el cansancio acumulado, aunque Bahar percibió que también estaba muy pálida–. Podremos entregar el trabajo a tiempo, tal como habíamos acordado.

Bahar miraba a Mariam con detenimiento.

–¿Te encuentras bien? Parece que tengas fiebre.

Mariam le restó importancia esbozando una sonrisa mustia.

–Solo necesito descansar un poco. Cuando regresemos del mercado me tumbaré un rato y luego iremos a por agua.

–Si es solo eso, de acuerdo, pero podrías descansar un rato mientras tu hermana y yo vamos a casa de Jadiya para que planche el ajuar.

–No, iremos Saira y yo –respondió soltando un suspiro, como si le costara respirar–.

De verdad, estoy bien.

–Entonces, antes de que os vayáis al mercado os prepararé algo de comer. Ramin no ha dejado nada.

Mariam se encogió de hombros, como si no le importara que no tuviera detalles con ella. Cogió un tronco y lo metió en la estufa para avivar el fuego. Permaneció unos segundos con la mirada perdida en las llamas que iban lamiendo poco a poco la madera.

–¿Todavía queda yogur? –quiso saber Saira mientras se sujetaba con fuerza la bolsa de agua caliente contra el estómago.

La pregunta sacó a Mariam de sus pensamientos.

–Sí, ni siquiera se fijó en que había postre. Tuve que acostarlo cuando os echó al patio.

–¿Podemos desayunar un poco?

–Sí, Saira –respondió Bahar–. Desayunaremos ahora.

Tras poner tres tazones con yogur y llenar tres vasos de té, Bahar recogió la cocina y preparó la cesta para que Mariam la llevara a casa de Jadiya, que era la única mujer del barrio que planchaba ropa por encargo y tenía una lavadora que podían usar. Comprobó que todo estuviera bien y que no faltara ninguna pieza antes de que Mariam se dispusiera a arreglarse. Saira le seguía los pasos. Había algo extraño en su hermana, y no eran solamente los dos círculos negros que rodeaban sus ojos. A Mariam le ocurría algo. Su madre y ella la habían encontrado más lívida de lo normal, y, a medida que pasaban los minutos, su piel cetrina iba adquiriendo un color mortecino. Una fina capa de barniz cubría de sudor su frente y su labio superior.

–¿Te encuentras mal? –le preguntó Saira.

Mariam negó con la cabeza, aunque no pudo sofocar una arcada, y se sujetó a la pared para no caer al suelo.

–Voy a llamar a mamá... –Pero, antes de que Saira saliera corriendo, Mariam se llevó las manos al estómago y vomitó–. ¿Qué te pasa?

–No lo sé, hace tiempo que me duele aquí. –Se llevó una mano al costado derecho y cayó de rodillas al tiempo que soltaba un gemido.

Saira pidió ayuda a gritos a su madre. Cuando Bahar llegó, Mariam estaba encogida sobre sí misma y temblaba.

–Ve a buscar a Ikram. Sabía que no estaba bien.

Saira corrió hasta su habitación, se colocó el hiyab y salió a la calle sin detenerse hasta que llegó a casa de Naseer.

–Mariam no se encuentra bien –afirmó bajando la vista al suelo para intentar ocultar el golpe en la cara–. Tenemos que ir a casa de Ikram.

Naseer asintió, cogió un chaleco y acompañó a Saira hasta la casa de Ikram. Ni siquiera le preguntó qué le había pasado; se limitó a hacer lo que mejor sabía: permanecer callado.

Fue Zahra quien abrió la puerta de la casa. La niña lanzó un grito cuando vio en qué estado estaba el rostro de su amiga.

–Mi hermana está enferma, le duele mucho la barriga –soltó atropelladamente.

Ikram salió a la carrera cuando oyó la voz de Saira.

–Cálmate y respira hondo. ¿Qué te ha pasado en la cara?

–Mi hermana se encuentra mal, ha vomitado y le duele mucho la barriga.

–¿Y a ti qué te ha pasado?

Saira no sabía qué contestar. Se llevó una mano a la mejilla hinchada. No se había parado a pensar qué excusa pondría cuando alguien le preguntara por ello. Como Saira no contestaba, Ikram se adelantó a la respuesta de la niña:

–¿Ha sido Ramin o te has dado un golpe con la puerta?

–Me he golpeado con la puerta.

–Entiendo. –Ikram apretó los puños con rabia.

En ese instante, Saira recordó todas las ocasiones en que su madre decía que se había golpeado con una puerta o se había caído por las escaleras. ¿A cuántas mujeres les ocurriría lo mismo?, se preguntó.

–Ven a la cocina y caliéntate un poco. Deja que te vea. Hassan todavía no se ha ido al hospital, estábamos tomando *chai*.

Enseguida llegó Hassan, el marido de Ikram y médico como ella, que sacó un estetoscopio de un viejo maletín de cuero. Le pasó el material a su mujer, aunque Saira, en un acto reflejo, dio un paso hacia atrás y se apoyó en una silla al tiempo que la mujer le miraba la herida con una linterna. Palpó la mejilla con cuidado mientras apretaba los dientes con irritación.

–¿Ramin te ha puesto la mano encima? ¿Ha sido ese canalla? –Era una pregunta retórica, pues ya conocía la respuesta–. ¿Alguien te ha puesto hielo en la cara? La inflamación ha bajado un poco.

–No, a mamá se le olvidó ponerme hielo anoche... estaba un poco cansada, pero esta mañana me ha puesto una pomada de árnica.

–¿Qué pasa, Saira? –preguntó Ikram intuyendo que había algo más–. ¿Qué pasó anoche?

Saira tragó saliva y parpadeó varias veces ante las preguntas de Ikram. La niña iba encogiéndose en la silla hasta que Ikram comprendió que Saira no hablaría.

–Lo siento, pequeña –replicó peinando unos cabellos que se le habían salido del hiyab.

¿Qué sentido tenía pegar a una niña? ¿Era así como se demostraba la hombría? ¿Qué pasaría en la casa de Hamid para que Saira no soltara prenda?

–Y tu madre y tu hermana –se interesó Hassan–, ¿cómo se encuentran?

–Mamá está bien –se atrevió a decir Saira. Creía que de esta manera ni Ikram ni su marido volverían a preguntarle y se contentarían con la respuesta que les había dado–. Pero ahora tenemos que ir a mi casa. Mariam se encuentra muy mal. Por favor, no dejes que se muera.

–Sí, vámonos ya.

Antes de salir, Ikram cogió su material médico y le dio a la niña una pastilla y un vaso de agua.

–Esto calmará un poco el dolor. –Mientras Saira se lo bebía, Ikram sacó unas cuantas pastillas de un bote–. Solo puedo darte cinco. Tómate una cada doce horas, pero si te duele mucho puedes tomártelas cada ocho. Dame un minuto para que me ponga el burka.

En cuanto Ikram y Zahra estuvieron preparadas, salieron a la calle. Hassan y Naseer iban delante hablando mientras Saira intentaba que Ikram siguiera el paso de los hombres. Era un día gris. Debía de ser poco más de las ocho y media de la mañana y el sol todavía parecía adormecido. Una bruma cubría las calles. Ikram iba agarrada de la mano de su hija, quien la guiaba. De todos modos, la mujer tenía mucha más experiencia que Mariam a la hora de llevar burka.

Saira entró corriendo en el patio, abrió la puerta de la casa y llamó a su madre. Hassan y Naseer se quedaron en el patio.

–Mamá, Ikram ya está aquí.

Ikram y Zahra entraron tras Saira, y esta las guió hasta la habitación de Bahar. Ikram se quedó parada ante la puerta y negó con la cabeza, pero entonces Bahar bajó la mirada y su amiga comprendió por qué se encontraba Mariam en la habitación de matrimonio. Ikram respiró hondo antes de traspasar el umbral.

Mariam tenía los ojos vidriosos y estaba encogida encima de la cama. Ikram le contó las pulsaciones y le puso un termómetro bajo la axila.

–¿Ha tomado mucha infusión de ruda? Estaba preocupada por no haber tenido su primera regla –dijo Ikram–. Es para ir descartando síntomas. Podría haber sufrido una intoxicación.

–No, que yo sepa solo tomó una taza ayer por la tarde.

–Tiene el pulso muy débil y casi cuarenta de fiebre. –Presionó la parte derecha de su abdomen y retiró con cuidado el camisón, dejando visible solo el lado derecho. Mariam profirió un grito.

–¿Qué tiene? –preguntó Bahar–. Si no es una intoxicación, ¿qué puede ser?

–Me temo que es apendicitis. Es más grave de lo que pensaba. Hay que extirpárselo inmediatamente porque podría complicarse con una peritonitis...

–¿Eso quiere decir que podría morir? –repuso Bahar.

–Si no se la opera enseguida, me temo que sí.

Bahar se llevó una mano al pecho y se sentó encima de la cama. No sabía si podría soportar una nueva pérdida. Solo le quedaría Saira, la niña que nunca debió nacer. Buscó la mirada de su hija pequeña, que estaba acurrucada en un rincón y no dejaba de observar a Mariam. Si ocurría lo peor, tanto a Bahar como a Saira les costaría superar la muerte de Mariam. ¿Qué sería de ellas? Pero, sobre todo, ¿qué iba a ser de una niña marcada como Saira?

–¿Qué vamos a hacer? No podemos llevarla a un hospital, no la admitirán. Y no tenemos dinero para pagarte. –Bahar sacó un anillo de oro, un regalo de Said–. Esto es lo único que me queda de valor. Tómalo y salva a mi hija.

–Bahar, por favor, me ofende que hagas esto. Sabes que no lo hago por dinero. Guárdate la alianza.

–¿Y cómo voy a pagarte?

–Bahar, ¿cómo podría mirarte a la cara si yo me quedara con algo tan valioso como ese recuerdo de Said? No te preocupes, en casa al menos entra el sueldo de Hassan. Ante todo somos amigas. Nunca lo olvides.

–Gracias. No sé cómo podré pagártelo.

–Bastante mal estamos ya nosotras como para andar pensando en esas cuestiones – contestó Ikram–. Las mujeres deberíamos apoyarnos más. Mientras me queden fuerzas para luchar, no quiero cerrar los ojos y pensar que nosotras estamos bien, cuando no es cierto. – Le acarició el brazo a su amiga–. Y basta ya de chácharas y de ponernos melancólicas. Tu hija nos necesita.

–Me alegra saber que al menos hay alguien que mantiene la cabeza en su sitio. – Bahar se cubrió la cara con las manos unos instantes–. Hace años que no encuentro mi lugar. ¿Qué ha sido de mi vida, Ikram? ¿Qué vamos a hacer con mi hija?

–Es cierto que no la admitirán en el hospital, pero podemos traer material quirúrgico a casa. –Ikram reflexionó un momento antes de seguir hablando–. Vamos a hacer lo siguiente: Hassan irá al hospital mientras tratamos de bajarle la fiebre y nos traerá algunas medicinas y material quirúrgico. Vamos a necesitar mucha agua y lejía para limpiar primero la habitación. Es mejor no moverla a ella de donde está.

–Y yo, ¿qué puedo hacer? –preguntó Saira. Se había levantado del rincón en el que había permanecido desde que había llegado y se movía de un lado a otro sin dejar de retorcerse los dedos y de morderse los labios.

–Tenemos que entregar el trabajo para no perder ni un afgani –dijo Bahar. Quería que Saira estuviera ocupada en algo, y qué mejor manera que enviarla al mercado. De ellas dos, quizás la pequeña era la que peor estaba pasándolo–. Ya sabes que si nos retrasamos un día no nos pagarán lo acordado. Naseer te acompañará. Le daremos unos afganis de más.

La niña asintió. Naseer se alegraría cuando Bahar le entregara un poco más de dinero.

–Antes tienes que ir a casa de Jadiya para que arregle el ajuar; no podemos entregarlo así.

–Sí, mamá, ya sé qué hay que hacer. He acompañado a Mariam muchas veces.

–Está todo preparado encima de la mesa de la cocina. En cuanto tengas el dinero, regresa enseguida a casa. Luego debes ir a la fuente a por agua.

–Volveremos pronto.

Saira se acercó a Mariam, dubitativa; temía que su hermana se pusiera peor si la tocaba. Aun así, le dio un beso en la frente antes de irse, pero Mariam la agarró de la mano y le dijo con voz sibilante:

–No dejes que nadie me vea, por favor. –Con la mano libre se agarraba el cuello de la camisa–. Quieren hacerme daño.

–No, Mariam, es Ikram y no quiere hacerte daño. Ha venido a curarte.

–No, está mintiendo. No quiero que me vea nadie. –Mariam apretaba la mano de Saira con tanta fuerza que esta terminó gritando, y su hermana aflojó la presa.

–No se lo tengas en cuenta. –Ikram secó de sudor la frente de Mariam con un paño húmedo–. Está delirando. Márchate ya. Cuidaré de ella.

Ikram volvió a tomarle la temperatura. Antes de que Saira se marchara, la niña alcanzó a escuchar que Mariam estaba peor y que la fiebre subía a pesar de los paños húmedos.

Saira y Naseer salieron de casa sin ni siquiera mirar si Jabbar y sus amigos los esperaban al final de la calle, pues era mucho más urgente llegar a casa de Jadiya y después al mercado que detenerse a pensar si unos desgraciados les pondrían la zancadilla.

Atravesaron la calle con premura y, al llegar a la esquina, giraron en la dirección contraria a la que tomaban todas las mañanas cuando iban a buscar agua con Mariam. Pusieron especial cuidado en no meter los pies en los charcos que había en la calle y en no tropezar con los montones de basura que se acumulaba en las aceras.

Mariam y ella solían ir a casa de esa mujer porque estaba cerca y porque cobraba muy poco por planchar. En menos de dos horas podrían entregar el trabajo. Jadiya era una mujer muy vieja que perdió a parte de su familia cuando los rusos estuvieron en Kabul, y a la otra parte cuando los talibanes estuvieron en el poder. Su casa era de las pocas del barrio que todavía tenía electricidad.

Cuando llegaron a una casa con una fachada que en otro tiempo fue azul, Saira llamó a la puerta mientras Naseer esperaba sentado en los escalones.

–Mamá te pagará unas monedas.

Naseer asintió y esbozó una mueca que podía haber sido una sonrisa.

En la fachada resaltaban las letras oscuras que alguien (pues la vieja no sabía leer ni escribir) había pintado encima del marco de la puerta: «Lavandería». Mariam y ella solían reírse porque pensaban que Jadiya debería lavarse más a menudo, teniendo en cuenta el olor que desprendían ella y su casa, aunque también era cierto que hacía su trabajo con rapidez y eficiencia.

Tras insistir dos veces más, Jadiya abrió la puerta y dejó entrar a Saira. La vieja tenía la cara muy arrugada y caminaba encorvada. Necesitaba la ayuda de un bastón cuando salía a la calle a mendigar, pues no tenía mucho trabajo en la lavandería. Sus manos, fuertes y grandes, contrastaban con su cuerpo envejecido. Vestía siempre de negro, por lo que su aspecto parecía muy amenazador.

–¿Hoy vienes sola? –preguntó con voz ronca, y se limpió los mocos con un pañuelo blanco que se metió por dentro de la túnica, al recaudo de su generoso pecho–. ¿Dónde está tu hermana?

–Mariam está enferma. –No quiso dar más explicaciones–. Tenemos que entregar el ajuar esta mañana.

–Ya, déjalo encima de la mesa. Puedes volver dentro de una hora o esperar aquí sentada.

–Esperaré aquí –respondió Saira.

Al momento, Jadiya se olvidó de la niña y comenzó a quitar todas las arrugas y a estirar las sábanas con una mano, mientras que con la otra iba humedeciendo las telas. Las alisó varias veces antes de pasar por encima una antigua plancha de hierro. Su madre tenía un modelo como ese, una Philips, guardado en un armario, pero sin electricidad no podía utilizarlo.

Saira vio cómo las arrugas desaparecían en cuestión de minutos. Si esa plancha hiciera el mismo milagro con la cara de Jadiya, no tendría tantas arrugas, pensó.

–Y esa enfermedad que tiene tu hermana, ¿es la misma que llevas tú en la cara? –preguntó de repente Jadiya.

Saira estaba segura de que no sería la última pregunta que le haría. Una de las cosas que menos le gustaba de aquella mujer era que siempre quería informarse de su vida. «¿Qué le pasó a tu abuelo?», les preguntaba cada vez que iban a verla. «Tuvo un ataque al corazón», le respondían siempre. «¿Un ataque al corazón el mismo día que llegó Ramin a vuestra casa?» «Sí, mi abuelo tuvo un ataque al corazón y Ramin se hizo cargo de nosotras», contestaba Mariam con serenidad cuando Jadiya insistía con el dichoso tema. Pero la vieja seguía escarbando en sus vidas.

–Ya le he dicho que mi hermana está muy enferma. Le duele aquí. –Saira se señaló la parte derecha del costado–. Ikram dice que hay que operarla porque tiene apendicitis.

–¿Apendicitis? Sí, ya, ahora se llama así. Tu hermana es una pecadora. ¿De cuántos meses está?

–Mi hermana no hace nada de eso que usted insinúa. Mariam no está embarazada. Ikram dice que tiene apendicitis y yo la creo.

–Está visto que hay ciertas cosas de la vida que todavía no sabes, niña. ¡Ay, tu madre! Si es que luego pasa lo que pasa. ¿En qué estará pensando para no ataros más corto? Claro, todo el día con Naseer... Y una niña como Mariam llama mucho la atención. Menos mal que ahora lleva burka. Yo a tu edad ya estaba casada.

Saira tembló de rabia al escuchar a Jadiya. Pensar que Ramin la casaría con un hombre mucho mayor que ella, como lo fue el marido de Jadiya, y que tendría que irse a otra casa donde no conocería a nadie le causaba más miedo que todos los golpes que pudiera recibir.

–Y a los doce años ya tuve a mi primer hijo. No te lo he contado nunca, ¿verdad?

¿Por qué aquella mujer le hablaba de su vida si ella solo deseaba que terminara de una vez por todas para ir al mercado y entregar el ajuar? Sin embargo, Jadiya siguió hablando de las dificultades que tenía para conseguir algo para comer.

Saira suspiró profundamente. No quería parecer maleducada, pero no le apetecía escuchar las desgracias de Jadiya.

–Y presta atención, porque quizás nadie te lo diga: nunca provoques a un hombre. – A Saira la horrorizaba todo lo que aquella mujer le decía–. Hay muchas cosas que nosotras no estamos capacitadas para hacer ni para entender. Los hombres saben lo que se hacen. Hoy has aprendido una lección muy valiosa.

–Si no le importa, tengo un poco de prisa. Mamá me necesita en casa.

–A mí no me hagas callar, niña. ¡Serás desvergonzada! A tu hermana y a ti os faltan modales. Menos mal que Ramin sabe lo que se hace y os mete en cintura. A veces las verdades duelen, pero las vas a escuchar quieras o no. Estás en mi casa y yo hablo de lo que quiero.

–Sí, señora –contestó Saira.

Así que Saira tuvo que escuchar todo lo que Jadiya quiso soltar. Le comentó las ventajas de llevar burka y lo desvergonzadas que eran las mujeres occidentales por exponer sus cuerpos a los hombres. Finalmente le preguntó de nuevo de qué había muerto su abuelo y Saira volvió a responderle que había tenido un ataque al corazón.

Tras un buen rato en el que Jadiya no paró de hablar, al fin terminó de planchar el ajuar. Saira pensó que podía haberlo terminado mucho antes, pero no dijo nada. Pagó lo acordado y salió de la casa con la cara descompuesta.

Naseer y ella corrieron hacia el mercado, sorteando varios puestos y algunos charcos que olían a orines. Enseguida vieron el cartel con letras doradas de una joyería. Al frente del mostrador había un chico joven, de unos quince años; era uno de los hijos de Alí, el dueño de la tienda.

Saira le murmuró unas palabras a Naseer.

–Buenos días. Soy Naseer y vengo a entregarle el ajuar para la boda de Moska. Mi tía le pide disculpas por no haber podido venir ella.

Al momento salió un hombre orondo con un turbante negro y una túnica blanca. Tanto Alí como su hijo Aziz miraron con curiosidad a Naseer y a la niña, que habían llegado corriendo y respiraban con dificultad. Saira bajó la mirada al cesto de la ropa que llevaba en las manos.

Alí salió del mostrador y le dijo a Saira que lo colocara encima del mismo.

—¿Hoy no viene tu hermana?

—Mariam está muy enferma. Tiene apendicitis —contestó Naseer.

—Mal asunto —dijo Alí torciendo el gesto—. Que Alá, en su infinita misericordia, os dé muchas fuerzas.

—Muchas gracias, Alí Abdulá Khan —respondió Naseer.

—A ver qué tenemos por aquí.

Alí se dispuso a inspeccionar con minuciosidad la cesta con el ajuar de su hija: cogió una lupa de joyero para ver si había algún fallo y rebajar así el precio pactado. Tras observar con detenimiento las piezas, masculló algunas palabras que Saira no entendió, pero por el gesto de Alí no debía de ser nada bueno. El hombre levantó la vista y, sin mirar a Naseer, se metió en la trastienda. Al cabo de unos minutos salió con unos cuantos billetes, que Naseer contó.

—Faltan doscientos afganis —musitó la niña al oído de su primo, como si temiera hablar delante de Alí.

—¿Cuentas acaso mi dinero? ¿No te fías de mí?

Naseer bajó la mirada a los pies. Temblaba de arriba abajo.

—El abuelo siempre decía que si alguien se molestaba por contar el dinero era porque tenía algo que esconder —replicó Saira con un murmullo en el oído de Naseer, que el comerciante escuchó perfectamente—. Soy pequeña, pero sé contar.

Alí volvió a contar otra vez y, tras asentir y chasquear la lengua, volvió a entregárselos a Naseer.

—No, este es el precio acordado. Si no lo quieres, ya sabes dónde está la puerta.

Saira temblaba de ira. Era una niña, pero, si regresaba a casa con doscientos afganis menos, Bahar pondría el grito en el cielo, y las cosas no estaban para darle otro disgusto a su madre, y menos a Mariam. Sobre todo, se lo debía a su hermana. Había trabajado mucho para que la hija de ese señor tuviera la boda que ni su hermana ni ella tendrían. Le comentó a Naseer que dejara el dinero encima del mostrador y cogió la cesta con el ajuar.

Saira tiró de la manga de Naseer y este se agachó para colocarse a la altura de la niña.

–Pregúntale qué defecto ha encontrado en nuestro trabajo. Está limpio, planchado, y son unos bordados preciosos. Mi madre me ha dicho que el precio acordado eran dos mil ochocientos afganis –le explicó sin soltar la cesta.

Tenía un nudo en la garganta y muchas ganas de llorar, aunque se tragó las lágrimas. Si no le pagaban lo acordado, se iría por donde había llegado. Bahar y Mariam encontrarían otro comprador para el ajuar.

–Estás desafiándome –repuso el joyero sin dejar de mirar a Naseer.

El chico comenzó a sudar.

–No, señor Alí Abdulá Khan –respondió Naseer por indicación de Saira–. Le recuerdo que usted llegó a un acuerdo con mi tía y el precio acordado eran dos mil ochocientos afganis. Y como usted dijo: su palabra es sagrada.

–¡Vaya, vaya, qué tenemos aquí! ¿Has escuchado, Aziz? Una niña con agallas. ¿Cuántos años tiene? –Alí comenzó a reír tan escandalosamente que la gente que pasaba por la calle se detuvo frente a la puerta de la tienda tratando de ver qué ocurría dentro.

–No lo sabemos –dijo Naseer.

–Hay que reconocer que tenéis mucho carácter. ¿Hubierais sido capaces de iros sin cobrar?

Saira asintió sin mirarlo a los ojos. Naseer la imitó.

–No sé quiénes son vuestros padres, pero desde luego hacéis honor al carácter de nuestro pueblo.

–¿Va a pagarme lo que acordó con mi tía? –titubeó Naseer–. Me dijo que volviera con dos mil ochocientos afganis y no podemos volver con menos.

Alí rió de nuevo con ganas y, al hacerlo, Saira vio cómo su barriga subía y bajaba con movimientos arrítmicos.

–Dales lo acordado y trescientos afganis más –le indicó Alí a su hijo. Saira seguía sin mirarlo a la cara, pero en cuanto escuchó que le daría más dinero levantó la cabeza y abrió los ojos como platos–. La niña se los merece. No todo el mundo se atreve a plantarme cara y a exigir lo que es justo. En verdad, habéis hecho un buen trabajo. Os merecéis esto y más.

–*Shukran*^[15] –contestó tartamudeando Naseer–. Alá es misericordioso. Que lo tenga

en su gloria por muchos años.

–El día menos pensado hablaré con Ramin para una futura boda con mi hijo. Esos trescientos afganis que te he entregado son para Mariam, para que se recupere muy pronto – dijo, y señaló al chico que había tras el mostrador–. Mariam podría ser una buena esposa y, si es tan lista como tú, mi casa seguirá prosperando.

–Oh, sí, señor, Mariam es más lista que yo, y también más buena. Es un ángel, y no solo lo digo yo, lo decía mi abuelo –contestó Saira sin pensar.

–Lo creo, lo creemos, ¿verdad, Aziz?

–Si no le importa... –dijo Naseer.

Alí percibió la urgencia de Naseer y de Saira, y los despidió entregándoles varias naranjas y manzanas, que Naseer agradeció besándole la mano. Antes de marcharse, Saira se guardó los billetes en un bolsillo interno de su vestido que le había cosido su madre.

En cuanto salieron a la calle, la niña empezó a caminar hacia su casa con ganas de reír, de cantar, de gritar, porque esos trescientos afganis podrían ayudar a Mariam a recuperarse más rápido. Lo habría hecho si no hubiera estado mal visto.

Estaban muy cerca de su casa cuando a sus espaldas oyeron nítidamente las voces de Jabbar y de sus amigos. Saira se volvió con un salto, asustada. Estaban solos en la calle. Jabbar los señalaba ahora con un dedo. Saira miró a un lado para ver si había alguien tras los muretes de los patios, y repitió la operación con las casas del otro lado, pero no había nadie que pudiera ayudarlos. Inmediatamente comenzó a temblar y el vello de sus brazos se erizó. Entonces, Naseer y ella echaron a correr como no lo habían hecho en su vida. Jabbar soltó una carcajada antes de ir a la caza de los primos.

Antes de alcanzar una de las últimas calles, Saira tropezó y cayó al suelo mientras Naseer seguía corriendo sin mirar atrás. Volvió a golpearse la mejilla dolorida y el dolor se le extendió por todo el cuerpo. Miró por encima de su hombro para saber a qué distancia estaba Jabbar. Aún la separaban unos cien metros; se levantó como impulsada por un resorte y, olvidándose del dolor de sus rodillas y de las magulladuras de sus manos, siguió corriendo.

Saira, respirando entrecortadamente, dobló en la dirección contraria a su casa porque sabía que allí habría más gente, a pesar de que suponía dar una vuelta muy larga para llegar a su destino. Un camión de las fuerzas militares inglesas pasó por su lado y paró en una esquina, seguido de una moto con un chaval muy joven. Jabbar no le perdía la pista, y sus amigos también la seguían, sorteando los pocos coches aparcados en la calle. Saira sentía el corazón a punto de explotar y las piernas empezaron a flaquearle. Los pulmones le quemaban; necesitaba mucho más aire del que respiraba. Sufrió una especie de sofoco y comenzó a ver destellos fugaces por delante de ella.

Pero siguió corriendo, pues, a cada paso que daba ella, Jabbar parecía dar dos. Sabía que si la atrapaban perdería todo el dinero y ni siquiera podría denunciarlo. Sería su palabra contra la de un chico. ¿Quién la creería a ella? Volvió a caer al suelo, y esta vez ya no tuvo fuerzas para levantarse. Le temblaban las rodillas, así como todo el cuerpo. Cerró los ojos, temiendo lo peor, y entonces lloró y rezó para que Jabbar no le hiciera lo mismo que al niño hazara que habían visto el día anterior. De un momento a otro, Jabbar la alcanzaría y todo habría acabado para ella. Estaba perdida. Lamentó no poder llegar a su casa y despedirse de Mariam, sobre todo de ella. Se encogió sobre sí misma, esperando el fatal desenlace.

De pronto, se produjo una fuerte explosión detrás de ella. Saira se acurrucó y se tapó la cara con las manos; y después llegó la nada. Duró varios segundos, los segundos más largos de su vida. A continuación, abrió los ojos y trató de levantarse, pero cayó nuevamente al suelo. Solo oía un zumbido largo e intenso que se había instalado en su cabeza. Se llevó las manos a la cara, a los brazos, a las piernas, y después intentó levantarse. No podía quedarse ahí. Pero ¿hacia dónde tenía que ir? Estaba completamente desorientada y aturdida. Un instante antes, Naseer y ella corrían. Las manzanas y las naranjas que le había dado Alí estaban desperdigadas a lo largo de la calle. Varios niños se abalanzaron sobre las piezas. Quiso coger alguna para su hermana. A Mariam le encantaban las naranjas y hacía más de un año que no las comía. Tras unos momentos de incertidumbre, llegó otro ruido fuerte, seguido de un fegonazo.

Poco a poco empezó a ver unos destellos algodanosos que la devolvieron a la realidad. Una rata se paseaba por la calle con tranquilidad, mordisqueando lo que parecía ser una mano amputada. Se sintió desfallecer mientras el calor de un camión ardiendo a sus espaldas le produjo un raro bienestar.

Enseguida comenzó a llegar gente a la calle, que pasaba por su lado sin hacerle el menor caso. Alguien dijo que un camión había explotado y que se había llevado por delante a varios chicos. Había sido una carnicería. Saira parpadeó: no entendía qué estaba ocurriendo.

–Ha habido otra explosión –dijo una voz.

«¿Una explosión?», pensó la niña.

–Ha sido un chico que iba en una moto –respondió otra voz–. Llevaba una bomba en el cinto.

–Al parecer, esta vez también han caído cinco chicos jóvenes.

«¿Cinco chicos jóvenes?», se preguntaba Saira una y otra vez. Entonces recordó que iba corriendo por la calle, huyendo de Jabbar y de sus amigos. ¿Sería de Jabbar y de sus amigos de quienes hablaban las personas que pasaban por su lado? Sabía que no estaba bien alegrarse en un momento como ese, pero daba gracias a Alá por estar a salvo. Si era Jabbar quien se había llevado la peor parte, Saira podía dar gracias por ello. Elevó los ojos al cielo, quizás esperando ver una señal divina, pero lo que vio fue la ropa tendida en los tejados de

las casas, que permanecían ajenas al dolor que se vivía en aquella calle.

Un nuevo ruido la alertó y la sacó de sus pensamientos. Alguien se había colocado delante de ella con una cámara fotográfica para captar el momento. Saira miró al objetivo, desconcertada.

–¿Estás bien? –preguntó el fotógrafo en un idioma que Saira no conocía–. Soy periodista español. ¿Eres inglesa, rusa tal vez?

Saira se encogió de hombros y esperó a que el hombre dijera algo más que unas extrañas palabras que no entendía.

–Me llamo Manuel. –Esta vez habló en inglés–. Manuel Rojas.

Saira quiso contestarle, pero las palabras no le salían; parecían haberse atascado en su garganta. Solo pudo asentir con la cabeza.

–¿Te duele algo? ¿La cabeza? ¿Puedes caminar?

Saira lo inspeccionó de arriba abajo, se mojó los labios y después negó con la cabeza.

–No te preocupes, voy a buscar ayuda. Quédate aquí.

Al cabo de unos minutos, la calle se llenó de periodistas, de equipos médicos de varias nacionalidades, de algunos militares españoles y muchos curiosos. Los militares españoles, conjuntamente con un equipo de militares ingleses, montaron en cuestión de minutos una carpa que hacía las veces de hospital de campaña. Entre los heridos había una mujer, que los médicos afganos ignoraron para atender en primer lugar a los hombres.

Una de las médicas que iba con los militares españoles se encargó de atender a la mujer malherida y de llevarla dentro de la carpa, pues sabía que no sería asistida por ninguno de sus colegas kabulíes. El fotógrafo entró en la carpa solicitando ayuda para una niña rubia que parecía estar en estado de shock.

Al momento salió una mujer joven, seguida por el fotógrafo.

–Creo que entiende el inglés, pero no parece inglesa. Lo que sí sé es que es musulmana.

En cuanto la chica llegó al lado de Saira, se agachó para ponerse a la altura de sus ojos.

–Me llamo Laura y vengo a ver qué tal estás –dijo la chica en inglés y se lo repitió varias veces hasta que Saira pareció comprender.

Comenzó a palparle con cuidado los brazos, las piernas, y cuando llegó a la altura del bolsillo donde Saira guardaba el dinero, esta negó con la cabeza y le pegó un manotazo.

–¿Te duele ahí? –Laura colocó sus manos a ambos lados del costado en señal de que no quería hacerle daño—. Vamos muy despacio, ¿de acuerdo? ¿Me indicas tú dónde te duele?

Laura tomó la mano de Saira para que le dijera dónde le dolía. Tras inspeccionarla con detenimiento, llegó a la conclusión de que no tenía ningún hueso roto, pero, aun así, quiso llevarla a la carpa para que alguien viera la herida de su mejilla. La cogió en vilo y la transportó a la carpa.

–¿Mariam? –preguntó de pronto Saira—. Yo no... Mariam... ayuda.

–¿Quién es Mariam? ¿Es una amiga tuya? ¿Iba contigo? ¿Le ha pasado algo? –Saira negaba con la cabeza a cada pregunta que le hacía Laura.

–Mariam mía...

Saira se sentía impotente. ¿Por qué no le salían las palabras tal como las pensaba? Sabía lo que quería decir y, sin embargo, por alguna extraña razón no conseguía expresarse. ¿Qué le ocurría? Entendía a Manuel y a Laura. Durante años, el abuelo y Bahar les habían hablado en inglés a su hermana y a ella tres horas diarias. Al igual que el abuelo, Bahar había estudiado en colegios ingleses, y ambos consideraban fundamental que las niñas aprendieran otros idiomas.

–No yo, Mariam... –Tanto Manuel como Laura intercambiaron miradas de desconcierto.

Entonces Saira se echó a llorar.

–Tranquilízate, ya ha pasado lo peor. Deja que esta chica tan simpática te cuide.

–No, no, yo no, Mariam.

¿Acaso nadie veía que era mucho más importante la vida de su hermana que la suya? Mariam estaba a punto de morir y esa mujer se empeñaba en llevarla en brazos. A ella no le pasaba nada. Aunque no podía coordinar bien las palabras, sabía que no le ocurría nada. De pronto se mareó un poco y, al reclinar la cabeza sobre el pecho de Laura, encontró cierto alivio.

La carpa adonde la llevaron estaba ocupada por la única mujer que había resultado herida. A unos metros estaba uno de los amigos de Jabbar en una camilla. En cuanto lo vio, Saira se agarró con fuerza al cuello de Laura para que no la soltara, se estremeció y señaló hacia el chico, que tenía una gran brecha en la cabeza. A su alrededor, tres personas evaluaban los daños.

–Tranquila, confía en mí. No voy a soltarte –dijo Laura. Sin embargo, Saira no dejaba de observar los movimientos del chico, por mínimos que fueran–. ¿Tienes miedo de ese chico?

Saira asintió repetidas veces con la cabeza y Laura se sentó en una camilla con la niña en el regazo.

–No te preocupes, ese chico ni siquiera sabe que estás aquí. No está consciente. ¿Entiendes lo que quiero decir? No puede escucharnos.

La niña pareció relajarse, aunque sin dejar de mirar hacia la camilla.

Al momento llegó otro médico. Saira estaba agarrada tan fuerte al brazo de Laura, que esta no la soltó.

–¿Quién es esta niña? –preguntó el médico.

–Me llamo Saira –dijo de pronto en inglés.

–¡Muy bien, Saira, estamos avanzando! –exclamó Laura–. Voy a colocarte en la camilla y vas a dejar que te mire, ¿de acuerdo? ¿Qué más puedes decirnos?

–Mariam...

–Sí, pero ¿quién es Mariam? –preguntó Laura–. Si no me lo dices no podemos ayudarte.

–Mariam ayuda... –Las palabras volvieron a atascarse en su boca.

«Mariam ayuda» fue lo único que sacaron en claro Manuel, Laura y el otro médico, pues lo repetía como una letanía. Entonces a Laura se le ocurrió una idea. Sacó una chocolatina del bolsillo de su chaqueta y la abrió para darle un pequeño mordisco. Después le ofreció lo que quedaba a Saira, que no se lo pensó dos veces. En cuanto sintió la cremosidad del chocolate abrió los ojos, desconcertada. Después se metió el resto de la chocolatina en la boca de un bocado. Se mojó los labios y se quedó quieta, a la expectativa.

–Está buena –comentó Saira.

–Parece que es la primera vez que prueba el chocolate –dijo Manuel en español.

–Chocolate –repitió Saira.

–Eso es, pequeña. Eres una niña muy lista. Esto es chocolate. ¿Quieres otra? –preguntó Laura, dándole la última chocolatina que tenía.

Saira se mordió los labios, pero finalmente la aceptó. Se la metió en la boca con

ansia y relamió el papel de aluminio que la envolvía.

–Parece que estás más tranquila –comenzó a hablar muy despacio el médico que iba con Laura–. Nos has dicho que te llamas Saira. También nos has hablado de Mariam. ¿Quién es Mariam?

–Mi hermana. Está en casa y tiene apendicitis. Necesita ayuda.

Las palabras acudieron de nuevo a su boca. Al fin había conseguido decir algo que aquellas tres personas entendieron perfectamente. Laura y el médico se miraron a los ojos, extrañados.

–¿Cómo que tiene apendicitis? ¿Cómo lo sabes? –preguntó Laura.

–Ikram se lo ha dicho. Es médico. Tengo que irme. Mamá me necesita y mi hermana también...

Saira quiso levantarse de la camilla, pero sintió que el suelo se abría a sus pies. Cayó de rodillas y Laura la sujetó y volvió a cogerla en brazos.

–No está en condiciones de caminar, ha sufrido una conmoción –reflexionó Laura–. Deberíamos acompañarla a su casa.

–Voy contigo –repuso Manuel.

Laura asintió con la cabeza e indicó al otro médico que la acompañaran diez soldados, entre los que había tres mujeres.

–¿Sabes dónde vives? –preguntó Laura–. Deja que te acompañemos. Vamos a ver a tu hermana. ¿De acuerdo?

–Sí.

Saira se agarró con fuerza al cuello de Laura, pues se sentía tranquila en sus brazos. Alargó una mano para tocar el rostro de aquella mujer. Tenía una cara curiosa, o al menos a Saira le pareció que tenía algo especial. Sus ojos eran claros y grandes, tan azules como los de ella. Era rubia y de piel muy blanca. Paseó las yemas de sus dedos por las numerosas pecas que cubrían su cara. Y ella se dejó hacer.

–Tú y yo somos amigas –dijo Laura en español, señalándose mutuamente.

–Amigas –repitió la niña.

Saira le indicó a Laura hacia dónde tenían que ir. Antes de salir de la tienda, una de las personas que atendía al chico comentó que no había nada que hacer con él. En cambio, lograron que la mujer recuperara la conciencia.

–¿Se va a morir? –Saira señaló al chico que tantas veces se había reído de ella. Tumbado en la camilla, parecía tan indefenso como ella en manos de Ramin.

–Sí –contestó Laura–. Es una pena...

Saira volvió a echar una última mirada al chico y cerró los ojos un segundo. A pesar de lo dramático de la situación, no le extrañó no sentir pena por él. Al contemplarlo de nuevo constató que todavía no había muerto, pues percibió un estremecimiento en la camilla. No sabía su nombre y no le importaba. En el barrio se los conocía como *Jabbar y los cinco fantásticos*. Tanto él como los demás amigos de Jabbar se comportaban como auténticos animales. Con la muerte de ese chico se cerraba un capítulo doloroso de su vida. En el barrio, más de uno lo agradecería.

La casa de Saira era la última de la calle. Mientras se dirigían allí, la bruma de la mañana comenzó a disiparse y el sol fue cobrando fuerza en un cielo cada vez más claro. Llegaron a una puerta de hierro que en otro tiempo había sido blanca pero que ahora estaba completamente oxidada. Tanto el jardín como la casa parecían abandonados. Cuando Laura abrió la puerta del patio, Saira colocó los pies en el suelo y salió corriendo hacia la puerta de la entrada. Bahar oyó voces desde la habitación y, creyendo que era Hassan, llegó al patio a la carrera.

–Mamá, Mariam, ya estoy aquí.

Bahar, plantada en la puerta con gesto serio, miraba alternativamente a Laura y a las mujeres que habían traspasado las puertas del jardín. En cuanto Saira llegó a su lado, Bahar la agarró de un brazo y la arrastró al interior de la casa. Antes de que su madre pudiera hablar, Saira le explicó:

–Se llama Laura y es médico como Ikram –dijo en inglés señalando a Laura–. Viene a ayudar a Mariam.

Entonces Bahar giró la cabeza hacia su hija pequeña, como si no hubiera comprendido lo que había dicho.

–Mamá, ha venido a ayudarnos. Laura me ha dicho que la apendicitis se puede curar y ella sabe cómo. Pueden operarla en una base militar.

Tras unos segundos en los que no supo qué hacer, Bahar se echó a llorar desconsoladamente.

–Buenos días, señora. Soy la doctora Laura Grau y hemos venido a ayudar a su hija. Saira nos ha hablado de Mariam. Dígame dónde está.

–Sálvenla, por favor. –Bahar se apartó de la puerta para que Laura pudiera entrar–. Salven a mi hija. No tenemos dinero, solo tengo esta alianza, pero sálvenla. Es todo cuanto me queda de él.

15. «Gracias.»

CAPÍTULO CUATRO

Un grito profundo atravesó el oscuro pasillo. Saira tensó su pequeño cuerpo antes de salir corriendo hacia la cama de Mariam. Se oyeron dos gemidos más y a continuación volvió a reinar el silencio. Laura, una mujer que la acompañaba y Bahar salieron detrás de la niña. En cuanto Saira entró en la habitación, percibió un fuerte olor a lejía. Mariam tenía peor aspecto que cuando la había dejado. Ikram, que estaba colocándole unos paños húmedos en la frente, se dio la vuelta cuando Saira se arrodilló a los pies de la cama de su hermana.

–Mariam, ya estoy aquí. Vas a ponerte buena, han venido a salvarte. –Saira comenzó a hablar tan deprisa que apenas se entendía lo que decía. Temblaba de arriba abajo y procuraba no llorar para no asustarla–. Tienes mejor aspecto, ¿verdad que sí, mamá? –mintió–. Tú no te preocupes por nada.

Laura se presentó a Ikram, quien la puso al corriente del estado de Mariam y le pidió a la mujer que acompañaba a Laura que permaneciera en el pasillo por indicación de Bahar. La doctora española relató brevemente cómo había conocido a Saira, que no se había movido de los pies de la cama.

–Saira, deja descansar a tu hermana –le dijo Bahar, muy seria.

Saira pareció no escuchar a su madre, pues siguió murmurándole a la oreja y acariciando su pelo oscuro.

–Mariam, ya hemos ido al mercado, hemos vendido el ajuar y dentro de un rato iremos a buscar agua a la fuente. ¿Sabes que Alí Abdulá Khan nos ha entregado trescientos afganis más para que te pongas buena? Dice que hablará con Ramin para que te cases con su hijo. Le he dicho que eres muy lista, y no vas a creértelo, también se ha reído...

–Saira, ¿no me has escuchado? –insistió Bahar–. Deja a Mariam en paz. No haces más que incordiar. Hoy te quedarás en casa. No iréis a la fuente.

–Cuando estés buena te diré cómo se reía y cómo se le movía esa barrigota que tiene. Seguro que a ti también te hace gracia. Yo no me he reído porque al principio no quería pagarme lo que mamá había acordado con él y tenía muchas ganas de llorar, pero Naseer se ha mantenido firme. Vas a ser una mujer muy rica y entonces yo podré ir a vivir contigo.

Una vez hechas las presentaciones, Laura tomó la palabra:

–Vamos a echarle otro vistazo y haré todo lo que esté en nuestra mano para curarla.

–Y cuando nos vayamos de esta casa podremos dormir otra vez juntas. ¿Recuerdas que cuando vivía el abuelo contábamos las estrellas antes de dormirnos...?

–Saira, por favor, haz caso a tu madre –intervino Ikram antes de que Bahar perdiera la paciencia con su hija pequeña– y deja que esta chica haga su trabajo.

–Vale –asintió–. Mariam, sonríte un poco, que han venido a verte...

La niña se mordió un labio. Se había dado cuenta de la estupidez que había dicho. Si al menos viera a Mariam sonríte un poco, sabría que estaba mejor. Pero su hermana no se movía, ni siquiera parecía triste ni alegre. Quizás no supiera que ella estaba ahí y que habría dado lo que fuera por estar en su lugar. Saira no quería darse por vencida, lucharía por su hermana; le hablaría hasta que se le acabaran las palabras, hasta que se quedara ronca, hasta que Mariam volviera a ser la de siempre.

Laura tocó el hombro de Saira, quien no quería soltar la mano de su hermana.

–¿Me dejas que la examine? Te prometo que no le haremos daño. –Laura sacó una chocolatina de su maletín y se la entregó a Saira–. Deja que cuidemos de ella como lo hemos hecho contigo. Ahora déjanos trabajar a nosotros.

Saira asintió con la cabeza sin dejar de mirar a Mariam... Todo su mundo se reducía a su hermana. Una niebla comenzó a cubrir su vista; estaba a punto de llorar. Apretó los puños, irritada, para no dar muestras de debilidad e intentó controlar una arcada. Los gemidos de Mariam le dolían en lo más profundo del alma.

–Mariam, voy a sentarme en esa silla. ¿No te molesta, verdad? Estoy aquí, contigo. –Se detuvo a mirarla antes de soltar la mano de su hermana, como si fuera lo más hermoso que había visto en su vida–. Ya verás como te pones buena. Tengo chocolate para ti. Yo lo he probado y está muy bueno. A ti también te gustará. Cuando te cases con Aziz podrás comer todo lo que quieras.

Saira se sentó en un rincón. Era tanta la tensión que soportaba que la chocolatina que sostenía en la mano se partió en varios trozos. Temía que de un momento a otro su hermana desapareciera, como ocurrió con su abuelo. No podía comerse la chocolatina, no delante de su hermana. Le parecía de mal gusto hacerlo y que Mariam no pudiera disfrutar de ese pequeño placer. Pero, en cuanto su hermana se recuperara, volverían a reír como antes, siempre muy bajito, para que nadie se enterara de sus pequeños secretos. Tenía tantas cosas que contarle que precisamente ahora, de golpe, se acordaba de todas ellas. ¿Le había dicho alguna vez cuánto la quería? Quizás sí, o quizás no. No lo recordaba. Lo cierto era que la quería tanto que habría dado la vida por ella. Cada día la quería más, si es que eso era posible. ¿Cuántas veces le había dicho Mariam que una de las cosas que más le gustaba era estar en la cama y no levantarse hasta pasadas las diez de la mañana? Y no era porque Mariam fuera una holgazana, pues normalmente se levantaba después que su madre, con las primeras luces del alba, pero alguna que otra vez, cuando vivía el abuelo, se permitía ese pequeño lujo. Ahora parecía que no iba a despertarse, como en aquel cuento que le contó una vez su abuelo, *La Bella Durmiente*, creía recordar.

–Ella se despertará, no es la Bella Durmiente. ¿Verdad que se despertará? –Hizo la

pregunta al aire, pero Laura le respondió.

–Haré todo lo que esté en mi mano para que vuelvas a tenerla a tu lado.

–Por favor, no le haga daño –murmuró Saira una, dos y hasta tres veces cuando Laura pasó su mano por la frente de Mariam.

Laura levantó una capa de mantas en las que Mariam parecía haberse perdido. Tenía el cuerpo menudo como Saira, y la fiebre alta estaba consumiéndola. Saira se sorprendió al comprobar cuánto había cambiado su hermana en las cuatro horas que ella había estado fuera. No la recordaba tan delgada ni tan pequeña. Mariam se estremeció cuando sintió que unas manos volvían a posarse en su cuerpo. Abrió los párpados, se incorporó apenas y dio un manotazo al aire. Sus ojos negros, antes dos estrellas luminosas, parecían ahora dos pozos sin vida, y sus labios sin color esbozaban una mueca dolorosa. Su mirada, vidriosa, había alcanzado un punto de locura que asustó incluso a Laura.

–Saira, no dejes que nadie me vea –musitó con un hilo de voz–. Quieren hacerme daño.

–Por favor, Mariam –dijo Saira en inglés–, deja que te vea. Ella puede curarte; me lo ha prometido, pero tienes que dejar que te vea.

–¿Desde cuándo está así? –quiso saber Laura–. Para llegar a este estado ha tenido que pasar muchas horas con fiebre alta.

–Anoche parecía tener alguna molestia, pero no le dio importancia, y hasta esta mañana no nos hemos percatado de la gravedad del asunto –respondió Bahar.

–Y delira. Lleva así toda la mañana –comentó Ikram.

Laura volvió a tumbar a Mariam en la cama.

–Tranquila, Mariam, no pasa nada –le dijo Laura con voz suave.

–Eso es, Mariam, estás haciéndolo muy bien –afirmó Bahar–. Confía en esta señorita. Ella va a ayudarnos.

Mientras Bahar hablaba con su hija y trataba de tranquilizarla como solo una madre podría hacerlo, Laura seguía inspeccionando a Mariam.

–Cariño, estamos aquí. Todo va a salir bien.

Entonces volvió a rezar pidiendo que no se muriera en ese instante.

–¿Tenía ese hematoma esta mañana? –Laura señalaba la parte izquierda del costado. Levantó la vista y se volvió hacia las mujeres, que permanecían abrazadas. Hizo la pregunta

más sería de lo que Ikram y Bahar hubieran deseado.

Ikram abrió los ojos e inspeccionó a su vez el costado de Mariam. Esa mañana solo le había levantado ligeramente el camisón por la parte derecha. Se maldijo mentalmente por no haber descubierto por completo su abdomen. Ahora entendía lo que realmente le ocurría a Mariam. Se mojó los labios, tragó saliva y miró a Laura.

–Es más grave de lo que pensábamos. Voy a llamar a una unidad para que la operen enseguida en nuestra base militar.

–No podemos perder tiempo –dijo Ikram.

–¿Qué va a pasar ahora? –preguntó Bahar.

–No creo que sea una peritonitis. Posiblemente tenga una hemorragia interna y el bazo esté dañado –explicó Laura a Bahar, quien bajó la cabeza sin saber qué responder–. No se preocupe. Vamos a necesitar mucha sangre. ¿Sabe de qué grupo sanguíneo es su hija?

–Mis dos hijas son cero negativo. En su día, Ikram les hizo análisis para saberlo.

–Pues rece para que dispongamos de sangre suficiente. En los tiempos que corren es muy difícil encontrarla.

–¿Y usted cree que si rezo Alá me ayudará más de lo que lo ha hecho hasta ahora? –soltó Bahar con ironía–. Peor no nos puede ir. Hace tiempo que parece haberse olvidado de esta familia.

–Haga usted lo que quiera, señora –respondió Laura–. Yo me limitaré a poner todas nuestras instalaciones a su disposición.

–Y no sabe hasta qué punto se lo agradezco, Laura –contestó Bahar–. Ahora es más fácil creer en ustedes.

–Entonces yo rezaré por vosotras –dijo Ikram–. Ningún miembro de mi familia puede donar sangre y Mariam va a necesitar mucha.

–¿Se ha golpeado con algo? –Laura cambió de tema–. El impacto en el costado izquierdo es muy fuerte y es lo que le debe de haber causado la hemorragia.

–Sí, ayer se golpeó con la mesa de la cocina –mintió Bahar. Recordó entonces el golpe que oyó cuando Ramin las sacó al patio.

No había que ser muy lista para saber que ellas eran mujeres maltratadas, se dijo Bahar. ¿O es que en su país no ocurrían esas cosas? *Inshallah* fuera así. La oscuridad se había instalado en su día a día; era algo tan seguro como que el sol salía todas las mañanas.

La vida estaba pasando por delante de sus ojos y ellas se marchitaban sin poder remediarlo. ¿Y ahora qué les quedaba? Soportar lo que les había tocado. Y sí, era duro, pero su vida era así; la muerte podía ser un descanso, pues era mucho más duro mantenerse viva. Y si luchaba día a día era por Mariam e, incluso, aunque le costara reconocerlo, por Saira.

Tras el examen, Mariam pareció recuperar un poco de tranquilidad. Su tez había adquirido el aspecto de una muñeca de porcelana. Tan quieta y tan calmada estaba que Saira volvió a respirar con calma. Se mojó los labios y relajó la mano en la que llevaba la chocolatina.

–¿Ves, Mariam? No me la he comido. Es para ti. Te aseguro que está buenísima. Es lo más bueno que he probado en mi vida. Está más bueno que el cordero.

Laura sacó un *walkie* con el que comenzó a hablar. Gritaba y hablaba con seguridad y aplomo, como lo haría cualquier hombre afgano, o como lo hubiera hecho cualquier mujer antes de la llegada de los talibanes al poder. Asentía con la cabeza y hacía aspavientos con la mano libre, pero, hasta que colgó, Saira no la vio sonreír. Entonces intuyó que tenía buenas noticias.

–En menos de diez minutos habrá un coche en la puerta de su casa y la trasladaremos a la base militar, donde habrá un equipo médico preparado para operarla.

–¿Has oído, Bahar? –dijo Ikram–. La operarán en un quirófano que reúne todas las condiciones. Mariam va a recuperarse, estoy segura. Alá es misericordioso.

Saira se había acercado por detrás a su madre y se había abrazado a ella sin darse cuenta.

–Laura tiene que mandar mucho, ¿verdad que sí, mamá? Nadie le dice lo que tiene que hacer. *Inshallah* también pudiéramos mandar tanto como ella, así Ramin nunca diría que quiere venderme.

El comentario de Saira, en inglés, no pasó desapercibido ni para Laura ni para Ikram. Ambas mujeres abrieron los ojos con preocupación.

–Saira, por favor, no digas tonterías. Sabes que lo dijo en broma... –contestó Bahar en farsi y trató de quitarle importancia delante de Ikram con una media sonrisa.

–¿Ramin quiere venderla? –la interrumpió Ikram, llevándola a un rincón, y siguió hablando por lo bajo y en farsi para que ni Saira, ni Laura, ni la otra mujer se enteraran de lo que decían–. No es más que una niña y sabes que está marcada. ¿Quién va a quererla? Quizás si Ramin hablara con Alí Abdulá Khan, pueda tener una oportunidad. Podría trabajar sirviendo en esa casa; sería lo mejor que podría ocurrirle. Deja que Hassan hable con Ramin.

–No hay que darle importancia –respondió Bahar en un tono más alto para que lo

escuchara Saira—. Por ahora Saira se quedará en casa con nosotras.

—Sí, Mariam me lo ha dicho esta mañana —aclaró Saira con una sonrisa.

Laura simulaba que no había oído el comentario de Saira, pero de vez en cuando cruzaba alguna mirada con Elena, la otra mujer, quien no se había movido todavía de donde estaba.

Laura necesitaba despejarse y salió al jardín. Se ahogaba entre aquellas cuatro paredes. Sin duda, Mariam había sufrido una paliza, que le había causado la hemorragia, y en cuanto a la pequeña... estaba segura de que ese Ramin quería venderla.

—¿Te apetece un cigarrillo? —le preguntó Manuel cuando se sentó a su lado.

—Estoy dejándolo, así que no me tientes.

—Yo todavía no me lo he planteado. Si no me mata una bala perdida, no creo que esto lo haga.

—Esto tiene que saberlo el mundo —murmuró Laura apretando los dientes—. Es un crimen que se obligue a niñas de nueve y diez años a casarse con hombres que podrían ser sus abuelos. Esta mierda tiene un nombre, y tú y yo lo sabemos. Y no me digas que es parte de su cultura porque no me lo creo.

—Yo solo pongo en papel lo que observo —contestó Manuel—. No me pagan por implicarme en estos conflictos, y lo sabes. Podría volverme loco. Vosotros os iréis en unos meses y otros vendrán a sustituirlos, mientras que yo seguiré aquí.

—Solo digo que tus jefazos no pueden felicitarte por cada foto terrible que les muestras y luego dormir como si tal cosa. Saben que la noticia de una niña que ha sido mutilada cuando trataba de escaparse de su marido vende más ejemplares que la de dos tribus que han sellado un acuerdo de paz. Eso se llama hipocresía.

—No me vengas con lecciones de moralidad, Laura. Yo no justifico lo que se les hace a las mujeres, ni aquí ni en otros países. ¿Crees que estoy a favor del burka, de la ablación o de la pederastia? Y tampoco justifico la falta de libertad de expresión del pueblo afgano; pero, dime, si no fuera por nosotros, ¿quién daría a conocer esta situación? ¿Crees que somos inmunes a la matanza que ha habido esta mañana? Hace unos meses, un compañero nuestro murió en Irak, y ¿qué hizo el gobierno? Nada, no hizo absolutamente nada. Contentar a sus amiguitos norteamericanos y aceptar la versión que se les había proporcionado desde arriba.

—Estamos aquí para ayudarlos a recuperar sus derechos. —Laura soltó un largo suspiro hastiado, aunque en realidad no le faltaba razón a Manuel—. Esto es una misión de paz.

–Ya, esa es la versión que dais, pero sabes que esto es una guerra. Además, ¿en qué condiciones siguen estando las mujeres? ¿Ha cambiado algo desde que los talibanes se marcharon? Son muchos los que no se atreven a denunciarlos por miedo, y otros muchos se hacen pasar por amigos nuestros para luego darnos la patada en el culo. Las mujeres todavía no pueden ir a un hospital a que se las atiendan.

Al poco llegó Elena, la otra mujer, que aceptó de buena gana el cigarrillo que le ofreció Manuel.

–No deberías haberle hecho esa pregunta a Bahar sobre su hija –le dijo Elena a Laura exhalando el humo por la boca–. La has ofendido.

–Siento si en algún momento soy un poco brusca, pero a veces se me olvida que no estoy en España y que estas cosas no se pueden denunciar. No comprendo este país.

–Yo tampoco. –Elena se encogió de hombros.

Laura se metió las manos en los bolsillos del pantalón, aunque, de haber podido, se habría escondido dentro de un armario, como cuando era pequeña y no le gustaba lo que veía a su alrededor. Ella y su familia también sufrieron maltratos por parte de su padre, y si ahora estaba en Kabul era porque creía que podía aportar algo. Desde luego, haría todo lo que estuviera en su mano para que aquellas dos niñas no fueran maltratadas. Se había convertido en una cuestión personal.

–Os recomiendo que os protejáis con una piel de elefante cuando estéis en misiones de paz y que os la quitéis cuando estéis acostadas en vuestras camas y bien lejos de los problemas –les aconsejó Manuel. Se había encendido otro cigarro. Ya no fumaba por placer, fumaba para mantener las manos ocupadas–. Es la única manera de soportar esta locura. Aquí hay un refrán que dice: «No pares el burro, que no es tuyo». O sea, métete en tus asuntos.

–Eso es imposible para nosotros, no podemos mirar para otro lado. Supongo que estamos aquí para cambiar ciertas cosas. –Laura se irguió de nuevo–. Vamos, para aportar ideas de cómo se ha de reconstruir el país.

–¡Tú y Elena estáis aquí por lo mismo que yo, Laura! –exclamó Manuel–. Necesitamos creer que vamos a cambiar el mundo. Si no somos capaces de resolver nuestros conflictos en España, ¿cómo vamos a hacerlo en un país que no comprendemos?

–Tenemos que hacerlo, Manuel. Vamos a cambiarlo.

–O por lo menos vamos a ayudar a esta familia –replicó Elena.

–No está mal empezar por una pequeña parte del mundo –repuso Laura.

Manuel sonrió. A pesar de ser tan diferentes, le gustaba hablar con Laura.

–¿Sabéis qué? –dijo de repente Manuel–. Espero que dentro de unos años podamos decir que la situación ha cambiado y que nosotros estuvimos aquí para ayudarlos.

–¿Esto es una apuesta? Porque estoy segura de que será así –respondió Laura.

–Podríamos fijar una fecha dentro de unos años y ver entonces qué hemos logrado, pero ya te digo que va a ser muy difícil. –Manuel chasqueó los labios–. Y eso que hoy me habéis pillado optimista.

–Entonces no quiero saber qué dirías si estuvieras pesimista. –Laura trató de encontrarle gracia al asunto, pero solo pudo soltar un suspiro.

–Mejor no quieras saberlo, es parte de mi encanto. ¿Será por eso por lo que ninguna mujer me soporta?

Laura le dio un pequeño empujón y después sacó una libreta del bolsillo de su chaqueta para apuntar una fecha y un lugar.

–Tú eliges la fecha y nosotras ponemos el lugar –comentó Laura–. No nos fiamos de dejarlo en tus manos. –Hubo una mirada cómplice entre ella y Elena–. Podrías citarnos en cualquier parte del mundo... ¡Quién sabe si en un futuro no estarás en Corea del Norte haciendo no sé qué!

Manuel asintió con una sonrisa traviesa.

–Me parece bien quedar en Valencia. Mi madre os estará agradecida. Hace casi un año que le debo una visita a mi familia.

–Quizás deberías quitarte de vez en cuando esa piel de elefante –comentó Elena.

–¿No os lo había dicho? Regreso a casa en tres semanas. Yo soy como los turrones: vuelvo a casa por Navidad.

Entonces, sin previo aviso, los tres se pusieron a cantar la melodía del anuncio que se repetía año tras año en la tele y que recordaba a los espectadores que ciertas cosas no cambian. El anuncio seguía funcionando como el primer día que se emitió. Al terminar de cantar se abstuvieron de reír, aunque Laura y Manuel buscaron un pequeño contacto físico entrecruzando sus manos, y así permanecieron durante un buen rato.

–Es la primera Navidad que paso lejos de casa –musitó Laura con la mirada perdida–. Todavía no me he hecho a la idea. En cuanto regrese, me casaré con mi novio. Mi madre dice que solo me falta el microondas para poder entrar a vivir en nuestra casa.

–Tu novio tiene suerte de estar contigo –contestó Manuel.

Laura no respondió, pero siguió cogida de su mano. Necesitaba tanto un abrazo que

ese pequeño gesto suponía un alivio.

En cuanto llegó la unidad militar, Laura volvió a tomar el mando y se recompuso como pudo. Mariam fue trasladada en camilla hasta un vehículo encubierto para que llamara menos la atención. El coche llevaba en las puertas delanteras el escudo de la embajada española. El atentado de la mañana los había puesto sobre aviso de que posiblemente hubiera más de un ataque. No era fácil moverse por las calles de Kabul. Antes de salir sabían qué rutas tomarían para no encontrarse con sorpresas desagradables.

Bahar y Saira no quisieron quedarse en casa; no dejarían a Mariam en manos de unos desconocidos. Naseer, que había llegado hacía unos minutos, después de haber estado buscando a Saira por todo Kabul, volvió a su casa, aún conmocionado por todo lo sucedido. Ikram se quedó en la cocina esperando a que su marido fuera a recogerla. También sería ella la encargada de avisar a Ramin de que Mariam iba a ser operada en la base militar española.

–Va a ser un viaje un poco largo –le explicó Laura a Bahar–. Sé que no son las mejores condiciones para que viaje su hija, pero no tenemos otra manera de hacerlo. La situación es bastante complicada. Su hija está perdiendo sangre a causa del golpe y necesita una transfusión.

–Dígame qué puedo hacer por ella. Estoy en sus manos.

–Lo que voy a plantearle es muy delicado –continuó Laura. Le daba apuro exponerle el tema a Bahar–. Pero, por favor, no quiero que crea que no he pensado en ello. Por lo que he entendido, la única persona con el mismo grupo sanguíneo que Mariam es Saira...

–¿Adónde quiere llegar? –concluyó Bahar sin un atisbo de amabilidad por su parte–. Déjese de dar vueltas y dígame qué es lo que necesita.

–Necesito la sangre de Saira. Solo le sacaríamos unos doscientos cincuenta centímetros cúbicos. Es muy pequeña y está muy delgada. En cuanto lleguemos a la base, tendremos a cuatro voluntarias que donarán toda la sangre que necesite Mariam.

–Haga lo que tenga que hacer.

–Me alegro de que lo haya entendido. –Laura le agradeció las palabras con una sonrisa. En cierta manera le daba un poco de miedo tocar a Bahar, porque no estaba segura de que tras esa máscara fría e imperturbable no hubiera una mujer frágil que se derrumbaría al más mínimo contacto–. De este modo ganaremos un poco de tiempo para Mariam.

Laura preparó todo lo necesario para sacarle sangre a Saira. Con palabras suaves le abrió una vía en el brazo, le recomendó que no mirara y le prometió que, en cuanto terminara, tendría un gran premio.

–¿Qué es lo que más te gusta comer? –le preguntó Laura a Saira.

–El *qorma nadroo* que hace mi madre. Es un guiso de cordero que está muy bueno.

–Pues es posible que esta noche, si a tu madre no le importa, pueda prepararnos ese plato tan rico que te gusta tanto.

Bahar asintió con la cabeza. Al menos, estar en la cocina la alejaría de los malos pensamientos: si Mariam sobreviviría o si era mala madre porque ni siquiera podía donarle su sangre o... ¿Para qué servía ella, entonces? Su vida no era como había soñado, desde luego. Su hija, a quien había dado la vida y lo único que le quedaba de su marido muerto, no la necesitaba. Era Saira, en cambio, quien podía hacer algo por salvarla. No quería reconocerlo, pero de repente sintió unos celos increíbles de su hija pequeña. No sabía si estaba bien o si estaba mal reconocerlo, aunque, por mucho que lo negara, no podía evitarlo. Decidió mirar para otro lado y esconder el rostro entre las manos para que nadie la viera llorar. Y lloró en silencio, como solía hacer cuando se acostaba todas las noches en la cama junto a Saira.

La transfusión duró poco más de veinte minutos.

–Lo has hecho muy bien, Saira. Eres muy valiente –dijo Laura sacando una botella de suero. La abrió y se la dio para que bebiera–. Ahora tienes que beber muy despacio y procurar no moverte. ¿Quieres que te cuente un secreto? –Saira asintió con la cabeza–. Hay hombres que se ponen a llorar cuando sienten una aguja, y tú en cambio no te has quejado.

–¿Lo has oído, Mariam? Me ha dicho que soy valiente. No he llorado, aunque me ha hecho un poco de daño.

Saira había decidido no dejar de hablarle, como tampoco dejaba de acariciar su rostro. Por nada del mundo quería que su hermana se sintiera sola. Era la primera vez que viajaban en coche. Siempre habían imaginado que cuando lo hicieran sería por una ocasión muy especial, como una boda o marcharse de Kabul. Y la ocasión era especial, pero también muy triste. Lo peor de todo era que Mariam no se daba cuenta de nada. Y mientras iban pasando por las calles, Saira le comentaba qué ocurría en ellas. «Mira, Mariam, en el mercado están vendiendo naranjas. Alí Abdulá Khan me ha dado unas cuantas para ti. En cuanto abras los ojos te pelo una, ¿vale?» Se llevó una mano al bolsillo para comprobar que la naranja que había salvado de la explosión seguía ahí. «Y allí hay un grupo de mujeres ricas que acaban de bajar de un coche. Deben de tener mucho dinero porque creo que el coche lleva una especie de estrella en la parte de delante. Y, ¿sabes una cosa?, los hombres ricos también regatean. No deben de tener tanto dinero, porque entonces no regatearían con el vendedor.»

Saira siguió hablando con Mariam y comentándole todo lo que le parecía interesante, desde el tráfico caótico que tenían que sortear hasta un vendedor que asaba carne en plena calle, o el niño limpiabotas que se esmeraba en sacarle brillo al calzado de un hombre vestido con un traje gris, o los policías que fusil en mano paraban a los coches que parecían sospechosos.

Estaban llegando a las inmediaciones del aeropuerto de Kabul, donde se encontraba la base militar española. Al fondo se veían las primeras nieves en la montaña Washir Akbar Khan. Antes de entrar en la base, oyeron un avión sobrevolar el cielo. Iba a tomar tierra en la pista y el ruido se confundía con la voz de una mujer que decía: «No salgan del edificio, hemos sido atacados. Estamos en máxima alerta».

Nada más traspasar dos alambradas y la puerta de la base, Saira contó hasta seis edificios. A Mariam la llevaron a una construcción pequeña, donde había tres hombres y una mujer esperándolas.

No hubo tiempo para las presentaciones. Enseguida Mariam se perdió en el interior del edificio. A Saira y a Bahar las llevaron a un pabellón grande donde había más de cincuenta mesas alargadas y preparadas para que la tropa comiera. Se sentaron en un rincón esperando tener muy pronto noticias de Mariam. Poco a poco fueron llegando los soldados, que cogían unas bandejas que estaban colocadas en unas estanterías e iban pasando por un pasillo donde se les servía el menú del día. Cuando ya tenían en la bandeja todo lo que iban a comer, ocupaban los bancos que había junto a las mesas. El ambiente estaba un poco tenso; apenas se hablaba en el comedor. El atentado de la mañana les había afectado mucho y no se gastaban las típicas bromas de todos los días.

Al cabo de un rato llegaron dos hombres y una mujer que se presentaron a Bahar y a Saira.

–Bienvenidas a esta base militar. Usted debe de ser la señora Bahar Achakzai y esta niña es Saira, que milagrosamente se ha salvado del atentado que ha habido esta mañana. – Bahar se permitió sonreír. Hacía tanto tiempo que no la trataban con tanto respeto que había olvidado cómo era esa sensación–. Soy el general de brigada José Manuel Layunta y este es mi ayudante de campo, el comandante Francisco Abellán. Les presento también a la teniente Maite Alonso, que atenderá todas sus necesidades. –Se explicaba con tranquilidad y muy despacio–. La coronel Laura Grau nos ha informado de la grave situación en la que se encuentra su hija. Sepa que es una situación excepcional, pero nuestra obligación es facilitarles, en la medida de lo posible, todos nuestros medios. Su hija está en buenas manos; la doctora Grau es una excelente médico. Va a ser una operación complicada y larga, así que les recomiendo que se acomoden como si estuvieran en su casa. No creo que sepamos nada hasta esta noche. Sentimos que el ambiente no sea más distendido, pero comprenda que esta mañana las tropas inglesas han sufrido un atentado y supongo que ustedes tampoco están para bromas. –Se permitió unos segundos de silencio antes de seguir hablando–. Y, por favor, en este campamento las mujeres no utilizan burka.

Saira lo escuchaba con la boca abierta. Nunca había conocido a un hombre tan alto y con unas manos tan grandes como las de ese general de brigada. Era calvo, llevaba un gran bigote, que de vez en cuando se atusaba, y sus ojos parecían mirar más allá del burka de Bahar. Pero lo que más le llamaba la atención era la voz profunda y cavernosa que parecía surgir de su garganta. Si Saira hubiera creído en los gigantes, no habría tenido ninguna duda de que José Manuel Layunta era uno.

–Muchísimas gracias. –Bahar se levantó la túnica que ocultaba su cuerpo–. No sabe cómo se lo agradezco. Es usted una buena persona. Ella... –rectificó enseguida–, mis dos hijas son todo cuanto me queda.

–Si lo desea, podemos avisar a su marido... –siguió hablando el general de brigada.

–No tengo marido –lo interrumpió Bahar–. Ramin se ocupa de nosotras ahora, pero gracias por su ofrecimiento. Mi amiga Ikram se ha encargado de hacerle saber dónde nos encontramos.

–Teniente Alonso, ocúpese de que esta señora y su hija estén bien atendidas.

–A la orden de vucencia, mi general. –Maite se cuadró inmediatamente y lo saludó llevándose la mano derecha a la sien.

Saira lo vio alejarse con pasos cadenciosos. Caminaba de la misma manera que hablaba, con elegancia y tranquilidad. Al igual que hicieron muchos soldados, tanto José Manuel Layunta como su ayudante, Francisco Abellán, se dirigieron hacia las estanterías donde se encontraban las bandejas para la comida. Según supieron después, el general de brigada no solía comer allí, pero ese día había hecho una excepción, pues tenía que dar muestras de absoluta normalidad por el atentado de la mañana.

–Supongo que no habrán comido –dijo la teniente Maite Alonso cuando su superior se hubo marchado–. Hoy tenemos de primer plato paella valenciana y de segundo tortilla de patatas con croquetas de pollo. Si lo desean, puedo ponerles una bandeja. –Bahar iba a rechazar el ofrecimiento cuando vio cómo a Saira se le iban los ojos detrás de la comida que había en las bandejas. Al igual que su hija, ella también salivó y se mojó los labios–. Me consta que a su hija pequeña acaban de sacarle sangre y necesita reponer líquidos y comida.

–No quisiéramos abusar mucho más de su hospitalidad.

–Por favor, ¿no sabe usted que en esta base los cocineros son vascos y valencianos? ¡Siempre sobra comida! –exclamó Maite–. Vengan, siéntense a esta mesa y enseguida las atenderemos. Comeremos juntas, si no les importa.

Maite pidió la ayuda de un chico joven, que se cuadró delante de ella, y enseguida dio órdenes de que llenaran dos bandejas con un poco de comida para las dos mujeres.

–A la orden de su usía, mi teniente –dijo el cabo.

A Saira le hizo gracia que un chico joven se cuadrara delante de Maite, como también lo hacían delante de Laura. Pero, mientras que Laura parecía tener unos treinta años, Maite tenía la cara aniñada. Su piel era cetrina y los ojos, oscuros y saltones. Llevaba el pelo recogido en un moño y, salvo una raya en los párpados, no lucía ningún adorno, ni siquiera unos pendientes como los que llevaba Laura. Otra cosa que le chocó de Maite es

que tuviera la voz ronca, pues no se correspondía con su aspecto de niña.

–Vengan, vamos a sentarnos –sugirió Maite–. Aquí, al lado de la salida de aire caliente, estaremos bien. Deben de estar agotadas.

Saira se sentó después de que lo hicieran su madre y la teniente Maite Alonso. Seguía con la mirada la comida que el chico iba colocando en las bandejas. Llenó asimismo unos vasos con un líquido anaranjado y otros dos vasos con agua limpia, y no turbia como la que recogían en la fuente. Las tripas le rugían, y por unos instantes se había olvidado de su hermana.

En el comedor apenas se oía un rumor, pero poco a poco la tropa fue elevando el tono de voz y hasta se produjeron algunas conversaciones más o menos animadas. La teniente se interesó por la vida de Bahar y de Saira. Les hacía preguntas, aunque procuraba que no fueran muy comprometidas para que no pudieran ofenderlas. En ningún momento preguntó por el golpe en la cara de Saira, ni cómo se había golpeado Mariam en el costado.

En cuanto llegaron las bandejas, empezaron a comer. Algunos señalaban la mesa a la que Saira y Bahar estaban sentadas. La pequeña era la que más llamaba la atención. La gente murmuraba quién podría ser el padre. Afortunadamente, ni la niña ni su madre entendieron de qué estaban hablando, aunque a Bahar no se le escapó que las miradas se dirigían hacia su mesa.

Maite les explicó qué era lo que comían.

–A este arroz lo llamamos paella...

–*Paella*... –repitió Saira, aunque lo dijo dos veces más hasta que surgió la palabra correcta–: Paella.

–Eso es, paella –asintió Maite a Saira, que parecía más receptiva que su madre a la hora de comunicarse–. Más de la mitad de la tropa viene de la base de Bétera, que está en Valencia. Un día a la semana nos gusta comerla. Me han comentado que has sido muy valiente y que esta noche tu madre va a ayudarnos a hacer la cena, siempre que no sea una molestia.

–Mamá, por favor, haz *qorma nadroo*. Cuando Mariam se despierte se pondrá muy contenta. A mi hermana y a mí nos gusta mucho.

Bahar asintió, aunque sin saber muy bien qué estaba aceptando.

–Me alegro de que podamos entendernos en inglés –siguió diciendo Maite–. Hemos llegado hace poco y todavía estamos perdidos con el farsi. Menos mal que tenemos unos buenos traductores. –Maite señaló a dos chicos jóvenes con gesto serio que estaban sentados a una mesa, al lado de tres soldados–. Hoy están con nosotros Emad y Fadil. En cuanto terminemos de comer os los presentaré. Son muy atentos con nosotros.

Bahar se guardó el comentario, pero estaba segura, y más conociendo a sus compatriotas, de que eran amables porque se les proporcionaba un plato de comida todos los días, además de un sueldo. Intuía que, tras la mirada de asco que habían puesto al señalar su mesa, había un profundo desprecio hacia Saira.

–Lo que más me ha gustado es esto –soltó de sopetón Saira, comiendo a dos carrillos y dando un sorbo grande del líquido anaranjado.

–Esto es tortilla de patatas y lo que bebes es refresco de naranja. ¿Quieres más? – Saira movió la cabeza de arriba abajo–. Parece que tienes un saco sin fondo.

–Deberías parar ya, Saira. A ver si te vas a poner mala –comentó Bahar.

–No, mamá, no puedo ponerme mala si todo está tan rico.

–Deberías hacer caso a tu madre, Saira –le dijo Maite con voz ronca–. Si te apetece, esta noche también puedes comer tortilla de patatas. Haz un poco de sitio para el postre. Hoy tenemos pudín, y te aseguro que está muy bueno.

–Ya –Saira se encogió de hombros–, pero Laura me ha dicho que podía comer todo lo que quisiera, que he sido muy valiente y que no me preocupara de nada. Siento comérmelo todo y dejaros sin comida.

Maite acarició el rostro de la niña y se guardó de soltar una carcajada.

–Saira, eres encantadora. ¿Crees que vas a dejarnos sin comida? Si tienes hambre, puedes comer lo que te apetezca.

Saira no contestó, pero su mirada lo dijo todo.

–Está bien, te traeré un trozo más de tortilla; pero, por si no lo sabías, también solemos merendar. Y nosotros no somos como los ingleses, que paran a las cinco de la tarde para tomarse solo un té con leche con una pastita.

A Bahar le hizo gracia el comentario, pues, gracias a los años que había estudiado en un internado inglés, sabía de buena mano que los ingleses tomaban té con cualquier excusa. A Saira, en cambio, le sorprendió que se comiera tantas veces al día. Cada vez le gustaba más estar con esos militares que se preocupaban por ella, por su madre, pero sobre todo por su hermana. Al recordarla soltó un suspiro y apartó la bandeja.

–Mamá tiene razón, no debería comer más. Voy a dejarle un poco a Mariam. Hoy solo ha comido un yogur y debe de tener mucha hambre. ¿Me dejaréis llevarle un trozo de tortilla?

–¿Sabes lo que podríamos hacer? –Saira se encogió de hombros nuevamente–. Voy a llevarte a la sala donde vemos la tele y jugamos. Tenemos una antena parabólica que coge

más de doscientos cincuenta canales. Hay algunos dibujos animados que podrían gustarte.

–¿Dibujos animados? –repitió Saira.

–Vamos a pedir que nos lleven el postre a esa sala y te enseño qué son los dibujos animados.

–Mamá, ¿podemos irnos con Maite? Por favor, mamá. Te prometo que voy a portarme bien y no voy a decir una palabra.

–No comprendo cómo puedes pensar en ver la televisión cuando tu hermana está muy enferma. –Bahar habló con tanta dureza que Saira bajó la vista al suelo, avergonzada.

–Mamá, no volveré a hablar más. Me sentaré aquí contigo y te haré compañía. – Agarró las manos frías de su madre para besárselas, pero Bahar la rechazó.

–Saira, para de hacer el tonto. ¿No entiendes que tienes que callarte de una vez? A nadie le interesa saber qué vas a hacer. Nos quedaremos aquí sentadas.

–Por favor, discúlpeme a mí. –Maite tampoco se tomó la molestia de suavizar sus palabras. No había entendido las últimas frases, pero el tono que Bahar había utilizado con Saira no le había gustado nada—. Solo pretendía que estuvieran un poco distraídas. La tarde va a ser larga y, sintiéndolo mucho, nosotras no podemos hacer nada por su otra hija.

–Usted haga lo que tenga que hacer. Nosotras no queremos ocasionar más molestias. Le agradezco de corazón todo lo que están haciendo por mi hija; pero, por favor, déjenos descansar aquí. Estamos muy bien atendidas.

Tras estas palabras, Bahar colocó las manos encima de la mesa, entrecruzándolas, y se dejó llevar por su eterno mutismo, ese muro que nadie podía traspasar. Saira hizo un mohín cuando Maite se levantó para recoger las bandejas.

El comedor comenzó a despejarse, aunque Maite seguía por allí por si Bahar y Saira necesitaban algo. Cuando la niña terminó de contar las mesas que había en la sala, siguió con los bancos, y después con las migas que había a su alrededor. Procuraba hacerlo en silencio para no molestar a su madre, pero de vez en cuando hablaba en voz alta para no perder la cuenta.

–¿Quieres parar de contar? Estás poniéndome nerviosa –dijo, pegándole un manotazo en el brazo.

Saira asintió sin decir nada. Entonces reparó en que sus mejillas estaban rojas, y no por el calor que hacía en la sala, sino porque se avergonzaba de ser una idiota que solo pensaba en sí misma y no en Mariam, como habría hecho cualquier buena hermana. Se mordió el labio hasta que notó el sabor de la sangre en la boca, y encontró cierto alivio en el dolor, que calmó su nerviosismo. Después se llevó una uña a los dientes y comenzó a

morderla con desespero. No paró hasta que vio sangre y le dolió lo suficiente. Después sintió la urgencia de salir de ese comedor que la asfixiaba. Los pocos soldados que quedaban la miraban con una mezcla de pena y curiosidad.

–Me estoy haciendo pis –dijo de pronto.

–Espera un poco más y dentro de un rato vamos las dos juntas.

–Es que no puedo aguantarme... –Se limpió con la palma de una mano las lágrimas que no podía contener.

–Tendrías que haberte quedado en casa. No haces más que incordiar, Saira.

–Está bien, me aguantaré, mamá. Haré lo que tú digas.

El tiempo pasaba con lentitud, como siempre que tenía que hacer algo urgente, y ella comenzó a impacientarse. Necesitaba salir como fuera y no quería hacerse pis encima. No era una niña pequeña, pero desde que había salido esa mañana de casa no había ido al servicio. Se aferró con fuerza al borde la mesa hasta que sintió que la carne de las uñas le dolía, y empezó a balancearse adelante y atrás.

–Me estás volviendo loca, Saira. –Bahar le gritó y Saira dio un bote en el banco–. Vete al servicio, vete a donde quieras, pero no vuelvas a mi lado hasta que estés segura de que vas a comportarte como es debido.

–Lo siento, mamá, pero es que me hago pis...

Saira se levantó sin esperar a que su madre le dijera nada más. No quería correr, aunque la necesidad de llegar al baño era mayor que el rapapolvo que luego pudiera echarle su madre. Abrió una puerta blanca que había en el otro extremo del comedor, y después traspasó otra más, y la cerró de un puntapié. A la primera patada la siguieron unas cuantas más, hasta que marcó la chapa con su zapatilla. Echó el pestillo y se abandonó a la sensación de desamparo que sentía. Al fin pudo aliviar sus necesidades. Volvió a llorar, aunque no quería. Se restregó los mocos que corrían por sus labios con la manga de la chaqueta. ¿Por qué no hacía nada bien? Desde que el abuelo había muerto tenía la impresión de que, hiciera lo que hiciera, todo estaba mal, que su madre no la quería y que era un estorbo. Quizás Ramin tenía razón y la única manera de que todos estuvieran contentos era que ella fuera vendida a un hombre rico y se marchara para siempre. Así conseguirían algo de dinero y durante un tiempo no tendrían que pasar horas y horas bordando por unos cuantos afganis. ¿Cuántos afganis podría valer? ¿Tres mil, cinco mil? Puede que menos o puede que más. Lo único cierto era que así todo el mundo estaría contento y ella ya no estorbaría a su madre.

«No haces más que incordiar, Saira... no vuelvas a mi lado hasta que estés segura de que vas a comportarte como es debido...»

Las palabras de su madre resonaban una y otra vez en su cabeza. Y, por mucho que quisiera, no podía decir «basta»; no podía porque sabía que eran ciertas. ¿Cuántas veces le repetiría su madre esas palabras para que fuera consciente de que todo lo hacía mal? Lo peor era que ella no estaba en el lugar de Mariam; *inshallah* fuera así para que su madre fuera feliz. Porque, si ella se marchaba de casa, ¿quién la echaría de menos? Tal vez Mariam los primeros días, pero no su madre. Y, aunque esta no se lo había dicho con palabras, Saira sabía que habría deseado que fuera ella quien estuviera en el lugar de su hermana. Intentó sofocar un grito llevándose una mano a la boca. Sus dientes se cerraron con fuerza sobre el dorso de la mano y entonces volvió a experimentar alivio. Todo quedó en silencio... en aquel espacio solo permanecía ella, y también su dolor. Un sudor frío le recorrió la espalda hasta que el dolor se hizo insoportable, pero al menos consiguió que el murmullo cesara; era curioso que un dolor sofocara otro más grande.

Volvió a limpiarse las lágrimas con la chaqueta. ¡Qué difícil era ocultarlas cuando salían porque sí! Oyó cómo se abría la puerta del baño y a Maite llamándola.

–Ahora salgo –contestó Saira respirando profundamente.

–¿Te encuentras mal? ¿Te ha sentado mal la comida?

–No –respondió desde dentro–, es que me acuerdo de mi hermana y me da mucha pena que sea Mariam quien esté malita. *Inshallah* yo estuviera en su lugar, así todo el mundo sería más feliz. Cuando Ramin se entere va a enfadarse mucho.

–Venga, Saira, sal del baño, que quiero enseñarte una cosa. Ya verás como te gusta.

–Es que solo quiero que mi hermana se ponga buena, se case con Aziz y podamos vivir juntas.

–Acaban de decirme que la operación está yendo bien y que tu hermana está luchando. Hasta ha dicho tu nombre.

Saira abrió la puerta sin poder contener de nuevo las lágrimas.

–¿De verdad ha dicho mi nombre?

–Claro que sí. ¿Crees que te estoy mintiendo? –Saira la miraba con sorpresa y los ojos muy abiertos–. Yo te cuento lo que la coronel Grau me ha dicho.

Saira se llevó una mano a la frente, como si tratara de recordar algo.

–Es que no me acuerdo de si alguna vez le he dicho que la quiero. ¿Podrás decírselo tú cuando vuelvas a verla?

–Claro que sí. Y también me ha dicho que no quiere que llores y que cuando despierte quiere ver una sonrisa en esa cara tan preciosa que tienes.

–Yo no soy guapa. *Inshallah* fuera como Mariam o como mi madre.

–Pues a mí me parece que tienes unos ojos preciosos y un pelo que sería la envidia de muchas chicas que conozco. Yo siempre he querido tener los ojos azules, y he tenido que conformarme con tenerlos negros y como las ranas. –Alargó un brazo para posarlo sobre el hombro de la niña–. Deja que te limpie la cara. Si Mariam te ve con estos chorretes se asustará.

Tras unos minutos en los que Maite se entretuvo en lavarle la cara, en secarle las manos con una toalla que olía maravillosamente bien, en quitarle el hiyab de la cabeza y en hacerle varias trenzas, Saira volvió a recuperar la sonrisa.

–Tu madre se ha marchado a la cocina para preparar ese plato que tanto te gusta. ¡Cualquiera le dice que no al general Layunta! –Soltó una carcajada que Saira no entendió–. Es el que más manda aquí, y cuando se pone serio da hasta miedo.

–Seguro que no más que Ramin.

–A mí me parece que ese Ramin es un desgraciado –masculló entre dientes–. Me gustaría encontrarme con él para saber si es tan valiente conmigo como contigo.

Saira se llevó una mano a la mejilla dolorida.

–Tu madre me ha dado permiso para que veas la tele. Hay unos dibujos que le gustaban mucho a mi hermana mayor cuando era niña. Voy a enseñártelos porque te pareces a la protagonista. Se llama Candy Candy, aunque tú no tienes el pelo rizado.

Saira se dejó llevar por Maite hasta una sala grande donde había un televisor encendido. Varios soldados estaban viendo las noticias de CNN+, donde se hablaba del atentado de esa mañana. Saira recordó, no sin estremecerse, los momentos anteriores a la explosión. Jabbar se había quedado ahí y nunca más volvería a perseguirla por la calle. Si supieran que la bomba se había llevado por delante a unos chicos a los que les gustaba hacer daño por placer, entonces se alegrarían como ella.

Maite habló con uno de los soldados y enseguida se marcharon de la habitación, no sin antes darle unas cuantas piruletas a Saira. Maite buscó hasta encontrar el canal que deseaba. Esperó unos segundos y al fin apareció la imagen.

–Has tenido suerte, porque vas a verlo desde el primer capítulo. Este canal lleva repitiendo la serie no sé cuánto tiempo.

Saira abrió los ojos y la boca. Se acercó a la tele, que estaba a medio metro por encima de ella, y tocó la pantalla, asombrada. Paseaba los dedos por las imágenes, que se sucedían unas tras otras.

–Se mueven... –dijo cuando salió la cabecera de la serie.

–Claro que se mueven. Esto no es un cuadro.

–Y eso son flores... y eso es un cisne... y la niña ríe y llora. –Comenzó a comentar todo lo que le llamaba la atención–. Y está nevando. ¿Verdad que parecen estrellas del cielo que caen? A mi abuelo también se lo parecía.

Saira se sumergió enseguida en la historia de esa niña rubia que tenía unos ojos tan grandes como los de ella. Maite se rió cuando apareció Candy por primera vez y soltó una carcajada que iluminó la pantalla, y también se rió cuando esta se cayó de la rama de un árbol por salvar a unos pajaritos. En cambio, Saira contestaba a todo lo que decían aquellos dibujos animados.

Permanecieron sentadas en un sofá unas dos horas, hasta que un chico se acercó con yogures, bizcochos y galletas de chocolate. Saira cogió unas cuantas galletas y se las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

–Son para Mariam. Es que está tardando mucho la operación...

–No te preocupes, tenemos más en la cocina para cuando Mariam despierte. Si hubiera pasado algo grave ya nos habríamos enterado.

–Es verdad. Una vez se murió el abuelo de mi vecina y enseguida se enteró toda la calle. A mí me daba mucha pena ver a tanta gente llorando en el jardín de esa casa.

–¿Qué quieres hacer después de merendar? ¿Seguimos viendo *Candy Candy*?

–¿No te reñirán si no haces tu trabajo?

–No, hoy estoy aquí contigo.

Y siguieron comentando, riendo y hablando de la serie, que cada vez llamaba más la atención de Saira. Sobre las nueve de la noche, Maite dio por concluida la sesión y se marcharon a cenar.

Lo primero que vio Saira cuando entraron en el comedor fue a Ramin con el rostro escondido entre las manos. La niña se quedó quieta y apretó con fuerza la mano de Maite porque no quería sentarse a su lado. ¿Y si le echaba la culpa de lo que le había pasado a Mariam? De pronto oyó a Ramin repetir como una letanía:

–Esto es una desgracia. Mariam con sangre de la *kharami*. Maldita sea la *kharami*.

CAPÍTULO CINCO

Tres semanas después de la operación, Mariam aún seguía convaleciente. Su vida estuvo en manos de dos médicos, uno alemán y otro inglés, que se desplazaban hasta la base cuando había una operación complicada. Durante esos días, Saira y Bahar acudieron todas las mañanas a verla a Camp KAIA.^[16] Se levantaban sobre las cinco, antes de que amaneciera, iban a la fuente a por agua y al regresar caminaban hasta un pequeño solar en el que en otro tiempo hubo una escuela, donde esperaban un coche que las llevaba a la base. De no haber sido así, habrían tardado más de dos horas en llegar, mientras que de esta manera solían hacer el trayecto en media hora, según el tráfico que hubiera. Saira intentaba recordar todos los detalles que veía en la calle, por pequeños que fueran, para contárselos a Mariam. ¡Cuánto agradecía su hermana que Saira se riera de lo que había visto en la calle, haciendo muecas y exagerando para entretenerla!

Los primeros días solo les permitían verla una hora por la mañana y otra por la tarde porque estaba muy débil, aunque al cabo de una semana las visitas se prolongaron y podían estar con ella desde que llegaban hasta que atardecía. Al finalizar la primera semana, Mariam había recuperado el color en las mejillas, algo de peso, y parecía haber crecido unos centímetros. También se la veía contenta de estar de nuevo con Saira. Había echado tanto de menos sus comentarios, sus risas compartidas, sus secretos, incluso el olor a canela que la niña desprendía, que Mariam la esperaba casi con los brazos abiertos.

No ocurría lo mismo con Bahar. Al llegar, su madre le ponía bien el almohadón, le limpiaba el cuerpo con un trapo húmedo y, a la hora de comer, le acercaba la cuchara a la boca. Mariam insistía en que podía hacerlo sola, pero Bahar la fulminaba con la mirada, y entonces las hermanas se callaban. Después de atender todas las necesidades de Mariam, Bahar se sentaba en una silla lo que quedaba del día, como si esperara una palabra, un gesto, algo de ella, pero Mariam no lograba acertar de qué se trataba y entre ellas se creaba un muro de silencios cada vez más alto.

En realidad, Bahar solo deseaba ser recibida como lo era Saira. Un gesto, una caricia, un «¿cómo estás, mamá?», habrían sido suficientes. Pero lo que Bahar esperaba de Mariam no lo obtuvo en esas tres semanas, salvo cuando se acostaba por las noches y lloraba e imaginaba todo lo que le diría su hija al día siguiente. Esos eran los mejores momentos, porque solo estaban Mariam y ella.

–¿Cómo estás, hija mía? –le preguntaría ella.

–Me encuentro mejor. Muchas gracias por estar a mi lado –le respondería Mariam.

–Me diste un buen susto. Pensé que te perdía.

–No habría sobrevivido de no ser por ti. Eres la mejor madre del mundo...

Sin embargo, lo que ocurrió aquella noche tras cubrirse la boca con una mano para sofocar las lágrimas fue que Saira se acercó a ella y la abrazó con el pretexto de que hacía

frío, aunque en realidad la niña se moría de ganas de apoyar la cabeza en su pecho y de que la abrazara, como hacía Mariam antes de que dejara de dormir con ella. Entonces le dijo: «Yo también la echo de menos, mamá. Pronto volverá con nosotras». Y por mucho que Bahar quisiera poner una barrera entre su hija y ella, la cama no era lo suficientemente grande para que Saira no salvara la distancia.

–Mamá, te quiero...

–...

–Eres muy buena con nosotras.

–...

–¿Verdad que queremos mucho a Mariam?

–...

–Mañana le contaré a Mariam lo que nos ha pasado al volver, cuando casi atropellamos al burro.

–Saira, duérmete ya y deja de decir tonterías. Y vete al otro extremo de la cama, que tienes los pies fríos.

–Lo siento, mamá.

–Tú crees que por decir «lo siento» está todo arreglado. Siempre estás fastidiando.

Saira volvió al otro extremo de la cama sin decirle otra vez: «Lo siento, mamá». No quería molestarla y que volviera a llorar por su culpa. Se había equivocado al pensar que podía animar a su madre; esta tenía razón cuando decía que siempre lo fastidiaba todo. Solo le quedaba rezar por Mariam, por su madre y por ella:

–Cuida de nosotras, aunque tengas mucho trabajo, nosotras nunca no te olvidamos. Yo intentaré ser mejor hija y ayudaré más a Mariam y a mamá a hacer las tareas de la casa. Y perdóname por molestar a mamá. Voy a ser más buena.

Mientras Saira recitaba esta pequeña plegaria, Bahar se tapó la cabeza con la almohada para no oírla, hasta que la niña se calló y se mordió los labios para evitar pronunciar más palabras en voz alta. Si su madre quería que se callara, no hablaría más. Y antes de volver a importunarla se metió una mano en la boca para aliviar el dolor que sentía. Sin embargo, para Bahar las palabras de Saira siguieron resonando en la habitación y en su corazón, como el eco en una montaña.

–Mamá, te quiero –deseaba que le dijera Mariam y no Saira.

–Yo también te quiero, mi niña. Te quiero muchísimo.

A la mañana siguiente, Mariam recibió a Saira con una sonrisa de oreja a oreja. Aquella niña volvió a robarle lo que más quería en el mundo. Su vida había sido casi perfecta hasta que llegó Saira. Tenía un marido al que amaba, una hija que la hacía feliz y la promesa de salir de Kabul en unas semanas para empezar una nueva vida en otro país. ¿Qué tenía ahora? Amargura por todo lo que se había ido. Porque ¿quién si no tenía la culpa de que Mariam la quisiera menos? Saira, la pequeña bastarda que solo había sido un estorbo en su vida, reflexionó Bahar con resquemor.

Unos días antes de que a Mariam le dieran el alta, Bahar dijo que se encontraba mal, y madre e hija se quedaron en casa para no contagiarle ningún virus a Mariam. Sin embargo, la realidad era bien distinta: Bahar deseaba que Mariam la echara de menos, que se diera cuenta de que era a ella a quien debía querer, no a Saira. ¿Qué hacía Saira sino contarle unas pocas tonterías para que se riera? Porque, cuando saliera de la base, todas aquellas bobadas no existirían, sus vidas seguirían siendo tan miserables como hasta entonces. Y cuanto antes se diera cuenta de que la risa era un lujo que no podían permitirse, mejor les iría.

Al día siguiente, Bahar se las arregló para ir sola a la base y dejó a Saira con Ikram y Zahra. La niña protestó, pero una mirada de Bahar bastó para que Saira se callara y aceptara que no iba a acompañarla. La niña se pasó medio día mirando por la ventana esperando a que su madre regresara y preguntando continuamente la hora, y el otro medio con la garganta dolorida por el esfuerzo de contener las ganas de llorar. Pero ni siquiera a solas Mariam fue capaz de mantener una conversación de más de tres palabras con su madre. Así pasaron parte de la mañana, en silencio: Bahar sentada en una silla tras haber atendido las necesidades de Mariam y esta procurando descansar porque parecía que volvía a encontrarse mal.

Cuando Bahar fue a buscar a Saira, la niña se lanzó a sus brazos y le besó las manos.

–¿Me ha echado de menos? –le preguntó Saira ya en casa.

–No lo sé, no me acuerdo. Además, no hemos hablado de ti.

–¿Y de qué habéis hablado?

–De cosas.

–¿De qué cosas?

–De cosas importantes que tú no comprendes.

–¿Mañana podré ir a verla? Por favor, me levantaré un poco antes para ir a la fuente y así tú descansas.

–Bueno, ya veremos. Solo piensas en jugar y en decir tonterías.

Sin embargo, Bahar tuvo que reconocer que prefería ir con Saira y escuchar sus tonterías que pasarse el día sin hablar. Al menos, cuando iba con Saira a Mariam se le iluminaban los ojos y estaba de mejor humor. Aquella fue la única vez que tuvo la estúpida idea de ir sola a ver a su hija.

–Quiero que entiendas que tu hermana necesita descansar y que no puedes agobiarla con tus tonterías. Si me prometes que te portarás mejor, volverás a verla.

–Me portaré mejor, lo prometo.

–Y cuando te diga que la dejes dormir, lo harás y te callarás. Ayer Mariam tuvo una recaída porque necesita descansar más.

A cada palabra de Bahar, Saira asentía con la cabeza y con una sonrisa en los labios.

A la mañana siguiente, Saira estaba tan emocionada por volver a ver a su hermana que permaneció en silencio desde que fueron a buscar agua a la fuente hasta que llegaron a Camp KAIA. Al llegar, la niña se sentó muy despacio en el borde de la cama, como si temiera hacer ruido y que Bahar la riñera de nuevo. Saira miró con dulzura a su hermana y cruzó las manos sobre el regazo.

–¿Hoy no hay un beso para mí? –le dijo Mariam cuando vio a Saira.

–Sí, pero... –Durante unos segundos no supo qué hacer y miró a su madre. Cuando esta le hizo un gesto afirmativo, se fundió en un abrazo con su hermana–. Siento que ayer te encontraras otra vez malita.

–No pasa nada. Mi mejor medicina es que estéis aquí conmigo, tú y mamá. Te he echado de menos.

Saira suspiró de alivio cuando Mariam le dijo que la había echado de menos.

–¿No tienes nada que contarme? Hoy estás muy callada, no pareces mi Saira. A ver si ahora vas a ser tú la que va a ponerse mala... –Mariam agarró a Saira por un brazo para achucharla.

–¿De verdad no te molesto si hablo?

Mariam negó con la cabeza y sus labios dibujaron una sonrisa sincera. Dejó que Bahar le ahuecara los almohadones y respiró con placidez cuando Saira comenzó a relatarle lo que había hecho el día anterior.

–Ayer fui con Ikram y Zahra a una casa donde una mujer tiene una pequeña escuela. Se llama Malika y tiene dos hijas y un hijo.

–Crear una escuela era el sueño del abuelo –dijo Mariam–. *Inshallah* yo supiera lo suficiente para trabajar en una escuela.

–Y Zahra y yo nos apretujamos en un banco con otras niñas y aprendimos muchas cosas. ¿Sabes que la capital de China ya no se llama Pekín? Ahora se dice Beijing.

–¿De verdad se llama Beijing? –Mariam pareció sorprenderse con la noticia, aunque realmente le daba igual cómo se llamara, pues había asumido que nunca saldría de Kabul.

–Sí. También estuvimos repasando las tablas de multiplicar, pero yo no dije que me las sabía porque me gustaba estar sentada con las otras niñas y hacer como que no me las sabía para luego ayudarlas. Deberías venir un día tú también.

–Soy un poco mayor para ir a la casa de esa mujer –contestó Mariam.

–¡Qué va! La hija de Malika tiene la misma edad que tú y sigue estudiando. Pero ella sí que sabe muchas cosas. Dice que va a ser médico y que estudiará fuera de nuestro país.

–Me alegro por ella. –Y, aunque no quiso decirlo en voz alta, deseó estar en el lugar de esa chica que quería ser médico y que estudiaría en el extranjero para cumplir su sueño.

–Pero no te pongas triste. Mejor me callo y te dejo descansar.

–Tú nunca me pones triste. *Inshallah* siempre podamos estar juntas.

–Claro que sí, cuando te cases con Aziz podremos estar juntas. Y serás una mujer rica.

Mariam se encogió de hombros. Si el sueño de su hermana se hiciera realidad, sería tan feliz como ella. De modo que se permitiría soñar un poco más antes de que la realidad la abofeteara de nuevo. Sabía lo que el destino le deparaba... pero soñar era gratis.

Mientras Mariam descansaba, Saira recorrió la base. El día que llegó no se había fijado en cómo eran las instalaciones. Los edificios más grandes eran contenedores prefabricados que se apilaban unos encima de otros. También había contenedores más sencillos, pero todos tenían aparatos de aire acondicionado en el exterior. No obstante, lo que más le gustaba eran las papeleras de color amarillo que había cada tres puertas. El recinto estaba limpio y no olía a basura, como muchas de las calles de su barrio.

La coronel Laura Grau le hacía compañía cuando sus obligaciones se lo permitían. Dos días a la semana se desplazaba junto a un teniente enfermero y un equipo a pueblos cercanos o a barrios desatendidos para proporcionar asistencia médica primaria, lo que fomentaba lazos de cooperación entre la población y los militares. Así que, cuando Laura podía, le enseñaba palabras en español, jugaba con ella y le explicaba qué hacían cuando sufrían un *rocket attack*.^[17]

–Desde que estoy aquí no nos han atacado, pero, si eso llegara a ocurrir, tienes que venir inmediatamente a este búnker.

–Cuando en casa oímos el ruido de los cohetes, nos metemos en un pequeño sótano que construyó mi abuelo.

–Hablas mucho de tu abuelo. ¿De qué murió?

Aunque se llevaba bien con Laura y, desde que la conocía, Ramin no había vuelto a ponerles la mano encima ni a ella ni a su madre, no quiso contarle la verdad sobre lo que había ocurrido aquella noche. De todos modos, no sabía qué había pasado en realidad; solo recordaba que oyó un golpe seco, que pasó mucho miedo y que se hizo pis encima. A partir de ese día, su abuelo desapareció de sus vidas.

–Murió de un ataque al corazón.

–Cuánto lo siento.

–Lo echo mucho de menos y él también debe de echarme de menos. Si quieres, te enseño una foto que llevo siempre conmigo. –Saira se metió la mano por debajo de la chaqueta, a la altura del pecho, y de un bolsillo que le había cosido su madre en una camiseta sacó una foto que mostraba a un hombre joven y orgulloso–. Se llamaba Hamid. ¿Verdad que era guapo?

–Sí, era muy guapo.

–Y también sabía mucho. Fue profesor de farsi en la universidad y viajó a muchos países.

–¿A ti te gustaría viajar?

–Sí, pero me gustaría hacerlo con Mariam. La quiero mucho, y ahora ya lo sabe. Se lo digo todos los días. Una vez cuando llego y otra cuando me voy. Así no se le olvida.

–Si alguna vez tengo una hija, me gustaría que fuera como tú.

–Eso es porque no conoces a Mariam. Ella es mejor hermana que yo.

–Yo solo sé que tú eres una niña muy especial. –Y comenzó a relatarle algunos recuerdos dolorosos–: Me recuerdas a un cuento que mi madre me contaba cuando era pequeña: *Rapunzel*. Decía que yo era como esa niña y que un día saldría de la torre en la que una bruja malvada me había encerrado. La bruja malvada era mi padre, que, cuando venía a casa borracho, me encerraba en un armario después de darnos una paliza a mi hermana y a mí. –Saira se estremeció al escuchar que a Laura también le habían pegado. Parecía extraño que una mujer con tanto poder hubiera tenido una infancia difícil–. ¿Quieres que te cuente el cuento?

–¿De verdad crees que me parezco a esa *Rapunzel*? –Saira volvió a llevarse una mano a la mejilla en la que le había golpeado Ramin y donde apenas quedaba rastro.

–Claro. Yo salí de esa torre.

–Cuéntame la historia.

Laura acarició la mejilla de Saira.

–Había una vez una mujer que tenía una hija tan hermosa, tan hermosa, que sus cabellos rubios brillaban más que el sol. Se llamaba Rapunzel y era tan bonita como tú. – Saira dio un bote en la silla en la que estaba sentada.

–¿Como yo?

Laura no contestó a la pregunta y siguió su narración.

–Su belleza era comentada en todos los palacios del mundo, incluso llegó a oídos de una bruja malvada que tenía miedo de Rapunzel y de su extraña belleza...

Saira escuchó la historia, que le recordó a los cuentos que le contaba su abuelo. Al igual que Hamid, Laura se implicaba en el relato y ponía voces a los protagonistas. La bruja era tan malvada en boca de Laura que Saira abría los ojos, aterrada, y se tapaba la boca cuando Rapunzel sufría las maldades de la bruja. Cuando llegó al final del relato, Laura lo cambió por otro que le parecía más interesante. Su madre se lo contaba así porque no creía en príncipes azules que salvaban a princesas en apuros. Ni a su madre, ni a la madre de su madre las había salvado nadie.

–Y Rapunzel se cortó las trenzas, las ató a la pata de la cama, hizo magia y cogió el cielo con las manos. Entonces echó a la bruja de su vida y decidió que cambiaría las cosas que no le gustaban.

–¿Y no sale ningún príncipe? –se extrañó Saira, porque recordaba las historias de su abuelo.

–En el cuento que yo explico no.

–¡Ah! –exclamó–. Yo también quiero hacer esa magia.

–Y la harás –afirmó. Le hubiera gustado decirle también que podía contar con ella para lo que necesitara, pero ella se iría en unos meses y no quería hacer promesas que luego no podría cumplir.

Laura estaba cada vez más entregada a Saira, pues la niña aprendía tan rápido que en muy poco tiempo pudo entender una conversación en español con frases que no fueran muy largas. Le gustaba que Saira tuviera curiosidad por todo y que preguntara lo que no

entendía. En dos ocasiones, con el consentimiento de Bahar, se la llevó a atender casos de medicina primaria en algún barrio de Kabul. La primera vez hizo de intérprete con una mujer que acababa de parir, y más tarde con una familia que padecía diarrea por unas fiebres tifoideas. Al final de la tarde estuvieron en casa de un hombre que tenía un principio de neumonía. Sin embargo, el hombre no quiso hablar con la niña porque era una mujer. Según con qué hombres trataban tenían que andarse con pies de plomo, pues los ofendía ser tratados y hablar con alguien del sexo opuesto. En esos casos Laura se apañaba para que fuera el teniente enfermero quien tomara la iniciativa y se hiciera pasar por médico.

En una de aquellas tardes en las que Bahar no soportaba su presencia, volvió a dejar que la niña acompañara a Laura. Saira le preguntó entonces una cosa a la que llevaba tiempo dándole vueltas:

–¿En vuestro país sois todos ricos?

–No. ¿Por qué piensas que somos ricos?

–Porque os pasáis el día comiendo –respondió mojándose los labios–. Cinco veces son muchas veces.

Laura no supo qué decir. Era la primera vez que le planteaban una pregunta de ese estilo.

–Cuando mi abuelo vivía comíamos dos veces al día, un té y un trozo de pan por la mañana y una sopa de verdura o arroz por la noche. Ahora que está Ramin, muchos días solo tomamos té.

–Vamos a hacer una cosa. –Al igual que Saira llevaba varios días pensando en esa pregunta, Laura también llevaba varios días pensando en qué podrían hacer para ayudar a la familia de la niña. Tras consultarlo con sus superiores, habían llegado a un acuerdo que era favorable para todos–. Necesitamos a una mujer de confianza para que limpie las tiendas Colpro y los espacios comunes. Además, necesitamos más traductores, y tu madre y tú os maneáis muy bien en inglés. Luego hablaremos con tu madre. ¿Qué te parece la idea de venir más a menudo por aquí?

–¿Y podrá venir Mariam?

–Eso no depende de mí, depende de Ramin.

Saira se encogió de hombros. Por una parte, se alegraba de tener la oportunidad de comer todos los días y de que en casa entrara un sueldo mejor que el que recibían bordando sábanas y toallas para las mujeres ricas. Por otra parte, temía lo que Ramin le dijera a Bahar. Pero si algo bueno había tenido que Mariam hubiera estado muy cerca de la muerte era que Ramin parecía más tranquilo, aunque no podía evitar seguir mirando a Saira con desprecio y decirle que era una maldita *kharami*. Desde que lo encontró sentado la noche en que operaron a Mariam con la cabeza entre las manos, su frase favorita era: «Da gracias de

que no te haya vendido como a una maldita *kharami*».

Dos días antes de que Mariam saliera de la base, la joven recibió a Bahar más nerviosa de lo normal. Esperó a que Saira se fuera a recorrer la base para hablar con su madre. Quería compartir su secreto con ella, pues quizás fuera de las últimas cosas que pudiera decirle antes de que Ramin decidiera formalizar la relación.

–Ha ocurrido algo –dijo Mariam con la voz temblorosa.

–¿Qué ha ocurrido? ¿Estás peor? Dime qué ocurre, Mariam.

La chica bajó la vista al regazo.

–Esta noche he sangrado por primera vez –comentó, cubriéndose la boca con una mano.

–¡Mariam, ya eres una mujer! –exclamó Bahar, y se llevó una mano al pecho. No sabía si debía alegrarse por su hija o, por el contrario, temer que Ramin se casara con ella. En cuanto esto último ocurriera, Mariam se alejaría de ella y de Saira para siempre–. ¿Cómo te sientes?

–Rara.

–Ya sabes que ahora... No hace falta que te lo explique, ¿verdad?

–Sí, ya sé que ahora puedo ser madre y hacer feliz a Ramin.

–Sí, lo sé –contestó Bahar con gesto serio.

–Gracias, mamá.

–Entonces ya está todo dicho.

El primer día que Mariam volvió a poner un pie en casa, Saira le había preparado una sorpresa y estaba muy nerviosa. Laura le había regalado una libreta y unos lápices de colores con los que pudo hacer un dibujo para su hermana. En el centro de la hoja pintó a tres mujeres: Mariam en el medio, y su madre y ella a cada lado. Llamaba la atención que, siendo Bahar más alta que Mariam, en el dibujo su madre tuviera la misma estatura que Saira. La niña había pintado también, en un lado del papel, un cocodrilo de color negro con la boca abierta, de la que goteaban unos hilillos de sangre. En el otro extremo había un hombre y una mujer sentados en sillas observando a las tres mujeres. Debajo de cada dibujo Saira escribió los nombres, incluso los del hombre y la mujer que estaban sentados: Hamid, el abuelo, y Laura, la médica que la atendió en primer lugar.

Bahar había conseguido almendras para azucararlas como regalo de bienvenida, unos cuantos dulces y mucho *chai*. Había invitado a Ikram, a Zahra, a Laura y a Maite.

También estaba nerviosa, como Saira, aunque se guardaba las emociones para sí. Había comprado medio pollo para preparar una sopa esa noche. Ramin, por su parte, le había comprado un abrigo de piel de conejo para el invierno. Esa mañana había ido al barbero para perfumarse y recortarse la barba y el pelo. Lucía una mueca que pretendía ser una sonrisa, aunque, en cuanto Mariam apareció en casa y advirtió a Saira junto a ella, borró todo rastro de alegría. Se sentó en una silla y esperó a que aquella algarabía de mujeres cacareando se callara para hacer un anuncio.

–He hablado con el Mullá Husayn para fijar un día para la boda con Mariam. – Entonces sacó unos cuantos billetes y unos dulces para Bahar.

A Saira ni siquiera se dignó mirarla, aunque le había comprado un vestido de color morado. Todos cuantos estaban en la cocina guardaron silencio, y Saira se volvió hacia Ramin con los ojos abiertos. Creyó que no lo había entendido y esperó a que Ramin siguiera explicándose. Bahar, en cambio, tuvo que sujetarse a una silla porque le temblaban las rodillas y temía que de un momento a otro se caería redonda al suelo. A Ikram, por su parte, se le aceleró el pulso y se mordió los labios porque aquello que tanto temía iba a producirse. Había albergado la idea de que su marido hablara con Ramin para que este se olvidara de que Mariam había pasado por su lecho, y le concertara un buen matrimonio. Además, conocía a una mujer que le reconstruiría el himen; el honor de Mariam estaría intacto y podría tener una oportunidad de ser feliz. Y, por último, tanto Laura como Maite estaban desconcertadas. No entendían de qué estaban hablando, pero por el silencio que se produjo supusieron que la noticia no era bien recibida por nadie.

Al no haber un hombre que respondiera por Mariam y siendo la situación la que era, Bahar aceptó los presentes de manos de Ramin. Abrió un paquete con manos temblorosas y cogió un dulce para metérselo en la boca. Las lágrimas que había derramado hasta entonces habían sido amargas, pero más amargas fueron las que guardó en ese momento.

–En dos semanas, Mariam y yo nos casaremos. –Y le entregó a aquella una caja nacarada en la que se suponía que había joyas.

–No, no, pero si Mariam... –dijo Saira sin comprender.

Bahar la fulminó con la mirada y Ramin la miró con desprecio y reprimió el impulso de levantarle la mano porque estaban Maite y Laura.

–Cállate, Saira.

–Mamá, no... –volvió a hablar Saira negando con la cabeza y suplicándole con la mirada que no dejara que Mariam se casara con Ramin. Pero Bahar parecía haber aceptado la realidad. Podía gritar, llorar y volver a gritar, que nadie iría a ayudarlas.

Todas las miradas se centraban en Mariam, que parecía ajena a todo. Permanecía sentada en una silla y mantenía una sonrisa que se le había quedado congelada desde que cogió la primera almendra. Ikram fue la primera en reaccionar para no ofender a Ramin.

–Felicidades, Mariam. Ya eres una mujer y podrás criar a tus propios hijos.

Bahar hizo lo propio con su hija. El mundo se abría bajo sus pies, pero ¿qué podía hacer sino felicitarla delante de Laura y de Maite? Ramin había aprovechado que estaban aquellas dos mujeres para legalizar su relación con su hija mayor. Si alguna vez había deseado la muerte de alguien, esa era una de las ocasiones. Cómo le hubiera gustado que Ramin se muriera en ese mismo instante; le habría dado hasta igual que lo hiciera sin dolor con tal de que cayera al suelo y ya no se levantara. Se acercó hasta Mariam y, a cada paso que daba, lo maldecía entre dientes por el sufrimiento de su familia, por las humillaciones que pasaban y por no ser lo suficientemente mujer para haberle dado un hijo a Ramin. Pero, para ella, esa posibilidad ya no existía: el parto de Saira la había anulado como mujer, como persona y como madre.

Saira, en cambio, se levantó arrastrando la silla. Tenía lágrimas en los ojos y no podía felicitar a su hermana. La esperanza de que Mariam fuera feliz, de que fuera una mujer rica, se le escapaba de las manos. Y si Mariam no era feliz, ella tampoco lo sería. Se volvió hacia Laura con rabia.

–Yo no puedo coger el cielo con las manos –dijo en inglés–. Nunca seré como la niña de ese cuento.

Salió al patio y corrió a esconderse en el gallinero. Ese sería su lugar, pues, una vez que Mariam se casara con Ramin, ya no la querría porque tendría muchos hijos y ellas ya no podrían compartir juegos ni risas.

Laura pareció entender a qué se debían aquellas felicitaciones. No había que ser muy lista para comprender que a quien Ramin pretendía era a Mariam y no a Bahar, como habían sospechado desde un primer momento. Por eso Ramin no había puesto ninguna objeción a que ellas estuvieran esa tarde, ni que Bahar y Saira trabajaran en la base militar.

Y ahí estaba Ramin, como si no hubiera roto un plato en su vida y todo lo que le había ocurrido a Mariam no fuera con él. Pero lo peor era que estaba sentado como si fuera el rey del mundo, con una sonrisa cínica en los labios. El día que Mariam llegó a la base más muerta que viva tuvieron que «maquillar» un poco sus dotes como médico para salvarla, ya que Ramin no aceptaba que dos hombres pusieran las manos en el cuerpo de Mariam. El general de brigada José Manuel Layunta había sabido llevar muy bien el problema cuando Ramin se presentó. Lo peor era que no podía hacer nada por Mariam porque el matrimonio ya estaba concertado y el gobierno permitía esa clase de barbaridades con las niñas; sin embargo, haría todo lo posible para que Saira encontrara un camino hacia la felicidad.

Media hora después del anuncio de Ramin, Laura fue al gallinero. El invierno había llegado y el suelo estaba nevado, por lo que las huellas de Saira se marcaban sobre el manto blanco. La niña estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared y las rodillas flexionadas hacia el pecho.

–Saira... –Laura esperó una respuesta que tardaba en llegar.

–Déjame en paz –respondió al fin.

–Saira, por favor, quiero hablar contigo. Somos amigas...

–No, no somos amigas. Tú te irás y yo me quedaré aquí sola. Eso es lo que pasa cuando alguien es mi amigo.

–No sé qué decirte. Nosotras no sabíamos que Ramin iba a anunciar que se casaría con tu hermana.

–¿Tú te irás? –Saira la miró con las lágrimas recorriéndole las mejillas.

–Yo...

–¿Te irás y me dejarás sola?

–Sí, Saira, me iré, pero...

–Tú también lo haces, ¿ves? No quiero saber nada más de ti.

Y escondió la mano izquierda bajo la manga de la chaqueta. Hasta que Laura fue a interesarse por su estado, Saira había dejado escapar su dolor provocándose una herida en un dedo.

–Tiene que haber alguna manera de arreglar esta situación.

–Sí, yo la sé. Ramin me venderá y así todo el mundo será feliz.

–No me refería a eso.

–¿A ti qué te importa lo que me pase a mí?

Laura no se dejó vencer por la rabia de Saira. Había pasado por una situación muy similar, aunque afortunadamente ella había nacido en Valencia y no en Kabul. Podía marcharse y cerrar los ojos, como sus compañeros, pero no dejaría a Saira desamparada. Ella era, ante todo, una mujer de palabra.

–Aunque no lo creas, me importas. –Quiso acercarse para abrazarla, pero Saira la rechazó con un empujón.

–Eso lo dices para que vaya contigo a las casas y te traduzca. –Hizo un gesto de dolor cuando sus manos tocaron el pecho de Laura, quien no supo interpretar la mueca.

–¿Te duele algo?

–No te importa. –Escondió la cabeza entre las rodillas.

–¿Te has hecho daño en una mano? –preguntó cuando, tras echar un primer vistazo, vio unas manchas de sangre en la túnica de la niña.

–No.

–Deja que te vea. Si te has clavado algo, debo ponerte la vacuna del tétanos. Podrías morir por una cosa que tiene solución.

–Me da igual.

–Saira. –Esta vez Laura se puso seria y la niña la miró a los ojos por primera vez desde que había llegado–. Prefiero hacerlo por las buenas y no tener que recurrir a las malas.

Saira sacó la mano de la manga para que viera que tenía una astilla clavada en un dedo. La sangre estaba reseca.

–Se te ha clavado una astilla. –Saira asintió. Prefería que pensara eso a que había sido ella quien se la había clavado–. Tenemos que curarte inmediatamente.

Saira volvió a encontrar alivio a su dolor. Parecía que alguien se interesaba por ella si le ocurría algo malo. Se preocupaba por una simple herida, y eso era mucho más de lo que se había preocupado su madre en los últimos meses. Dejó que Laura la abrazara, la cubriera de besos, le quitara la astilla, le curara la herida y finalmente le pusiera una vacuna contra el tétanos. Lo que no pudo curarle fue el miedo que sentía cuando oía a Bahar sollozar en silencio y no podía hacer nada para remediarlo. ¿Cómo podían estar tan juntas y al mismo tiempo tan separadas?

Las dos semanas previas a la boda de Mariam fueron una locura. Saira y Bahar apenas tuvieron tiempo para ir a trabajar a la base militar, pues estaban acondicionando la casa para acoger a todos los invitados de Ramin. Además, este parecía haberse vuelto generoso, porque quería hacer las cosas como correspondía: había comprado alfombras, varias vajillas, un ajuar, ropa y algunas joyas más para Mariam. Desde que la noticia corrió por el barrio, todos los días iban a visitarla varias mujeres con algún regalo para la novia. Apenas había noticias agradables y una boda siempre era bien recibida.

Durante varios días estuvieron preparando los dulces y parte de la comida que se serviría en la fiesta. Las visitas al mercado eran frecuentes y los días se hacían cada vez más largos. Bahar, con la ayuda de las mujeres de la familia de Ramin, trabajaba casi toda la jornada y dormía solo tres horas. Además, prefería tener la mente ocupada para no pensar que muy pronto iba a perder a su hija.

La noche anterior a la boda, la familia del novio preparó henna suficiente para todas las invitadas, que colocaron en una cesta encima de una bandeja plateada y adornada con

pétalos.

Como la música todavía no estaba bien vista, la fiesta anterior a la boda se celebró entre risas apocadas y algunas bromas. Un hermano de Ramin llevó al novio hasta el sofá donde permanecía sentada Mariam. La novia tenía la mano derecha cerrada, como se esperaba de ella, y, como mandaba la tradición, no dejaba que el novio le pusiera henna en la mano. Hasta que la madre de Ramin no sacó una pulsera de oro, Mariam no abrió la mano. No llegó la broma que muchos esperaban: que el novio abriera la mano por la fuerza. Ramin no estaba para según qué tonterías y quería acabar cuanto antes con aquello.

Como debía ser una fiesta para mujeres, Ramin se marchó enseguida con los hombres de su familia y las mujeres siguieron adornando las manos de Mariam hasta que estas quedaron cubiertas por una serie de dibujos que realizaban su piel cetrina.

Una vez que dieron la fiesta por terminada, Mariam quiso pasar la última noche de soltera junto a Saira. En cuanto llegaron a la cama, la niña se acomodó entre los brazos de Mariam. Bahar estaba en el otro extremo de la cama. Quería acercarse y abrazar a Mariam esa última noche, pero permaneció inmóvil por miedo a que las niñas se callaran.

–Tienes los pies fríos. Deja que te los caliente –dijo Mariam frotando con las manos el cuerpo de Saira.

–*Inshallah* nunca llegara mañana y nos quedaríamos toda la noche así.

–¿Por qué dices eso? –preguntó Mariam.

–Porque cuando tengas hijos ya no me querrás.

–Que tenga hijos no significa que deje de quererte. Nuestras vidas cambiarán un poco, pero yo seguiré queriéndote. A las dos nos seguirá gustando el *naan*^[18] que hace mamá, y también contar las estrellas por la noche, y reírnos de las mismas tonterías. Las mañanas que vamos a la fuente no serían igual de divertidas si no estuvieras a mi lado.

–¿Y si Ramin cambia de opinión y quiere venderme?

–Mejor no pensar en eso, Saira. –No podía responder a esa pregunta. Había conseguido la promesa de Ramin de que esperaría al menos a que su hermana fuera mujer para casarla–. Ahora estamos bien y eso es lo que cuenta.

Nadie podría cambiar ya el hecho de que cada mañana de su vida vería a Ramin. Un día se quedaría embarazada y, aunque ahora detestara a Ramin, querría a ese hijo porque sería suyo, y aprendería también a querer a su marido, como hacían miles de mujeres en Kabul, en Afganistán o en cualquier parte del mundo.

–Todo irá bien, Saira –dijo para tratar de convencerse de que, una vez casada, él la respetaría más de lo que lo había hecho hasta ese momento.

Y Saira quería confiar en su hermana, necesitaba creer que todo iría bien y que su vida sería mejor; además, no podía enfadarse con nadie si las cosas no funcionaban. Se acurrucó en el regazo de Mariam y disfrutó de esa última noche.

El día amaneció gris. El cielo estaba encapotado y amenazaba lluvia. Sobre las siete de la mañana aparecieron los familiares del novio para ver a Mariam. Las mujeres se encargaron de vestirla mientras se gastaban ciertas bromas. Bahar quería participar en las risas, pero no encontraba nada por lo que alegrarse. Una vez que estuvo vestida, Mariam esperó en su habitación a que la fiesta comenzara. Durante muchos años, la tradición marcaba que los hombres recibieran a los invitados con panderetas antes de entrar en casa; pero, como la música estaba mal vista, algunos hermanos de Ramin cantaron canciones a un volumen que no pudiera considerarse escandaloso.

En la puerta, uno de los hermanos de Ramin recogía los regalos para los novios, mientras los hombres tomaban zumo, té y agua en el jardín. Dentro de la casa, se les daba la bienvenida a las mujeres con unos dulces. Ramin saludaba a todos los hombres con una sonrisa que a Saira, desde su escondite, le pareció falsa. Cualquiera que lo viera en ese momento pensaría que era un hombre bueno y amable. ¿Cuántos de aquellos hombres que parecían amables escondían a un lobo tras una sonrisa?

En el fondo del comedor había dos sillas adornadas con telas de colores e hilo de oro. Frente a las sillas había una mesa adornada con velas y flores que había comprado Bahar. Los novios fueron cubiertos por un manto nuevo y se les entregó un espejo de mano para que se vieran reflejados en él como símbolo de pureza. Más tarde comenzaron a recitar versículos del Corán.

Terminada la ceremonia, un hermano del novio repartió sorbetes y ofreció dulces a los hombres. Ramin fue el primero en probarlos.

Saira permanecía en un rincón procurando que nadie reparara en ella. Miraba a una chica que debía de tener la edad de su hermana y que ocultaba su rostro con un velo, aunque Saira había visto algo que la había horrorizado. Le faltaba media nariz y una oreja.

En cuanto Mariam saludó a todas las invitadas, se reunió con su hermana. La noche iba a ser larga y todavía les quedaba por comer el cordero que Ramin y su familia habían degollado la tarde anterior.

—¿Cómo se llama la chica que está sentada en esa silla de allí? —murmuró Saira en el oído de Mariam.

—Se llama Ghazal —respondió Mariam temiendo qué era lo que preocupaba a Saira.

—¿La conoces?

—Sí.

–¿Qué le ha pasado en la cara?

Mariam cerró los ojos antes de responder.

–¿Recuerdas que una vez te dije que si Ramin te vendía y te casaba con un hombre no debías escaparte? –Mariam dejó que Saira hiciera memoria antes de seguir hablando–. A Ghazal la castigó un comandante talibán porque se escapó de su casa. Y por mucho que ella se defendiera y dijera que la familia de su esposo la trataba como una esclava y la golpeaba todos los días, se la castigó.

–Pero si ella no tenía la culpa...

–Eso no les importa. Ghazal ofendió a su marido y a su familia. Fue obligada a casarse porque un tío suyo asesinó a un miembro de la familia del novio. Aceptaron como pago a Ghazal.

–Yo no quiero que me vendan, porque me escaparé.

Mariam la zarandeo.

–No, Saira. ¿Quieres acabar como ella? Es una mujer marcada.

–¿Y quién va a quererme a mí?

–Saira, para nosotras no es fácil. Aquí no existe aquel amor que salía en los cuentos que nos contaba el abuelo. Es lo que hay. Me gustaría decirte otra cosa, pero no puedo mentirte.

–¿Y para quién es fácil, entonces?

–Si fueras un niño, quizás todo sería más sencillo.

Un niño, se dijo Saira para sí. Si fuera un niño todo sería más fácil para ella. Una idea comenzó a rondarle la cabeza. Cogió unas tijeras de la cocina y se dirigió a su habitación porque encima del aparador había un espejo.

Antes de bajar, Saira creyó oír una conversación en la habitación de Ramin y se acercó a escuchar. Este estaba hablando con dos hombres; parecía que estaban cerrando un trato. Uno de ellos, el más viejo, le entregó a Ramin un fajo de billetes. A Saira le brillaron los ojos tanto como a Ramin. Nunca había visto tanto dinero.

–Has hecho un buen trato, amigo Ramin. –El más viejo le dio un abrazo.

–Que Alá, en su infinita misericordia, te acoja en su seno el día del juicio final –respondió Ramin.

–Es más de lo que nadie te pagaría por esa niña.

Saira tuvo que apoyarse en la pared. Le temblaban las piernas y el corazón comenzó a palparle con fuerza. Había prometido que no la vendería hasta que fuera mujer. ¿Quién sería el novio, el hombre viejo que se parecía a su abuelo o el hombre más joven que podría ser su padre? Estaba aterrada. Solo se le ocurrió una cosa: llevaría a cabo su plan antes de lo previsto.

Se metió de nuevo en su habitación y cerró la puerta con cautela. Ya había escuchado lo suficiente. Agarró las tijeras con una mano temblorosa mientras con la otra se enjugaba las lágrimas. No se detendría. Se miró al espejo y comenzó a cortarse la melena. Con cada mechón que caía al suelo aumentaba su convencimiento de que estaba haciendo lo correcto. Cuando terminó, hundió los dedos en su cabeza con una sonrisa. Parecía un niño.

–Ya no soy yo.

Pero no pensaba detenerse ahí. Todavía sujetaba las tijeras con una mano.

–Yo también voy a hacer magia.

Entonces, en la oscuridad de la habitación, bailando a solas, sin más compañía que las tijeras, sintió que era feliz. El fluido de la vida corrió como la miel cálida por sus brazos, por sus manos. ¡Qué dulce era la muerte!, pensó antes de cerrar los ojos.

16. Aeropuerto Internacional de Kabul.

17. Ataque de cohetes o morteros.

18. Pan plano.

CAPÍTULO SEIS

No habían pasado ni dos minutos desde que Saira se hizo un corte en la muñeca, cuando Mariam la encontró recostada sobre la cama de la habitación. Fue ella quien la buscó por la casa y quien avisó a Ikram para que subiese a atenderla. Las risas, las bromas y las buenas intenciones para el nuevo matrimonio que acababa de formalizarse terminaron enseguida. Mariam no quiso gritar para no asustar a Saira, aunque se temió lo peor cuando la vio tumbada con el vestido cubierto de sangre.

–No os preocupéis –les dijo Ikram tras examinar a Saira–. La sangre es muy escandalosa, pero la niña está bien.

–Si es que lo sabía, sabía que iba a hacer algo malo y fastidiarnos la fiesta –apostilló una de las cuñadas de Ramin–. ¿Qué se puede esperar de una niña como esa? –La señaló con un dedo–. Menos mal que Ramin la meterá en cintura.

–Ha sido un corte poco profundo, Duria –dijo Ikram tras vendarle la muñeca a la pequeña–. Menos mal que la hemos cogido a tiempo. Apenas ha perdido sangre.

–¿Cómo se te ha ocurrido hacernos esto? –La hermana de Ramin le soltó tal bofetada a Saira que la tiró al suelo–. En la boda de tu hermana... Hay que ser muy canalla para que no te importe nada la felicidad de Mariam.

–Por favor, mantengamos la calma, Fátima. –Ikram se interpuso entre Saira y la mujer–. Dejemos que la niña se explique.

–¿Qué se le habrá pasado por la cabeza para cortarse el pelo? Ahora parece un niño –siguió hablando Fátima–. Si antes era fea, ahora nadie la mirará a la cara. ¡Ay!, qué vergüenza debe de estar pasando Ramin.

Fátima se abalanzó de nuevo sobre Saira. Tenía la intención de agarrarla del pelo y zarandearla, pero Mariam se lo impidió colocándose delante de ella.

–No se te ocurra ponerle otra vez la mano encima a mi hermana. En esta casa mi madre y yo todavía tenemos algo que decir.

Fátima retrocedió un paso, pues había algo en la mirada de Mariam que le hizo pensar que cumpliría la amenaza que había tras sus palabras.

Ikram quería parar de una vez los comentarios insidiosos contra la familia de su amiga. ¿Qué sabrían esas mujeres de lo que pasaba en aquella casa si hasta el día anterior apenas las conocían? ¿Cómo podían hablar con tanta ligereza de cómo las educó Hamid? ¿Por qué consentían las mujeres las injusticias contra otras mujeres? Era como si todo lo que no les tocaba a ellas, o sea, ser maltratadas, no existiera en realidad; cerraban los ojos y negaban la evidencia. Resultaba terriblemente injusto que la familia de Ramin tuviera ahora mucho más voto en aquella casa que Bahar o Mariam.

–Claro, si es que hasta que ha llegado Ramin a esta casa no conocían la decencia – intervino de nuevo Fátima–. Con ese abuelo que solo les enseñaba idioteces... Si las hubiera educado como lo haría cualquier hombre, estas tonterías no pasarían. Estas cosas solo les ocurren a los hombres buenos. Qué vergüenza que el pobre Ramin tenga que pasar por esto el día de su boda.

–Si yo fuera su madre, puedo asegurarte que esta noche dormía calentita –aseguró Duria, la cuñada de Ramin–. En mi casa estas cosas no pasan. La juventud de hoy en día ha perdido la educación. Vamos, que Ramin la trata como a una hija, le hace un regalo que mis hijas nunca han recibido y encima se atreve a insultarlo en su cara.

Mariam las miraba con estupor y Bahar permanecía al lado de Saira con gesto contrariado. Con una mano, la madre se cubría la boca, mientras con la otra apretujaba la túnica con impaciencia. Escuchaba en silencio, aunque lo que le apetecía era echar a toda aquella gente de su casa. Pero parecía que todo el mundo daba por hecho que aquella ya no era su casa y que Saira y ella estaban de prestado, cuando no era así.

–¿Por qué lo has hecho, Saira? –le preguntó Mariam cogiendo unos mechones del suelo. Saira nunca había visto a su hermana tan enfadada. Sentía mucho haberle estropeado su boda, ella solo pretendía que todo el mundo se olvidara de ella, no estorbar a nadie para que todos fueran felices–. Me has asustado, Saira. Has tenido suerte de que este accidente solo te haya producido un pequeño corte. –Se arrodilló y le levantó el mentón para mirarla a los ojos–. No hagas caso de lo que digan esas dos culebras –susurró en tono dulce, aunque sus ojos destilaban furia–. No sé cómo podría vivir si tú no estuvieras aquí conmigo.

–Debemos dejarla descansar. –El tono de Ikram era contenido, nada que ver con el que utilizaban la hermana y la cuñada de Ramin–. Se habrá llevado un buen susto al ver la sangre.

–¿Piensas que así será todo más fácil? No eres un niño –murmuró Mariam–. Es lo que nos ha tocado.

–Bahar, ¿quieres que hable yo con ella? –le preguntó Ikram–. Quizás si está a solas conmigo me dice qué le ha pasado.

–No, lo que quiero que entienda es que ya no tiene edad para hacer tonterías –dijo al fin Bahar.

Con esta respuesta, Bahar pretendía cortar las murmuraciones y los cotilleos acerca de su hija y de su familia. En ocasiones, echaba de menos a su padre, pues él sabía cómo llevar según qué situaciones; sabía manejar a las mujeres con mucho tacto; pero, por más que lo necesitara, no podía recurrir a él.

–¿Pues qué le va a pasar? Que es una envidiosa y tiene celos de que su hermana haya encontrado un buen hombre que cuidará de ella –soltó Fátima–. A ver qué es lo que encuentra ella. Ni regalada la querría yo en mi casa.

–Tendría que estar besando el suelo que pisa Ramin. La acoge en su casa y mira cómo se lo agradece la niña. –Duria pronunció esta última palabra con la misma intención que si hubiera dicho «bastarda».

–A ver, ¿qué tenías que hacer aquí arriba tú sola? –la increpó Fátima.

–Nada, no tenía nada que hacer salvo molestar a Ramin –soltó Duria.

Saira permaneció en silencio. Escuchó todos los reproches que soltaron Fátima y Duria y los cuchicheos de todos los invitados, pero en ningún momento quiso explicar por qué se había cortado el pelo. Ni siquiera soltó un gemido cuando Ikram le dio cinco puntos en la muñeca.

Tras el susto, la fiesta continuó por indicación de Ramin, quien ordenó que la niña permaneciera en su habitación. Sin embargo, ella no tenía ninguna intención de participar en aquella fiesta. Todo era mentira. La felicidad que deseaba mostrar Ramin era el humo que se diluiría cuando la rutina volviera a sus vidas. ¿Cuánto duraría la farsa? Un día, una semana, quizás tres meses. La tensión seguía percibiéndose en la casa a pesar de las risas.

Al cabo de un rato, Saira salió de la habitación para coger el orinal que estaba en el otro extremo del pasillo. En la escalera, uno de los dos hombres que había hablado con Ramin estaba sentado, fumando. El hombre se incorporó al oír pasos a sus espaldas y Saira se quedó parada al percibir cómo era observada de arriba abajo.

–¿Cuántos años tienes? –le preguntó el hombre.

–Creo que tengo casi nueve años –murmuró Saira. Recordaba perfectamente cómo se llamaba el hombre. Ramin se había dirigido a él como Ahmad.

–Acércate, no muerdo.

Saira avanzó unos pasos hasta quedar a menos de un metro de Ahmad. Este aspiró una bocanada profunda antes de arrojar la colilla al suelo y tirarle el humo en la cara a Saira.

–Pareces más pequeña de lo que me comentó Ramin. Abre la boca.

Saira negó con la cabeza.

Ahmad estaba acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía, así que la agarró de un brazo y la zarandó. Saira no se sentía con ganas de resistirse, y antes de que se diera cuenta tenía los dedos de Ahmad en su boca. Reprimió una arcada cuando notó el sabor de su piel: era una mezcla de tabaco, cabra y alguna otra cosa en la que no quiso pensar.

–Tienes una buena dentadura. No me darás problemas. Estás un poco flacucha, pero pareces fuerte. ¿Cuántos litros de agua puedes acarrear?

Saira tragó saliva y volvió a negar con la cabeza. Ahmad le soltó un bofetón antes de decirle:

–Estos humos de señoritinga te los quito yo en dos días. En mi casa no aguanto ninguna de las tonterías que te consiente el bueno de Ramin. –Tras unos segundos en los que Saira no quiso contestar, insistió–. ¡Te he hecho una pregunta!

–Quiero irme –replicó.

–Te irás cuando yo lo diga –espetó soltándole otro bofetón–. ¿Quién eres tú para decirme lo que puedes o no hacer?

Saira, finalmente, contestó a las preguntas que le formuló Ahmad. Si quería regresar a su habitación tenía que hacer lo que aquel hombre deseaba. Y cuanto antes se decidiera a entregarse a Ahmad y ser una niña obediente, mejor le iría. Era una espectadora de su vida. Y, sin embargo, en su corazón tan solo albergaba miedo, mucho miedo.

Cuando Ahmad lo consideró oportuno, la dejó marchar. Ella entró en su habitación y cerró la puerta con fuerza. Se dejó caer al suelo y entonces comenzó a temblar. Se llevó una mano a la boca para sofocar un grito. Nadie, en toda su vida, la había tratado con tanto desprecio, como si fuera un animal. Y era solo el principio de lo que le tocaría vivir.

Al tiempo que Saira era tratada como una hazara, las invitadas por una parte y los invitados por otra comieron cordero hasta hartarse y saborearon dulces hasta que se acabaron. A pesar de la aparente normalidad, se formaban corrillos y se comentaba la desgracia de tener que soportar a una niña que tenía tan poca decencia y que había echado a perder la boda de un buen hombre.

Saira no fue la única que no comió; Bahar decidió no probar nada que hubiera comprado Ramin. Con cada bocado que él se metía en la boca, ella recordaba las noches que había pasado con él y la felicidad que le había robado a Mariam. Volvió a sentir algo que experimentó tras la noche en que fue violada: odio; lo odiaba con toda su alma.

Cuando la fiesta empezó a decaer, Ikram subió a la habitación con un plato de comida.

–¿Necesitas algo? –le preguntó Ikram–. ¿Quieres hablar conmigo ahora que solo estamos tú y yo?

–No –contestó Saira. Estaba sentada en una silla observando las estrellas y presionaba la herida de la muñeca con una mano.

Empezó a nevar. A Saira ya no le parecían estrellas que caían del cielo, sino las lágrimas que quería derramar y no salían.

–No está bien que te lo guardes.

Saira hundió ligeramente los hombros. ¿Acaso cambiaría en algo que en unos meses fuera vendida a un hombre que ni siquiera la trataría como a una persona?

–¿Quieres que le diga a Zahra que te haga compañía? Quizás te sientas mejor.

–No, quiero estar sola.

–No debes tener en cuenta lo que han dicho de ti.

Saira volvió a encogerse de hombros.

–Tienes que comer algo para después tomarte la pastilla. –Ikram se calló durante unos instantes–. Deberíamos hacer algo con tu pelo. Parece que te hayas peleado con un mono.

El comentario, que pretendía ser gracioso, no tuvo el efecto esperado en Saira.

–Me da igual, estoy bien así. Y tampoco quiero comer nada de Ramin. Nos ha mentido.

–¿Por qué dices eso? –Ikram, que se había acercado hasta la niña, se arrodilló y esperó a que siguiera hablando.

–Porque es un mentiroso. *Inshallah* no estuviera aquí.

Ikram sintió una opresión en el pecho.

–¿Has escuchado alguna conversación sobre ti?

–No –mintió la niña. No quería comprometer a su hermana. En unos días, todo habría acabado para ella.

–Sé que me estás ocultando algo, pero si no me lo dices no podré ayudarte.

–Es que nadie puede ayudarme.

–Poco podemos hacer las mujeres en este país, pero te aseguro que algo podremos hacer.

De repente, Saira cambió de tema. Suspiró y se calentó los dedos con su aliento. Volvió la cabeza hacia la ventana. En el patio, Ramin conversaba con el hombre con quien había cerrado el trato; ambos se reían. No podía olvidar lo que había escuchado al final del pasillo y cómo la había tratado Ahmad. La querían para que cuidara de los hijos de su primera mujer y, si se portaba bien y era buena con los niños, con el tiempo la haría su tercera mujer.

–¿Sabes cuándo nací? –quiso saber después de tantos años–. Mi madre nunca habla de eso y no se lo pregunté a mi abuelo.

–No debes tenérselo en cuenta; tu madre no pasaba por su mejor momento. Fue un parto muy difícil.

–Como siempre. No hago nada bien.

–No digas eso, y tampoco lo pienses. Estas cosas suceden; aunque, en este caso, tu madre no pudo acudir a un hospital porque los talibanes no consentían que las mujeres fueran atendidas por hombres. Y, ya ves, la situación no ha cambiado mucho. De no ser por esos militares españoles, tu hermana no lo habría contado.

–¿Cuántos años tengo?

–Casi nueve. –A Ikram la asombró la madurez que de repente parecía tener Saira. En unas horas había abandonado su niñez.

–Si tengo casi nueve años, nací en el año 1414^[19] de la Hégira, ¿es así? –Sus palabras mostraban una frialdad que descolocó a Ikram.

–Sí, naciste a principios de invierno.

–Muchas gracias, Ikram. No te pareces a las mujeres de la familia de Ramin. Te portas muy bien con nosotras.

–Somos amigas y eso es lo que hacen los amigos.

–¿Crees que están hablando de nosotras ahora mismo?

–Probablemente sí.

Tras esa pequeña conversación, Saira se quedó a solas en el cuarto. Una parte de ella sentía haber avergonzado a su hermana. Si el corte hubiera sido más profundo, quizás la habrían llevado a la base junto a Laura. Tal vez a ella se le ocurriría alguna manera de evitar que la vendieran a un hombre que parecía tener la misma mano floja que Ramin. Era evidente, porque uno de sus hijos llevaba una marca en la cara que así lo indicaba. Pero ya no había vuelta atrás, Mariam se lo había dicho. De pronto, le llegaron imágenes fugaces de su pasado y trató de recordar las tardes de risas con Mariam, las veladas con su abuelo y lo feliz que era cuando no existía Ramin. Recordó cuando Mariam le cantaba canciones al irse a dormir, cuando su abuelo se dejaba medio plato para que su hermana y ella comieran un poco más, o cuando planeaban cómo serían sus bodas. La de Mariam no había sido como habían soñado, y Ramin no era el chico joven y guapo que la respetaría.

Se levantó para mirarse al espejo. Su abuelo le decía siempre que era su *suri*, su princesa, y Ramin le recordaba todos los días que era una bastarda, pero ¿quién era en

realidad? ¿Un niño para que todo fuera más fácil o una niña que no encontraba su lugar? Poco le importaba ya quién era, porque a nadie parecía importarle nada. Si la vendían y ella se marchaba de Kabul, ¿la acompañarían su hermana y su madre en ese día que para ella sería el inicio de una vida diferente? Estaba muerta de miedo y tenía un nudo en la garganta que no la dejaba respirar, pero, por más que intentaba llorar, no podía. ¿Se le habrían acabado las lágrimas?, se preguntó. ¿Habría un número de lágrimas asignado para cada persona? Era un poco extraño que siendo tan pequeña ya hubiera agotado las suyas.

La boda acabó bien entrada la madrugada. Parte de la familia de Ramin se quedó a dormir en la casa. En cambio, Saira, para alivio de Mariam y de Bahar, se fue a dormir a casa de Ikram, donde compartió la cama con Zahra. Al menos, con su amiga pasaría una noche agradable y no tendría frío. Después de lo que había hecho, temía dormir de nuevo en el gallinero.

A la mañana siguiente, Bahar fue a casa de Ikram antes de comer. Tenía los ojos enrojecidos y parecía faltarle la voz. Según le comentó a Ikram, lo achacaba a que los últimos días apenas había dormido; no obstante, su amiga sabía que se había pasado lo que quedaba de noche llorando. Se sentaron a la mesa de la cocina e Ikram la agarró de la mano desde el otro extremo.

–¿Qué pasó anoche con Saira? –preguntó al fin Bahar.

–No quiso contármelo. Lo siento.

–No sé qué hacer con ella –musitó Bahar con un hilo de voz–. Todas las noches me acuesto pensando que a la mañana siguiente intentaré ser mejor madre con ella, que no la miraré con desprecio, que le daré un beso y le diré al fin cuánto la quiero; pero ¿puedes creer que no logro hacerlo y que nunca le he dicho que la adoro? No puedo, Ikram. La miro, y entonces recuerdo aquella noche, y sé que ella no tiene la culpa, pero...

–Yo no sabría hacerlo mejor que tú –la disculpó Ikram–. No puedo imaginarme mi vida sin Hassan. Me hace feliz y eso es mucho más de lo que puedo pedirle a la vida. Es un buen hombre que me cuida y respeta a nuestra hija. Estamos pensando en enviarla a un internado en el extranjero.

–Es una noticia estupenda. Cuánto me alegro por vosotros. –Bahar esbozó una sonrisa tímida, aunque sincera.

–Es lo mejor que podemos hacer por ella, alejarla de este horror.

–¿Podréis permitiríroslo? –se interesó Bahar.

–A Hassan le han subido el sueldo y con lo que yo saco tenemos suficiente para vivir. No quiero más. –A Ikram se le iluminaba la mirada cuando hablaba de Hassan. Decía estar tan enamorada de él como el día en que lo conoció en la universidad–. Queremos que Zahra tenga un futuro lejos de Kabul.

–No puedo imaginarme vivir lejos de las niñas –reconoció Bahar.

–Yo tampoco quiero separarme de Zahra, pero ya ves qué destino tienen nuestros hijos en este país.

De repente, Bahar se cubrió la cara con las manos.

–¿Qué es lo que ocurre?

–Me temo que Ramin quiere venderla ya. Y me da miedo denunciarlo porque entonces la vida de Mariam sería un completo infierno. No sé qué hacer.

Ikram estrechó la mano de su amiga.

–Que Alá nos proteja. ¡Si todavía no ha cumplido nueve años!

–¿Crees que eso le importa a Ramin? –Su voz comenzó a temblar mientras trataba de reprimir las lágrimas–. Como yo no le servía como mujer me robó lo que más quiero en este mundo, y volverá a hacerlo con Saira. Y, en cuanto se vaya, me echará a la calle y nadie podrá impedirlo. Se ha quedado con todo, Ikram, con todo.

Bahar se recostó en el asiento de la silla, derrotada.

–Muchas veces, *baba* me decía que la vida te da unas cosas y te quita otras tantas – siguió hablando Bahar–. ¿Por qué tengo la impresión de que desde hace años solo me las quita?

–Esa es la impresión que tenemos muchas mujeres aquí. Si pudiera hacer algo, sabes que lo haría –musitó Ikram.

–Lo sé.

Después de aquel desahogo para ambas mujeres, Bahar fue a trabajar a la base militar con Saira. Hacía días que no se presentaban y no quería dejar pasar ni un minuto más. Necesitaban dinero para pagar algunos de los numerosos regalos que Ramin le había dado a Mariam. Laura ya había terminado su ronda de visitas a los barrios de Kabul y esperó el momento oportuno para hablar con Bahar. Llevaba días pensando en ello y creía poder ayudar a Saira. Solo confiaba en que Bahar lo aceptara. Antes de que madre e hija se marcharan, Laura las hizo pasar a un despacho. Bahar se temió lo peor y, antes de que Laura comenzara a hablar, se le adelantó:

–Le ruego que nos disculpe y sentimos mucho si le hemos ocasionado alguna molestia mi hija y yo. –Evitó mirar a Laura a los ojos–. Entienda que Mariam nos necesitaba...

Laura negó con la cabeza en varias ocasiones.

–No estamos pensando en despedirlas, si es eso lo que le preocupa. No tiene por qué justificarse. El motivo de esta reunión es por una cuestión que tiene que ver con Saira.

Bahar se volvió hacia la niña, que se encogió en la silla y tragó saliva. Entonces comenzó a retorcerse los dedos sin entender qué quería decir Laura.

–¿Qué ha hecho Saira esta vez? ¿Le ha ocasionado algún problema la niña? Si es así, discúlpela. No volverá a pasar.

–No, no, Saira no ha hecho nada malo, al contrario, estamos muy contentos con su trabajo. Aprende muy deprisa y eso es señal de que es muy inteligente.

–Entonces explíqueme qué desea de mi hija.

–¿Ha pensado en el futuro que le espera a Saira? –Laura no solía titubear, pero en esta ocasión la voz se le quebró.

–Todos los días me pregunto qué será de ella.

–Llevo días pensando en que Saira se merece un futuro mejor que el que tendría aquí.

–¿Usted se ha parado a pensar en el futuro de mi hija? –Bahar no sabía si mostrarse indignada o, por el contrario, asombrada.

–Deje que me explique, por favor. Sabe tan bien como yo que su hija está marcada y yo no puedo olvidar el comentario que escuché el día que nos conocimos. El marido de su hija pretende venderla, ¿no es cierto? ¿Cuántos años tiene la niña?

–Voy a cumplir nueve años –respondió Saira.

Bahar pegó un respingo en la silla. Nunca había hablado de ese tema con la niña y le sorprendió que Saira diera esa respuesta.

–Sí, los hará muy pronto, antes de que acabe el invierno. –Después de muchos años intentando enterrar ese recuerdo, las palabras al fin salieron por su boca y se sintió aliviada.

–Si no actuamos rápido, su hija será vendida a un hombre y la casarán con él. Y, si tiene suerte, cuando Saira tenga su primera menstruación compartirá cama con su marido, y estoy siendo optimista. –Mientras Laura hablaba, Bahar cerró los ojos e intentó no pensar en esa posibilidad, pero sabía que había dado en el blanco–. Y aquí viene mi oferta. –Respiró hondo–: He pensado en ofrecerle un visado de estudios, pagarle un colegio en España y todo lo necesario hasta que sea mayor de edad. Y si la niña desea una carrera universitaria, yo también asumiría los costes. Es una decisión que he meditado con tranquilidad y no es producto de un capricho pasajero. –Bahar contuvo la respiración–. También lo he hablado con mi novio, con el que me casaré en cuanto llegue a Valencia, y él

está de acuerdo. Podríamos darle un hogar mientras estudia. Soy consciente de que nunca la sustituiré a usted, pero haré todo cuanto esté en mi mano para darle lo mejor a su hija. Si un día la situación en Afganistán cambia, Saira estaría preparada para afrontar un futuro mejor. Lo he hablado con mis superiores y podríamos hacer una excepción con su hija al regresar a España. Saira vendría con nosotros en el avión. La decisión es suya. De usted depende ofrecerle un futuro a su hija.

Después de un tenso silencio, Saira se volvió hacia su madre, esperando su respuesta. Sin embargo, Bahar parecía que no pudiera ni moverse. No lograba creer lo que había escuchado. Laura le estaba ofreciendo una oportunidad a Saira.

–Siento si la he ofendido –se apresuró a decir Laura tras unos instantes en silencio.

–¿Por qué se toma tantas molestias con mi hija?

–Porque me recuerda un poco a mí. Bueno, en realidad, me recuerda más a mi hermana –respondió Laura.

–No la entiendo.

–Su familia no es la única que ha sido maltratada. Yo fui una niña como Saira.

–Pero usted pudo salir. Nosotras, en cambio, no podemos elegir nuestro destino.

Antes de comenzar su relato, Laura abrió una botella de agua y les dio un vaso a cada una. Bahar apenas se mojó los labios, mientras que Saira no dejó ni una gota.

–Por eso le ofrezco esta posibilidad. Usted y yo queremos que Saira tenga un futuro mejor.

Bahar intentó mirar a Laura a los ojos, aunque al final entrecerró los párpados; le dolía no poder ofrecerle nada a Saira.

–Su hija es rubia, de piel muy blanca y ojos azules muy claros. Mi aspecto no es tan diferente del de su hija, y tuve problemas con mi padre. –Bahar se sorprendió ante tal revelación–. Yo tenía una hermana gemela que se llamaba Yolanda. No sé por qué, pero mi padre siempre sospechó que no éramos hijas suyas. Quizás porque ni mi madre ni él eran rubios, y tampoco tenían los ojos azules, aunque se olvidó de que mi abuela materna era rubia. Para que me entienda, mi padre no era español, era dominicano, mulato, y tenía un acento tan dulce que te enamorabas con tan solo escucharlo. Mi madre me contaba que se casó muy enamorada de mi padre, y él de ella. Durante los dos primeros años fueron muy felices, o así lo recuerda ella, hasta que llegamos nosotras. Entonces algo debió de cambiar en mi padre. No sé si fueron los celos, las dudas o que mi madre estaba tan enamorada que no se había dado cuenta de que se había casado con el diablo. Mi hermana y yo crecimos con miedo, y no era raro el día en que mi padre llegaba borracho a casa y la emprendía a golpes con mi madre y con nosotras. De las dos, yo siempre fui la fuerte, la que protestaba,

la que gritaba si mi padre le levantaba la mano a mi madre y me interponía entre ellos; eso me valió pasar muchas noches encerrada en un armario. Sin embargo, mi hermana era apocada, dócil, y además padecía diabetes. Yo adoraba a mi hermana. –Por unos momentos dejé de hablar, bebí agua y tomé aire antes de continuar con su relato—. Un día, mi padre vino más borracho de lo habitual, si es que eso era posible. Aquella tarde, Yolanda se encontraba mal, tenía fiebre e íbamos a llevarla a urgencias. El taxi nos esperaba en la puerta. Entonces mi padre, sin venir a cuento, comenzó a golpearlos. No sé por qué lo hizo, mi madre y yo todavía nos lo preguntamos, pero el caso es que ocurrió...

Miró a Saira. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Se mordió los labios y volvió a beber agua.

–Siento lo de su hermana –dijo al fin Bahar al comprender el dolor de Laura.

–No pudimos salvarla. Mi hermana murió con nueve años. Tenía la edad de su hija y siempre soñó que sería médico. Al final fui yo quien cumplió su deseo.

–Las mujeres occidentales tienen mucha suerte de poder elegir su destino.

–Es lo que quiero ofrecerle a su hija. Que pueda ser ella misma sin tener que renunciar a su carrera y sin tener que pedir continuamente la aprobación de un hombre. Y, créame, no estoy comprándole a su hija. Solo deseo darle la oportunidad que no tuvo Yolanda y que no tendrá su otra hija. No sabe cuánto lamento que se haya casado ya.

–Deje que lo piense –dijo con temor—. Aun así, ¿qué necesitaría?

–Los papeles de la niña tendrían que estar en regla, ya sabe, la partida de nacimiento, y también necesito una autorización por su parte de que la niña puede viajar al extranjero. Del pasaporte ya nos encargamos nosotros. Si decide darle la oportunidad a Saira, no me importaría acompañarla a donde hiciera falta para facilitarle todo el procedimiento. Juanjo, mi novio, está a la espera de su decisión para empezar a mover hilos en España. Para que vea que mi intención no es adoptar a su hija, me han preparado un escrito poniendo en su conocimiento que la acogida no tiene por objeto la adopción, además de un compromiso por mi parte de facilitar su regreso aquí. Yo me marché en tres meses y medio, aunque Saira podría venir a España cuando usted así lo decidiera.

–Le agradezco mucho su interés. Le estoy eternamente agradecida. Personas como usted no quedan en el mundo.

–Podemos salvar a su hija. Estoy convencida.

Bahar salió del despacho de Laura con tal sensación de vacío que se sintió aturdida. Laura le ofrecía un billete a Saira a un lugar desconocido, pero ¿realmente podía fiarse de ella? Hasta ahora no la había decepcionado y había dado la cara por su familia en varias ocasiones. Tenía que confiar en Laura. Su mirada no mentía.

Una ráfaga de aire helado golpeó las mejillas de Saira cuando salieron al exterior. El suelo estaba nevado y la temperatura había descendido mucho. A las ocho de la tarde el frío era terrible, y Bahar apresuró el paso para llegar al coche oficial, que las esperaba a la entrada de la base.

Saira miraba de hito en hito a Bahar, esperando que su madre dijera algo.

–¿Qué te parece? –preguntó Bahar en farsi una vez que estuvo en el interior del coche.

Era la primera conversación seria que mantenía con Saira. Y ahora que su hija podía lograr la libertad, el mundo se abría bajo sus pies y un hueco se expandía en su corazón.

–No lo sé. ¿Qué quieres que diga, mamá?

–¿Te gustaría vivir con Laura en España?

–Pero es que entonces no os vería ni a Mariam ni a ti.

–Aunque te resulte muy duro, ahora tienes que pensar en ti y en tu futuro.

–Tengo miedo.

–Ya lo sé –contestó Bahar desviando la mirada hacia el cristal del coche. Las lágrimas luchaban por salir.

Bahar agarró la mano de su hija para infundirle ánimos. Era cálida y menuda. Hasta ese momento no se había detenido a observar los dedos de Saira. Eran pequeños y elegantes, nada que ver con los suyos.

–¿Y si no me gusta estar en España?

–Piensa que allí podrás tener lo que no tienes aquí. –Bahar la miró a los ojos–. Oportunidades así solo se presentan una vez en la vida. Además, sabes que solo tienes dos opciones. O te marchas con Laura o Ramin te casa con un hombre que no conoces.

Saira se encogió en el asiento.

–Si me voy, ¿no te enfadarás?

–No, Saira, no podría enfadarme si tú encontraras la felicidad. Pero, por favor, de esto ni una palabra ni a Mariam ni a Ramin –pidió Bahar posando sus labios sobre el hiyab de Saira, que cubría su cabello cortado–. Deja que sea yo quien hable con ellos.

–¿Podré despedirme de Mariam?

–Claro que sí. No vas a marcharte mañana, todavía quedan muchos días y debo solucionar algunas cosas.

En las semanas posteriores a aquel encuentro, Bahar removi6 cielo y tierra para conseguir los papeles del registro de la ni6a y seguir todos los pasos que le hab6a indicado Laura. Saira, por su parte, evitaba en lo posible hablar con Mariam. Tem6a que su hermana descubriera la conversaci6n con Laura y que en breve se marchar6a de Kabul. Adem6s, Mariam parec6a diferente desde que se hab6a casado con Ramin. Estaba deca6da y se pasaba el d6a suspirando, como si le faltara la alegr6a. Adem6s, todas las ma6anas se levantaba mareada y con v6mitos.

Transcurridos dos meses desde la boda, Bahar le pregunt6 al fin cu6ndo hab6a tenido la 6ltima regla.

–Solo la he tenido una vez –respondi6 Mariam tras pensarlo detenidamente.

Mariam abri6 los ojos y se cubri6 la boca con una mano.

–Ya puedes comunicarle a Ramin que va a ser padre –solt6 Bahar con aspereza.

–¿Crees que estoy embarazada?

–S6, ahora no me queda ninguna duda.

–Mam6 –Mariam corri6 a los brazos de su madre, un gesto que la sorprendi6–, ahora te necesito m6s que nunca.

–Y yo estar6 a tu lado. Me ocupar6 de que tengas un buen embarazo y de que el ni6o que esperas venga sano.

–¿Sabr6 ser una buena madre? Tendr6 al ni6o con catorce a6os.

–Lo har6s muy bien y, si no, mira a Saira. –Bahar tuvo que reconocer que Mariam hab6a estado m6s pendiente de Saira que ella–. La quieres como si fuera tu hija. Esta noche prepararemos una buena sopa y se lo anunciar6s a Ramin y a Saira.

La noche hab6a ca6do y Mariam manten6a la estufa de la cocina a fuego vivo. Era la parte de la casa donde se estaba m6s caliente. Antes de que la cena estuviera lista, la puerta del jard6n se abri6 y Saira fue a esconderse tras la puerta de la alacena. Si a Mariam el c6culo no le fallaba, ese d6a Ramin traer6a dinero a casa. Como en las dos ocasiones anteriores, dej6 unos cuantos afganis encima de la mesa antes de hacer sus abluciones. Cuando se sent6 a la mesa, Mariam lo mir6 con pudor. Desde que Ramin hab6a llegado, Saira todav6a no hab6a dicho nada. Ten6a el gesto cansado y observaba c6mo Mariam se las apa6aba con una olla que se calentaba en la estufa.

–¿Qu6 tal te ha ido hoy? –dijo la esposa.

Ramin asintió con la cabeza dándole a entender que había ido bien.

Mariam se mordió los labios. Estaba nerviosa, pero antes de anunciar su embarazo le puso un plato de sopa. Ramin comenzó a comer sin levantar la vista de la comida. Mariam lo observaba apoyada en el marco de la puerta. En la cocina se oía cómo las llamas lamían la madera y el entrechocar de la cuchara contra la loza del plato. Y, como ocurría todas las noches, Mariam atendía con eficiencia a las necesidades de Ramin. Conocía perfectamente sus gestos a la hora de comer. Si Ramin giraba ligeramente la cabeza hacia un lado, Mariam sabía que la comida estaba fría. Si Ramin levantaba la mirada, Mariam volvía a llenar el vaso con agua. También sabía que cuando Ramin soltaba un eructo y se acomodaba en la silla era el momento de ofrecerle *chai* y una pieza de fruta. Ramin vivía con ellas desde hacía poco tiempo, pero Mariam creía conocer la mayoría de sus gestos. Con el tiempo, quizás llegara a quererlo.

–Ramin, tengo algo que comunicarte –se atrevió a decir Mariam.

–Mujer, deja de dar vueltas y dime qué te pasa. Llevas toda la noche mirándome.

–Ya sé por qué me encuentro mal.

–Para eso no hay que estudiar medicina –dijo Ramin soltando una carcajada–. Yo te voy a decir por qué todas las mañanas te levantas mal. Es la sangre de esa *kharami* que te hace decir tonterías y levantarte de mal humor, pero te advierto que no voy a consentir que sigas así. Ya me estoy cansando de esta situación.

–No, Ramin, la sangre de mi hermana...

–¿Te atreves a contradecirme en mi casa?

Ramin se levantó con brusquedad, y la silla cayó al suelo. Fue a pegarle, pero Bahar lo agarró del brazo antes de que golpeará la mejilla de Mariam.

–¡No, Ramin! –exclamó Bahar antes de que la furia del hombre cayera sobre su hija mayor–. Lo que Mariam trata de decirte es que está embarazada.

La expresión de Ramin cambió por completo. Volvió a sentarse en la silla, que Mariam había recogido, y se giró en la dirección que Bahar le indicaba. Mariam se cubría con las manos el abdomen, todavía sin los síntomas evidentes del embarazo.

–Ya eres una mujer completa, Mariam. Eso demuestra que, cuando una mujer quiere, sabe agradecer a su marido.

–Es nuestro hijo, Ramin –indicó Mariam con una sonrisa nerviosa.

–Mi primer hijo. Se llamará como yo.

–También puede ser una niña –respondió Mariam.

–¿Por qué continúas desafiándome? Te he dicho que tú tendrás un hijo. –La señaló con el dedo índice–. Tú eres una mujer de verdad y sabes cómo comportarte.

–Sí, Ramin. Nuestro primer hijo se llamará como tú.

–Y espero que la sangre de esa bastarda no afecte a mi hijo.

–Yo no me noto diferente...

–¡No te notas diferente, no te notas diferente! ¿Qué sabrás tú de la vida? Eres una ignorante, como tu madre y como tu abuelo.

–Sí, Ramin.

Ramin pegó un manotazo en la mesa, que hizo saltar un trozo de pan al suelo.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no me des la razón como a los tontos? – Ramin se levantó arrastrando la silla, aunque esta vez no se cayó–. Luego os sorprendéis de que un hombre quiera meteros en cintura. Estás agotando mi paciencia con tu actitud de mosquita muerta. Uno no puede ni respirar tranquilo en su casa. –Se daba pequeños golpes en la cara y gesticulaba con las manos–. Me voy a fumar rabiando como los perros.

Tras un portazo que anunció que Ramin había salido de la habitación, Mariam se sentó en una silla. Saira se acercó a ella por detrás y le acarició el cabello.

–¡Vas a ser mamá! –exclamó la niña–. ¡Ay, Mariam! ¿Por qué Ramin no se alegra por un día? Ya no parece el mismo que cuando reía en la boda.

–No te preocupes, Saira. –Mariam giró medio cuerpo para abrazarla–. Estoy segura de que Ramin también se alegra, aunque tiene una manera un poco extraña de demostrarlo. Pero no llores, que es una buena noticia.

–Si ya sé que es una buena noticia, pero es que estoy un poco triste.

–Saira, es hora de que cenes y te acuestes. –Bahar la interrumpió antes de que le dijera a Mariam que en dos semanas se iría a España–. Mañana tenemos que hacer muchas cosas.

–Mamá, déjame un poquito más con Mariam. Voy a echarla mucho de menos.

–¿Por qué vas a echarme de menos? No voy a irme a ningún sitio.

Saira se quedó unos segundos en silencio.

–Ya lo sé, pero, si yo me fuera a algún sitio, que sepas que te quiero mucho y que voy a echarte de menos.

–Ya sabes que Ramin nos prometió que no te casaría con nadie hasta que fueras mujer, así que no te preocupes.

Cuando se oyeron de nuevo los pasos arrastrados de Ramin en la escalera, Saira se colocó detrás de su madre. Ramin apareció con un cigarro colgado de la comisura de los labios.

–¿Cuántas veces tengo que llamarte, Mariam? –Ramin alzó tanto la voz que Mariam se llevó las manos al abdomen.

–Lo siento, no te habíamos oído.

–¿Cómo vais a oírme si os pasáis el día cacareando?

Mariam se levantó con gesto triste.

–No volverá a ocurrir.

–Por supuesto que no volverá a ocurrir. Las cosas van a cambiar en esta casa. Vaya si van a cambiar.

–¿Qué quieres decir? –preguntó Mariam acercándose a él.

–Quiero que mañana la bastarda esté presentable –anunció cuando traspasó la puerta de la cocina, señalando hacia Bahar–. Hay alguien que viene a visitarla, así que ya puedes limpiarle bien su pijoosa cara y hacer de ella una persona decente.

–¿Quién vendrá a verla? –preguntó Bahar, temiendo que Ramin quisiera venderla antes de que Saira se marchara.

–¿Desde cuándo un hombre le da explicaciones a una mujer de los negocios que lleva? –Escupió en el suelo–. Son cosas que vosotras no entendéis.

–Aunque tú no lo creas, mis hijas y yo entendemos muchas más cosas de las que imaginas –soltó Bahar–. Antes de presentar a mi hija, me gustaría saber de quién se trata.

De repente, Bahar sintió una corriente de orgullo que no supo de dónde le nacía pero que la recorría por dentro con una intensidad que pensaba que ya no poseía. Saira estaba a punto de alcanzar la libertad y nadie se lo impediría.

–¿Cómo se te ocurre replicarme? ¿Quién te crees que eres en esta casa? –Agarró la silla por el respaldo y la golpeó en repetidas ocasiones contra el suelo–. Eres la última mierda.

–Acepto que me digas lo que quieras, pero te repito: ¿quién vendrá mañana a esta casa? Tengo derecho a saber de quién se trata. Es mi hija.

–Peor que una perra, eso es lo que es esa bastarda –ladró Ramin–. Y quítala de en medio si no quieres que le arranque la cabeza.

–Y yo te he preguntado quién vendrá mañana a esta casa. No te atrevas a tocar otra vez a mis hijas. Tú no vas a decidir el futuro de Saira.

Mariam se colocó frente a Ramin antes de que este la emprendiera a golpes con su madre.

–Por favor, Ramin, me prometiste que no la casarías hasta que fuera mujer.

–Tú tienes la culpa –le espetó Ramin a Mariam–. Querías una boda por todo lo alto y eso cuesta mucho dinero. ¿De dónde crees que salió la pulsera que te regalé? ¿Y las alfombras, los platos, las ollas, el cordero...?

–Yo no te pedí nada de eso. Y mucho menos a cambio de mi hermana. ¿Has vendido a mi hermana por una pulsera de oro y unos cuantos platos?

Ramin cogió uno de los platos que había en la mesa y lo estampó contra el suelo. Después arrastró la mesa hasta el otro extremo de la cocina, hasta la puerta, para que no pudieran salir.

–¿De dónde creías que venía el dinero, Mariam? –replicó Ramin con los puños apretados–. No somos ricos y tú querías una buena boda.

Mariam se arrodilló ante Ramin. Lloraba y gemía.

–No la vendas, por favor, no la vendas. Hazlo por nuestro hijo, por favor, Ramin. Te prometo que seré mejor esposa para ti.

–La sangre de la bastarda no te deja pensar con claridad. –Ramin se apartó de Mariam y fue directo hacia Saira–. ¡Qué patéticas sois las mujeres! Yo sé lo que os gusta. ¿Te crees que tu hermana no sabe lo que hacen los hombres?

Mariam se levantó del suelo sin aliento. Se llevó una mano al pecho y con la otra se cubrió el vientre. Ramin agarró a Saira de un brazo; pero, antes de pegarle un bofetón, Mariam se colocó delante. Bahar se mantenía a una distancia más que prudente intentando proteger a Saira con su cuerpo.

–Por favor, Ramin, cálmate. Estás un poco alterado... –le dijo la mujer.

–No me digas lo que tengo que hacer en mi propia casa –le espetó Ramin alargando un brazo hacia Bahar.

Antes de que Ramin alcanzara a Saira, Mariam volvió a colocarse delante de él.

–Vete, Saira, sube a tu habitación –le pidió Bahar–. Deja que nosotras hablemos con Ramin.

–Ya está todo dicho –repuso él–. En unos días se marchará.

–¿Por qué me haces esto? –Mariam golpeó el pecho de Ramin con los puños.

Saira corrió hasta la entrada de la cocina, sorteó la mesa y se marchó a su habitación. Como ocurrió con su abuelo, todo empezó en la cocina.

Ramin soltó un alarido cuando vio que su voluntad no era respetada, apartó a Mariam de un empujón y la tiró al suelo. Se oyó un crujido cuando la cabeza de Mariam chocó contra una esquina de la mesa y su cuerpo cayó a plomo al suelo. El silencio se instaló en la casa. Mariam tenía los ojos abiertos, la mirada perdida y sus labios pretendían esbozar una sonrisa. Bahar se volvió hacia Ramin con la cara desencajada.

–¿Mariam...? ¿Me escuchas, mi princesa? –preguntó Bahar varias veces. El corazón le dio un vuelco.

Ramin se arrodilló ante Mariam.

–Mariam, levántate inmediatamente. Te he dicho que te levantes ya. Sabes que no me gustan los juegos. ¿Me escuchas? Hazme caso de una vez. –Cogió una mano de Mariam, que estaba lánguida, y se la llevó a los labios para besar cada uno de sus dedos–. Mariam, no sigas jugando conmigo. Voy a enfadarme de verdad y no querrás conocerme enfadado.

–¿Qué te ha hecho ella sino darte cariño, darte lo mejor de sí misma? –Bahar comenzó a gritar. Estaba fuera de sus casillas. Lo agarró por el cuello de la camisa y tiró de él–. ¿Qué le has hecho a mi hija?

Ya no quiso pensar más, no valía la pena. Las palabras, la razón, todo se acababa en aquella maldita cocina, se dijo. El corazón se le había parado en el mismo instante que el de Mariam. Agarró un cuchillo largo sin pensarlo y lo clavó en el corazón marchito del hombre que le había robado parte del suyo.

19. En el calendario gregoriano correspondería al año 1994.

CAPÍTULO SIETE

Bahar acunaba a Mariam en su regazo. La noche había llegado antes de lo esperado y la oscuridad reinaba en la cocina. Ni el amor de Bahar por su hija ni el fuego de la estufa calentaban lo suficiente para traer de nuevo a Mariam a la vida. Al parecer, todo había acabado; el vacío se hacía más y más grande. Y entonces sintió vértigo y unas terribles ganas de gritar y de pedirle explicaciones al Altísimo. Sin embargo, ¿solucionaría eso la situación? No, se dijo, la sombra ya se había instalado en su vida.

En las últimas horas, Bahar la abrazó, le cantó las nanas que su hija ya nunca escucharía, besó los párpados y las manos que tanto amor habían dado y volvió a abrazarla. La acompañaría en el viaje sin retorno al otro mundo, porque en este Mariam había viajado más sola de lo que hubiera querido. En esos momentos que pasó junto a su hija, le dijo todo lo que no le había dicho hasta entonces. Y Mariam dormía el sueño eterno, quizás deseando que su hermana tuviera la oportunidad que ella no había tenido.

Un gallo anunció la llegada de la mañana. Saira se había pasado casi toda la velada oyendo cantar nanas a su madre. De nuevo, no le habría importado estar en el lugar de Mariam para que Bahar la sentara en su regazo y le susurrara al oído cosas tan hermosas como las letras de aquellas canciones. Bahar jamás le había cantado y echaba de menos la complicidad que a veces tenían su madre y su hermana. Se imaginó que era a ella a quien le decía aquellas palabras, y quiso permanecer despierta porque la melodía tenía una cadencia demasiado bella como para dormirse. Además, debía prepararse para la llegada de Ahmad, aunque, cuando el cansancio la vencía, se quedaba dormida. Entonces se despertaba sobresaltada cuando oía un lamento y volvía a escuchar la nana, como si Bahar estuviera en la habitación. Saira jamás olvidó aquella noche por varias razones: por la sensación de escuchar poesía y por todo lo que perdió.

Tras la primera llamada a la oración, a Saira le extrañó el silencio que reinaba en la casa, pero temía bajar a la cocina por si se encontraba con Ramin. Desde hacía varias horas no se escuchaba ningún ruido, salvo algún gemido ahogado de su madre. Era extraño que Ramin permaneciera callado y que todo pareciera estar en orden. Por otro lado, Saira tenía muy claro que no saldría hasta que Ramin desayunara y Ahmad fuera a buscarla.

Antes de que Bahar subiera a la habitación, Saira decidió ponerse el vestido que Zahra le había regalado meses atrás. Deseaba estar presentable para Ahmad y no avergonzar más a su hermana y a su madre. Desde luego, era mucho más bonito el que Ramin le había regalado para la boda, pero eran tantos los malos recuerdos que tenía de aquel día que no quería revivirlos. Finalmente había aceptado que ese sería el último día que pasaría en el único hogar que había conocido, pues Ahmad se la llevaría en cuanto llegara a casa.

El sol brillaba con intensidad en aquella mañana fría. El cielo era del mismo color que los ojos de Saira, quien permanecía sentada en una silla observando el despertar de la ciudad. Por la ventana vio a un señor mayor tirando de un burro, a una mujer cargando con dos garrafas de agua y a unos niños corriendo calle abajo, que gritaban y perseguían con

palos a un perro pequeño. La vida seguía su curso a pesar de lo triste que se sintiera ella.

Cuando Bahar entró en la habitación arrastrando los pies, Saira se volvió hacia ella y enseguida percibió el rastro del dolor en su rostro. Tenía los ojos enrojecidos y los labios agrietados, aunque lo que más le llamó la atención fue unas manchas de sangre en su túnica.

–Nos vamos –dijo Bahar al tiempo que Saira se levantaba para comprobar que su madre se encontraba bien.

–¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? ¿Quieres agua? –dijo atropelladamente.

–No, no estoy herida. –Su herida no podía considerarse como tal, pues en esos momentos se encontraba más muerta que viva.

Desde que nació Saira, Bahar consideraba que estaba más muerta que viva y no hacía gran cosa para volver otra vez a la vida. Y si regresaba en esos momentos era porque Saira necesitaba salvarse. Tenía que escapar de la prisión que habían construido para ellas; no podía perder a sus dos hijas en un día.

–¿Adónde vamos?

Saira quiso ayudar a su madre a desvestirse, pero Bahar rehusó su ayuda con el gesto de una mano y le dio la espalda para tomar aire. Las paredes del cuarto oprimían su corazón.

–Nos vamos a ver a Laura, pero tienes que darte mucha prisa.

–¿Ya me voy a España?

–Esperemos que todavía sea posible –murmuró limpiándole unas legañas a la niña.

–Yo quiero ir. Laura me ha dicho que vendremos a visitaros una vez al año. –Se acercó al armario para sacar una maleta que había sido de su abuelo, pero pesaba tanto que estuvo a punto de tirarla al suelo–. Tengo que hacer la maleta.

–¿Quieres darte prisa? Llévate solo lo imprescindible. –Y le entregó una bolsa de tela para que hiciera el equipaje.

Saira cogió la bolsa con incredulidad. ¿Cómo iba a meter todos los recuerdos, toda una vida en algo tan pequeño? Tenía una muñeca que le regaló Ikram cuando era más pequeña y de la que conservaba buenos recuerdos, unos cuantos vestidos y algunos libros que había leído junto a su abuelo, y a los que guardaba especial cariño. Disponía de muy poco tiempo para decidir qué era importante y qué no.

–Voy a llamar a Mariam para que me ayude –decidió tras pasar unos segundos

pensando qué se llevaría a España.

–Déjala, no la llares. Anoche le dije que te marchabas a estudiar fuera de Kabul. No sabes lo contenta que se puso –le explicó con una sonrisa triste–. Esta tarde le dirás todo lo que quieras. Me ha prometido que vendrá a la base militar a despedirse de ti. Ahora no puede atenderte.

–¿Qué le pasa? ¿Está enferma? ¿Le ha hecho algo Ramin?

Bahar se quedó quieta unos segundos. El corazón le dio un vuelco, pero enseguida se recompuso y le dio un capón a Saira.

–¿Quieres dejar de preguntar y darte prisa? No le pasa nada. Está cansada y ahora duerme.

–¿Qué ha pasado con Ramin? –Saira iba de un lado a otro sin saber qué hacer. Miraba en una parte del armario y después lo hacía en la otra, pero no encontraba nada que guardar en la bolsa–. ¿Por qué no ha venido Ahmad?

–Saira, nos vamos ya –le dijo Bahar. Entonces la cogió de una mano y tiró de ella hasta la puerta–. Esta tarde Mariam te llevará algunas cosas más, pero tenemos que marcharnos ahora mismo.

–No puedo marcharme sin llevarme la pulsera del abuelo. La tengo guardada dentro de la almohada.

–Coge lo que tengas que coger y vámonos ya.

Bahar se acercó a la ventana cuando advirtió unas voces en la calle. La vecina estaba abriendo la puerta del jardín y llevaba un plato envuelto con una servilleta de flores. Bahar se mordió los labios y se secó el sudor de las manos en la túnica.

–No hagas ruido –le pidió a Saira.

–¿Qué...?

–Chist... –Bahar se acercó hasta su hija para teparle la boca con una mano.

Oyeron tres golpes en la puerta de la casa, y segundos después la vecina llamó a Bahar por su nombre.

–Bahar, sé que estás en casa –gritó la vecina–. Te he traído unos pistachos y una pechuga de pollo para Mariam. Voy a entrar.

Bahar chasqueó los dientes antes de responder.

–Zulema, espera, ya bajo. –Se asomó a la ventana y gritó para que la mujer la escuchara–. Me estoy arreglando, no te había oído. –Se volvió hacia Saira y le murmuró en la oreja–: Pase lo que pase, no entres en la cocina. Y si oyes algún grito, vete corriendo a la base, busca a Laura y no mires atrás.

–No sé dónde está la base. ¿Por qué no puedo ir en coche?

–Saira, no es momento para tonterías. –Debía conservar la calma; aunque su tono fuera grave y frío, no quería asustar a Saira–. Sabes perfectamente dónde está, hemos ido muchas veces. Es muy importante que me hagas caso.

–¿Y qué le digo a Laura? –preguntó con miedo.

–Dile que ya estás preparada para irte.

–¿Y luego vendréis Mariam y tú a despediros de mí?

–Claro que sí. Simplemente no quiero que se te haga tarde.

Bahar terminó de arreglarse mientras bajaba las escaleras y cogió los documentos de Saira para que pudiera salir del país. Zulema estaba en la puerta, esperando, y tamborileaba con los dedos en el plato que llevaba. Había dado una vuelta alrededor de la casa y se había asomado a las ventanas para cotillear. Aquella mañana, Bahar las había cerrado, para fastidio suyo. Antes de hacerla pasar al recibidor, Bahar cerró todas las puertas, incluida la de la cocina.

–Mariam me comentó ayer que estaba esperando su primer hijo –soltó Zulema en cuanto Bahar abrió la puerta–. *Mashallah*.^[20]

Zulema le entregó el plato a Bahar para poder ponerse cómoda. Se sacó el burka y lo dejó colgado encima de una silla. Después se sentó y posó sus manos sobre el regazo. Parecía no tener prisa.

–Muchas gracias, Zulema. –Bahar se obligó a sonreír. Sabía que su aspecto no era espléndido, pero ese gesto podía acallar más de un rumor–. Es un detalle que te hayas acordado de Mariam. Luego le digo que le has traído una pechuga y unos pistachos. Ahora está descansando.

Zulema miró a ambos lados, como si temiera que Ramin saliera de un momento a otro de alguna de las puertas que estaban cerradas, se levantó y se acercó a Bahar para susurrarle:

–Anoche oí golpes. ¿Cómo se lo ha tomado Ramin? –Y volvió a sentarse en la silla.

–¿Cómo se lo va a tomar? Muy bien –repuso Bahar dándole una palmada en el hombro a Zulema y poniendo los ojos en blanco–. Se puso tan contento que de la emoción

rompió una silla.

–Pensé que había tenido uno de sus arrebatos. –Zulema se llevó una mano al pecho.

–¡Qué va, mujer! ¡Qué hombre no se alegraría con la llegada de su primer hijo! Ha decidido que se llamará como él y a Mariam le ha parecido bien.

–Qué contenta estoy de que se lo haya tomado así...

–Si no te importa, Saira y yo tenemos que irnos a trabajar. –Bahar le indicó con un gesto de la mano que se levantase de la silla, pero Zulema no se dio por enterada–. La boda de Mariam ha costado mucho dinero y tenemos que pagarla. Y todavía me queda una hija por casar.

–¿A Saira? Sabes que yo nunca me he metido en estos temas, pero tienes que ser realista, no vas a encontrar a nadie que quiera hacerse cargo de esta niña. Suerte tendrá si la quieren como criada.

Bahar escuchaba a Zulema con una sonrisa de cortesía; pero, si no hubiera tenido tanta prisa, le habría cerrado la puerta en las narices antes de que entrara en el recibidor y le habría tirado el plato a la cabeza. Pero en ese caso Zulema habría sospechado y habría investigado por su cuenta, y entonces quizás hubiese descubierto lo que había sucedido aquella noche en la cocina. Desde la boda no se había acercado a su casa ni para interesarse por cómo estaba, y justamente esa mañana tenía que presentarse para cotillear. ¿Quién se creía Zulema que era para hablar así de su hija? ¿Por qué tenía que recordarle que era una niña marcada?

–A alguien encontraremos, mujer. Ramin se está encargando de ese tema y es posible que muy pronto tengamos otra boda en casa. –Bahar rió cubriéndose la boca–. Perdona, Zulema, me está llamando mi hija pequeña.

–Pues yo no he oído nada –se extrañó Zulema.

–Ya te he comentado que Mariam está acostada. –Bahar la acompañó de nuevo hasta la puerta principal. Antes de salir al exterior, Zulema se colocó el burka–. Se levanta todas las mañanas con mareos y vómitos y luego se acuesta. No le está sentando muy bien el embarazo.

–Ha sido muy agradable hablar contigo –repuso Zulema antes de bajar el primer escalón–. Me marcho ya porque todavía tengo que ir a la fuente. Esta tarde volveré a pasarme para ver cómo se encuentra Mariam.

Bahar se estaba impacientando por momentos. Zulema se empeñaba en alargar una conversación inútil. Hizo dos intentos de cerrar la puerta, pero la mujer descansaba una mano en el marco de la puerta.

–Pásate cuando quieras. Muchas gracias por tus consejos, eres una buena vecina.

–Nada, mujer, ya sabes que me tienes para lo que necesites. Una tarde de estas tenemos que ponernos al día.

–Si te apetece, puedes venir este viernes; prepararé algún dulce –comentó Bahar con una sonrisa y en un tono demasiado zalamero para el estado en el que se encontraba.

–Entonces, hasta el viernes. *Inshallah* que Mariam se recupere pronto.

–Ya sabes, en unos meses todo habrá terminado. Nos pasa a todas las mujeres.

Bahar cerró la puerta con suavidad, aunque estuvo tentada de dar un portazo. Abrió la puerta de la cocina y dejó el plato encima de la mesa. Aunque había pasado toda la noche en aquel rincón de la casa, sintió un vahído que la hizo sujetarse en el respaldo de la silla. No quiso mirar hacia donde Ramin yacía muerto. En cambio, no pudo irse sin despedirse de nuevo de Mariam. Se arrodilló ante su cuerpo y le dio un último beso en la frente. Sabía que no volvería a verla.

–Adiós, mi princesa... Me voy, porque sabes que tengo que hacerlo, ¿verdad que lo sabes? Saira me necesita ahora... y nunca he estado a su lado... Se va, mi Saira se marcha a España a estudiar. ¿Verdad que es maravilloso? Sé que te alegras por ella y que te gustaría despedirte. No te preocupes, yo le diré cuánto la quieres. Espero que me perdones si no he sabido ser mejor madre. Te quiero. –Se secó unas lágrimas con la palma de la mano–. Te quiero con toda mi alma.

Antes de subir a buscar a Saira, se miró en el espejo. Tenía que dejar el duelo en la imagen que le devolvía ese reflejo, no podía ser de otra manera: Saira la necesitaba más que nunca y no podía permitirse fallarle a su otra hija.

Saira estaba sentada cuando Bahar entró en el cuarto. Había cogido un vestido y dos libros y estaba abrazada a la muñeca que le había regalado Ikram. Antes de salir a la calle, Bahar se quitó una cadena que llevaba colgada del cuello. Era un corazón de jade que le había regalado el padre de Mariam. Nunca se lo había quitado.

–Voy a hacerte un regalo, mi *suri*. –La llamó como lo hacía el abuelo. Supuso que eso la alegraría–. Conserva este corazón. Quiero que sepas que te quiero mucho.

–No puedo aceptarlo... si yo me quedo tu corazón tú te quedarás sin nada.

–Saira, yo te llevo aquí. –Tomó la mano de su hija para colocársela en el pecho–. En este corazón tengo sitio para ti, para Mariam, para el abuelo y para muchos más. –Un espacio que cada vez se hacía más grande por todas las pérdidas que estaba sufriendo–. Es más grande y cabe más gente. Cuando lo mires, ¿te acordarás de cuánto te queremos Mariam y yo? Nunca lo olvides.

Tras estas palabras, Bahar agarró a Saira de la mano y salieron por la puerta de atrás. La llevó hasta uno de los parques donde esperaba el coche que las llevaba a la base, pues por cuestiones de seguridad cambiaban de sitio cada día. Por suerte, esa mañana no se había retrasado. Bahar rezaba para no cruzarse con Ahmad antes de dejar a Saira a salvo en manos de Laura.

Durante el camino a la base, Bahar guardó silencio. Como todos los días, su hija iba comentando lo que ocurría en la calle: «Mamá, esa mujer lleva a dos niños en una carretilla y tres garrafas de agua... Y en esa moto van montados un hombre y cuatro niños. A ver si se van a caer». Se reía con ganas y señalaba con el dedo para que su madre atendiera a sus palabras... «¿Tú crees que el abuelo se alegraría si supiera que me marcho a estudiar fuera de Kabul? Yo quiero ser maestra como él... ¿Has visto, mamá? Hoy no hace frío. Cuando llegaba el invierno, el abuelo decía que el día menos pensado salía el sol... ¿Te acuerdas de cuando lo decía...?» Bahar contempló por la ventana la espléndida mañana. No hacía tanto frío como en los días anteriores y en el coche estaba puesta la calefacción; entonces, ¿por qué sentía tanto frío? Cuando se dio cuenta de que estaban llegando a su destino, comenzó a tiritar y se cubrió el pecho con las manos para entrar en calor, pero no dejó de temblar.

Nada más cruzar la primera puerta de la base, se produjo una explosión muy cerca. Por los altavoces se empezaron a oír los avisos de posibilidad de un ataque: primero tres sonidos largos y, a continuación, una voz metálica que decía: «*rocket attack*». Inmediatamente, Saira y Bahar fueron conducidas hasta el búnker de Hesco Bastion. Los militares fueron llegando, a algunos no les había dado tiempo ni de quitarse el pijama. Una soldado llegó en último lugar; traía una magdalena en la mano para comérsela dentro del búnker.

Saira buscó con la mirada a Laura para hablar con ella; pero, según le informaron, había salido a visitar a una familia.

–Ahora tenemos que estar aquí todo el tiempo que necesite la Force Protection para asegurarse de que no hay más amenazas –le explicó Saira a su madre. Esta asintió con la cabeza, pero su mente estaba muy lejos de aquel lugar–. Mamá, estás temblando. No tienes que tener miedo. ¿Sabías que el material del que está hecho este búnker es el mismo que el del muro de protección de la base? Estamos a salvo.

–Eso es lo que deseo, que estés a salvo –musitó tan bajo que Saira no oyó el comentario, y le acarició la mejilla.

–Hoy estás un poco rara –siguió Saira–. Tienes los ojos hacia abajo, aunque sonrías todo el rato. –Se colocó los dedos índices sobre los ojos e hizo un gesto indicándole cómo los veía ella.

–No me pasa nada, Saira, es que vamos a echarte de menos.

–Si quieres, me quedo contigo. No quiero que estés triste.

–No, Saira, tienes que irte –le dijo con dulzura.

La niña no entendía el comportamiento de su madre. De pronto, era como una extraña para ella. Le había regalado el corazón de su marido y le decía palabras agradables y dulces, como las que había oído la noche anterior. Quería aprovechar ese momento y disfrutar de todo lo que no había compartido con su madre. Sintió ganas de que la abrazara y se sentó en su regazo.

–¿Me cantas como le has cantado esta noche a Mariam? –se atrevió a pedirle.

Y aunque Bahar estaba enfadada con el mundo, en cuanto Saira se acomodó en sus rodillas y le pidió una canción, su corazón volvió a latir con fuerza. Observó su mirada limpia, su piel blanca, su cabello rubio y sus manos pequeñas, y se lamentó de haber perdido el tiempo cerrando los ojos a la vida. Y mientras en las calles de Kabul se producían explosiones, la voz de Bahar calmó los ánimos de los que se refugiaban dentro del búnker.

Imagine there's no Heaven

It's easy if you try

No Hell below us

Above us only sky

Imagine all the people

Living for today

Imagine there's no countries

It isn't hard to do

Nothing to kill or die for

And no religion too

Imagine all the people

Living life in peace^[21]

Las voces se fueron acallando cuando Bahar comenzó a cantar *Imagine*, de John Lennon. Saira se estremeció entre los brazos de su madre cuando la oyó llorar, y alguien a lo lejos se sonó la nariz.

Cuando Bahar acabó, las explosiones habían cesado y se produjo un silencio denso, que se prolongó hasta que empezó a cantar de nuevo. Y Saira suspiró porque se sintió la niña más afortunada del mundo; los brazos de su madre eran como el cielo del que hablaba la canción.

El tiempo de espera terminó. La ciudad siguió su ritmo a pesar de las explosiones, y dentro de la base se retomaron las actividades habituales. Bahar llevó a Saira hasta el despacho de Laura mientras ella cumplía con sus obligaciones.

–No salgas de aquí hasta que llegue Laura. Avísame cuando regrese.

–Mamá, ¿hoy no te acompaño? ¿Y no desayunamos? –Desde la tarde anterior no había probado bocado. Ramin había tirado su plato de sopa al suelo.

–Ahora te traigo algo, pero tú no te muevas de aquí.

Saira asintió sin hacerle ninguna pregunta más. Bahar regresó al cabo de diez minutos con una bandeja con unas galletas de chocolate, dos magdalenas, un yogur de fresa, un zumo de naranja y unas cuantas almendras.

–Voy a guardar unas almendras para cuando llegue Mariam.

–¿Cuántas veces tengo que decirte que comas todo lo que quieras? –la riñó Bahar–. Ahora no te preocupes por Mariam, el cocinero me ha dado una bolsa para tu hermana.

–Es que se me olvida –repuso Saira encogiéndose de hombros–. Entonces, ¿puedo comérmelas todas?

–Deja de preguntar y desayuna de una vez. Te pasas el día preguntando cosas tontas. Hablas demasiado.

–Está bien, mamá –contestó, hundiéndose en la silla.

Bahar había adoptado de nuevo su gesto serio y su voz había perdido la dulzura de cuando estaban en el búnker. Tras estas palabras, se marchó en silencio como una sombra, cabizbaja y arrastrando los pies.

Saira se colocó la muñeca en el regazo y, aunque quería permanecer callada, comenzó una conversación con aquella con quien había compartido tantos secretos: *Laila*, la muñeca, escuchaba callada las dudas de Saira.

–¿Tú tienes ganas de irte? Laura ha dicho que ya ha encontrado un colegio. Yo ya no tengo tanto miedo porque vienes conmigo. –Saira comía a dos carrillos y entre bocado y bocado le hablaba a la muñeca–. Laura nos va a cuidar mucho.

Mientras terminaba de desayunar, la niña le deshacía una trenza y volvía a hacérsela, pues le gustaba mucho peinar a *Laila*. Si hubiera tenido otro vestido con el que cambiarla, habría jugado a desvestirla. Antes de terminarse las almendras, le dio a probar una.

–Mamá me ha dicho que puedo comérmelas todas. ¿A que están muy ricas? Cuando lleguemos a España comeremos más.

Una vez que terminó de comer, se limpió la boca y le pasó una servilleta por la cara a su muñeca.

–Mamá me ha dicho que en España la gente se parece más a mí y que no me señalarán con el dedo. Y cuando volemos en avión no tienes que ponerte nerviosa, solo tienes que agarrarme de la mano. ¿Lo harás?

Durante unos segundos, Saira pareció escuchar lo que le decía *Laila*.

–¿Cómo? No llores... ¿Que en España se van a reír de ti? Pues no, *Laila*, nadie va a hacerlo... No me digas que sí porque eres una mentirosa... Lo que pasa es que no quieres que me vaya. Hala, ya me he enfadado y no quiero seguir jugando contigo.

Tras hablar con *Laila*, la dejó encima de la mesa de Laura. Como en otras ocasiones

en que había estado en aquel despacho, cogió una hoja y un lápiz y se puso a dibujar, mientras compartía con la muñeca algunos de sus miedos. El enfado se le pasó enseguida. Quería dibujarle algo a su hermana para que se acordase de ella cuando estuviera en España. De pronto se dio cuenta de que se había dejado en casa los colores que Laura le había regalado. Confió en que Mariam los viera y se los llevara cuando fuera a despedirse.

Laura llegó a su despacho antes de la comida. A Saira le había dado tiempo a hacer cuatro dibujos. Dos de ellos serían para Mariam, otro para su madre y el último para el despacho de Laura.

–Mi madre quiere hablar contigo –le dijo cuando Laura se quitó la chaqueta y la colgó en un perchero que había en la pared–. Voy a ir a buscarla, ¿vale?

Laura observó que en el respaldo de la silla había una bolsa de tela con un vestido y algunos libros. También vio que Saira llevaba en una muñeca una pulsera de oro. Además, su rostro revelaba unas ojeras muy profundas, como si se hubiera pasado toda la noche sin dormir.

–¿Ha ocurrido algo? –sospechó Laura. No era normal que Saira no estuviera con su madre. Generalmente, la niña la ayudaba en el trabajo.

–No... bueno, sí, Ahmad iba a venir esta mañana a casa porque le había dado mucho dinero a Ramin para que me fuera con él a su casa, pero al final ha aceptado que me marche contigo. –Saira se había levantado y había cogido a *Laila*.

–¿Así, por las buenas?

–Sí, y yo me alegro mucho porque Ahmad me dio dos tortazos cuando no quise contestarle cuántos años tenía. Menos mal que no lo he visto desde el día de la boda de Mariam, porque me miraba mal y me metió los dedos en la boca para saber si tenía bichos.

Laura se guardó para ella lo que pensaba de Ahmad y de todos los hombres como él.

–¿Y sabes una cosa? –le comentó como si fuera un secreto–. Esta mañana mi madre tenía sangre en la túnica.

Laura la escuchaba, desconcertada.

–¿Y Mariam, cómo está?

–Mariam estaba muy cansada esta mañana y por eso cuando nos hemos marchado aún no se había levantado.

Laura no sabía qué pensar y se sentó en la silla antes de hablar:

–Sí, ve a buscar a tu madre y espéranos en el comedor. Voy a llamar a la teniente

Alonso para que te atienda.

Bahar no tardó en llegar. Abrió la puerta con inseguridad. Laura la observó con detenimiento. Aquella mujer menuda de tez cetrina tenía unos formidables ojos negros y sus pestañas eran tan largas que podían provocar huracanes. En su juventud debió de llamar mucho la atención, pues aún conservaba una belleza exótica. No debía de tener más de cuarenta años, pero sobre sus hombros había cargado tanto sufrimiento que parecía tener diez años más. Cuando Bahar entró, se quedó de pie sin saber qué hacer; entonces se derrumbó y cayó de rodillas al suelo.

–Lo he matado... lo he matado... –Se cubrió el rostro con las manos–. Me juré que lo mataría si volvía a tocar a Mariam...

Laura se acercó a ella y le ofreció un vaso de agua. A Bahar le temblaba la mano y tenía la boca seca. Cogió el vaso, pero al final dejó que fuera Laura quien le diera de beber porque no acertaba a llevárselo a los labios.

–Cálmese, Bahar. –Laura quiso levantarla del suelo, pero las rodillas de Bahar no respondieron y volvió a caer como una muñeca rota–. Es igual, nos quedaremos en el suelo. No estamos tan mal, ¿verdad? –Laura la abrazó y dejó que Bahar apoyara la cabeza en su hombro–. A ver, ¿qué ha pasado?

Pero Bahar solo negaba con la cabeza.

–Voy a pedir una tila y voy a darle una pastilla para que se tranquilice. Está usted muy nerviosa.

Laura pidió una tila al tiempo que le daba una pastilla con otro vaso de agua. Bahar se lo agradeció con un amago de sonrisa, pero sus lágrimas volvieron a aflorar. Entonces vomitó de un tirón todo lo que había ocurrido la noche en la que había perdido a Mariam. Laura la escuchaba sin parpadear y sin interrumpirla. A cada palabra de la mujer, Laura recordaba cómo su padre la emprendió a palos con su hermana Yolanda y cómo la perdió.

Se produjo un silencio espeso, roto solo por los lamentos de Bahar.

–¿Qué quiere hacer? Es una situación muy complicada.

–Lo único que quiero es que se lleve a Saira y le dé una oportunidad en España. No quiero que la lleven a un orfanato de aquí.

–No estoy preguntándole eso. La cuestión de Saira está clara, ya tenemos una plaza en un colegio privado en Valencia. Lo que quiero saber ahora es qué quiere hacer usted, Bahar.

–Voy a entregarme. No quiero ocasionarles más problemas.

Laura tenía la impresión de que en cualquier momento le estallaría la cabeza. Se tomó una pastilla, pues el día iba a ser muy largo, y se presionó con dos dedos el puente de la nariz.

–Vamos a llamar a Manuel Rojas. ¿Se acuerda del periodista que encontró a su hija?

Bahar asintió.

–Él nos dirá qué podemos hacer. Lleva mucho más tiempo que nosotros en Kabul y sabrá qué procedimientos tendremos que seguir. Espere un momento mientras busco ayuda.

Bahar se levantó apoyándose en Laura. La pastilla comenzaba a hacerle efecto y notaba cómo los párpados le pesaban como una losa. Se sentó en una silla y apoyó la cabeza en el respaldo. Sus músculos se fueron relajando mientras su respiración se acompasaba. No obstante, el corazón aún le dolía; un dolor que la atenazaba y le provocaba un miedo atroz. Tenía la sensación de haberlo perdido todo, pero todavía le quedaba el orgullo de haber podido salvar a una de sus hijas. Su pequeña iba a estudiar fuera de Afganistán y sería como Laura: una mujer sin miedo a enfrentarse a la vida.

Un escalofrío le recorrió la espalda cuando oyó que la puerta se abría de nuevo. No sabía si se había quedado dormida y, cuando giró la cabeza para ver qué hora marcaba el reloj, vio que llevaba en aquel despacho más de dos horas. Volvió a llorar, pero esta vez sus lágrimas caían en silencio, arrastrando un dolor que nadie podía calmar.

–Hemos podido localizar a Manuel. No creo que tarde mucho en llegar a la base. – Bahar alzó la mirada hacia Laura. Envidiaba la entereza de esa mujer–. Voy a pedir que nos traigan algo de comer. Le vendrá bien reponer fuerzas.

–Gracias, pero prefiero atender a mi hija antes de entregarme...

–Una sopa caliente le sentará bien. Carlos, el cocinero, las hace muy buenas. Saira está bien atendida, está viendo la tele con la teniente Alonso. –Se humedeció los labios antes de preguntarle–: ¿Cuándo se lo dirá a Saira? Está esperando a que Mariam venga a despedirse de ella.

–No lo sé. No sé cómo voy a decírselo. –La voz de Bahar se quebraba por momentos–. Tampoco sé si debería confesarle la verdad o decirle que Mariam no podrá venir a despedirse de ella.

–Si acepta un consejo, creo que debería saber la verdad.

Bahar observó con atención a Laura e hizo lo mismo con la habitación en la que se encontraba. De repente no reconocía nada, no sabía dónde estaba y se sintió totalmente desamparada. Solo veía el color de los ojos de Laura, tan azules como los de Saira.

–Tengo que salir de aquí, me estoy ahogando. –Bahar intentó levantarse, pero la

pastilla la había dejado un poco aturdida y sus piernas no querían responderle.

–Deje que la acompañe a la enfermería. Hoy pasará la noche aquí.

–Mi niña está indefensa.

–Por favor, Bahar, no pierda los nervios. Saira está bien.

–Mariam me necesita. La he dejado sola y hace mucho frío...

Laura la miró desconcertada. Bahar se resistía a descansar, necesitaba algo más fuerte que la calmara. Volvió a dejarla en una silla mientras sacaba de su botiquín una dosis de Tranxilium. En un descuido de la mujer, Laura aprovechó para inyectárselo en el brazo.

–Lo siento, pero no he tenido más remedio que utilizar una inyección.

–Quiero ver a mi hija. ¿Dónde está Mariam?

–Ahora no puede salir de la base. Las autoridades estarán alertadas sobre lo que ha pasado en su casa. Es posible que ya hayan descubierto los cadáveres.

–Usted no lo entiende... mi hija está sola... –dijo Bahar mientras sentía la boca pastosa y cómo poco a poco iba perdiendo la consciencia.

Laura llamó a dos enfermeros para que la transportaran a la enfermería. Bahar merecía descansar de tanto sufrimiento y, aunque fuera una calma inducida, le vendría bien dormir unas horas.

Una vez que Bahar fue llevada a la enfermería, Laura fue al comedor. Estaba vacío, cosa que no le extrañó pues eran las cuatro de la tarde, y se acercó hasta la cocina, en la que todavía fregaban los platos del mediodía. Pidió el primer plato del menú, un arroz caldoso con acelgas, que ya estaba pasado, y se sentó en un rincón a solas. La cuchara le pesaba, pero se obligó a meterse algo caliente en el cuerpo. De nada le serviría a Saira si ella también caía enferma. Tenía que permanecer serena para salir victoriosa de aquella situación.

A media tarde llegó Manuel. Venía con otro periodista, que al parecer era inglés.

–Te presento a Ian James. –El inglés, un hombre de más de dos metros, le tendió una mano–. Le he comentado lo que ha sucedido con Bahar.

–Encantada –respondió Laura en inglés.

–¿Dónde está Bahar? –le preguntó Manuel.

–Está descansando en la enfermería. –Laura removía un café con leche–. Me

preocupa un poco su estado. Quiere entregarse a las autoridades.

–Nosotros podemos sacarla del país –se apresuró a decir Ian–. Lo haríamos a través de la frontera de Pakistán. No sería la primera vez que lo hacemos.

–¿Y después? ¿Qué hacemos con ella después? ¿Cómo la metemos en España?

–Eso correría por nuestra cuenta... –soltó Manuel con una sonrisa ladina en los labios.

–No puedo creer que esté manteniendo esta conversación con vosotros. –Laura se llevó las manos a la cabeza–. Las autoridades afganas se nos tirarán al cuello y las cosas ya están muy tensas. Me pedís que mire hacia otra parte... y eso es ilegal.

–Exacto –explicó Manuel–. Cuanto menos sepas de este asunto, menos explicaciones tendrás que dar a tus superiores.

–Lo dejo todo en vuestras manos. Mañana se lo comunicaré a Bahar.

A pesar de que Laura se resistía a saber más cosas del asunto, la curiosidad le pudo y les preguntó algunas de las dudas que tenía. Ian desplegó un mapa para señalarle el punto exacto por el que atravesarían la frontera sin levantar sospechas. No era la primera vez que untaban a alguien con mucho dinero en la frontera para que hiciera la vista gorda. Desde allí se dirigirían a Islamabad, una ciudad bastante moderna donde todavía tenían contactos que hacían pasaportes falsos. Construirían una vida nueva para Bahar y podría empezar de cero en España. Laura los escuchaba con asombro; aquello parecía el argumento de una novela de espionaje.

–Mañana vendremos temprano –dijo Manuel, y los dos hombres se marcharon tras haber compartido un café y varios secretos con Laura.

Antes de la cena, Saira llegó acompañada por la teniente Alonso. Había preguntado varias veces por su madre y por Mariam. Maite se había cansado de darle largas, así que finalmente decidió que fuera Laura quien se ocupara de la niña.

–¿Dónde está mi madre?

–Está descansando. Se encontraba mal y la hemos llevado a la enfermería. ¿Quieres verla y darle un beso de buenas noches?

Saira frunció los labios.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Laura.

–Es que Mariam no ha venido a despedirse de mí y yo quería darle un beso y decirle que voy a echarla de menos. –La miró desde abajo y se mordió una uña–. Y también me he

dejado en casa la caja de colores que me regalaste y ahora no voy a poder terminar los dibujos.

–No te preocupes, mañana podemos comprar otra caja de colores.

–¿Es que no nos vamos hoy? –A Saira se le iluminó la cara–. Entonces podemos ir a mi casa y despedirnos de Mariam. Voy a llevarle una bolsa de almendras... y también voy a darle mis dos dibujos.

Laura se levantó corriendo y se colocó de rodillas ante la niña. Pensó de prisa una excusa para no llevarla a su casa.

–No podemos ir a tu casa porque hay un pequeño problema...

A Laura solo se le ocurrió comentarle que Ramin estaba muy enfadado y que no quería verla nunca más.

–Pero si vienes conmigo no me hará nada. –Trató de convencerla acariciándole la mejilla–. Anda, vamos, por favor, es que quiero ver a Mariam...

–Ya sé que quieres ver a Mariam, pero es que Ramin está muy enfadado con Bahar porque... –tragó saliva– porque al final tu madre no te contó toda la verdad. Ahmad está buscándote y quiere que te marches con él. Esperaremos a ver si Mariam viene mañana, ¿vale? ¿Quieres que te lleve a ver a tu madre y le das un beso?

Saira hundió los hombros y dejó que Laura la llevara a la enfermería. La luz era tenue, pero desde la entrada se distinguía perfectamente que había dos camas ocupadas. En una de ellas yacía un soldado aquejado de una gastroenteritis, y en la otra había una mujer cuya melena negra se desparramaba por la almohada.

Saira se sentó en el borde de la cama y colocó una mano sobre el hombro de su madre. La mujer se dio la vuelta y Laura comprobó, horrorizada, que no era Bahar, sino una soldado que debía de haber ingresado esa misma tarde en la enfermería.

–¡Tú no eres mi madre! –exclamó Saira dando un bote en la cama–. ¿Dónde está mi madre?

Laura, antes de dar la voz de alarma y asustar a Saira por una tontería, corrió hacia la puerta de la enfermería y preguntó al responsable dónde se encontraba la madre de la niña. Había dado órdenes expresas de que no saliera de allí. El enfermero miró la hoja de ingresos, echó un vistazo a la sala y a los lavabos, y al final regresó a donde estaba Laura.

–No sé qué ha pasado, mi coronel. Solo me he ausentado un momento para ir al servicio y ha desaparecido.

–¿Cómo que ha desaparecido, si la dosis que le he dado era para que durmiera hasta

mañana? No es posible que solo le haya hecho efecto durante cuatro horas –repuso Laura alzando la voz. El enfermero se encogió de hombros–. Cabo Morales, míreme a la cara –pidió con energía–, no estamos hablando de un alfiler, estamos hablando de una persona. ¿No se ha percatado usted de que quizás hoy se han hecho dos ingresos en la enfermería, y con el soldado que llegó ayer hacen tres? ¿Dónde aprendió usted a sumar? Por su bien, espero que esté en la base.

Laura se llevó de nuevo a Saira. La niña no se atrevió a preguntarle nada, pues Laura había adoptado el mismo gesto duro que su madre cuando se enfadaba. Y cuando Bahar estaba así, prefería callarse y contestar cuando se le preguntaba.

Tras media hora buscando por todos los rincones de la base, la teniente Alonso llegó al comedor con un mensaje para Laura, que venía de parte del general de brigada. Laura tuvo que sentarse para coger aire. En la nota ponía que Bahar había salido de la base a las ocho de la tarde.

–Dios mío, ¿por qué, Bahar? ¿Por qué te has marchado?

Saira no entendió las palabras de Laura, pero, por el tono que empleó, supo que no eran buenas noticias.

–¿Le ha pasado algo a mi madre? ¿Dónde está?

–Tranquila, tu madre acaba de marcharse a casa...

Saira asintió con la cabeza. No sabía por qué, pero intuía que tras esa pose de tranquilidad fingida Laura escondía algo grave. Se sentó en la silla y se abrazó a la muñeca con fuerza.

–No me estás contando la verdad –murmuró la niña bajando la mirada al suelo cuando fue incapaz de aguantar unas lágrimas que corrieron por sus mejillas–. Tú estás tan rara como mi madre...

–Perdona, Saira. –¿Qué hacer en esos momentos, consolar lo inconsolable o tratar de buscar a Bahar? Solo deseaba que no hubiera cometido ninguna estupidez y que todavía se pudiera hacer algo por ella–. Tengo que hacer unas llamadas urgentes. Es muy importante que te quedes en el comedor.

Saira hizo lo que Laura le pedía. Ese día estaba siendo muy extraño y nadie quería explicarle lo que pasaba.

Laura llegó al despacho del general de brigada como una exhalación. Le explicó la situación y esperó a que hiciera las llamadas oportunas. En ciertos momentos, Laura y José Manuel dejaban a un lado la cadena de mandos y se permitían tutearse. Después de muchas llamadas y de algunos favores que prometió José Manuel, Laura se enteró de que Bahar se había entregado a las autoridades afganas y que sería juzgada según la ley *sharia*.

–¿Qué pueden hacerle? –preguntó Laura, aunque ya sabía la respuesta; pero era demasiado horrible para pensar en ello.

–Quieren lapidarla y dar ejemplo a las mujeres –respondió el general de brigada–. Solo ha pedido ver de nuevo a su hija.

–¡No pueden hacerle eso! –Laura negaba con la cabeza una y otra vez sin terminar de creerse lo que oía–. Bahar estaba dispuesta a ir a la cárcel y cumplir pena. –Se sentó en una silla, impotente, con ganas de gritar y de decirle al mundo lo injusta que había sido la vida de aquella mujer–. Dime al menos si las autoridades le han concedido su último deseo.

–No, no le han dejado ver a su hija. Se la han llevado directamente a prisión.

Laura pensó unos instantes antes de seguir hablando:

–Vinimos aquí para cambiar el mundo y no pienso quedarme de brazos cruzados. Estos malnacidos no saben que yo no voy a rendirme y que no soy una mujer sumisa.

–Cuando te pones así me recuerdas a mi mujer. –José Manuel soltó una carcajada, aunque la situación no fuera graciosa.

–Vamos a llamar a toda la prensa internacional y a explicarles el caso. Vamos a darles lo que quieren: carnaza –afirmó Laura apretando los dientes y con la seguridad de tener la razón de su parte–. Vamos a dejarlos con el culo al aire. Mañana la noticia saldrá en todos los rotativos del mundo. Bahar cumplirá una condena, como deseaba. –José Manuel la observaba sin perder detalle de los aspavientos que hacía–. Y no me vengas con eso de: «Ya te lo dije, no debes inmiscuirte en los problemas de los naturales del país».

–Sé que esa niña te ha llegado al alma y es especial para ti. –La voz grave de José Manuel se suavizó hasta convertirse en un susurro–. Creo, y esto tiene que quedar entre tú y yo, que yo también habría hecho lo mismo de haberme encontrado en una situación similar.

–Muchas gracias por tus palabras. –Laura sintió una mano amiga que apretaba la suya con cariño–. Voy a ver a Saira. Ahora necesita que esté a su lado.

Laura tomó aire antes de entrar en el comedor. Algunos soldados se habían sentado alrededor de la niña y le hacían monerías. Saira se reía, pero en sus ojos se advertía un rastro de tristeza que las risas no podían ocultar. La niña giró la cabeza cuando sintió la mano de Laura sobre su hombro. Sus miradas se encontraron y, antes de que Laura hablara, ella se le adelantó.

–¿Mi madre está bien?

–Saira, tenemos que hablar –le dijo Laura. Aunque quiso forzar una sonrisa, no la encontró.

Laura se la llevó a un rincón para hablar. La niña se abrazaba a su muñeca, pues intuía que era lo único que le quedaba de su vida en Kabul.

–¿Vas a contarme ya lo que ha pasado?

Laura advirtió un gesto en Saira que le hizo sospechar que estaba preparada para asumir de golpe una madurez impropia de su edad. Estaba a punto de cumplir nueve años, pero se merecía que le dijera la verdad, y más ahora que iba a vivir en su casa. No quería empezar de esa manera, pero tampoco comenzar con mentiras.

–Lo intentaré, Saira –contestó Laura cogiendo aire de nuevo–. Mariam ha sufrido un accidente... porque Ramin la empujó y cayó al suelo...

–¿Mariam está con mi abuelo ahora? –Saira lo comprendió. Le temblaba el labio inferior y, aunque parpadeaba para no llorar, las lágrimas terminaron por brotar con fuerza.

–Sí, Saira. Y lo siento mucho.

–¿Y mamá, dónde está? Esta mañana tenía sangre en la túnica. Dijo que mataría a Ramin si volvía a ponerle una mano encima a Mariam.

Laura asintió con la cabeza. No necesitaban más palabras.

–Tu madre está en una prisión, donde muy pronto será juzgada. –Laura se atrevió a coger a Saira entre sus brazos–. Pero puedo asegurarte que estamos haciendo todo lo posible para que tenga un juicio justo.

Saira temblaba y, sin querer, cubrió de lágrimas a su muñeca. Ambas lloraban, la pequeña apoyada en el regazo de Laura. Dejó que la consolara, que le diera los besos que no había recibido de Bahar y que le prometiera que jamás la abandonaría.

–¿De verdad no vas a abandonarme?

–Te lo he prometido. Tendrás que confiar en mí. ¿Lo harás?

¿Qué podía decirle? Lo había perdido todo. En este mundo solo le quedaba Laura. Y entonces dijo lo que ambas necesitaban escuchar:

–Sí –contestó la niña.

20. «Buenas noticias.»

21. «Imagina que no hay paraíso / Es fácil si lo intentas / Ningún infierno debajo de nosotros / Arriba, solamente cielo / Imagina / a toda la gente / Viviendo al día... / Imagina

que no hay países / No es difícil hacerlo / Nada por lo que matar o morir / Ni religiones
tampoco / Imagina a toda la gente / Viviendo la vida en paz...»

2 de febrero de 2010

Querida Mariam:

Hoy cumpla dieciséis años, y si me decido a escribirte al fin no es porque te haya olvidado, no, en absoluto, es porque esta mañana necesitaba hablar con alguien. Has estado tan lejos de mí, y a la vez tan cerca, que temía sentirme feliz si tú no compartías conmigo ese sentimiento. Tu sonrisa complaciente y tu generosidad se han ido desdibujando a lo largo de los años, convirtiendo tus palabras en una especie de melodía de la que apenas recuerdo la letra. Aun así, a pesar de todo el tiempo que ha pasado, todavía no me acostumbro a que no estés a mi lado y muchas noches sueño que aún compartimos cama. Y cuando me despierto me encuentro abrazada a Laila y cubierta de sudor. Me duele no verte a mi lado y no haber podido hacer nunca nada por ti.

Y, aunque ya no estés conmigo, me niego a que dejes de existir. Busco tu olor continuamente cuando camino por la calle, esperando que todo lo que ocurrió aquella noche no fuera más que una broma pesada del destino. Pensarás que soy una tonta por no aceptar que te has ido; me da igual. Pero ahora viajamos por caminos separados. Echo de menos tus abrazos cálidos, tus risas y tu manera de escucharme. Y echo de menos tus silencios, cómo tus ojos no perdían detalle de mis travesuras y cómo, con tan solo

mirarme, sabías qué quería decir. Y no es que ahora esté mendigando un poco de amor, no es eso, y no sé si podrás entenderlo, porque Laura y su marido Juanjo me quieren como a una hija. ¿Que cómo lo sé? Porque esas cosas se notan, como yo notaba que hacías que mi vida fuera más feliz. Y Laura y Juanjo me hacen sentir querida.

¿Sabes? Siempre quise ser como tú y envidiaba todo lo que Ramin te regalaba, cuando en realidad no tenías nada. Los dulces que él te dejaba todos los días eran para comprar tu silencio, y las lágrimas que mamá ocultaba no eran por cortar cebollas. Nunca se lo he comentado a nadie, ni siquiera al psicólogo al que fui durante cuatro años, pero hubo un tiempo en que me miraba al espejo y cogía un trozo de carbón para tinter mi pelo y mi piel mientras decía: «Yo no soy yo, ahora soy Mariam». Lo único que no podía ocultar era el color de mis ojos. Bueno, creo que no estoy eligiendo la mejor manera de empezar esta carta; pero, perdóname, no sé hacerlo de otra manera.

También te pido perdón por no haber hablado contigo en todo este tiempo. Tú siempre me has escuchado y has estado ahí cuando te necesitaba. No sé por qué temía que estuvieras enfadada conmigo. No pude despedirme de ti, aunque rogué una y otra vez que me dejaran ir a tu entierro. Todo se hizo a mis espaldas para que no sufriera, como si eso hubiese sido posible. Yo quería compartir tu partida, despedirte como te merecías, y no al cabo de tanto tiempo, como estoy haciendo ahora.

Han pasado muchos años desde que abandoné Kabul y todavía recuerdo las noches que pasábamos en la cocina escuchando al abuelo. Y cómo nos reíamos cuando ponía voces a los diferentes personajes de los cuentos, o qué contentas nos poníamos cuando nos traía unas almendras que había robado en el mercado. Ya ves, con unas almendras éramos felices, las más felices del barrio.

Durante todo este tiempo no ha habido semana que no escribiera a mamá, aunque no he recibido respuesta de ella. Ni una sola línea. Pero no me he desesperado hasta hoy. Sé que está viva y que lucha por salir de ese infierno, pues Manuel Rojas me ha traído noticias de ella. Cumple condena en Badam Bagh, una prisión de mujeres. Al final, su caso salió en muchos periódicos del mundo y consiguieron que se la condenara solo a diez años de prisión. Desde hace un tiempo, Manuel y los abogados de Amnistía Internacional están luchando por sacarla de Kabul y que se reúna conmigo. Mamá enseña a las mujeres a bordar y a coser. También les enseña a leer, a escribir y un poco de matemáticas.

Inshallah se hubiera despedido de mí, pero se marchó sin decirme nada. Quería protegerme de las garras de Ahmad y arriesgó su vida para salvarme. ¿Puedes creértelo? Mamá diciéndome a mí cuánto me quería y dándome el corazón de jade que le regaló tu padre. No me lo he quitado ningún día. Y yo que pensaba que las nanas que escuché aquel día eran para ayudarte a dormir... Cuánto deseaba estar en tu lugar. Y todavía lamento que tú no estés en mi situación. Tú te merecías lo mejor en esta vida.

Tras aquella noche, permanecí muchos días sumida en un silencio del que nadie era capaz de sacarme. Y Laura se dejaba el alma para que yo sonriera, para sacar de mí a la Saira que había conocido y que la había encandilado. Pero yo pasaba los días y las noches

buscándote en todos los rincones de la base, abrazada a mi muñeca. Laila ha sido mi mayor consuelo.

La abuela Elvira –sí, ahora tengo también una abuela, la madre de Laura– quería que cambiara mi muñeca por una Barbie o por una Bratz y, aunque me han regalado muchas y he jugado con ellas, ninguna puede ocupar mi corazón como lo hace Laila. Un día se le cayó uno de los botones que hacía de ojo y, después de llorar porque pensaba que también la había perdido, mi abuela me la arregló, como también cosió la pierna que se desprendió después de que un perro la emprendiera con ella. Laila seguirá conmigo muchos años más, compartiendo los secretos que tú y yo manteníamos antes.

Y si ahora te escribo no es porque Laura pase de mí. He tenido mucha suerte con ella, pero hoy me he enterado de que le han detectado un tumor cerebral. Laura me ha dicho que no tengo que preocuparme porque todo apunta a que no es mortal y puede curarse. Pero tengo miedo de que ella también me abandone y no pueda cumplir la promesa que me hizo en Kabul. Me invade un sentimiento de culpa por no saber estar a su lado ahora que me necesita. Siento que voy a fallarle, porque no sé si tendré el valor de soportar otra pérdida en mi vida. La necesito tanto... como te necesitaba a ti, a mamá o al abuelo.

Esta mañana, a la hora del desayuno, mientras me lo decía, por un segundo, solo por un segundo, me he permitido rezar, aunque no lo hacía desde que salí de Kabul. Sin ella en mi vida, me faltaría una parte de mí, y ya he perdido muchas.

Sé que tú me dirías que no me preocupe, que confíe en la vida, y por eso estoy escribiéndote esta carta. No quiero imaginarme vivir sin ella y no sé cómo calmar el dolor que se ha instalado en mi pecho. Ya me había acostumbrado a este calor que me acompaña desde que llegué a España, y no quiero perderlo y no sé si estoy preparada para esto. Sinceramente, creo que está engañándome y voy a perderla.

No, no voy a confiar en nadie más. Al final terminan marchándose de mi vida y dejándome sola.

La vida no es justa, Mariam, pero eso lo sabes tú mejor que yo. Vuelvo a quedarme sola, y esta vez nadie vendrá a rescatarme. Tampoco lo quiero: no quiero que me engañen otra vez. Así que a partir de ahora caminaré sola.

Sabes que te quiero mucho y que te llevo en mi corazón. Siempre estarás conmigo.

Te mando un millón de besos, miles y miles por cada día que no hemos pasado juntas.

Te quiero.

No me olvides.

Tu hermana Saira.

CAPÍTULO OCHO

El despertador sonaba con insistencia en la habitación de Saira, aunque hacía más de una hora que estaba despierta. Los dos últimos meses se despertaba sobre las seis, cuando oía a Laura levantarse para ir al baño a vomitar. La oía devolver y luego escuchaba las palabras de apoyo de Juanjo: «No te preocupes, cariño, vamos a salir de esta». Saira intuía la respuesta de Laura, pues desde su habitación solo percibía sus murmullos ahogados. La operación había salido bien. No obstante, la quimioterapia estaba siendo muy dura, por mucho que Laura intentara quitarle importancia al asunto y por mucho que se mostrara fuerte ante Saira y Juanjo.

Laura pretendía llevar una vida más o menos normal, salvo los días en los que acudía a las sesiones de quimio. Entonces llegaba a casa cansada, ojerosa y sin ganas de hacer nada. Aun así, seguía encargándose de la compra y de estudiar con Saira todos los días. Aunque ya no le hiciera falta ayuda para hacer los deberes, a Laura le gustaba disponer de ese tiempo para ellas. Entre las dos se había creado un vínculo casi tan especial como el que había tenido con su hermana Mariam. Saira era quien hablaba y Laura, quien atendía a sus palabras y quien se reía de las ocurrencias de la niña, que en muy poco tiempo dejó atrás la inocencia para convertirse en una adolescente a la que todo el mundo seguía mirando, aunque ahora admiraban su belleza y sus hermosos ojos azules.

Juanjo, en cambio, se ocupaba de la comida y de la cocina. Este espacio estaba «prohibido» para Laura, pero no para Saira. Los fines de semana y cuando Saira no tenía clases, Juanjo y ella sorprendían a Laura con postres suculentos. Juanjo le hacía creer a Saira que él solo elaboraba esas recetas gracias a sus manos mágicas. A Laura le gustaba la complicidad entre Juanjo y Saira; al fin y al cabo, se había dado cuenta de que era incapaz de preparar un solo plato que fuera comestible.

Y, poco a poco, Saira se había ido introduciendo en la rutina de esa pareja que no pudo tener hijos.

Juanjo era quien acompañaba a su mujer al médico, pero en dos ocasiones Saira quiso ir con ella. No sabía cómo enfrentarse a esa enfermedad y necesitaba escuchar, ya no solamente de Juanjo, sino también del médico, que Laura iba a recuperarse. Durante dos meses, Laura recibió dos sesiones semanales, y en los últimos días solo iba a la consulta una vez por semana. Desde el principio, el médico se mostró muy esperanzado, lo que hacía que Laura afrontara la enfermedad con optimismo.

Hacía varios días que Laura ya no se levantaba para vomitar. Aun así, Saira se despertaba por inercia y estaba pendiente de lo que ocurría al otro lado de la puerta de su habitación. Escuchaba los ruidos propios de una casa, los sonidos del amanecer y el motor de algún coche en la urbanización. La casa volvía a recuperar la tranquilidad.

Antes de que a Laura le diagnosticaran el tumor, Saira solía levantarse todos los días a las siete menos cuarto para ir al instituto. Se duchaba, se secaba el pelo, elegía la ropa que iba a ponerse, preparaba su mochila y después bajaba a desayunar. Cuando llegaba a la

cocina, unas tostadas calientes la esperaban en la mesa, junto a un zumo de naranja, un vaso de leche de soja con Cola-Cao y unas almendras, que le recordaban a su abuelo y a su hermana. Era una costumbre que no quería olvidar.

Cuando terminaban de desayunar, Juanjo la llevaba en coche al instituto, que estaba muy cerca de la urbanización en la que vivían. En muchas ocasiones, de camino recogían a Isabel, la mejor amiga de Saira. Hasta la enfermedad de Laura, Saira se había mostrado abierta, aunque había días en los que se levantaba melancólica y no le apetecía hablar, pero con el tiempo los malos momentos quedaron atrás.

Aquella mañana, Saira se levantó bañada en sudor. Había soñado con Mariam. Su hermana corría para alejarse de Ramin y la llamaba a gritos. Cuando se despertó, era Laura quien gritaba desde el cuarto de baño llamando a Juanjo. En la cama, Saira replegó las rodillas sobre el pecho, tensó sus músculos y se mordió el antebrazo. No podía escuchar cómo sufría Laura. Y clavó los dientes hasta que le saltaron las lágrimas. Cerró los ojos, conteniendo el aliento o quizás ahogando el grito que luchaba por salir, y cuando sintió que su piel ardía, su respiración se convirtió en pequeños jadeos.

Hasta cuándo duraría aquella pesadilla, pensó temblando de frío. No quiso mirarse el brazo. Cada marca que llevaba le recordaba las mañanas en que Laura se había levantado mal. Esta vez, a Saira el dolor le había sido insoportable, pero al menos había acallado el grito de Laura. No quería pensar en el día en que la muerte se llevara a Laura.

–Me has asustado, Laura –dijo Juanjo soltando una carcajada–. Pensé que era algo grave.

Saira contuvo el aliento, se levantó corriendo para ver qué pasaba y pegó la oreja a la puerta. Se mordió un labio, apretando con rabia.

–No te rías de mí –respondió Laura–. Sabes que me dan miedo las cucarachas y no soporto cuando las pisas. Hacen un ruido espantoso. –Pasados unos segundos, Laura chistó y siguió hablando–. Y baja la voz, que Saira estará durmiendo.

–¿Acaso soy yo el que ha gritado? –le preguntó Juanjo.

–Bueno, da igual quién ha gritado. –Volvió a chistar–. Baja la voz.

–¿Tú crees que Saira seguirá durmiendo con el grito que has pegado? –añadió Juanjo soltando otra carcajada–. Debes de haber despertado a todo el vecindario.

Saira se dejó caer al suelo, suspirando. Metió la cabeza entre las rodillas y respiró con calma. Había sido una falsa alarma; a Laura no le pasaba nada. Ya no se acordaba de lo nerviosa que se ponía cada vez que veía una cucaracha; era capaz de salir corriendo de casa y dejar todas las luces encendidas si uno de esos bichos se cruzaba en su camino.

–Es que todavía no puedo creerme que no seas capaz de enfrentarte a esos bichos...

–Mira quién fue a hablar. Lo mismo puedo decir de ti cuando tienes que hacerte un análisis de sangre. Les tienes pánico a las agujas.

–¡Cómo vas a comparar las agujas con las cucarachas! –Juanjo alzó la voz–. Además, ya sabes que soy un cobardica y que tú eres la fuerte de la familia.

Saira abrió la puerta de su habitación con un nudo en la garganta y fue hasta el cuarto del matrimonio. Todavía estaba tiritando, aunque trató de disimularlo dándole los buenos días y apoyándose en la pared.

Juanjo llevaba una escoba en una mano y, en la otra, un recogedor, donde la cucaracha estaba envuelta en un trozo de papel higiénico.

–¿Ya te has despertado? –la saludó Laura–. Perdona si te hemos asustado con nuestros gritos.

–¡Eh, eh! Habla por ti. Eres tú la que ha gritado.

Laura observó a Saira con detenimiento. Arrastraba los pies y estaba un poco pálida.

–¿Te encuentras bien? Parece que tienes una herida en el labio; está muy colorado. Creo que tengo algo para bajar la inflamación.

Saira asintió con la cabeza.

–No es nada. Me he golpeado con la mesilla al levantarme de la cama. Hoy tengo un examen y estoy un poco nerviosa –dijo cogiendo una toalla limpia de la cómoda del pasillo–. Y ya sabes que esta tarde tengo visita en un instituto de Valencia.

–¿Ves lo que pasa? –le recriminó Laura a Juanjo–. Si no hubieras gritado, Saira no se habría levantado asustada.

–Vale, vale, estoy en desventaja –concluyó él dejando la escoba y el recogedor en el suelo–. Recuérdame –le dijo a Saira– que tengo todas las de perder con Laura... bueno, en realidad con cualquiera de vosotras dos.

Juanjo le dio un empujón cariñoso a Saira.

–Voy a ducharme.

–Te quedan tres visitas, ¿no? –le preguntó Juanjo–. Los directores de los institutos a los que has ido están muy satisfechos con las charlas que les das a los chavales.

Juanjo le echó un brazo por los hombros para darle un beso en la coronilla. Saira se dejó abrazar, reconfortada por la calidez de ese hombre que nunca había tenido un mal gesto ni con ella ni con Laura.

–No, con esta me quedan dos –repuso encogiéndose de hombros y aprovechándose del achuchón de Juanjo.

Juanjo era un hombre grande, de más de metro ochenta de estatura. Saira era un poco más alta que Laura, pero, aun así, Juanjo les sacaba casi quince centímetros a una y veinte a la otra.

–Venga, date prisa. Mientras tú te duchas, voy a preparar el desayuno para mis dos chicas. –Juanjo le dio un último beso antes de que Saira se liberara de su abrazo–. ¿Hoy desayunamos a la carta u os preparo unas tostadas como en los viejos tiempos?

–¿Te apetecen unos crepes, Saira? –preguntó Laura. Se estaba poniendo unos pantalones vaqueros que se le habían quedado un poco anchos.

–No sé, lo que tú quieras. Si a ti te apetecen, por mí vale.

–Saira, te hemos asustado con nuestros gritos, ¿verdad? –quiso saber Laura acercándose a ella y abrochándose el botón del pantalón.

–No –negó Saira–, no, de verdad. Solo es que estoy un poco nerviosa. El examen de historia me trae de cabeza.

–No pasa nada, cariño. Estoy bien. –Saira lo había pasado muy mal pero apenas se había quejado en los dos meses que había durado el tratamiento–. Hace falta algo más que un pequeño tumor para acabar conmigo.

–No bromees con esas cosas, Laura –la riñó Juanjo.

–Está bien –concluyó Saira, y abrió mucho los ojos porque sintió que se le humedecían.

–Venga, luego lo repasamos otra vez mientras desayunamos. No pasa nada si no sacas un sobresaliente.

Saira se volvió como activada por un resorte. No soportaba sacar menos de un sobresaliente. Se había propuesto ser la mejor de su promoción y obtener una buena nota en la selectividad para poder entrar sin problemas en la carrera de Periodismo. Quería conseguir una beca de estudios y agradecer así todo lo que Laura y Juanjo habían hecho por ella.

–Eso, eso –comentó Juanjo al tiempo que comenzaba a bajar las escaleras–. Nosotros seguiremos queriéndote, saques las notas que saques.

–No, voy a conseguir un sobresaliente.

–¡Esa es mi chica! –exclamó Juanjo–. Qué carácter tiene. Pobre del chico que salga

contigo. Como una vela lo vas a llevar.

–No te metas con Saira y prepara ya el desayuno, que hoy llegamos tarde –lo riñó Laura.

Saira sonrió mientras se dirigía al cuarto de baño. Juanjo le recordaba mucho a su abuelo. Tenía la facultad de hacerla sonreír cuando más lo necesitaba, y sin embargo, ¿por qué seguía encontrándose mal si Laura parecía recuperada y los gritos la habían alarmado innecesariamente?

Buscó un CD para escuchar algo de música. Le gustaba Fito y Fitipaldis y cantar cuando se duchaba. Se acercó al espejo mientras esperaba a que saliera el agua caliente. Siempre había querido ser independiente, pero la enfermedad de Laura le había hecho darse cuenta de que la necesitaba muchísimo.

«No pasa nada», se dijo sin mirar la marca que tenía en el brazo y se tragó unas lágrimas que al fin dejó escapar. «No pasa nada», volvió a decirse, aunque no muy convencida. Comenzó a desvestirse mientras escuchaba la canción que había puesto. Se sentó en la tapa del váter, se secó la cara con un trozo de papel higiénico e hizo varias respiraciones profundas antes de ducharse. Dejó que el agua calmara un poco sus nervios y que corriera por su piel desnuda un buen rato antes de enjabonarse.

Tras unos minutos, cerró el grifo del agua caliente para que saliera la fría. Estaban a primeros de mayo y en Valencia ya empezaba a sentirse la primavera, aunque Saira no lo hizo porque tuviera calor, sino para sentir que estaba viva.

Se secó el pelo, dejándolo suelto para que le cayera por la espalda, y se puso unos pantalones vaqueros y una camiseta de John Lennon con la letra de *Imagine* impresa en la parte trasera. Siempre se la ponía cuando tenía que dar una charla en un instituto. Era una manera de llevar a su madre y a su hermana con ella. Se pintó una raya negra en el párpado y espolvoreó un poco de colorete sobre sus pálidas mejillas. Después de desayunar y de lavarse los dientes, se pondría un poco de brillo en los labios.

Recogió la mochila y unos libros que había cogido de la biblioteca y bajó con prisas a la cocina. Laura estaba tomando una taza de café con leche y leía una novela mientras Juanjo terminaba de hacer los crepes. Juanjo sacó un bote de Nutella de un armario y lo puso delante de Laura.

–Para que luego digas que no te mimo. –Y le guiñó un ojo.

–¿Cuándo he dicho yo eso? Si eres la envidia de mis amigas –soltó ella devolviéndole el guiño.

–Por si acaso se te olvida. –Cogió una silla para que se sentara Saira–. Venga, Saira, va a enfriarse el desayuno. Tienes cuatro crepes para ti.

–¡Pero bueno! –exclamó Laura abriendo la tapa del bote de Nutella y poniéndose una buena capa sobre un crepe–, ella tiene cuatro y a mí solo me has hecho tres.

–No te quejes, que estoy haciendo la vista gorda. Sabes que no deberías comer esto, pero hoy te lo mereces.

Saira alzó la cabeza y miró fugazmente a Juanjo.

–A Laura le han dado el alta, y habíamos pensado que, para celebrarlo, podríamos hacer un viaje los tres juntos.

–¿De verdad? ¡Eso es estupendo! –A Saira se le iluminó la mirada. Laura se levantó de la silla y se acercó a darle un beso en la mejilla–. Quiero decir que es estupendo que Laura ya esté bien. –Agarró la mano de Laura con fuerza, como para que no se le escapara–. No me habíais dicho nada.

–No queríamos comentártelo hasta estar completamente seguros de que las últimas pruebas habían salido bien –aclaró Laura–. Lo del viaje no suena mal, ¿verdad?

–No, no suena mal –contestó Saira–. Aunque, si os apetece, podéis hacer una escapada vosotros dos solos. A mí no me importa. Yo puedo quedarme con la abuela Elvira, que hace tiempo que no la veo.

–No, esto tenemos que celebrarlo los tres juntos. –Juanjo se había sentado a la mesa y llevaba un tazón de leche en la mano–. Además, esta vez te toca elegir el viaje a ti.

–Bueno, ya habrá tiempo de decidir adónde vamos –dijo Laura–. Ahora Saira tiene que repasar su asignatura de historia. No nos perdonaría si por nuestra culpa sacara un notable alto.

Saira rió por lo bajo. Laura volvía a ser la de siempre: bromista y preparada para enfrentarse a lo que hiciera falta... salvo cuando se trataba de una cucaracha. Tras unas cuantas risas, Saira sacó una libreta donde dibujaba los esquemas de historia. Mientras Laura iba preguntándole, Saira escribía los puntos más importantes. Juanjo añadía algún dato cuando a Saira se le olvidaba algo. Después de repasar por quinta vez en esa semana los temas de historia, Laura dio la lección por sabida.

–No tienes por qué estar nerviosa. Vas a hacer un buen examen.

–Ya, pero una cosa es sabérselo aquí en casa y otra enfrentarse a una hoja en blanco.

–Tanto quejarse y luego vendrás fardando de nota –soltó Juanjo recogiendo las tazas y los platos de la mesa.

–Esta vez es verdad que el tema me resulta un poco complicado, con tantos datos y tantas fechas...

–Esta vez, como todas las demás veces, Saira –la interrumpió Juanjo–. Eres demasiado exigente contigo misma, deberías relajarte un poco.

Saira negó con la cabeza. Solo se permitía relajarse en verano y, aun así, alguna que otra vez Laura la pillaba adelantando temario en Internet.

–Vale –dijo Saira cambiando de tema–. Cuando vuelva esta tarde, miraré en Internet qué viaje podemos hacer. Todavía no hemos estado en Granada.

Juanjo miró el reloj de la cocina, que marcaba las ocho menos veinte, y comenzó a apresurar a las chicas para no llegar tarde. Cogió las llaves del coche mientras Laura terminaba de arreglarse en el espejo que había en la entrada. Esta se colocó un pañuelo en la cabeza y se puso un poco de colorete y brillo en los labios. Juanjo volvió a entrar en la casa porque Laura se entretenía más de lo normal. Al tiempo que la arrastraba hasta el coche, Saira sacó su barra de brillo, se acercó al espejo retrovisor del copiloto y se lo aplicó en los labios.

Juanjo pisó el acelerador. Esa mañana volvía a llegar tarde al instituto. Lo único que lo salvaba era que a primera hora tenía una clase de tutoría y los alumnos se relajaban unos minutos antes de entrar en el aula. De camino, Juanjo se detuvo para recoger a Isabel, que los esperaba en la puerta de su casa.

–¿Cómo lo llevas? –le preguntó Saira una vez que Isabel se hubo puesto el cinturón de seguridad.

–Lo llevo fatal, tía. No me ha dado tiempo de estudiar el último tema. Ya me soplarás alguna respuesta del examen –le susurró al oído.

–Tú siempre estás igual, no cambias. Lo dejas todo para el último día.

–¿Para qué voy a estudiar? Ya tengo la placa y una silla en el despacho de abogados de mi padre.

–Ya, pero si no consigues una buena nota no entrarás en Derecho, así que de momento no tienes nada.

–¿Cómo no voy a aprobar estando contigo? Además, todavía nos queda un curso para hacer la selectividad.

Isabel soltó una carcajada y sacó de su mochila una revista y el móvil con unos auriculares. Le pasó uno a Saira y ella se colocó el otro.

–Me encanta esta canción de Lady Gaga –dijo Isabel subiendo el volumen del móvil cuando sonó el estribillo.

... *Don't call my name*

Don't call my name, Alejandro

I'm not your babe

I'm not your babe, Fernando...

–Esta semana han hecho un reportaje de los actores de *Crepúsculo*. Qué bueno está este actor –siguió hablando Isabel. Saira asintió con la cabeza. Aunque eran muy diferentes, era su mejor amiga y desde que la conoció siempre había estado a su lado. Isabel se compraba todas las semanas la revista *Superpop* para enterarse de los cotilleos–. Tía, Robert Pattinson está saliendo con la pava de la peli. –Suspiró–. Qué mal me cae esa actriz y, además, actúa fatal... Yo lo haría muchísimo mejor.

–Estoy segura de que sí. A mí me gustaba mucho verte actuar.

Isabel torció el gesto, pero hizo como si no hubiera oído a Saira.

–¿Y sabes lo que dice Pattinson? –comentó con una sonrisa en los labios–; que si no hubiera sido actor habría sido abogado. Si es que estamos hechos el uno para el otro... ¿Te imaginas que nos conocemos en un juzgado y nos enamoramos?

–Sí, pero eso solo ocurre en las películas o en los libros que te gusta leer a ti.

–Que no, tía, que estas cosas también pueden pasar en la realidad. –Isabel se colocó unos mechones detrás de la oreja. Sin saber por qué, Saira recordó cuando Mariam le colocaba todas las mañanas el hiyab antes de salir a la calle. Ya no usaba el pañuelo para esconder su cabello–. Vamos a hacer un test para saber cómo besa un chico.

Isabel tenía el pelo largo y castaño, pero todos los meses se hacía mechas rubias para aclarar su melena. En cierta forma, envidiaba un poco que Saira fuera tan rubia y que tuviera los ojos azules; llevaba de cabeza a todos los chicos de clase. Pero Isabel no entendía por qué Saira daba calabazas a todos los chicos que le habían pedido salir.

–Venga, vamos a repasar un poco el examen. A lo mejor se te queda algo y sacas

más que un cinco raspado.

–Pero si lo tengo controlado... –Isabel subió otra vez el volumen del móvil. Apuntaba en la revista las respuestas al test sin hacer mucho caso de lo que decía Saira–. Pregunta lo que quieras, que ya verás cómo te las respondo.

–Vale. Dime cuáles fueron los comienzos de la Revolución rusa y qué hecho la desencadenó.

–No puedo creérmelo –contestó Isabel mordiendo la punta del bolígrafo–, ¡he sacado cincuenta y cuatro puntos! Los besos de Sebas son superapasionados, ardientes y largos...

Juanjo soltó una carcajada ante el comentario de Isabel.

–¿Sabes lo que podrían hacer en esa revista? –preguntó Saira. Isabel negó con la cabeza–. Podrían contratar a un escritor con carisma y guapo para que recomendara algunas lecturas. Entonces quizás la comprara.

–Ya, tú mucho criticar, pero luego bien que me la pides para cotillear un poco. Que a mí no me engañas, que somos amigas desde hace años y un dulce no amarga a nadie. –Saira negó con la cabeza–. Que a ti se te van los ojitos cada vez que ves a los protagonistas de *Crepúsculo*, sobre todo cuando sale Taylor Lautner.

–Pero ¡¿qué dices?! –exclamó Saira–. A mí no me gusta ningún chico, y de momento no pienso en esas tonterías.

–Eso es porque Taylor no te ha pedido salir.

–Anda, cállate ya y déjame escuchar la canción –dijo Saira propinándole un empujón.

–¿Qué haremos cuando Saira traiga a un chico a casa? –le preguntó Juanjo a Laura en voz baja.

–Nada, no vamos a hacer nada –le aseguró Laura–. Todos hemos pasado por eso.

–Pero si son unas crías y ya están pensando en cómo besa un chico...

–Ya, pero una cosa es fantasear como lo hacen ellas y otra muy distinta es hacerlo. Saira todavía no ha salido con ningún chico... además, creo que no está por la labor.

–Claro, si solo tiene dieciséis años –susurró Juanjo–. Es una cría.

–Y yo te recuerdo que a esa edad tú y yo comenzamos a tontear.

–Pero eran otros tiempos –se justificó Juanjo–. Teníamos más cabeza que la juventud de hoy... y... y... –buscaba un argumento convincente–, además, yo a esa edad todavía jugaba con los clicks.

–Eso es lo que piensas tú.

–Que no, Laura, que estas dos tienen el pavo muy subido y no están para salir con chicos. Que yo trabajo en un instituto y veo cómo van los chavales de salidos.

–Qué poco te acuerdas de nuestra época. No éramos tan diferentes de ellos. Parece mentira que seas el director del instituto y no te des cuenta de nada.

–Vamos a dejar el tema. –Juanjo soltó un suspiro largo–. En nuestra época no hablábamos de trucos para aumentar el pecho sin pasar por el quirófano.

Laura se rió.

–Qué poco te enteras de las cosas. Esa revista recicla cada cierto tiempo los artículos de otras temporadas, y te aseguro que nosotras también hablábamos de esos temas.

–Pero no antes de un examen, ¡caray! Lo que tendría que hacer Isabel es tener menos pájaros en la cabeza y estudiar.

–Y tú tendrías que dejar de ser tan carca. –Laura entrecruzó sus dedos con los de Juanjo, que había apoyado una mano en el cambio de marchas.

Saira no perdió detalle de la conversación de Laura y Juanjo, a pesar de que la música que escuchaba estaba muy alta. Sabía que querían lo mejor para ella, y por eso Juanjo seguía tratándola como a una niña; pero, a veces, lo que Juanjo quería no era lo que ella deseaba. Y, en ocasiones, terminaba cediendo por no molestarlo. Cuando hablaba de ello con Laura, esta le recomendaba que no cediera, pues al final Juanjo entraba en razón si se le explicaban las cosas con detenimiento.

Antes de llegar al instituto, Isabel gritó:

–Me encanta esta canción. Lady Gaga es genial. Quiero ser como ella.

Oh-oh-oh-oh-oooh!

Oh-oh-oooh-oh-oh!

Caught in a bad romance

Oh-oh-oh-oh-oooh!

Oh-oh-oooh-oh-oh!

Caught in a bad romance... Juanjo se despidió de Laura con un beso en los labios. Las chicas salieron del coche, Isabel guardó el móvil en su mochila y Saira le dio un beso a Laura.

–Recuerda que hemos quedado para comer –le dijo esta a Juanjo–. Y a ti –señaló a Saira– te recojo en casa de Isabel sobre las cuatro y media. En una hora nos dará tiempo de llegar a Valencia y aparcar el coche.

–Que tengas una buena mañana con tus amigas. No me pongáis muy verde –se despidió Juanjo saliendo a la carrera.

–Solo lo que te mereces –le respondió Laura antes de marcharse del aparcamiento.

Saira e Isabel entraron en el vestíbulo del colegio. En un banco las esperaban un grupo de chicas. En el centro había un chico, Fabián, que se levantó y se acercó hasta ellas.

–Uf... ¡qué fuerte! ¿Sabéis de lo que nos hemos enterado? –les dijo Fabián colocándose unas gafas de pasta blanca. Esperó a ver el gesto de Isabel y Saira antes de seguir hablando–. Lola, la que salía con Sebas, se ha quedado embarazada y va a tenerlo. Y solo tiene diecisiete años.

Sebas era un chaval de segundo de bachillerato que había repetido curso en dos ocasiones y que traía locas a casi todas las chicas de la clase de Saira, así como a Fabián.

–¿Y qué va a hacer Sebas? –le preguntó Isabel.

Ella iba detrás de él desde hacía unos meses. Le encontraba cierto parecido con Robert Pattinson, aunque Sebas era un poco más alto y tenía una sonrisa mucho más cautivadora. Estaba convencida de que al final se daría cuenta de que existía y le pediría que saliera con él. De momento, Sebas ya había comentado una foto en Tuenti que se hizo el año pasado en bikini.

–Que pasa del marrón. ¡A saber con quién más se ha acostado Lola! –respondió Fabián gesticulando con un brazo–. Ya sabéis que Lola solo estuvo con Sebas tres semanas, pero también seguía viéndose con su antiguo novio. He oído que todavía sigue enamorada de él, y que si salió con Sebas fue para darle celos a Dani.

–¿Podemos dejar esto para luego? –Saira tiró de la manga de Isabel para no llegar la última a clase–. No quiero que *Mortadelo* le vaya luego a Juanjo con el cuento de que llego tarde.

Mortadelo, el profesor de matemáticas, los esperaba en la puerta de la clase con una tiza en la mano. Al igual que el personaje de Francisco Ibáñez, se escondía tras unas gafas negras, era enjuto y calvo y casi siempre vestía ropa de marca de color negro.

–Señor Garrido –*Mortadelo* le entregó la tiza a Fabián con una sonrisa sardónica en los labios–, ilústrenos a todos con su sabiduría. Deme esa satisfacción al menos una vez en la vida. –Cuando Saira, Isabel y Fabián entraron en el aula, el profesor cerró la puerta con delicadeza–. Supongo que habrá traído los deberes hechos, aunque por la cara que pone quizás haya tenido otro contratiempo. No me diga que se los ha olvidado otra vez encima de la mesa de la cocina y la asistenta no puede traérselos, ¿no es así?

La clase rompió a reír y Fabián hizo un gesto de incomodidad que el profesor no pasó por alto.

–Ya he vuelto a cagarla –dijo Fabián por lo bajo y pidiendo ayuda con los ojos a Saira–. Si es que soy un *pringao*. Para qué me servirán las matemáticas si quiero ser diseñador de moda...

Los alumnos de las primeras filas rompieron a reír ante el comentario de Fabián.

–Cuando deje de hacer el payaso, señor Garrido, podríamos empezar con la clase.

Saira bajó la cabeza para reprimir una sonrisa. Fabián dejó la mochila en el respaldo de su silla, se quitó el pañuelo que llevaba alrededor del cuello y salió al encerado exagerando el movimiento de sus caderas. Tras unos minutos en los que Fabián demostró una vez más que las matemáticas no eran lo suyo, volvió a su asiento poniendo los ojos en blanco y lanzando un largo suspiro.

La hora de matemáticas pasó para alivio de todos, menos para Saira, que disfrutaba haciendo funciones, ecuaciones y porcentajes. En realidad, disfrutaba estudiando. Antes del recreo tuvieron el examen de historia. Los alumnos repasaban los apuntes cuando la profesora entró en clase. Isabel estaba a la derecha de Saira y Fabián, detrás. Maica, la profesora, les dio una hoja donde estaban las tres preguntas del examen, más una pregunta extra para subir nota a final de curso.

–¡Ainsss! –exclamó Isabel dando muestras de disgusto cuando leyó el examen–. De tres preguntas, solo me sé una. Ha puesto el tema que no he estudiado.

Saira la tranquilizó con la mirada. Entre Fabián y ella la ayudarían. Fabián podía ser un inepto total para las matemáticas; pero, en cambio, tenía una memoria prodigiosa y era un as en historia, castellano, valenciano y latín.

Al terminar el examen, Isabel esbozó una sonrisa de satisfacción. Sabía que había aprobado porque Fabián le había dejado copiar y Saira le había chivado la última pregunta.

Antes de salir al patio, Saira sacó un bocadillo de su mochila. Isabel lo miró un instante y luego se metió un caramelo sin azúcar en la boca.

–¿Hoy tampoco almuerzas? –le preguntó Fabián.

–No, he decidido perder tres kilos antes del verano –contestó Isabel saboreando su caramelo para no salivar más por el bocadillo que se estaba comiendo Saira–. Tengo que llegar a una treinta y seis. Mi madre ya me está dando la tabarra con que tengo que estar estupenda para cuando vayamos a conocer a la familia real.

–Pues yo creo que estás muy mona así. Tienes un culo estupendo y un buen par de *lolas* –comentó Fabián–. Cuando haga mi primer desfile, me gustaría que estuvierais vosotras dos. Sois mis musas.

–Ya sabes que este par de *lolas*, como tú las llamas, y este culo me han traído de cabeza este último año –replicó Isabel con desagrado–. ¿A qué bailarina profesional conoces tú que tenga este cuerpo? Mido casi uno ochenta y tengo una 95 de pecho. Jamás cumpliré mi sueño de bailar en la Ópera de París.

–Pues a mí me parece que es lo mejor que te ha podido pasar, Isabel –intervino Saira cubriéndose la boca porque acababa de pegarle un mordisco a su bocadillo–. No comprendo por qué antes de una actuación os mataban de hambre y solo os daban un bombón para pasar el día.

–Vosotros no lo entendéis ni veis las cosas como yo –repuso Isabel sacando otro caramelo del bolsillo de su pantalón vaquero–. Mi sueño era ser bailarina profesional y actuar en los mejores teatros del mundo. Todas las noches me acostaba soñando con recibir aplausos y que mi nombre estuviera en multitud de carteles en letras doradas.

–Yo creo que no deberías renunciar a ese sueño –añadió Saira–. Cuando estás encima de un escenario tienes un brillo especial. No es necesario que seas bailarina para actuar. Puedes ser actriz.

Por el pasillo del instituto se cruzaron con algunos alumnos de segundo de bachillerato, y tanto Isabel como Fabián buscaron con la mirada a Sebas. Cuando comprobaron que no estaba, siguieron caminando por el pasillo. Isabel se quitó la chaqueta vaquera que llevaba y se quedó en camiseta de manga corta. Fabián se colocó las gafas y se pasó los dedos por su pelo engominado.

–¿Sabéis cuál fue el día más importante de mi padre? –Isabel se puso seria y bajó la cabeza–. El día que le dije que mi profesora no quería una jirafa-vaca actuando en su compañía. Bueno, en realidad no le dije lo que me había dicho Manuela, porque tenía razón. Solo que pasaba de bailar porque no hay bailarinas como yo. Y desde entonces mis padres sueñan con que la tercera generación de los Bellido, o sea, yo, entre a formar parte de su bufete de abogados.

Isabel soltó un bufido y luego hundió los hombros. Habían salido al patio y se habían acomodado en unos escalones, donde solían sentarse los chicos de tercero de ESO.

–Podrías probar suerte en arte dramático. –Saira había terminado de almorzar e hizo una bola con el papel de aluminio.

–Cualquiera les dice ahora a mis padres que no voy a estudiar Derecho. No quiero quedarme sin mis clases de solfeo y de hípica. Como dice mi padre, el baile era solo un hobby, y eso no iba a darme de comer.

Fabián cruzó las piernas y descansó la espalda en el escalón de atrás. Parecía sentirse incómodo con la conversación de sus dos amigas. Sacó su BlackBerry para mandar un mensaje y después entró en su página de Facebook para contestar a dos solicitudes nuevas de amistad.

–Tu padre te está comprando –le dijo Saira.

–¿Y qué? –Isabel se volvió hacia ella apretando los dientes–. Me gusta que mi vida sea más cómoda. Es un rollo estar siempre de morros con mis padres porque no quiero estudiar Derecho.

Fabián buscaba una canción para reproducirla; cuando la encontró, dejó que la música sonara alto.

–Oye, Saira –dijo Fabián cambiando de tema–, hoy vuelves a tener una charla en un instituto, ¿verdad?

Seguía jugando con su BlackBerry.

–Sí, ¿por qué?

–Es que a Isabel y a mí nos gustaría acompañarte para ver qué tal.

–¡No me digáis que ahora os ha entrado la vena solidaria y también haréis un hueco cuando vaya a la Cruz Roja! Esta tarde la tengo completa.

–Mirad lo que dice QueenTwi –replicó Fabián–: «@SebasLozano4, da la cara y no pases de Lola. Un embarazo no es como tomarse un vaso de agua».

QueenTwi era un personaje muy conocido y misterioso en Twitter que tenía un montón de seguidores, entre ellos muchos alumnos de su colegio. Nadie sabía de quién se trataba. QueenTwi era la primera que hablaba de ciertos temas tabú y que lanzaba noticias más o menos interesantes. Jamás había dado una noticia falsa.

–¿Tú crees que ha sido Sebas? –preguntó Isabel.

–No tengo ni idea –contestó Fabián–. En cualquier caso, no me gusta cómo está actuando. En esto coincido con QueenTwi. Tanto si es suyo como si no, tiene que dar la cara.

–¿Tú lo harías? –quiso saber Isabel.

–Sí, claro que lo haría. Con eso no quiero decir que tenga que casarse con Lola, solo que debe estar a su lado ahora que lo necesita. Si Lola no quiere abortar es muy respetable, aunque ya sabéis que estoy a favor de que la mujer pueda decidir sobre estos temas.

–Menudo marrón para el pobre Sebas –repuso Isabel.

–El marrón es para Lola –contestó Fabián–. Madre a los diecisiete años no es como jugar con muñecas.

El timbre sonó; la hora del recreo tocaba a su fin. Saira tenía clase de filosofía, mientras que Fabián e Isabel se habían apuntado a informática. Ambos se tomaban muy en serio esta clase. La impartía Cristóbal, un profesor muy joven y bastante simpático que les enseñaba trucos para moverse por Internet. Era el administrador de un blog donde colgaba todo tipo de consejos para aquellos que, como él, quisieran abrirse un blog. Gracias a él, Fabián había creado un blog de moda. Con el tiempo quería darse a conocer subiendo algunos de sus diseños.

Saira llegó a clase de las primeras y se sentó al lado de Berta, una chica con la que apenas tenía relación. En tercero, esta había hecho circular por el instituto que Saira robaba para comprarse el almuerzo, como hacían todos los inmigrantes que llegaban a España. Pero la cosa no acabó ahí. Isabel, sabiendo de dónde venían aquellos comentarios, se enfrentó a ella y delante de toda la clase la tachó de ser una mentirosa que tenía envidia de Saira. A partir de aquel día se crearon dos grupos en la clase: los que apoyaban a Saira y los que seguían a Berta. El asunto pintaba bastante mal cuando llegaron las Navidades; pero, desde que se supo que Laura, la mujer de Juanjo, tenía un tumor, muchos de sus compañeros decidieron pasar de Berta. Por mucho que lo intentara, no podría acabar con Saira y sus amigos.

La madre de Isabel fue a buscarlas a la salida del instituto. Fabián también esperaba que alguien de su familia pasara a recogerlo; pero, antes de que Saira e Isabel se marcharan, recibió un WhatsApp: «Nos *vmos* en la cena, *kerido*. Me ha surgido 1 compromiso. 1 *bes*7. Ali ♥».

Fabián puso cara de contrariedad, chasqueó los labios y soltó un insulto por lo bajo.

–¿Qué pasa? –le preguntó Isabel.

–Nada, que a mi madre le ha salido otro compromiso y hoy como solo. Tengo unos deliciosos macarrones a la carbonara en el microondas.

–Puedes venir a mi casa, si quieres –le ofreció Isabel–. Eso sí, seguro que mi madre ha hecho pechuga de pollo a la plancha y ensalada aliñada con muy poco aceite y limón. No es el mejor menú, pero al menos pasaremos un rato juntos.

–Vale, me has convencido. –Fabián guardó el móvil en el bolsillo de su mochila–. Me comeré los macarrones para cenar... Mi madre no soporta que coma lo que ella llama «las sobras del mediodía». –Y soltó una carcajada.

Ni siquiera pensaba contestar a su madre. Desde que se había separado de su padre, nunca estaba en casa. Según Ali, tenía que recuperar el tiempo perdido. Se había pasado un montón de años cuidando de toda la familia, y su mejor época como mujer se le había escapado. Ali pensaba que sus dos hijos ya no la necesitaban para según qué cosas. Borja, el hermano mayor de Fabián, estaba estudiando Económicas y solía comer en la facultad, mientras que a Fabián la chica del servicio le dejaba todos los días un plato de comida en el microondas. Si tenían la comida hecha, ¿para qué la necesitaban sus hijos? «Los chicos de hoy en día son más independientes que en mi época», les decía Ali a sus amigas. Ella ya había limpiado muchos mocos y los había cuidado cuando más la necesitaban.

–Será mejor que vengas con nosotras –contestó Isabel con una sonrisa de oreja a oreja–, así no tenemos que pasar a buscarte después para acompañar a Saira.

–¿De verdad sigue en pie lo de ir al instituto conmigo? –Saira se había sentado detrás de Isabel, junto a Fabián, en los asientos traseros del coche.

–Claro que sí. –Fabián hizo un gesto exagerado con la mano que hizo reír a Saira.

–Muchas gracias por acompañarme. Sois los mejores.

–Qué bonito te ha quedado –comentó él haciendo como que se quitaba unas lágrimas–. Voy a immortalizar este momento y a colgarlo en mi Tuenti.

Fabián hizo una foto a Isabel y Saira. Todavía no se habían puesto el cinturón. Antes de salir del aparcamiento, la madre de Isabel, Raquel, los pilló a los tres desprevenidos con la cámara de su móvil.

–Hala, ya le he hecho una foto al trío calavera. –Raquel se rió–. Pero qué monos sois. Cuando enseñe alguna foto de Isabel, nadie se cree que yo soy su madre. Y tú, Saira, cualquiera diría que eres de ese país tan odioso. Todas con ese pañuelo en la cabeza. Mira que lo comento con mis amigas...

–Mamá, por favor, deja de decir tonterías.

–No te preocupes, Isabel –la tranquilizó Saira respirando hondo y tratando de sonreír.

–¿Ves como a ella no le importa que hablemos de su país? Es que siempre le das importancia a lo que no la tiene. –Buscó en el espejo retrovisor la mirada de Fabián–. Tienes que darle las gracias a tu madre por habernos recomendado al masajista del *lifting* japonés. Adrián tiene unas manos maravillosas. –Alargó un poco más la última palabra–. Desde que mis amigas y yo vamos todas las semanas, hemos rejuvenecido unos cuantos años. Nadie nos echa cuarenta y... Qué cosas tienen mis amigas, si hasta dicen que Isabel y yo somos hermanas.

–Sí, mamá, pero yo soy un poquito mayor que tú, ¿verdad?

–¡Ay, Isabel! ¡Qué niña más insulsa! ¿Por qué te molesta tanto tener una madre tan joven como yo? Para tener cuarenta y dos años y haber parido dos hijos no estoy nada mal.

–Raquel, estás estupenda –concluyó Fabián dándole un toque a Isabel en el hombro–. Si quieres, luego te enseño los últimos modelos que he hecho para la temporada de verano.

–*Of course, amore!* Tú vas a causar sensación, ya lo verás –le aseguró Raquel con una sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos y perfectos–. Tienes unas manos ideales para crear. A mis amigas las tienes locas, locas.

Saira dejó que Raquel siguiera hablando de sus cosas con Fabián. Cuando no hablaba de un masaje lo hacía de las vacaciones que habían pasado en Cerdeña o del anillo de diamantes que le había comprado su marido.

–Pongo la radio –dijo Isabel–. ¿Os apetece Kiss FM?

–Ay, no, que ya sabes que luego me duele la cabeza de oír tanto griterío. No sé cómo podéis escuchar esa música.

Isabel se colocó los auriculares en los oídos. Si no se los ponía pronto corría el riesgo de que fuera a ella a quien le doliera la cabeza de escuchar a su madre. Se arrepintió de no haberle dicho a Fabián que se pusiera delante para hablar con su madre. Al parecer, él se llevaba mejor con su progenitora que ella misma.

La urbanización donde vivía Isabel tenía un guardia de seguridad en la puerta y una barrera. Las casas estaban construidas en parcelas individuales y ni siquiera compartían la misma estética, como en la urbanización de Saira. La barrera se levantó antes de que Raquel llegara. El guardia, Vicente, un joven de unos veintitantos años, la saludó con un gesto de la cara. Raquel siguió con la mirada a Vicente, que no perdía detalle, hasta que se metió por una de las calles. Antes de llegar al garaje, Isabel sacó las llaves para abrir la

puerta. Aparcó al lado de un Mercedes.

–Tu padre ya ha llegado de viaje.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Isabel.

–Porque se ha olvidado la maleta en la puerta –explicó Raquel soltando un suspiro–. Se cree que estamos en el Ritz... –Nadie salvo ella se rió de su propia broma–. Menos mal que en esta urbanización no dejan entrar a cualquiera.

Raquel tocó el claxon para que su marido saliera a la puerta a saludarla, aunque en realidad lo que deseaba era saber qué regalo le había traído del viaje. No todos los días su marido tenía la oportunidad de ir a Moscú a hacer negocios.

El padre de Isabel salió con una copa de vino en una mano y un pequeño paquete envuelto en la otra. Se llevaban más de quince años, pero a Raquel parecía no importarle. Desde que acabó el instituto tuvo claro que quería convertirse en la señora de un pez gordo para no dar un palo al agua. Se puso a trabajar como dependienta en unos grandes almacenes hasta que conoció a Fernando. El padre de Isabel le ofrecía la posibilidad de cumplir su sueño: ella sería la esposa perfecta que no hacía preguntas y él le consentiría todos sus caprichos.

La hermana pequeña de Isabel, Carol, que tenía cinco años, se tiró a sus brazos, al tiempo que sus padres se saludaban con un beso cortés en la mejilla.

–Ya no tengo fiebre. La tata me ha dicho que mañana puedo ir al cole.

–Pues si la tata te ha dicho eso es porque ya estás mejor. –Raquel le dio un cachete cariñoso en el trasero.

Isabel, Saira y Fabián fueron a la planta de arriba para escuchar un poco de música antes de comer, y Carol se sumó al grupo.

–De lo que hablemos aquí, ni una palabra –le dijo Isabel a su hermana–. Que ya sé que luego le vas con el cuento a la tata y me echa la bronca.

Isabel se acomodó el peluche que tenía encima de su cama entre sus brazos, se tumbó en el suelo y encendió su ordenador portátil para ver si tenía algún mensaje en Tuenti, al tiempo que Fabián sacaba una libreta con algunos diseños en los que había estado trabajando. Antes de enseñárselos a Raquel, quería que los vieran sus amigas. Saira solía ser más sincera que Isabel, a quien le gustaba absolutamente todo lo que diseñaba su amigo. En cuanto Fabián cumpliera los dieciocho, se iría a Madrid a estudiar diseño. De momento, todo lo que ganaba lo metía en una cuenta bancaria de la que sus padres no sabían nada. Su abuela figuraba como titular y, a veces, engordaba un poco los números para que su nieto tuviera dinero para sus caprichos.

–No puedo creérmelo –gritó Isabel lanzando el peluche al aire–. ¿Sabéis de quién tengo un mensaje?

–Yo sí –respondió Carol.

–¿Qué vas a saber tú? –dijo Isabel ignorando a su hermana; pero, antes de que dijera nada, Carol respondió.

–Es de un chico que te gusta.

–Sí, es de Sebas. –Isabel abrazó a su hermana–. Me pregunta si podemos quedar algún día.

Saira y Fabián se acercaron a la pantalla para leer el mensaje de Sebas. Isabel era un poco exagerada a la hora de entender las cosas.

–¡No puedo creerlo! –exclamó Fabián–. Se ha dignado dejarte otro mensaje, y todo en menos de tres meses.

–¿Qué le digo? –Isabel se levantó para mirarse en el espejo–. Acaban de estrenar *Perdona si te llamo amor*, y estoy loca por ir a verla.

–Pero si dijiste que ibas a verla con nosotros... –la acusó Saira echándose a reír.

–¿Vas a casarte con ese chico? –le preguntó Carol.

–Pero ¿quién está hablando de casarse? Solo estoy pensando en ir al cine con él... bueno, si a vosotros no os importa.

Raquel los llamó desde el comedor para que se lavaran las manos, pues la comida estaría en unos minutos.

–¡Como le digas a la tata que voy a ir con un chico al cine no volveré a dejarte entrar en mi habitación! ¿Entendido? Todavía eres muy pequeña para comprender algunas cosas de mayores.

Carol asintió con la cabeza y salió corriendo al baño que había en la habitación de Isabel.

–Te aconsejo que no se lo pongas fácil. –Fabián agarró el ordenador y comenzó a teclear el estado que según él tendría que tener su amiga–. Voy a echarte una mano: «Esta semana estrenan “Perdona si te llamo amor”, ¿alguien se apunta? Yo pongo el buen rollo, tú solo trae las palomitas *.*». Si no se da por enterado, entonces es que es más tonto de lo que pensaba y entendería por qué ha repetido dos veces.

No pasó ni medio minuto e Isabel recibió la contestación que esperaba.

–Pero ¿cómo lo has hecho? Me ha dicho que él pone las palomitas... –Isabel se dejó caer en la cama.

–Mamá está llamándonos –interrumpió Carol.

Los tres amigos bajaron al comedor, donde Raquel y Fernando ya los esperaban sentados a la mesa. Aunque era una comida informal, a Raquel le gustaba que todos los cubiertos estuvieran en su sitio y que hubiera un jarrón con flores en el centro. La tata comenzó a servir: de primero una ensalada y de segundo puso unas pechugas a la plancha en los platos de Raquel, Isabel y Saira. A Carol, a Fernando y a Fabián se las sirvió con salsa de nata y cebolla. Saira se quedó mirando el plato de Fabián sin entender por qué a ella no le habían puesto salsa. No estaba a dieta y no pensaba hacerla.

–¿Ha sobrado un poco de salsa para mí? –inquirió Saira–. Es que huele muy bien.

La tata, una mujer de más de sesenta años que estaba de muy buen ver, la miró y esbozó una sonrisa en los labios.

–He pensado que tú también estabas a dieta. –La tata le acercó una salsera para que se sirviera ella misma, y después se sentó a la mesa junto a Carol para darle la comida–. Como estás tan delgada...

–Es mi constitución.

–Yo también era así cuando tenía tu edad y ahora engordo con tan solo comer un poco de pan. –Raquel se llevó una servilleta de tela a los labios para hablar–. Si no tienes cuidado, luego se te acumula todo en las cartucheras.

–No me importa –contestó Saira llevándose un trozo de pan untado a la boca–. En mi país, comer todos los días es un lujo.

Raquel torció el gesto procurando que nadie la viera y bajó el mentón. Para cambiar de tema, le comentó a su marido:

–Las chicas y yo estamos organizando una subasta para ayudar a la gente de Haití. –Cogió una copa de vino y se la llevó a los labios–. Ya sé que hace algunos meses de la tragedia, pero es que me da mucha pena que no tengan nada. Si donamos algo, luego podremos desgravarlo, ¿verdad? Es que nunca me acuerdo de esas tonterías.

Isabel miraba a sus padres sin creerse lo que estaba escuchando y giró la cabeza para disculparse con su amiga, cosa que Saira agradeció cogiéndole la mano. Los tres amigos siguieron comiendo, tratando de acabar lo antes posible para subir de nuevo a la habitación de Isabel.

Una vez que la tata hubo recogido la mesa, pudieron levantarse. Carol quiso acompañarlos, pero Raquel tenía otros planes para ella y le dijo a la tata que la llevara a

dormir la siesta.

Isabel encendió de nuevo el ordenador. Sebas había dejado otro mensaje en el tablón de Tuenti: «Si quieres también llevo las chokolatinas, ¿qué te parece? ^__^».

–Vaya, por lo visto le interesas –dijo Saira.

Isabel comenzó a hiperventilar.

–Ese día no puedes permitirte estar a dieta –comentó Saira comiendo una chokolatina que llevaba en la mochila.

–Tengo que perder por lo menos un kilo antes de quedar con él.

–Pues a Sebas no le importa mucho si pierdes o no un kilo –replicó Fabián pegándole un mordisco a la chokolatina de Saira–, así que pasa de comerte la bola.

Tras planear la cita perfecta con Isabel, Laura llegó sobre las cuatro y media para recoger a Saira y se sorprendió al saber que Isabel y Fabián las acompañarían.

–¿Qué tal la mañana y el examen? –Laura saludó a Saira dándole un beso en la mejilla.

–Bien, creo que me merezco un nueve alto –respondió ella, orgullosa del examen que había hecho. No dijo que se merecía un diez porque Isabel estaba delante.

Tanto Isabel como Fabián empezaron a hablar con Laura. Saira permanecía en silencio, pues se ponía nerviosa cada vez que tenía que hablar en público. Al entrar en Valencia, Laura se encaminó hacia el instituto donde tendría lugar la charla. Antes de llegar a un hospital, torcieron a la derecha y encontraron aparcamiento casi en la misma entrada del instituto. Saira abrió el maletero para coger una maleta donde llevaba todo lo necesario. Sacó a su muñeca de la maleta y la miró con ternura. *Laila* volvía a vivir una nueva aventura con ella.

Laura se presentó a la conserje que había en la entrada y preguntó por el jefe de estudios. Acompañaron a Saira y a Laura hasta un despacho, mientras Fabián e Isabel esperaban en la cafetería que había al lado del salón de actos. Enseguida vino el jefe de estudios, que se presentó como Juan Carlos.

–Los alumnos de primero y de segundo de bachillerato están expectantes. –Juan Carlos miraba a Saira con curiosidad. Era más rubia de lo que había imaginado y sus ojos eran tan azules como el cielo–. Vendrán también algunos alumnos de cuarto de ESO.

Saira asintió con la cabeza.

–¿Dónde puedo cambiarme? –Al ver la reacción del jefe de estudios, se explicó–:

Me gusta estar unos minutos a solas antes de comenzar la charla. Espero que no le moleste.

–No, no, en absoluto. Puedes quedarte en este despacho si quieres. –La dejaron a solas.

Saira se colocó a *Laila* en el regazo y la acunó para infundirse ánimos, como siempre hacía. La muñeca no había perdido el olor que tanto le gustaba.

–Solo nos quedan dos. Tú no te preocupes, estás haciéndolo bien. Ya sé que te acuerdas de Mariam y de mamá y del abuelo, pero no estamos mal aquí, ¿verdad? –dijo antes de colocarse un burka.

Antes de marcharse de Kabul, Saira le pidió a Laura que recuperara el burka de su hermana, y esa era la prenda que llevaba cuando daba sus charlas en institutos. Le venía corto, aunque Saira casi lo prefería. Mariam siempre la acompañaría... el destino había querido que no llevara burka, pero ella lo mostraría a todos aquellos que quisieran escuchar su lucha.

Respiró hondo antes de salir. Ya estaba preparada.

Abrió la puerta y salió al pasillo. A través de las rendijas, la visión era bastante limitada. Pero lo peor de todo era que le costaba respirar. Laura la guió hasta la entrada del salón de actos y, una vez allí, dejó que fuera Saira quien se desenvolviera a solas. Los alumnos del instituto de Juan de Garay estaban sentados y armaban bulla. Algunos gritaban: «Que empiece ya, que el público se va», mientras que otros pateaban el suelo. Fabián e Isabel se sentaron al fondo de la sala. En cuanto Saira comenzó a caminar por el pasillo del salón de actos, el silencio se fue extendiendo hasta que todos enmudecieron. A Isabel se le encogió el estómago y Fabián contuvo el aliento.

Saira buscó con la mirada los escalones para subir al escenario. Un chaval de segundo de bachillerato la ayudó.

–*Mamnunam*^[22] –contestó Saira.

El chico se encogió de hombros.

–Supongo que de nada.

Saira se quedó unos segundos mirando los ojos del chico. Hasta ese momento, nunca le había llamado la atención ese detalle. El chico tenía una mirada limpia y sus iris eran de color verde esmeralda.

–*Cheshâ ye qashangi dâri*^[23] –se atrevió a decir Saira antes de dar media vuelta. En casos como esos se alegraba de que un velo la tapara.

Los chicos que había en la primera fila miraban a los de atrás porque Saira

permanecía callada. No sabían si esperaba a alguien o si, por el contrario, comenzaría a hablar sin más. Saira volvió a coger aire antes de comenzar:

–*Salâm, esm-e man Saira Achakzai ast*^[24] –dijo todo lo alto que pudo, intentando que no se le quebrara la voz.

–¿Qué ha dicho? –preguntó una chica.

–No lo sé, pero espero que alguien lo traduzca –respondió el chico que había a su lado.

–Hola. Mi nombre es Saira Achakzai, tengo dieciséis años y soy afgana.

22. «Gracias.»

23. «Tienes unos ojos muy bonitos.»

24. «Hola, mi nombre es Saira Achakzai.»

CAPÍTULO NUEVE

Antes de que Saira empezara con el relato de su vida, alguien comentó:

–¡Aj...! Es una mora que viene a darnos clase...

Isabel se levantó movida por una rabia interior, y Fabián la agarró de la mano para que se sentara de nuevo, pero ella se liberó con un gesto brusco.

–¿Por qué no la dejáis hablar? Saira no es mora y tampoco es árabe, y el idioma que habla es el farsi. Afganistán es un país musulmán, pero eso no quiere decir que sea árabe. A ver si eres un poco más educado.

Tras aclarar esta cuestión, Isabel se sentó y suspiró profundamente.

–Solo te ha faltado decir que era un ignorante –exclamó Fabián en el oído de Isabel–. Te ha salido la vena de los Bellido.

–No creas, me he quedado con las ganas de decírselo –respondió ella mordiéndose el labio inferior.

El jefe de estudios puso orden de nuevo tras el comentario de Isabel. Saira permanecía en el escenario, callada. No era la primera vez que alguien la llamaba mora, y no le importaba; pero, cuando eso ocurría, tenía que parar la charla y explicar las diferencias entre un árabe y un musulmán.

Una vez que el silencio reinó de nuevo, Saira se levantó el burka poco a poco. La reacción no se hizo esperar.

–Joder, si es una actriz –dijo una chica levantándose y señalándola con un dedo–. Pues podrían haber elegido a una que no fuera tan mona, y encima rubia.

Antes de que Isabel comenzara a despotricar, Fabián volvió a agarrarla de una mano.

–Deja que se explique. Hasta ahora parece que no le ha ido mal sin nosotros.

–Es que me jode que digan que es una actriz. –Isabel se cruzó de brazos.

–Ya, pero tú conoces su historia y ellos no.

Saira volvió a esperar a que se hiciera el silencio. Parecía tranquila, aunque, por cómo apretujaba la tela del burka, Laura sabía que estaba nerviosa.

–Me llamo Saira Achakzai, tengo dieciséis años y nací en Kabul –dijo, repitiendo y tragando saliva–. Es cierto, hay muy pocas mujeres rubias en mi país y las que hay... no suelen conocer a sus padres...

Bajó el mentón antes de continuar. Se esforzó por no llorar; ese era uno de los episodios que más le costaba explicar. Tras estas palabras, los alumnos enmudecieron de nuevo. Saira alzó la mirada y la paseó por la sala. Ahora ya nadie dudaba de que no estuviera diciendo la verdad. De la confusión inicial se pasó al asombro.

–Pues por lo visto no es una actriz –repuso un chaval que estaba muy cerca de Isabel y de Fabián–. ¡Qué fuerte!

–Pues claro que no, ¿qué te creías? –le dijo Isabel.

Saira dejó que los alumnos se hicieran sus propias preguntas. Cuando establecía contacto visual con alguien, este apartaba inmediatamente la mirada. Y así comenzó Saira el relato de su vida. Habló de su infancia con su abuelo y su hermana Mariam, y cómo eran las noches en las que no tenían nada que comer y su madre hacía una sopa de piedras que era digna del mismo sah de Persia. Les relató también cómo su hermana contaba las estrellas antes de dormir y cómo olían las rosas que cultivaba el abuelo. Algunos chavales sonrieron ante la inocencia de aquellas dos niñas que permanecieron despiertas hasta que el sueño las venció en una de las tantas veladas en que no tenían nada que llevarse a la boca. También habló de los libros que leía cuando vivía su abuelo y de cómo él tuvo que esconderlos debajo de la cama o en el fondo de un armario para que los talibanes no los quemaran.

Isabel y Fabián sabían ciertas cosas de la vida de Saira, pero su amiga nunca les había hablado de cuál era su origen. Isabel admiró que Saira tuviera el coraje de decirlo delante de más de ciento cincuenta personas. Sabía por propia experiencia lo difícil que era ponerse delante de un público sin que te temblaran las rodillas. Y para Fabián la imagen que tenía de su amiga se engrandeció; era más fuerte de lo que había imaginado.

Saira pidió un botellín de agua antes de seguir hablando. La segunda parte de la charla era la que más le costaba. Ramin seguía persiguiéndola en sueños después de tantos años, y Mariam... Mariam todavía no se había marchado de su vida. Se aferraba a su muñeca como si fuera Mariam. El burka todavía olía como su hermana, aún tenía el bolsillo interno donde escondía pétalos de rosa en una bolsita que le había regalado su abuelo.

–Qué bien habla Saira –le comentó Isabel a Fabián–. Va a ser una buena periodista.

–Sí, parece mayor de lo que es.

–Yo no sé si podría hacer esto. –Isabel sacó un caramelo sin azúcar y se lo metió en la boca.

–Tampoco has vivido lo que le ha tocado vivir a ella. Nuestras vidas no tienen nada que ver con su dolor.

Laura le acercó un vaso de plástico y una botella pequeña de agua. Saira le agradeció el gesto con una sonrisa. Siempre estaba a su lado, nunca le había fallado.

–El día que murió mi abuelo llegó realmente la desgracia a mi casa. Ramin nos quitó la poca dignidad que teníamos como mujeres afganas –prosiguió.

Algunas chicas se mordían los labios mientras les hablaba de cómo las trataba Ramin y de cómo, de repente, una noche Mariam dejó de dormir en su cama. No quiso contar los detalles más escabrosos de los abusos que sufría su hermana; pero, aun así, las primeras lágrimas comenzaron a aflorar en algunas de las alumnas. Saira sentía que aquellas lágrimas no eran las mismas que cuando ella lloraba por las noches esperando un abrazo de su madre, o cuando oía a Mariam en la otra habitación ahogando su pena en una almohada. Sabía que había muchas clases de lágrimas, de pena, de rabia, de tristeza, de desahogo y de alegría. Estudió durante un momento los gestos de los alumnos y lo que vio la reconfortó. Eran muchos quienes, de haber podido, habrían subido a abrazarla para compartir su dolor. Pero sabía que ese instante era pasajero, que ese sentimiento duraría una hora, dos como máximo, hasta que regresaran a sus casas y se supieran a salvo de una realidad que no era la suya. Entonces desconectarían con una canción de Pereza, de Efecto Mariposa o de El Canto del Loco, o metiéndose en Internet para chatear con algún amigo. ¿Cuántos de aquellos chavales habían conocido el dolor de la soledad, de la espera de un futuro mejor? Tal vez hubiera uno, y las lágrimas que derramara tendrían el mismo sentido que tenían para ella.

–Una noche, Ramin nos sacó a mi madre y a mí de casa y nos hizo dormir en el gallinero. –Saira giró la cabeza hacia el chico que la había ayudado a subir los escalones del escenario. Al igual que muchos de los alumnos que había en la sala, no lloraba, pero se lo notaba incómodo.

Recordó entonces cómo había cambiado su vida a partir de aquella noche. La enfermedad de Mariam la llevó hasta la base militar que había en Kabul.

–¿Que no dejaban entrar a las mujeres en un hospital? Pero ¡si estaba a punto de morir! –interrumpió una chica con los ojos como platos y la boca abierta, sin creerse que una mujer estuviera tan discriminada–. ¿Y las mujeres tienen a los niños en casa sin epidural? ¡Qué dolor, por Dios!

–Muchos afganos, cuando una mujer está embarazada, consideran que está enferma. –Saira hizo un inciso antes de continuar–. La vida de una parturienta no es importante y se la trata peor que a un burro de carga. Son muchas las mujeres que mueren por complicaciones en el parto y otras sufren hemorragias que las dejan estériles. Y una mujer estéril no es nada.

–Perdona que te interrumpa –dijo una chica–, pero has comentado que Ramin ocupó el lugar de tu abuelo y se quedó a vivir en tu casa. ¿Por qué tu madre no lo denunció?

–¿Quién iba a creer a una mujer? Mi abuelo le debía dinero y Ramin solo quería cobrar su deuda. Mi madre era el pago que él quería; pero, al no poder quedarse embarazada, mi hermana debía satisfacer la deuda de mi abuelo.

–Ya, pero las tropas internacionales están ahí por algo, digo yo –siguió razonando la chica–. ¿Por qué no fuisteis a pedirles ayuda?

–Porque los talibanes no se han ido del todo y Ramin tenía contacto con ellos. Mi madre temía más por nosotras que por ella misma. Hay ciertas cosas en las que las tropas no pueden inmiscuirse. Nuestras leyes son nuestras leyes.

–Menos mal que nosotros no vivimos en un país como ese –replicó un chico con una gorra que le tapaba hasta las cejas.

Saira se encogió de hombros y volvió a cruzar la mirada con el chico que la había ayudado. Su gesto le transmitió seguridad. Se acordó, y no supo por qué, del niño hazara que recibió una paliza de Jabbar y de sus cinco amigos. Tenían el mismo color de ojos, un verde esperanza, y sus pestañas eran largas y rubias.

–¿Qué podemos hacer nosotros desde aquí? –se atrevió a preguntar el chico de los ojos verdes.

–No sé qué podremos hacer nosotros, ni siquiera sé qué puedo hacer yo, pero está claro que algo se está haciendo mal cuando la situación de mi país no ha cambiado.

–¿Cuánto dinero le debía tu abuelo? –volvió a preguntar el chico de los ojos verdes.

–Nunca lo supimos, pero quizás eran unos cuarenta o cincuenta euros al cambio. – Le tembló el labio inferior–. La vida de mi hermana y la de mi abuelo no valían tan poco.

–Una pregunta más –dijo Isabel cuando la charla ya tocaba a su fin–. ¿Vas a volver a Kabul cuando acabes los estudios?

Saira vio el miedo en la mirada de su amiga. ¿Qué temía Isabel, que llevara burka y fuera silenciada de nuevo? ¿Que todo lo que había aprendido no le sirviera de nada? Ella también lo temía. Cada vez que pensaba en su madre temblaba como un flan. Era el único motivo que le quedaba para regresar a su país, ese, y que Laura ya no pudiera hacerse cargo de ella. Todavía esperaba que Bahar le escribiera una carta, aunque fueran unas líneas; ella se daría por satisfecha. Lo único que sabía de ella era gracias a las noticias que de vez en cuando le traía Manuel Rojas. Y estudiaría lo que hiciera falta para poder darle a su madre una vida mejor cuando saliera de la cárcel.

–No lo sé –afirmó mirando a Laura.

Cuando Saira terminó de responder a las preguntas, hubo alumnos que quisieron probarse el burka para comprobar una de las tantas dificultades que tenían las mujeres afganas.

–¡Qué difícil es caminar con esto! –dijo una chica–. No se ve casi nada. ¿Y no os caéis?

–Sí, muchas mujeres se caen y se levantan porque no les queda otra, pero algunas no soportan la presión de estar completamente silenciadas de por vida y terminan suicidándose.

–Uf, qué mal rollo. –La chica le entregó el burka como si le quemara en las manos.

Isabel y Fabián se acercaron a su amiga. Isabel parecía estar más afectada que Fabián. Llevaba un pañuelo de papel en la mano, con el que se secaba las lágrimas.

–Nunca me habías contado nada de eso... –La voz de Isabel sonó débil.

–Nunca me lo has preguntado.

–Ya, pero somos amigas y las amigas estamos para estas cosas...

Unas lágrimas brotaron de sus ojos y, antes de que corrieran por sus mejillas, se las limpió con un pañuelo. Fabián la abrazó. Esa era una de las cosas que Saira más apreciaba de estar en España, la libertad de los chicos y las chicas, que la gente pudiera expresar sus emociones, besarse o abrazarse, sin que hubiera ningún componente sexual en ello.

–No sé si estaba preparada para contártelo, para contároslo. –Saira bajó la mirada al suelo y suspiró procurando no llorar.

El chico de los ojos verdes se acercó hasta ella por detrás con las manos en los bolsillos.

–Ha sido una charla sobrecogedora. Eres muy valiente por contarnos tu vida –comentó con una sonrisa.

–Si al menos sirviera para algo, me daría por satisfecha.

–A mí me sirve, si es eso lo que quieres oír.

Saira lo observó. Debía de ser de los mayores del instituto. Sus rasgos habían dejado atrás las redondeces típicas de la niñez. Tenía la mandíbula afilada, era desgarbado, lucía un hoyuelo en la barbilla y sus ojos verdes brillaban. Era rubio, aunque no tanto como Saira, y llevaba melena corta. Era un poco más alto que Isabel y vestía una camiseta de The Beatles con una camisa oscura encima, cosa que a Saira le chocó.

–Me gustaría pedirte un favor. –El joven calló unos segundos para ver la reacción de Saira–. Desearía, si a ti no te parece mal, mantener contacto contigo... es que estoy haciendo un trabajo para clase. Me llamo...

La expresión de Saira cambió. Metió una mano en el bolsillo de su chaqueta vaquera porque le sudaba, apretó los puños y se puso a la defensiva.

–No tengo Tuenti y tampoco uso el Messenger –lo interrumpió antes de que le pidiera su número de teléfono–. Lo siento, pero no mantengo contacto con chicos que no conozco.

–¡Ah! No pasa nada. Perdona si te he molestado. Era para un trabajo de clase –repuso encogiéndose de hombros–. Tampoco era tan importante. Ya me buscaré la vida. Gracias.

El chico giró sobre sus talones, se colgó la mochila que llevaba en una mano sobre su hombro izquierdo y a continuación salió del salón de actos mientras Saira lo seguía con la mirada. Cojeaba levemente de la pierna derecha. Antes de traspasar la puerta, se colocó unos cascos en las orejas.

–¡Menuda manera más tonta de entrarte! –exclamó Fabián–. Aunque yo le hubiera dado hasta el número de pie que utilizo.

Saira puso los ojos en blanco. Fabián era el único chico que permitía que estuviera en su vida, pues no temía que le entrara el día menos pensado y le pidiera salir: su amigo supo que le gustaban los chicos desde que a los diez años se enamoró del mismo niño del que se había enamorado Isabel. Desde entonces, su amaneramiento y sus gestos lo delataban, aunque él parecía llevarlo con orgullo.

–Es que ya no saben lo que inventar... un trabajo... –Isabel sonrió.

–Una vez, un tío me dijo que esa noche había soñado con Naomi Watts. –Saira dobló el burka con cuidado para meterlo en una maleta pequeña. Isabel observaba el mimo con el que trataba la prenda. Le costaba guardarla y despedirse de su hermana hasta la siguiente charla–. Pero al verme supo que era conmigo con quien había soñado, que yo era el ángel que lo visitaba todas las noches.

–Más patético, imposible –dijo Fabián–. Aunque, ahora que lo dices, sí tienes un aire a Naomi.

–¿Se ha marchado ya Pablo? –les preguntó de repente el jefe de estudios.

–¿Pablo, qué Pablo? –dijo Saira.

–El chico con el que estabas hablando hace un momento. Me he despistado con unos alumnos. Bueno, espero que hayas resuelto sus dudas. Está haciendo un trabajo que quiere presentar para una beca.

Saira quiso que se la tragara la tierra. Sus mejillas se tiñeron de rojo y bajó la mirada al suelo. Resulta que era cierto que ese chico necesitaba su ayuda y no quería ligar con ella. Para intentar arreglarlo, escribió la dirección de su email en un papel y se lo dio al hombre.

–Le he dicho que no mantenía contacto con chicos que no conocía, pero puedes

darle mi dirección de correo.

–Pablo es uno de los mejores alumnos que hemos tenido en el instituto –les explicó el jefe de estudios–. Si Dios quiere, entrará en Medicina este año. Quiere ser cirujano, como su tío. No sé si habéis oído hablar de un médico que pasa medio año operando aquí y medio año operando gratis en África.

Saira no supo qué contestar. No era la primera vez que, tras una charla, un chico se acercaba para felicitarla y le pedía su Tuenti, su número de teléfono o su Messenger. Al final, la mayoría solo pretendía ligar con ella enviándole mensajes como: «Hola, princesa, me gustaría hablar contigo y conocerte un poco más. Tu charla ha estado genial. Dime tu número y te saludo... Como ves, valgo la pena... *bsts!*».

Después de que Saira recogiera todas sus cosas y guardara su muñeca, el jefe de estudios los acompañó hasta la puerta y le dio varias veces las gracias por haber ido a su centro.

–¿Qué vas a hacer ahora? –quiso saber Isabel.

–Ya sabes que los jueves voy a la Cruz Roja. Si os apetece, podéis acompañarme.

Isabel negó con la cabeza. La charla de Saira la había dejado muy tocada y necesitaba despejarse un poco. Quería dar una vuelta, hablar sobre alguna tontería y tomarse un *caffè mocca* en el Starbucks de San Vicente.

–Lo dejamos para otro día, ¿vale? –El comentario de Isabel era más una súplica para Fabián que para Saira–. Necesito un poco de aire. Me voy a dar una vuelta. ¿Vienes conmigo o te quedas con ella?

–Anda, vete con Isabel. –Saira le dio un pequeño empujón a su amigo–. Sobre las ocho y cuarto pasamos a recogeros donde nos digáis.

–Luego te mando un mensaje –le dijo Isabel despidiéndose de su amiga con un beso en la mejilla.

Saira presentía que Isabel haría lo que muchos chicos hacían: desconectar de lo que habían escuchado esa tarde. Para Isabel era demasiado fuerte tener que aguantar tanto dolor en tan poco tiempo. La vio alejarse agarrada del brazo de Fabián, con la cabeza apoyada en el hombro de su amigo. De lejos parecían una pareja de enamorados. Era una lástima que a Fabián no le gustaran las chicas, pensó Saira chasqueando los labios, porque podrían haber funcionado muy bien como pareja.

–No puedes culparla porque no te acompañe –dijo Laura sacándola de su ensimismamiento.

–Ya lo sé. Yo no le he pedido que viniera. –Saira entró en el coche y se puso el

cinturón—. Esta es mi vida y no puedo cambiarla.

Laura arrancó el coche. De camino a la Cruz Roja, ambas permanecieron calladas. Saira miraba a la gente que caminaba por la calle. Era algo que le gustaba hacer desde pequeña. Vio a una mujer con un pañuelo en la cabeza que arrastraba un carrito metálico de la compra de algún centro comercial con dos niños en su interior. El coche se detuvo en un semáforo en rojo. La mujer se paró frente a un contenedor y se puso a escarbar con un palo metálico. Sacó lo que parecía una estufa y la metió en el carro. Los dos chavales se pusieron a jugar y a tirar de la estufa hasta que la madre les dio un pescozón a cada uno.

Saira no miró hacia atrás cuando el coche arrancó. En cuanto llegaron a la puerta de la Cruz Roja, Laura se despidió de Saira con un gesto de la mano.

—A las ocho pasaré a recogerte.

Saira asintió con la cabeza y cerró la puerta del coche con suavidad. En la entrada de la asociación se encontró con otra voluntaria. Rosa y ella cruzaron un pasillo hasta llegar a una pequeña sala donde dos chicos estaban preparando sándwiches para la cena. Saira se lavó las manos antes de ponerse a envolver los bocadillos con una servilleta, que después dejaba encima de una bandeja. Para ese día tenían queso untado y fiambre de pavo, una manzana, dos magdalenas, una bebida de cola y un café con leche. Antes de abrir las puertas, alguien salió de la habitación de al lado llevando una bandeja con envases individuales de yogur líquido.

Saira levantó la cabeza y se encontró con los ojos verdes de Pablo, el chico del instituto. Era la persona que menos esperaba hallar en ese lugar; de hecho, nunca lo había visto allí.

—Pablo —dijo Rosa, la mujer que había entrado con Saira—, ¿qué tal te encuentras de la operación?

Saira bajó la mirada y escuchó como quien no quería la cosa.

—Ya camino bien y no necesito las muletas —repuso Pablo—. Vamos, en un par de meses vuelvo a correr como antes.

Pablo dejó la bandeja en una mesa y se volvió hacia Rosa, aunque buscaba la mirada de Saira. Quiso preguntarle algo, pero al final no se atrevió y giró sobre sus talones.

—Estaré dentro por si me necesitáis.

Saira esperó a que Pablo se marchara para preguntarle a Rosa qué le había pasado.

—¡Ah, claro, tú no conoces a Pablo! Solo llevas aquí dos meses.

Saira esbozó una mueca con los labios.

–Iba en la bicicleta y un conductor se saltó un semáforo en rojo –contestó Rosa con una sonrisa curiosa en los labios–. Menos mal que se tiró al suelo y solo se rompió el ligamento cruzado anterior.

–Sí, es una suerte que solo se rompiera el ligamento.

Sobre las siete de la tarde, Rosa abrió la puerta de la calle. Había una fila de gente que ese día seguramente solo comería los dos sándwiches que les ofrecían. Casi todos los que esperaban su turno eran extranjeros e indigentes, aunque desde hacía un par de meses se veía a españoles en la cola.

La sala tenía unas cuantas mesas y sillas, que fueron ocupadas poco a poco. También disponían de una ducha, toallas limpias, y daban cuchillas de afeitar desechables a todo aquel que lo pidiera. Un hombre mayor, que apenas se sostenía en pie, pidió un poco de pan y dos quesitos para comérselos en la calle. Casi a última hora entró una pareja joven. La chica caminaba tres pasos por detrás del chico, parecía tener frío y tenía un ojo morado, que trataba de ocultar tras unas gafas de sol.

El chico pidió en primer lugar, pero Saira hizo como que no lo había oído y se dirigió a ella.

–Un café caliente te sentará bien. –Y le colocó un vaso de plástico entre las manos.

–Oye, tía, ¿no me has oído? –El chico agarró a Saira del brazo y la hizo girarse para que lo mirara a la cara. El café se derramó por el suelo y manchó el jersey de la chica–. Te he pedido que me des uno de esos sándwiches de ahí.

Saira dio un tirón y se soltó con brusquedad.

–Deja que sea yo quien decida a quién atiendo primero.

El chico volvió a agarrarla del brazo.

–A mi novia solo la atiendo yo, zorra. –Arrastraba las palabras y le costaba mantenerse en pie.

–No se te ocurra volver a ponerme una mano encima –replicó Saira desasiéndose de la mano que le apretaba el brazo. La chica hizo un quiebro y tuvo que sujetarse a una silla para no caer al suelo–. ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que llamemos a un médico?

–¿A ti quién te ha dado vela en este entierro? –El chico apretaba los dientes y el puño de la mano derecha, y se interpuso entre Saira y la chica. Su novia trató de calmarlo, pero él la empujó y la tiró al suelo–. Que me dejes en paz. Siempre en medio, como el jueves.

Rosa corrió a atender a la joven, que parecía no tener más de quince años, mientras

que los dos compañeros de Saira fueron a poner orden en la sala.

–¿Tú de qué vas? –Saira le dio un empujón, que desconcertó al chico–. ¿Quieres que llamemos a la policía?

–Pero, tía, ¿tú quién te crees que eres? –comenzó a gritar el chico–. Que a mí ninguna tía me levanta la voz, ¿me oyes? Que ya sé de lo que vais todas vosotras con vuestros modelitos, haciendo como que os importa algo la gente como yo.

–Venga, Saira, deja que nos ocupemos nosotros. –Rosa y los dos voluntarios apartaron a la chica y a Saira antes de que el chico las alcanzara con alguno de los manotazos que lanzaba al aire.

–A mí no me grites y no me eches la culpa de lo que te pasa porque tú no sabes nada de mi vida.

Pablo salió al oír voces en la sala y se interpuso entre Rosa y el chico.

–¡Ehhhh! ¿Qué pasa aquí?

–¡Cálmate, coño! Que yo no he hecho nada y la capulla esa me ha gritado.

–Pero si le ha pegado a su novia –aseguró Saira.

–¿Tienes algún problema? –La voz de Pablo sonó lo bastante alta y segura para que el otro se callara durante unos instantes.

–¿Y tú quién eres, su novio? ¿Qué tal te la casca?

Pablo no se inmutó ante el comentario, aunque no le habría importado propinarle un puñetazo.

–No sigas por ahí porque no vas por buen camino –le espetó Pablo sin perder la calma–. Coge los sándwiches y márchate. La próxima vez que vengas serás bienvenido si te comportas con corrección. Si no es así, te irás por donde has venido.

–¿Qué pasa, que no te atreves conmigo? Me he quedado con tu cara, chaval. –Levantó un puño para golpearle el mentón, pero Pablo lo esquivó–. Cuando te vea por la calle te voy a partir la jeta.

–Por favor, Rafael, vámonos –suplicó su novia cogiéndolo del brazo.

–No tientes tu suerte hoy –replicó Pablo.

Rafael se vio rodeado por Pablo y dos voluntarios más. Pablo le sacaba una cabeza y su gesto era lo suficientemente serio como para que el joven se sintiera intimidado. Cogió

una bolsa que le entregó Rosa, le hizo un gesto a su novia con la cabeza y se fue voceando y dando patadas a la mesa que había al lado de la puerta de entrada. Antes de salir a la calle, se dio la vuelta y les mostró el dedo corazón.

–¡Que os den, cabrones!

Pablo se volvió hacia Saira.

–¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho algo?

–Sí, bueno, no, no me ha hecho nada, tranquilo. –Se encogió de hombros–. Es un cobarde que solo sabe pegar a las mujeres.

Se miraron a los ojos y Saira notó que sus mejillas se encendían. Giró la cabeza como buscando algo en la sala. Pablo vio la hora en el reloj que había en la pared y fue a recoger su mochila para marcharse a casa.

–Espera. –Saira lo detuvo colocando una mano sobre su brazo–. Gracias.

–No tienes por qué darlas. Habría hecho lo mismo por Rosa o por cualquiera que lo hubiera necesitado.

–Ya, pero quizás yo lo he provocado pasando de él.

–No, ese tío venía con ganas de bronca y no la ha encontrado –repuso Pablo–. La hubiera liado con cualquier excusa.

Cruzaron de nuevo sus miradas sin saber qué decir. Un minuto después ninguno se atrevía a romper el hielo.

–¿Todavía te interesa que te eche una mano para ese trabajo de clase...? –Saira comenzó a recoger las sillas que el chico había tirado al suelo–. No es la primera vez que alguien me pide mi correo o mi Messenger para ligar conmigo.

–No te sientas presionada por lo que ha ocurrido aquí. No me debes nada.

–Lo sé, pero me apetece ayudarte. ¿Tienes un bolígrafo y un papel?

–No hace falta, creo que podré recordarlo.

Una pequeña sonrisa surgió en los labios de Pablo. Saira evitó mirarlo a los ojos y sonrió a su vez.

–Está bien, espero que tu memoria sea buena... –Saira dudó unos segundos.

–¿*aroba gmail punto com*? Creo que sí la recordaré, no es difícil.

Saira soltó una carcajada.

–No, no es esa.

–¡Ah, vale! Ya decía yo. Sonaba un poco raro eso de: *estabienesperoquetumemoriaseabuenaarrobagemailpuntocom*.

Saira volvió a reír.

–Mi dirección de correo es: sairaymariam04@gmail.com

–Esta creo que también podré recordarla.

–Bueno, tengo que marcharme. Son las ocho y Laura está esperándome. Mañana tengo un examen de latín.

–No te preocupes, yo también me iba. Debo terminar un trabajo para mañana.

Antes de abandonar la sala, Saira le hizo una última pregunta:

–¿Quieres que te llevemos a casa? A Laura no le importará.

–No estaría mal. Desde que no tengo bici me muevo en metro y en bus.

–Vale, entonces te acercamos a tu casa.

Saira escuchó un mensaje en su móvil, que estaba en el bolsillo de su chaqueta vaquera. Isabel y Fabián las esperaban en Fnac con noticias muy frescas sobre Sebas. Saira le contestó: «♥ ya me contarás».

En la calle, Laura estaba aparcada en una esquina.

–Hola, Laura –saludó Saira al abrir la puerta del coche–, te presento a Pablo, un chico que hemos conocido esta tarde en el instituto y que también colabora aquí. ¿Podemos llevarlo a su casa?

–Claro, no hay ningún problema.

Pablo le dio la dirección a Laura y fue indicándole el camino.

–Cuando lo dejemos en su casa tenemos que recoger a Isabel y a Fabián en Fnac.

Laura asintió. Saira esperó a que Pablo dijera algo para romper el hielo, pero ninguno de los dos se atrevía a abrir la boca. Fue Laura quien preguntó:

–Veo que te gustan The Beatles.

–Sí, me encantan –contestó Pablo.

–¿Cuál es tu álbum preferido? –inquirió Laura.

–Me gusta mucho *Abbey Road* y los dos discos del Álbum Blanco. Mi padre los escuchaba y cuando murió me quedé con toda su colección de discos.

–Vaya, siento lo de tu padre –repuso Saira.

–Ya, no pasa nada. Murió cuando yo tenía diez años en un accidente de tráfico. – Giró la cabeza hacia la ventana–. Veo que a ti también te gustan. Llevas una camiseta de *Imagine*.

–Sí, esa canción es especial para mí. –Recordó cuando Bahar la cantó en el búnker y cómo sintió que era la niña más feliz del mundo–. Es el último recuerdo que tengo de mi madre.

–¿A tu madre también le gustaban? –se sorprendió Pablo–. Creía que ese tipo de música no llegaba a tu país.

–Es lo que piensa mucha gente, pero mi madre estuvo interna en un colegio inglés durante muchos años. Hablaba con corrección dos idiomas, el inglés y el farsi, y tenía nociones de francés.

Saira se encogió en el asiento y se asió con fuerza al cinturón de seguridad. Se repitió mentalmente que ya no volvería a Kabul para vivir una vida que no deseaba. Ella estaba en aquel mundo que medio había imaginado John Lennon y que le había cantado su madre, como si intuyera que se merecía una vida mejor que la que tenía en Kabul. Laura estaba bien e iba a recuperarse por completo, se decía todos los días; no volvería a vivir la agonía de los últimos dos meses.

–Por eso te he pedido ayuda, porque hay muchas cosas que todavía no sé –contestó Pablo–. Si quieres, puedes dejarme en esa esquina –le indicó a Laura–. Vivo al lado de ese taller.

Laura puso las luces de emergencia cuando llegó a la esquina y detuvo el coche. Pablo se hizo un poco el remolón antes de bajar del vehículo, buscando las llaves en el fondo de la mochila. Esperaba que Saira le dijera algo antes de despedirse.

–¡Qué despistado soy! Se me había olvidado que las llevaba en el bolsillo. –Abrió la puerta–. Bueno, esta noche te envío un correo, esperaré tu respuesta.

–Vale... supongo que seguiremos viéndonos.

–Seguro. –Fue a cerrar la puerta, aunque en el último momento se lo pensó–. Cuando termine el trabajo, ¿me dejarás que te invite a un café, al menos?

–Claro, cuando termine los exámenes quedamos para tomar algo. –Sonrió cuando Pablo cerró la puerta.

Saira esbozó una sonrisa de satisfacción.

–Es mono –dijo Laura con doble intención.

–¿Mono? ¿Tú crees? No me había dado cuenta. –Miró de reojo por si Laura estaba observándola.

–Ya, no te has dado cuenta... Y esa sonrisita no es porque vas a ayudarlo con el trabajo, ¿me equivoco?

–Pues sí, te equivocas. –Se mordió una uña–. Si me río es porque acabo de acordarme de que cuando lo he conocido en el instituto he pensado que quería ligar conmigo.

–Ya me lo dirás cuando tengas esa cita que no es cita. –Laura soltó una carcajada y Saira le dio un pequeño manotazo en el hombro.

–Laura, no te rías de mí... ¿Sabes que eres muy cruel conmigo?

–Sí –Laura seguía riendo–, tanto como la madrastra de Blancanieves. Tendrás que tener cuidado conmigo, porque en cualquier momento esta que está aquí puede convertirse en una bruja.

Saira dejó que Laura siguiera riendo. Era cierto que Laura nunca se había enfadado con ella. Solo la había visto perder los papeles una vez en su vida, y fue cuando su madre se marchó de la base y después ella removió cielo y tierra para que Ahmad no la reclamara como esposa. A partir de aquel día, se había comportado como una madre.

Cuando llegaron a Fnac, Isabel llevaba una bolsa con dos libros y Fabián se había comprado un CD de Shakira. Saira dejó que Fabián fuera delante para que Isabel le comentara las buenas noticias que tenía sobre Sebas.

–No vas a creértelo. –Isabel daba pequeños saltos en el asiento–. En Tuenti me ha dejado su número de móvil y, como no me atrevía a llamarlo, le he mandado un WhatsApp para quedar con él este sábado por la tarde. Así que enseguida me ha llamado y hemos estado hablando un rato.

–Oye, mona, yo diría que has estado como cerca de una horita hablando –la corrigió Fabián–. Me has dejado colgado media tarde.

Isabel puso los ojos en blanco, pasó del comentario de Fabián y bajó el volumen de su voz para que Laura no la escuchara.

–¿Sabes que me ha dicho que no se acostó con Lola y que por eso ha pasado de ella? Se ha dado cuenta de que no está enamorado de ella y ahora solo busca relaciones de amistad. ¿Qué te parece? ¿Verdad que es genial? Y que va a apoyar a Lola en lo que sea.

–No sé. –Saira se encogió de hombros–. Es posible que no se haya acostado con Lola, pero no me trago que solo quiera ser tu amigo.

–Yo también espero que no quiera ser solo mi amigo.

–Sebas va de flor en flor como las abejas y tú serás una más en su lista de conquistas.

Se mordió la lengua para no seguir hablando. Nunca se lo había comentado a nadie, pero, en cierta ocasión, a principio de curso, escuchó una conversación entre Sebas y un chaval de su clase. Estaban apostando quién de los dos ligaría más ese curso. Sebas se había propuesto hacerlo con todas las chicas de primero de bachillerato, y cuando terminara empezaría con las de cuarto. Si nunca se lo había comentado a Isabel era porque no quería hacerle daño y que la imagen de Sebas se derrumbara como un castillo de naipes. Nunca pensó que Isabel estuviera en su lista. Ahora se arrepentía de no haberle contado la verdad.

–Cómo eres, Saira. ¿Por qué no puedes alegrarte por mí? Solo hemos quedado para ir al cine.

–Y también para lo que salga –afirmó Saira.

–Sí, pero eso no implica que mañana me enrolle con él.

–Ya, y por eso te ha contado que no se había acostado con Lola, para quedar como que no ha roto un plato y que creas que no tienes nada que temer de él. –Suspiró fuertemente–. No me lo trago.

–Mira, ¿sabes lo que te digo? Eres una *cortarrollo*. Así nunca saldrás con ningún tío. Paso de ti...

Isabel resopló y se cruzó de brazos. Por su parte, Saira cerró los ojos y se recostó en la ventana. Sabía que había vuelto a meter la pata con su amiga. Era un poco bocazas y decía las cosas como las sentía, pero Isabel no conocía la realidad.

Laura y Fabián estaban hablando del último libro que habían leído. Fabián le dijo que le gustaba una novela que se había publicado en Estados Unidos y que era una distopía. En enero del año pasado había salido la segunda parte y, después del verano, saldría la tercera entrega. Le encantaba la protagonista, Katniss, pero en realidad había caído rendido ante Peeta.

–Sí, *Los juegos del hambre* es una historia genial –afirmó Isabel uniéndose a la conversación de Fabián y Laura.

–A ver si estrenan ya la película –comentó el chico–. Todo apunta a que será un taquillazo.

Saira dejó que a Isabel se le pasara el enfado. Nunca habían estado más de dos horas peleadas, y eso era lo que más le gustaba de su amiga, que no era rencorosa.

El primero en bajar del coche fue Fabián, que se despidió de ellas con un «luego os pego un toque». En cuanto se fue, Saira se colocó en el asiento del copiloto. Laura miró a Isabel por el retrovisor. Por cómo cruzaba los brazos y torcía el gesto supo de inmediato que a las chicas les pasaba algo.

–¿Te ha comentado Saira con quién se ha encontrado esta tarde?

Isabel negó con la cabeza.

–Se ha encontrado con Pablo, el chico del instituto –contestó Laura antes de que Saira la interrumpiera.

Isabel abrió los ojos, sorprendida, pero pasó de responder.

–¿Queréis que ponga un poco de música? –preguntó Laura, aunque sabía que ninguna de las dos chicas iba a decirle nada–. Creo que voy a poner algo de McFly, que sé que os gusta. Aquí tengo sus mejores canciones.

Comenzó a sonar *That girl* y, aunque Isabel estaba enfadada, se puso a seguir el ritmo con el pie. Luego vino *That's the truth* y, para cuando llegó a *Falling in love*, Isabel no soportaba seguir callada.

–Supongo que habrás solucionado el malentendido, ¿no? –dijo Isabel.

–¿Con quién? –preguntó Saira cuando sintió la mano de su amiga sobre su hombro.

–¿Con quién va a ser? Con Pablo.

–Sí, le he dado mi correo.

–Y también quedarán para tomar un café cuando terminen los exámenes –dijo Laura propinándole un codazo a Saira.

–¿Un café? –Isabel dio un pequeño grito–. Parece que no estamos hablando de la misma Saira.

Ella comenzó a reír, pero, antes de que siguieran con las bromas, le recordó a Isabel que al día siguiente tenían un examen de latín. Isabel suspiró; su amiga no tenía remedio. Decididamente, Saira era una *cortarrolo*.

–Luego me conecto al Messenger –dijo Isabel cuando se despidió de Saira.

Mientras Laura sacaba la compra del maletero, Saira abrió la puerta del garaje, que conectaba directamente con la casa, para ir metiendo las bolsas en la cocina. Juanjo salió a ayudarlas enseguida. Llevaba puesto un delantal que le había regalado su mujer cuando cumplieron cinco años de casados y que ponía: «Aviso para los que todavía puedan ponerlo en duda: soy el mejor cocinero. Para que conste».

–¿Qué tal la charla? –preguntó Juanjo sin darle tiempo ni a respirar–. ¿Y el examen?

–Muy bien. Voy a dejar la mochila en mi habitación. Si me necesitas dame un toque.

–En media hora cenamos –respondió Juanjo–. Hoy voy a sorprenderos con unas espinacas con pasas y piñones y albóndigas.

Saira subió a su habitación para repasar un poco antes de que la cena estuviera lista. Abrió el libro de latín y su libreta, pero no pudo concentrarse. Encendió su ordenador para abrir su correo. En su bandeja de entrada no había nada interesante. Dos *spams* y un email de Fabián recordándole que, para el día siguiente, le llevara un pañuelo que le había prestado. Volvió a abrir el libro. El latín no tenía misterio para ella. Tras un rato recordando las declinaciones, dejó a un lado el temario y abrió el Messenger. Todos sus amigos estaban ausentes, pero sabía que Isabel se había conectado al llegar a casa porque había cambiado su foto por una en la que ponía morritos delante de un espejo mostrando parte de su sujetador. Además, había dejado un mensaje: «♥♥♥♥ ¿Quién irá este sábado al cine? *♥*».

Laura llamó a la puerta antes de entrar.

–Pasa –respondió Saira minimizando la pantalla del ordenador.

–La cena ya está lista

–Vale, ahora bajo.

Antes de apagar el ordenador, Saira volvió a abrir su correo y chasqueó cuando no encontró en la bandeja de entrada el mensaje que esperaba.

La mesa ya estaba puesta cuando Saira llegó a la cocina. Se había cambiado de ropa, se había recogido el pelo en una coleta y se había puesto algo más cómodo. Juanjo tomaba una cerveza sin alcohol en un taburete, se reía y comía cacahuetes mientras hablaba con Laura.

–¿De qué os reís? –quiso saber Saira.

–De nada... –Laura miró a Juanjo a los ojos para que no dijera ni una palabra.

–Laura me ha dicho que has conocido a un chico.

–¿Y? –Saira adoptó una expresión indiferente.

–Nada, nos gusta verte contenta –comentó Juanjo.

Saira destapó la tapadera de una olla.

–Huele muy bien –dijo cambiando de tema.

–Espera a probar las albóndigas. Al fin he conseguido la receta de mi abuela.

Juanjo le ofreció un vaso con naranjada, que ella aceptó. Había deseado tanto que la tranquilidad regresara a su vida que sonrió cuando Juanjo abrazó a Laura por detrás. Se sentaron a la mesa y Laura comenzó a servir la comida. Saira no tenía mucha hambre, pero dejó que le llenara el plato de albóndigas como hacía siempre que servía ella.

Juanjo comentó la noticia del día con Saira. El embarazo de una adolescente en el instituto había corrido como la pólvora. Saira escuchaba sin abrir la boca. Tenía prisa por cenar y volver a abrir su correo. No sabía qué era lo que le pasaba, pues nunca había experimentado algo así. El estómago se le encogió al pensar en Pablo.

–Saira, ¿has escuchado lo que he dicho?

Saira levantó la cabeza del plato y miró a Juanjo.

–Perdona, ¿qué decías?

–Que si conoces a Lola. –Saira asintió con la cabeza–. Esta mañana ha venido su madre al instituto muy afectada porque su hija no quería abortar. ¿Tan difícil es ponerse protección?

Juanjo siguió hablando del tema y Saira simuló como que lo escuchaba diciendo que sí de vez en cuando. Comió más deprisa que de costumbre.

–Estoy un poco cansada –dijo Saira, que ni siquiera esperó a tomarse el postre–. Creo que me voy a la cama ya.

–¿Quieres que te suba una infusión o un vaso de leche? –le propuso Laura.

–No, da igual.

–¿Sabes adónde quieres ir de viaje?

Saira negó con la cabeza.

–¿Alguna idea? –preguntó.

–Nos da igual. Siempre aciertas –reconoció Juanjo.

–Ya lo miraré este fin de semana y os digo algo.

Saira, a pesar de estar un poco impaciente por abrir su correo, subió los escalones como si llevara una losa encima. ¿Qué esperaba encontrar? Ni ella misma lo sabía. Así que, cuando encendió otra vez el ordenador y vio que había un mensaje nuevo, las rodillas le temblaron. Pablo le había escrito y en un adjunto le enviaba una serie de preguntas para que las contestara. Antes de que se hiciera tarde, comenzó a responder al correo, pero no había escrito ni tres líneas cuando la luz naranja del Messenger le indicó que tenía una petición de amistad. Saira sonrió al ver que se trataba de Pablo.

–Hola –saludó Pablo cuando Saira lo agregó a su lista–. Ya te he enviado algunas preguntas.

–Ya las he visto. –Volvió a sonreír y se le aceleró el pulso. En su habitación no temía que viera lo contenta que estaba.

–Si no te importa, mañana contesto a las preguntas. –Saira casi deseaba que Pablo pudiera charlar un rato.

–No te preocupes, las necesito para finales de mes. Todavía quedan muchos días.

Recibió un mensaje de Isabel antes de poder contestar a Pablo: «Sebas *m* ha preguntado *s* vienes al cine. Dime algo. Un *muack*». ¿Al cine con ellos? ¿Qué pintaba ella en el cine con Sebas e Isabel? Lo que menos deseaba era hacer de carabina con su amiga y un chico que no le caía bien.

–¿Estás ahí? –preguntó Pablo al cabo de un minuto de no saber nada.

–Sí –contestó mordiéndose el labio.

Tras otro minuto de silencio, Pablo escribió:

–Acabo de acordarme de que mañana tienes un examen. Te dejo y no te molesto más. Nos vemos □.

Sin pensárselo dos veces Saira le preguntó:

–¿Tienes planes para este sábado?

–Espera, que miro mi agenda...

Saira se sorprendió por la respuesta. ¿Tan ocupado estaba?

–No, ¿qué propones? –respondió enseguida.

–Una amiga quiere que la acompañe al cine y no me cae muy bien el chico con el que va.

–O sea, me quieres como carabina.

–Sí –mintió Saira–. Tú y yo seremos las carabinas de mi amiga.

–¿Dónde quedamos?

–Ya te lo diré, pero supongo que será en algún cine de Valencia.

Todavía no podía creerse que hubiera sido tan atrevida con Pablo. No era propio de ella y no era la primera vez que le sucedía. Cuando la ayudó a subir al escenario le dijo que tenía unos ojos muy bonitos. Aunque dejó de pensar en ello a medida que los mensajes en el Messenger se fueron sucediendo hasta bien entrada la madrugada.

CAPÍTULO DIEZ

Saira se sentía incómoda al lado de Sebas. Durante la primera media hora, él había estado metiendo la mano en sus palomitas como si buscara una caricia casual. De vez en cuando, rozaba la mano de Saira.

–Perdona, he vuelto a equivocarme –le soltó Sebas en dos ocasiones muy cerca de su oído y esbozando una sonrisa.

A la tercera, Saira le espetó:

–¿Tan difícil es acertar? –Y le puso el recipiente sobre las rodillas–. Todas para ti, ya no me apetecen. Así no volverás a equivocarte.

–Aunque no lo creas, acertar es mucho más difícil de lo que piensas –respondió Sebas acercándose a sus labios.

–Y ahora me dirás que tú eres un especialista. –Saira le habló con indiferencia–. Por lo que he visto, siempre te equivocas en tus elecciones.

–Chist... –Isabel se volvió hacia ellos para indicarle a Saira que se callara–. ¿Qué estáis cuchicheando?

Saira resopló. ¿Cómo decirle a Isabel que Sebas estaba intentando ligar con ella? Se había ofrecido a recogerlos en coche, aunque, para su sorpresa, cuando llegó a su casa todavía no había ido a buscar a Isabel. Sebas le abrió la puerta del coche, un reluciente BMW todoterreno de color negro, y le regaló una margarita que había cogido del jardín de la vecina de Laura. Ese fue el primer gesto que la desconcertó, pues, por mucho que Sebas le dijera que su casa le pillaba de camino, no comprendía por qué a Isabel no le regaló una flor ni le abrió la puerta como había hecho con ella. Después se «olvidó» de ir a recoger a Pablo a su casa y estuvieron esperándolo en la puerta del cine más de una hora. Mientras tanto, Sebas les gastaba bromas, que al parecer solo le hacían gracia a Isabel. Y, una vez que entraron en la sala, él se las arregló para sentarse al lado de Saira. Ahora entendía el porqué de su interés en que fuera al cine. Pero lo peor de todo es que lo hiciera delante de su amiga, sin importarle nada sus sentimientos.

–Sí, soy como un pobre náufrago que va a la deriva y no encuentra su isla.

–Pues tienes que estar muy ciego para no verla, porque a tu derecha hay una isla preciosa donde perderte.

–¿Sabes lo que pasa? Soy disléxico y no distingo la derecha de la izquierda.

–Voy a ponértelo más fácil: me voy y así sabrás cuál es tu derecha.

Esas fueron las últimas palabras que Saira intercambió con Sebas, aunque antes de

marcharse le dijo a Isabel:

–Pablo y yo nos marchamos a tomar algo.

–¿Qué te pasa? –susurró Isabel.

–Esta película es un rollo y me duele un poco la cabeza. Luego te llamo.

Las chicas de la fila de delante chistaron repetidamente y giraron la cabeza para pedirles por enésima vez que se callaran.

Saira salió del cine resoplando y caminando a grandes zancadas, como si quisiera huir del mismo diablo.

–Pero ¡qué cara más dura tiene ese tío! Estaba tirándome los tejos delante de Isabel. ¡Uf, qué marrón!

Pablo la seguía con las manos en los bolsillos. Saira andaba sin rumbo fijo, pero dejó que se calmara y que se desahogara antes de proponerle que fueran a tomar algo juntos. Tras unos minutos en los que ella dio varias vueltas por el centro comercial sin saber adónde iba, llegó a las cajas del Carrefour.

–¿Qué hacemos aquí? –Saira se volvió hacia Pablo, desconcertada–. ¿Por qué no me has parado y no me has dicho nada?

–Yo solo te he seguido. Por cierto, la película que se ha montado Sebas es estupenda. ¿De verdad liga así? –Soltó una risa a la que Saira se sumó–. Menudo rollo tiene tu amigo.

Se quedaron mirándose, como si esperaran que uno de los dos dijera algo. Cuando hablaban por el Messenger les era más fácil comunicarse. Fue Pablo quien se adelantó:

–¿Te apetece tomar algo? –le preguntó.

–Bien, aunque preferiría que no fuera aquí. En media hora acabará la peli y no me apetece ver a Sebas.

–Entonces tendremos que pillar un bus... ¿te gusta la horchata?

–Sí.

–¿Conoces la horchatería Daniel, que está en Alboraya? –Saira negó con la cabeza–. Venga, te invito a unos *farçons*, aunque yo soy adicto a los *parmenidet*, unos pasteles que están de muerte con merengue y crema.

–Vale, pero hay un problema. No me apetece llamar a Laura para que venga a

recogerme y me niego a subirme otra vez en el coche de Sebas. Tengo que llegar a casa antes de las nueve y media porque esta noche vamos a cenar con la abuela Elvira. Así que debería salir de Valencia sobre las ocho y cuarto más o menos.

–¿Ese es todo el problema? –Pablo sonrió–. Puedo llevarte en coche a casa.

–¿Conduces? Creía que solo ibas en bicicleta.

–Sí, porque es más cómodo moverse así por la ciudad, aunque mi primo y yo compartimos el coche de mi tío. –Miró el reloj–. Todavía nos quedan dos horas y media, a no ser que te aburras conmigo y me supliques que te acerque a casa dentro de un rato.

Saira dio media vuelta y esbozó una media sonrisa.

–Entonces deberás esforzarte para que no me aburra contigo.

–Lo intentaré, pero no te aseguro nada. De todas maneras, siempre puedes poner una reclamación.

–Me lo pensaré. –Saira comenzó a caminar hacia una de las entradas del centro comercial–. ¡Qué pena que no existan las reclamaciones para ciertos tipos, porque Sebas sería el candidato ideal para llenar un libro!

–Por cierto, tendrás que seguirme a mí si queremos ir a algún sitio –dijo con las manos en los bolsillos y balanceándose con los pies.

Cuando salieron a la calle, Pablo se encaminó hacia una parada de autobús que los llevaría al centro de la ciudad, y desde allí tomaron otro hasta el paseo de la Alameda, donde vivía su tío. Cuando el autobús los dejó en la parada, caminaron unos metros hasta llegar a un portal, y Pablo introdujo una llave en una puerta metálica.

–Pensaba que vivías donde te dejamos el otro día. –Miró el lujoso vestíbulo–. Un piso en esta zona debe de costar un pastón.

–En realidad yo vivo en el estudio de soltero de mi tío. –Pablo apretó el botón del ascensor–. Lo utilizo de lunes a viernes y todos los fines de semana los paso aquí. Mi tía no soporta que esté mucho tiempo fuera de su casa. Cuando cumplí los dieciocho me mudé allí. Y supongo que sí, debe de costar lo suyo.

El ascensor subió hasta el último piso. Pablo dejó que Saira saliera en primer lugar. En el rellano solo había una puerta. Lo primero que a Saira le llamó la atención cuando entró en aquella casa fue un ramo de rosas rojas que había en el aparador de la entrada. La chica se acercó a olerlas. También le gustó el aroma que provenía de la cocina, como a tarta de manzana con canela.

–Se las regalamos mi primo y yo para el día de la madre. Le encantan las rosas.

–A mi madre también le gustan. –Saira se volvió evitando la mirada de Pablo. Deseaba que algún día pudiera regalarle a Bahar un ramo de rosas como el que había en ese jarrón–. Juanjo y yo le regalamos a Laura una caja de bombones y un ramo de violetas.

Desde la entrada, Saira contempló un cielo despejado y de un azul muy intenso. El sol entraba a raudales a través de los ventanales del comedor y bañaba los muebles con una luz dorada y cálida. Pablo la llevó hasta la terraza para que viera el cauce del río Turia. Al pasar por el comedor, Saira reparó en una foto de Pablo con un hombre que se le parecía mucho encima de una mesa pequeña. Pablo no tendría más de ocho años y estaba sentado en un kart.

–¿Puedo hacerte una pregunta? –le dijo Saira.

–Claro, mientras no sea la fórmula de la Coca-Cola.

Al parecer, Pablo no se tomaba nada en serio.

–¿Por qué vives con tus tíos? –El gesto de Pablo cambió y giró la cabeza para no mirar a Saira–. Perdona si te he molestado.

Entonces, Saira salió a la terraza a tomar aire. Necesitaba refrescarse un poco; a veces se metía donde no la llamaban.

–Ya sabes que mi padre murió en un accidente, y con respecto a mi madre... bueno, nos abandonó a mi padre y a mí cuando yo era un bebé –contestó al cabo de varios minutos de silencio. Pablo estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos y las piernas cruzadas. El tono de su voz ya no sonaba jovial–. Era una yonqui. La última vez que mi tía la vio, se buscaba la vida en el barrio chino prostituyéndose... –Tomó aire antes de continuar–: Y de esto hace más de siete años. No sabemos nada de ella, aunque si estuviera muerta supongo que la policía nos habría avisado.

–Lo siento.

–No pasa nada. La única madre que he conocido es mi tía. Estoy bien con mis tíos. –Procuró recuperar la sonrisa–. Ya estamos en paz; yo sé cosas de tu pasado y tú del mío.

Una mujer rellenita cercana a la cincuentena, y con una túnica de gasa floreada, entró en la terraza. Era rubia como Pablo y tenía el pelo rizado, que se había recogido con una cinta de color fucsia. En una mano llevaba un libro y en la otra, un abanico.

–¡Ah! No sabía que habías llegado –dejó el libro en una hamaca de teca y se acercó a Saira mientras se abanicaba. Los anillos de sus dedos chocaban entre sí, emitiendo un sonido agradable–. Ya que mi sobrino no nos presenta, soy Cristina. Eres la primera chica que trae a casa. Ya pensábamos que solo le interesaban los libros. –Saira se volvió hacia Pablo, quien se encogió de hombros–. ¿Os apetece tomar un poco de pastel? Hace un rato he sacado una tarta de manzana del horno. Ya sabes que tu tío está a punto de llegar de

viaje y siempre lo recibo con su postre favorito.

Pablo dejó que Saira decidiera; por él no había ningún problema en quedarse en su casa. Saira aceptó la invitación de Cristina. Durante buena parte de la tarde hablaron de los proyectos que tenía el tío de Pablo y de cómo ese verano él lo acompañaría en uno de sus viajes. Cristina los dejó solos cuando merendaron, con la excusa de que tenía que responder a unos cuantos correos.

La tarde caía y Saira comenzó a tener un poco de frío en la terraza. Pablo la llevó a su habitación. Saira no esperaba que estuviera tan ordenada. Había varias estanterías llenas de libros y una más pequeña con CD. Saira se acercó para mirar los títulos. Le gustaba hacerlo siempre que se encontraba con una estantería. Encontró libros que había leído: *Orgullo y prejuicio*, *Cien años de soledad*, *La casa de los espíritus* y algunas novelas juveniles que circulaban por la blogosfera. Parecían tener el mismo gusto literario.

Pablo le propuso a Saira que eligiera la música. A ella le apetecía escuchar algo de Coldplay. Se sentaron en un pequeño sofá y Saira fue resolviendo las dudas de Pablo sobre la mujer musulmana.

Sobre las ocho y media de la noche, Cristina llamó a la puerta de Pablo para preguntarle a Saira si se quedaba a cenar.

–Muchas gracias, Cristina, pero esta noche viene a cenar a casa mi abuela. Otro día, quizás –respondió mirando a Pablo.

–Voy a acompañar a Saira a su casa –dijo Pablo cogiendo las llaves del coche, que estaban encima de la mesa.

–Tu primo se lo ha llevado, pero puedes usar el mío –le ofreció ella sacando unas llaves del bolsillo de su túnica.

–Hum, el cambio no está mal. –Pablo sonrió.

–¿Cómo que no está mal? –Cristina se hizo la ofendida–. ¡Te estoy ofreciendo un Mercedes Coupé a cambio de un Seat Toledo! –Suspiró–. Menos mal que tu primo se ha llevado vuestro coche. Ya sabes que me fío más de ti que de él.

Pablo le dio un beso en la mejilla. Cristina sonrió y su mirada se iluminó.

–Me encanta cuando frunces el ceño, aunque estás más guapa cuando sonríes –añadió Pablo–. Muchas gracias. Eres la mejor, y lo sabes.

–Lo sé. Me lo dice tu tío todos los días.

–¿Qué pasa, si te lo digo yo no me crees?

–Claro que te creo. –Cristina le dio un pellizco cariñoso en la mejilla.

Saira se despidió de Cristina con un beso. De camino a casa, la chica recibió varios WhatsApp de Isabel. En el primero, su amiga estaba como loca con Sebas. Después le comentó que la había invitado a cenar sushi en un sitio ideal para parejas: MisSushi, un restaurante que había en Cánovas. Y el último mensaje que le mandó fue una foto en la que aparecían Sebas y ella en actitud de lo más cariñosa. Pero, cuando creía que no recibiría ningún WhatsApp más, llegó uno de Sebas: «Estos podríamos ser tú y yo. 1 beso donde tú y yo imaginamos».

Saira resopló con rabia. No sabía si estaba más enfadada porque Isabel le hubiera dado su número de móvil o por recibir ese WhatsApp de Sebas.

–¿Te ocurre algo?

–Sí, Sebas está engañando a mi amiga y no sé qué hacer. Acaba de enviarme un mensaje que no me gusta nada.

–Podrías decirle la verdad –sugirió Pablo.

–¿Y si la pierdo? Tengo el presentimiento de que está con Isabel para acercarse a mí, y yo paso de él. Me parece un niño de papá imbécil que chulea a todas las chicas. Y mi amiga está a punto de caer en sus redes.

–No puedes adelantarte a los acontecimientos hasta que hables con ella.

–Ya, pero Sebas le gusta desde hace tanto tiempo que me cabrea que le pase esto. Casi hubiera preferido que Sebas no se fijara en Isabel.

A medida que Pablo la acercaba a casa, Saira miraba la aguja que marcaba el límite de velocidad, pues deseaba que no llegara el momento de la despedida. Él había terminado el trabajo y ya no la necesitaría. Aunque, al menos, quizás coincidieran en la Cruz Roja.

–Muchas gracias por tu ayuda –dijo Pablo antes de que Saira cerrara la puerta–. Te debo un café.

–Cuando quieras.

–Después de los exámenes y de la selectividad podríamos vernos algún día. A mitad de julio me marchó con mi tío a Kenia.

–Mucha suerte con los exámenes. Yo también voy a estar muy ocupada. Supongo que nos veremos los jueves –dijo Saira con la esperanza de que esa despedida no fuera definitiva.

–Claro que sí. –Los ojos de Pablo brillaron en la oscuridad–. Muchas gracias por tu

ayuda.

–Si necesitas consultar algo, ya sabes dónde puedes encontrarme –musitó.

El día que lo conoció, solo se fijó en que sus ojos verdes eran espectaculares, pero ahora se dio cuenta de que sus labios eran bonitos, carnosos y rojos.

–¿Eso quiere decir que no te has aburrido conmigo y que no vas a poner una reclamación?

–Espera, deja que lo piense... –Tamborileó los dedos de la mano derecha sobre su mentón, haciéndose la interesante–. Esta tarde me he reído contigo como –contó mentalmente– unas veinte veces. Has cubierto el cupo. No, no voy a poner una reclamación.

–Yo también me lo he pasado genial. Eres especial, Saira.

La chica tragó saliva y se estremeció cuando sintió que los labios de Pablo estaban muy cerca de los suyos. Su aliento era cálido y olía a canela, un olor que le recordó mucho al perfume de Mariam. Pablo se atrevió a colocarle un mechón por detrás de la oreja y deslizó la yema de un dedo por su mejilla hasta llegar a la comisura de sus labios.

–Hasta luego, Saira. Nos seguimos leyendo por el Messenger.

Ella asintió. Unas mariposas revoloteaban en su estómago. De momento, Pablo quería seguir viéndola. Nunca había sentido algo así por ningún chico... Cerró la puerta despacio, esperando a que Pablo diera media vuelta. Cuando el coche se alejaba, volvió a recibir un WhatsApp. Isabel le comentaba que había besado a Sebas y que era muy cariñoso.

–Un pulpo, eso es lo que es –murmuró al entrar en casa.

La abuela Elvira la abrazó antes de que Saira colgara el bolso en el perchero. Le había llevado un pastel de chocolate. Le gustaba mimarla y tenerla contenta, así que siempre le llevaba algo: un pastel, un libro o croquetas de pollo. Saira y Elvira se marcharon al comedor para ponerse al día de las dos semanas en las que no se habían visto. Saira le explicó el problema que tenía con Isabel, y Elvira, al igual que Pablo, le aconsejó que fuera sincera con su amiga.

–Hablaré con ella.

Durante las cuatro semanas siguientes, Saira no encontró el momento adecuado para comentarle a Isabel que Sebas la acosaba y que a ella solo estaba utilizándola. Isabel parecía vivir en una nube y estaba más feliz que nunca. Cada vez que intentaba hablar con ella aparecía Sebas, e Isabel le decía que luego la llamaría. Pero ¿cuántos días esperó que su amiga la llamara o se conectara al Messenger? Casi todas las tardes le dejaba un mensaje en

el contestador de casa, que Isabel no contestaba. Se excusaba diciendo que su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y que su relación con Sebas no la dejaba ni respirar.

–Algún día quedaremos de nuevo –le decía todas las mañanas en clase, pues desde que salía con Sebas era él quien se encargaba de recogerla en su casa y no Saira.

A esta solo le quedaba Fabián para hacerse confianzas y estudiar. Los exámenes finales estaban cada vez más cerca.

Una tarde en que Saira y Fabián estaban estudiando matemáticas, Isabel le envió un mensaje: «*TNGO 1 PROBLEMA!!! ¿NOS VMOS STA TARDE?*».

–Es Isabel, dice que tiene un problema y que quiere venir –aclaró Saira–. ¿Tú sabes por qué lleva tres días sin aparecer por clase? Tampoco me contesta al móvil ni coge el teléfono de casa. –Fabián se encogió de hombros–. Estoy un poco mosqueada porque desde hace tres días Sebas no para de mandarme WhatsApp al móvil. Está como loco.

–A saber lo que le habrá contado Sebas de ti y de mí.

–¿Tú sabes algo que yo no sepa?

–¿Yo?, qué va, ya te lo he dicho. No subestimes a tu amiga. Quizás se ha dado cuenta de que Sebas va detrás de ti y es un impresentable. Con lo mono que es y le ha salido rana. –Le cogió el móvil y contestó en lugar de Saira–: «*Of course, guapa! T speramos aquí*».

El mensaje de Isabel no tardó en llegar: «*Sois los mjores!!!*».

En menos de media hora, Isabel apareció en casa de Saira con signos de haber estado llorando toda la tarde. Se la veía demacrada y un poco más delgada. Isabel se tumbó en la cama y comenzó a llorar desconsoladamente. Saira y Fabián intentaron tranquilizarla, pero nada parecía calmarla.

–Mi padre va a matarme cuando se entere –dijo al fin–. Ahora sí que lo he defraudado.

–¿Qué ha pasado? –Fabián se sentó a su lado y la abrazó.

–Que he metido la pata hasta el fondo y soy una estúpida y una imbécil por no haberme dado cuenta antes de que me estaba engañando. –Rompió de nuevo a llorar.

–¿De quién estás hablando? –inquirió Saira, aunque suponía de quién se trataba–. Cálmate, por favor.

–Pues de quién va a ser. De Sebas... –Isabel se incorporó para buscar otro abrazo de Fabián–. No sé cómo empezar porque me da un poco de corte...

–Voy a prepararte una tila y ahora vengo –dijo Fabián guiñándole un ojo a Saira. Sabía que Isabel estaría más cómoda y se sinceraría antes con Saira.

En cuanto Fabián se marchó, Isabel se levantó de la cama y se sentó en el suelo.

–¿Por qué llevas tres días sin aparecer por clase? –Saira se sentó a su lado–. No contestabas al móvil, no te conectabas al Messenger y cada vez que llamaba a tu casa saltaba el buzón de voz.

–Saira... es que ha pasado algo con Sebas y no sé qué hacer –comenzó a explicarle–. Soy una imbécil sin remedio. Ya sabes que me encanta hacerme fotos y colgarlas en Tuenti y en el Messenger. Nunca me ha pasado nada –resopló varias veces–. Y cuando Sebas me pidió que le hiciera un baile delante de la *webcam*, no pensé en las consecuencias... ¡mierda, mierda, qué mal rollo...!

Saira estaba empezando a ponerse nerviosa porque podía haber evitado esa situación, pero dejó que su amiga siguiera hablando.

–Hace una semana y media, Sebas y yo estábamos chateando por el Messenger y me pidió que hiciera algo que yo pensaba que era divertido porque nos reímos mucho. Hice un baile...

–¿Qué clase de baile? –Saira se mordió el labio inferior.

Isabel se lo pensó dos veces antes de contestar:

–Un baile un poco subido de tono.

–¿Te quitaste el sujetador?

Isabel asintió.

–Pero eso no es lo peor. El fin de semana pasado estuvimos en su casa. –Se secó las lágrimas otra vez–. Sus padres cenaban fuera, así que teníamos la casa para nosotros solos... Bebimos un poco de cava... y, sí, tenía muchas ganas de probarlo y de sentirme mayor y conocer aquello de lo que hablan algunos chicos de clase que ya han probado el alcohol. Siempre parezco la pava del grupo... –Hablaba tan deprisa que apenas se la entendía–. Y entonces comenzamos a besarnos y me dejé llevar. No quería que pensara que no tengo experiencia. Es más, quería sorprenderlo.

–¿Lo hiciste? –Aunque Isabel parecía mayor que ella, todavía no había cumplido los dieciséis. Se llevaban casi un año, pues Isabel los cumplía a finales de diciembre.

Esta negó con la cabeza.

–En el último momento me rajé. No pude hacerlo, me dio miedo y no sé por qué...

me lo imaginaba todo más romántico. Y la verdad es que me... bueno, le apetecía mucho más a él. Estaba como una moto. Y, como yo me negué, Sebas me fotografió casi desnuda. En realidad, nos hicimos fotos los dos casi desnudos, pero fue con su móvil. Y te juro que todo pasó muy deprisa y no me dio tiempo a pensar en nada. Nos reíamos mucho y Sebas me decía lo estupenda que era y que estaba muy enamorado de mí. –Se tapó la cara y hundió los hombros. A continuación, le enseñó una de las fotos que la comprometían. Saira abrió los ojos como platos y contuvo el aliento–. Esta es la menos chunga... –Saira maldijo en silencio a Sebas varias veces. No quería imaginarse cómo serían las demás fotos–. Hace tres días me llamó por teléfono y quedamos en vernos. Lo noté un poco raro cuando nos besamos, nunca se había comportado así conmigo... –Esto último lo dijo con una voz muy débil, como si no terminara de creerlo.

–¿Te ha puesto la mano encima?

Isabel no contestó.

–Te he hecho una pregunta.

Isabel se subió la manga de la camiseta y Saira vio lo que tanto temía.

–Isabel, ¿por qué no me llamaste? –Las lágrimas se agolpaban en sus ojos–. Somos amigas, podías haberme llamado a cualquier hora.

–Porque no le di importancia y además me pidió perdón enseguida y me llevó a cenar. Pero el otro día comenzó a insultarme sin venir a cuento. –Se volvió hacia su amiga–. Saira, fue horrible, me dijo unas cosas muy feas... que estar conmigo era perder el tiempo y que si todavía no nos habíamos acostado era porque yo no lo quería. Luego empezó a golpear la pared y me amenazó con contar ciertos detalles en Twitter. Y acaba de lanzar el primer rumor. –Le enseñó en el móvil el mensaje que había soltado a través de Berta, la chica que tanto las odiaba. No sabía cómo se había enterado ella de lo de las fotos, pero ya lo había comentado dos veces en Twitter–. Quería que tú lo supieras, insistía en que... en que...

–¿Que yo supiera qué? No sé de qué me hablas.

–Que va a colgar en Flickr las fotos que me hizo y también va a subir el vídeo a YouTube. Dijo que si hablaba contigo, tú lo entenderías.

–¿Yo? ¿Y qué pinto yo en todo esto?

–No lo sé, Saira.

–¿Y dices que eso fue hace tres días? –Saira se quedó pensando, aunque prefirió callar. Temblaba de arriba abajo, aunque no de miedo.

–Sí, ¿por qué?

–Es que... bueno, Sebas... –Se levantó del suelo y comenzó a dar vueltas por la habitación.

–Sebas, ¿qué? ¿Qué pasa con él y contigo?

El móvil de Saira emitió un sonido. Había recibido un WhatsApp. No quiso mirarlo porque ya sabía de quién era. Cerró los ojos deseando que Isabel no se hubiera dado cuenta.

–¿Por qué no miras el móvil, Saira? ¿Qué me estás ocultando? –Isabel se abalanzó sobre el móvil de su amiga–. ¿De quién es el mensaje?

–Dame mi móvil, Isabel.

Pero esta no tenía la menor intención de entregárselo. Fue a la aplicación y la abrió. Era Sebas, quien le escribía: «Si sales conmigo me *dshago* de las fotos y del vídeo. Lo de Isabel no ha sido nada. Era para darte celos. Dame una oportunidad, por favor. *Bsts*».

–¿Qué significa esto, Saira? ¿Por qué tiene tu número de móvil y por qué quiere salir contigo?

–¿Que por qué tiene mi número? Pero ¡si fuiste tú quien se lo dio en la primera cita!

Isabel negó varias veces con la cabeza. Entonces cerró los ojos y se acordó de un detalle.

–No, no puede ser... La noche en que fuimos a cenar a MisSushi fui un momento al baño y cuando regresé Sebas estaba jugando con mi móvil.

Saira sintió el peso de sus hombros y se sentó en la cama.

–Sebas lleva tirándome los tejos desde que empezaste a salir con él. Me enviaba mensajes por WhatsApp y hace tres días que no me deja en paz...

Isabel se había puesto blanca como el papel, y cada palabra que le decía Saira era como un dardo envenenado que se le clavaba en lo más profundo.

–¿Por qué eres así? –le preguntó con amargura–. No me digas que tú no has hecho nada porque no me lo creo. No te basta con Pablo, también tienes que fijarte en Sebas.

Saira la miró sin entender nada.

–¿Qué estás diciendo?

Fabián entró en la habitación con una bandeja y tres tazas. Había también un plato con galletas de chocolate.

–¿Que qué digo? ¡Lo sabes muy bien, vas de mosquita muerta y por detrás te dedicas a apuñalarme! –gritó Isabel–. ¿Desde cuándo te gusta Sebas? Seguro que os habéis estado mandando mensajes por WhatsApp a mis espaldas. –Todavía tenía el móvil de Saira en la mano y buscó alguna prueba de lo que estaba diciendo–. Te lo habrás pasado en grande a mi costa.

Saira negaba con la cabeza, pero Isabel no quería creer nada de lo que ella pudiera decirle.

–Isabel, de verdad, tienes que creerme. Hace un mes que intento hablar contigo...

–¿Dónde están los malditos mensajes que le has enviado, joder? Seguro que los has borrado. –Como no encontró lo que buscaba, tiró el móvil a la pared–. Sebas todavía me quiere. Si no te hubieras entrometido, nada de esto habría pasado. ¿Por qué nos has hecho esto? Tú sabías que yo estaba muy enamorada de él.

–Isabel, no sabes lo que estás diciendo –la interrumpió Fabián–. Saira no ha hecho nada.

–Ya veo de parte de quién estás. Tú también te has divertido, ¿verdad?

–No, Isabel. –El tono de Fabián se elevó al mismo nivel que el de su amiga–. Estás muy equivocada. Todo el mundo se daba cuenta de que Sebas estaba más por Saira que por ti. Llevamos varias semanas queriendo contártelo, pero tú no tenías tiempo para nosotros. Además, ¿nos habrías creído?

–Dejadme en paz. Os podéis ir a la mierda... –Abrió la puerta de la habitación y se marchó dando un portazo–. He hecho el ridículo más espantoso.

Pero Fabián no iba a dejar las cosas así con Saira.

–Puedes estar contenta, tú acabas de salir de ella ahora mismo; Sebas es la mayor mierda que he conocido en mi vida. –Dio un golpe en la mesa y se cayó un libro al suelo–. Lo siento... me he dejado llevar por mi mal carácter. –Recogió el libro–. Eso es lo que le haría a Sebas.

Saira se cubrió la cara con las manos y se dejó llevar por el desánimo.

–Venga, ya se le pasará. –Se sentó al lado de su amiga para abrazarla.

–Tenía que haberle dicho lo que ocurría desde el principio. Me ha pedido ayuda y no he sabido dársela.

–No, ella no ha querido escucharnos a ninguno de los dos. Es Isabel quien no ha querido aceptar nuestra ayuda. Se lo has insinuado en muchas ocasiones.

–No es por eso, es que Sebas se la ha jugado a Isabel y ahora está metida en un buen marrón... –le dijo Saira.

–¿Qué ha pasado?

Saira no sabía por dónde empezar, pues no acababa de comprender todo lo ocurrido desde que Isabel recibió el primer mensaje de Sebas en Tuenti. A partir de entonces, los días habían transcurrido muy rápido. Además, ya no pasaban a recoger a su amiga, pues Isabel prefería que Sebas fuera a por ella. Le encantaba llegar al instituto y ser el blanco de todas las miradas, que las chicas se murieran de envidia cuando ella paseaba agarrada de la mano de Sebas. ¿Cómo decirle entonces que él estaba jugando a dos bandas y que no hacía más que mandarle estúpidos mensajes por WhatsApp, que luego borraba? Pero lo que jamás imaginó es que Sebas le haría unas fotos comprometidas para colgarlas en la Red.

–*What...?!* –gritó Fabián cuando acabó de contarle lo ocurrido.

–Sí, Sebas le ha hecho unas fotos bastante chungas.

Fabián dibujó una media sonrisa.

–Si Sebas está jugando sucio, no sabe con quién se las gasta. –Encendió el ordenador de Saira–. Vamos a poner esto un poco más interesante y a jugar en su mismo terreno. –Miró a su amiga. Sus ojos eran dos líneas afiladas–. Júrame que lo que veas esta tarde quedará entre tú y yo.

–¿De qué estás hablando?

Fabián no le contó nada hasta que ella asintió con la cabeza.

–Yo soy QueenTwi.

Saira lo miró con sorpresa.

–¿QueenTwi? –repitió Saira–. Jamás lo habría dicho... De hecho, mucha gente pensaba que era yo.

–Pues ya conoces mi secreto, y soy capaz de matarte si revelas mi otra identidad. Sé que puedo dar una imagen frívola, aunque ya sabes que me trae sin cuidado lo que piense la gente. –Fabián se había metido en su Twitter falso y escribió un mensaje para que corriera por la Red: «@SebasLozano4 es un maltratador. Acabemos con esta lacra. Ayúdame a desenmascarar al lobo para que no vuelva a suceder nunca más».

Enseguida comenzaron a llegar mensajes. Algunas chicas hablaban, al fin, de cómo las había tratado Sebas. Una comentó que, durante un tiempo, la obligó a acostarse con él a cambio de no enseñar fotos comprometedoras; otra dijo que cuando ella no accedía a los deseos de Sebas le pegaba una bofetada. Algunas coincidían en que a Sebas le gustaba

llevar una lista de las chicas con las que se acostaba y que las catalogaba en función de la dificultad a la hora de hacérselo con ellas. Así supo Saira que ella estaba en el puesto más alto, porque meterle mano a una mora era el mayor reto que se había propuesto. La Red comenzó a echar humo, y Saira y Fabián alucinaron al ver que tantas chicas confirmaban la noticia. Y Fabián les respondía a todas y les daba el consuelo que necesitaban. Hubo alguien que le preguntó cómo lo había sabido, a lo que Fabián respondió que era el pajarito que se enteraba de todo. Tras más de tres cuartos de hora controlando los mensajes en Twitter, dejó que la bola creciera. Al parecer, Sebas todavía no se había percatado de nada, pues no había ningún mensaje de él.

–Ese tío, además de ser un gilipollas integral, es un imbécil redomado. Aquí está la prueba de que muchas chicas no lo han pasado nada bien con él. –Fabián siguió ideando un plan–. ¿No sabe que se le puede acusar de corrupción de menores? Además, tiene material en su poder que lo delataría e Isabel no ha sido la única chica a la que ha coaccionado. Tú no conoces al padre de Isabel... Si esas fotos salen a la luz, puedo asegurarte que Sebas lo pasará muy mal. Voy a mandarle un mensaje por WhatsApp desde tu móvil y vamos a hacer como que tú quedas con él. Voy a acojonarlo. Se le pondrán de corbata.

–¿Crees que funcionará?

–¿No confías en mi poder de seducción? No, en serio, detrás de esta apariencia hay algo más que pluma. –Se apartó el flequillo de la cara–. Cuando me vea llegar tendrá la guardia bajada, y entonces: ¡zas, en toda la boca!

–Eres genial.

–También lo haría por ti.

Saira tuvo el impulso de abrazarlo, pero finalmente lo cogió de la mano. Fabián se encargó de mandarle a Sebas un mensaje que no pudiera rechazar. Y, como sospechaban, él respondió enseguida. Habían quedado en media hora en una cafetería de L'Eliana.

–Deséame suerte.

Saira acompañó a Fabián hasta la puerta de su casa. El chico arrancó la moto y se despidió de ella con un gesto de la mano. Saira lo vio alejarse calle abajo y, cuando giró la esquina, cerró la puerta con cuidado y se dejó caer lentamente hasta llegar al suelo; el mundo se le venía encima. Escondió la cabeza entre las rodillas, como si con eso pudiera olvidarse de la peor tarde que había pasado junto a Isabel. ¡Qué complicado era hacerse mayor y no fastidiarla continuamente!, pensó.

Se levantó cuando oyó que alguien abría la puerta del garaje. Debía de ser Laura, que llegaba de la visita que hacía todos los martes a la abuela Elvira. Fue hasta la cocina para prepararse una taza de chocolate caliente y dejó su móvil encima de la mesa. Cuando se encontraba mal necesitaba tomar algo dulce que la animara. Encendió el televisor de la cocina mientras se bebía el chocolate a grandes tragos. Estaban emitiendo uno de esos

programas en los que la gente va a contar sus problemas. Miró el reloj. No habían pasado ni quince minutos desde que Fabián se había marchado, así que todavía no habría llegado a la cafetería. Se acercó al móvil. Dudó si llamar a Isabel, pero no sabía qué decirle. Le había fallado.

Laura entró en la cocina con mala cara. En una mano cargaba con tres bolsas y en la otra llevaba una caja de leche.

–¡Estás en casa! Creía que hoy estudiabas con Fabián.

Laura dejó las bolsas en el suelo y fue corriendo al baño que había al lado de la cocina. Saira la oyó vomitar y se quedó paralizada. Hacía más de un mes que Laura estaba bien y ya volvían a las andadas.

–¿Te encuentras mal?

Laura se incorporó y trató de quitarle importancia.

–Debe de ser algo que he comido. No te preocupes.

Era lo que siempre le decía cuando se encontraba mal: «No te preocupes»... como si eso fuera fácil. Los adultos decían esas tres palabras y luego se quedaban tan tranquilos, como si, por el simple hecho de decirlo, hubiera que creerlo. Pero con ella no funcionaba, pues cada vez que las había escuchado había ocurrido algo grave en su vida. ¿Y si la perdía? ¿Y si resultaba que las pruebas no decían toda la verdad y Laura volvía a recaer? No podría soportarlo.

–¿Ves? Ya estoy mejor. –Laura se mojó la cara. Sus mejillas habían recuperado algo de color.

–¿Quieres que te prepare algo? Una manzanilla, una tila... no sé, lo que tú quieras.

–Sí, una manzanilla me sentará bien. –Hizo el amago de salir del baño, pero sus rodillas le fallaron y se sujetó al marco de la puerta–. Voy a tumbarme un rato en el sofá. Estoy muy cansada y tengo mucho sueño. Enseguida vendrá Juanjo y guardará la compra.

Saira la acompañó hasta el comedor y la ayudó a tumbarse en el sofá.

–Eres mi ángel. No sé si tú has cuidado más de mí o yo de ti. –Laura acarició la mejilla de Saira.

–No sé cómo has llegado a casa, tenías muy mala cara.

–No le comentes nada a Juanjo, porque se enfadará conmigo.

Saira asintió y la tapó con una manta de lana que había hecho la abuela Elvira. A

continuación, puso una taza de agua a calentar en el microondas mientras guardaba la compra. A los dos minutos, la campana dio el aviso y Saira sacó la taza. Le puso un poco de miel, tal como le gustaba a Laura, y tapó la taza con un plato de café. Al llegar al comedor, vio que Laura se había quedado dormida. Le tomó la temperatura y suspiró cuando comprobó que no tenía fiebre.

Fue a la cocina para coger su móvil y subió a su habitación. Una vez allí, se sentó en el borde de la cama porque también estaba un poco mareada. Le faltaba aire, y de repente comenzó a hiperventilar y a llorar sin control. Intentaba cerrar los ojos y olvidarse de todo, convencerse de que nada de lo ocurrido ese día había pasado en realidad. El dolor volvía a alcanzarla de nuevo y esta vez parecía que iba a instalarse definitivamente en su vida. El mundo se abría a sus pies y el agujero era cada vez más grande, más profundo. No tenía nada a lo que agarrarse.

Encima de la mesilla había dejado una libreta, un bolígrafo y unas tijeras. No se lo pensó dos veces y cogió las tijeras para clavarlas con rabia en el colchón, pero el murmullo seguía instalado en su cabeza. Buscaba silencio y solo conseguía que el ruido aumentara con cada lágrima que derramaba. Pero, en el momento en que la punta de las tijeras traspasó la fina tela de su pantalón de chándal y le rozó la piel, la calma llegó. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que el dolor físico mitigaba un dolor más grande. Era un pequeño espacio alojado en su alma, donde podía expresar su angustia. Allí nadie le hacía daño, pues la barrera que había alzado era muy alta para derribarla.

Se quedó sin aire durante unos segundos, pues el dolor era insoportable, pero no quería gritar para no despertar a Laura. Sintió un líquido caliente resbalar por su piel. No miró; solo se taponó la herida con un clínex que había encima de la mesilla.

De pronto, sonó el tono que emitía su móvil cuando Fabián la llamaba: *Forever young*, en la versión de Youth Group. Cuando descolgó, Sebas estaba gritando y no oía a Fabián. Atendió un rato, y entonces se dio cuenta de que su amigo la había llamado para que escuchara la conversación. Sebas estaba contándole lo mucho que se había divertido con Isabel. Saira le dio a la opción de grabar y durante varios minutos escuchó cómo Sebas hablaba de Isabel y de lo estúpida que era al no darse cuenta de que era un pasatiempo, como tantas otras chicas. Sebas gritaba que Isabel había sido una presa muy fácil, pero que quien realmente le interesaba era Saira, la morita rubia que lo traía loco desde que le crecieron las tetas. También le dijo que estaba dispuesto a llegar a donde hiciera falta para llevarse a Saira a la cama. Era un reto que se había propuesto: desvirgar a una mora. Sin embargo, lo peor que dijo no fue que quisiera acostarse con Saira, sino que siempre conseguía su propósito. Era todo un experto en hacer que las chicas se abrieran de piernas y no aceptaba un no por respuesta.

En cuanto terminó de hablar, Fabián le explicó qué podría pasarle si todo ese material salía a la luz, pero Sebas no atendía a razones y confiaba ciegamente en que nadie lo denunciaría. Por lo que Saira pudo entender, Sebas se había tomado muy mal que Fabián lo hubiera engañado. Escuchó un forcejeo y un grito de su amigo.

–Que te den, pedazo maricón –fue lo último que dijo Sebas.

–Sí, pero no tendrás el gusto de ser tú, imbécil. –La voz de Fabián sonaba débil. Al cabo de unos segundos cogió el móvil–. ¿Saira? ¿Lo has grabado?

–Sí... Estás loco, ¿lo sabías? –respondió con un murmullo–. ¿Qué ha pasado al final?

–Nada... bueno, sí, creo que no voy a poder abrir el ojo derecho en una semana. Menos mal que no me ha pegado en la mandíbula. Después de llevar tres años ortodoncia no soportaría verle otra vez el careto al dentista.

–¡Fabián! –gritó Saira–, no bromees con esas cosas.

–Uf, cómo me duele el ojo, pero ya tenemos lo que queríamos. –Soltó una carcajada–. Y parece que todavía no se ha enterado de lo que se cuece en Twitter. Va a flipar en colores. –Cambió el tono de su voz–. Luego llamo a Isabel, ¿vale? Tiene mucho carácter, pero no debes tener en cuenta lo que te dijo.

Saira no pudo contestar, tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

–Ya verás como no pasa nada. Luego te llamo. –Fabián se despidió con un beso.

Saira colgó y puso el móvil en modo silencio en la mesilla de noche. La herida le dolía, pero le dolían más las palabras de Isabel, los vómitos de Laura y no poder hacer nada. Se tumbó en la cama y se llevó las rodillas al pecho. En esa posición se sentía protegida, aunque temblaba de arriba abajo.

No quería dormirse, pero al final el cansancio la venció. Se despertó cuando notó el roce de una mano cálida que le acariciaba el pelo. Laura estaba sentada en el borde de la cama y sus mejillas habían recuperado completamente el color.

–Vamos a cenar. –Laura fue a levantarse, pero advirtió el pañuelo de papel con rastros de sangre–. ¿Qué te ha pasado? Deja que vea la herida.

Saira negó con la cabeza y quiso restarle importancia con una sonrisa.

–No es nada, estaba un poco distraída en la cocina y jugando con un cuchillo me he clavado la punta.

–Voy a ver si es profundo. –Saira dejó que Laura le subiera el pantalón para observar la herida–. Es cierto, no es nada. Ni siquiera necesitas un punto.

–¿Te encuentras mejor?

Laura asintió. Antes de salir de la habitación, se volvió hacia la chica y le dijo:

–Hoy hace treinta y cinco años que murió mi hermana. Siempre que llega este día la recuerdo. Y entonces le digo, allá donde quiera que esté, que yo estoy viviendo por ella, por nosotras dos.

–Podría haberte acompañado al cementerio. Sabes que no me importa.

–Lo sé, pero quería que te concentraras en los exámenes. Últimamente has estado muy nerviosa. –Fue a cerrar la puerta, aunque se acordó de a qué había subido–. ¡Ah!, por cierto, ha llamado Pablo. Me ha dicho que lo llames cuando puedas.

Saira se incorporó en la cama y en sus labios asomó una media sonrisa. Miró su móvil y advirtió que tenía tres llamadas perdidas suyas.

–Ahora lo llamo.

–Te esperamos para cenar.

–No tardaré, lo juro. Solo será un momento...

–Sí, me conozco tus momentos –aseguró Laura riendo.

Saira escuchó hasta tres bips antes de que Pablo contestara.

–Buenas noches, Saira. –Su tono era alegre.

–Hola, Pablo. ¿Qué tal los exámenes de selectividad?

–Han ido mejor de lo que esperaba. En unos días me dan las notas. Ahora estoy libre para ayudarte con tus estudios.

–¿Me ayudarías? –Era una pregunta sin fundamento, ya que llevaba bastante bien el temario.

–Solo tienes que pedírmelo; pero, por si acaso, me ofrezco. No vas a encontrar a nadie que te cobre tan barato como yo.

–¡Ah! ¿Pensabas cobrarme?

Pablo soltó una carcajada. Su risa era limpia.

–No lo sé... solo aceptaría que me pagaras si después no quisieras que te invitara a cenar. Te ofrezco un trato inmejorable. –Pablo se calló unos momentos y después dijo–: Ya sabes, una cena informal, como por ejemplo en un...

–¿McDonald's? ¿Serías capaz de llevarme a un McDonald's?

–Sería capaz de llevarte a donde tú quisieras. Elige el lugar y yo te invito.

Saira cerró los ojos y se tumbó en la cama; estaba como en un sueño. La voz de Pablo era grave y parecía acariciar sus oídos desde el otro lado del teléfono.

–Está bien, pensaré adónde me gustaría que me llevaras. –Su voz se quebró.

–¿Te pasa algo? Te noto un poco... ¿cansada, quizás?

Saira dudó unos segundos, suspiró y al final optó por contarle todo lo que había sucedido con Isabel en esas cuatro semanas y el acoso que estaba sufriendo por parte de Sebas.

–¿Por qué no me habías comentado nada? –preguntó Pablo con un tono más serio del que solía utilizar después de que ella se desahogara.

–Porque creía que podría solucionarlo sola... y porque no sé... –Evitó decirle que no tenían una relación tan seria como para eso; solo eran amigos que estaban conociéndose.

–Me gustaría que la próxima vez pensaras en mí para cualquier cosa.

El corazón de Saira comenzó a golpearle fuertemente el pecho. Nunca se había sentido tan viva.

–Pablo, ¿por qué me dices esas cosas?

Él no dudó en contestarle:

–Porque me importas y porque soy feliz desde que estás en mi vida.

CAPÍTULO ONCE

Aquella noche, Saira se fue a la cama con una sonrisa en los labios. Aun así, no lograba olvidar la mirada de Isabel cuando se marchó de su habitación dando un portazo. Antes de apagar la luz estuvo leyendo un rato un libro que rescataba cuando tenía muchas cosas en la cabeza: *Orgullo y prejuicio*, una de las novelas que más la habían impactado.

Sonreía mientras recordaba algunas de las escenas más emocionantes de esa historia de amor. Suspiró antes de dejar el libro en la mesilla. El señor Darcy era un personaje que le gustaba, así como Elisabeth. En alguna ocasión había soñado que se parecía a ella y que tenía la misma fuerza para enfrentarse al mundo. Sin embargo, la realidad era bien distinta, pues cada día suponía un gran reto. Tenía que esforzarse mucho por hacerlo bien y no defraudar a nadie.

Antes de cerrar los ojos, sintió un pinchazo en el muslo al darse la vuelta en la cama: la herida le dolía con el roce de las sábanas. A su mente volvió la imagen de Isabel, loca de rabia y diciendo que, si no se hubiera entrometido, todo habría salido bien con Sebas. Presionó fuertemente con un dedo, hurgando en el corte. El dolor se intensificó y las palabras de Isabel cayeron en un pozo negro, como su angustia.

Pronto su respiración se calmó y soñó con Mariam. Hacía tiempo que su hermana no aparecía en sus sueños. Mariam estaba en la cocina de Kabul echando unos leños a la estufa para calentar agua con la que preparar *chai*. Se reían y hablaban como si el tiempo no hubiera pasado. Era un día de verano espléndido, sin nubes en el cielo. Saira no había crecido y Ramin no había aparecido en sus vidas. Mariam llevaba un vestido blanco holgado y su melena negra le caía hasta media espalda. Bahar estaba en el patio de atrás dando de comer a las gallinas y el abuelo había salido al mercado. De repente, la luz de la cocina fue apagándose, como si estuviera anocheciendo. A través de la ventana, Saira vio aparecer a Ramin y cómo con él llegaba la oscuridad a aquella casa.

Oyó graznar a un cuervo posado en la rama raquítica del tronco de un árbol seco. Se volvió hacia Mariam para que huyera con ella hacia la base militar donde se encontraba Laura, pero, por más que le gritara a su hermana, esta parecía no oírlo. La zarandó para que la mirara a la cara, pero su pelo le cubría por entero el rostro. Trataba de apartarle el cabello, sin conseguirlo, y su boca y su garganta estaban cada vez más secas de tanto gritar. La melena de Mariam se fue tornando del color de la sangre hasta manchar la camisa blanca de Saira. Pero lo peor fue que la imagen de su hermana comenzó a desdibujarse y Pablo apareció en aquella cocina que era cada vez más pequeña. Ramin, con las tijeras de Saira en una mano, se acercaba a Pablo por la espalda. Saira contuvo la respiración porque Ramin apenas hacía ruido y Pablo no era consciente del peligro que se cernía sobre él. Y Saira gritaba el nombre de Pablo sin parar, pero, como en el caso de su hermana, no pudo hacer nada cuando Ramin le clavó las tijeras en la espalda. Encogió la cabeza de manera instintiva cuando Pablo cayó de rodillas al suelo. Lo último que escuchó de sus labios fue:

–Tendrías que habérmelo dicho. Yo te habría ayudado... –Su voz se quebró como una copa de fino cristal.

Saira se despertó bañada en sudor y con un grito alojado en su garganta. Abrió la ventana para que entrara el relente de la noche. Poco a poco, la humedad fue bañando su cuerpo sudoroso, y se cubrió con una camiseta de manga larga para no enfriarse. Se sentó en una silla para ver cómo amanecía. Hacía tanto tiempo que no contemplaba un amanecer, que no le importó quedarse despierta media noche. Volvería a leer *Orgullo y prejuicio*.

A las siete de la mañana se fue a la ducha. Laura y Juanjo ya se habían levantado y se los oía reír en la cocina. La casa olía a café recién hecho y a pan tostado. Cuando llegó al piso de abajo, Juanjo abrazaba a Laura y ella tenía la cabeza recostada sobre el hombro de su marido. Hacía unos días que Laura ya no utilizaba un pañuelo para cubrirse la cabeza. El cabello había comenzado a crecer y deseaba volver otra vez a la rutina.

–Buenos días –saludó Saira sentándose a la mesa–. ¿Hay algo que celebrar?

–Sí, en unos días tendremos noticias de la agencia de adopciones. Es el último trámite que nos queda.

Laura y Juanjo llevaban siete años casados, pero vivían juntos desde que ambos tenían veinticinco años, prácticamente desde que se conocieron. Después de tres años intentando tener hijos y hacerse todo tipo de pruebas, descubrieron que Juanjo tenía una baja producción de espermatozoides. Aquel contratiempo no los desanimó a la hora de querer ser padres, y al final decidieron acudir a una agencia de adopción. Tras años de lucha y muchas decepciones, estaban muy cerca de ver cumplidos sus sueños.

–¡A ver si son buenas noticias! –Saira había cogido una tostada, que untó con mantequilla y mermelada de fresa.

–Ya nos toca, ¿verdad? –comentó Juanjo sirviéndose una taza de café–. Vamos a tener nuestro propio hijo.

Saira evitó mirar a Laura a los ojos. Se la veía feliz y radiante, pero el comentario de Juanjo era cierto; ella no podía considerarse hija suya. Sintió celos por ese niño que le quitaría el cariño de Laura y de Juanjo. Tras darle tres mordiscos a su tostada, levantó la mirada del plato y se encontró con la mano de Laura apoyada sobre la suya.

–Vamos a necesitarte para cuidar de ese niño. Nada va a cambiar en esta casa.

–Lo sé –mintió con una sonrisa en los labios, pero sentía un nudo en la garganta.

–Es más, sabes que te dejaremos ponerle el nombre –comentó Laura, y apretó la mano de Saira con suavidad–. ¿Qué dices? Serás como una hermana mayor...

Como Mariam lo fue con ella, pensó. Pero ¿sabría estar a la altura? Todo el mundo confiaba en que sería así, salvo ella. Después de lo ocurrido la tarde anterior, dudaba que fuera la mejor hermana que pudiera tener ese niño. Había defraudado a su mejor amiga y durante un mes había dejado que se metiera en la boca del lobo.

–¿Me estás diciendo que no podré ponerle a nuestro hijo el nombre de mi tío abuelo, Saturnino, en el caso de que sea un niño? –le espetó Juanjo frunciendo el ceño, como si estuviera molesto.

–¿Tú qué opinas, lo dejamos por imposible? –le preguntó Laura a Saira soltando una carcajada. Y a Juanjo–: ¿Acaso quieres que nuestro hijo sea el rarito de la clase desde el primer día? Nosotras queremos algo más normalito, como por ejemplo...

Laura le hizo un gesto a Saira para que continuara ella.

–Bruno, Samuel o Lucas. Y si es una niña –se mordió los labios–, si es una niña me gustaría que se llamara Mariam, aunque si no os apetece podríais llamarla Elvira o Yolanda, como tu hermana...

–Mariam sería el nombre apropiado para nuestra hija, ¿verdad, Laura? –La mano de Juanjo se posó sobre el hombro de Saira.

Laura asintió.

–Yo, al menos, confío en el criterio de Saira –afirmó.

Tras el desayuno, Juanjo comenzó a apresurar a Saira, como todas las mañanas. Faltaban veinte minutos para la primera clase del día. Saira cogió su mochila, se puso brillo en los labios después de lavarse los dientes y le dio a Laura un beso de despedida.

–Recuerda que hoy he quedado para comer con Pablo –dijo en la puerta de la calle–. Voy a estudiar a su casa y luego me traerá de vuelta.

Laura, apoyada en el marco de la puerta y con los brazos cruzados, siguió los pasos de Saira hasta que llegó al coche. Ya no era una niña y poco a poco necesitaba su propio espacio. A pesar de que Saira le había dicho infinidad de veces que no le interesaban los chicos, salvo Fabián, Pablo parecía distinto de los chavales que había conocido.

–¿Cómo van los exámenes? –le preguntó Juanjo en el coche de camino al colegio–. Los profesores me han comentado que Isabel ha bajado bastante este trimestre. ¿Os ocurre algo? Hace tiempo que no pasamos por su casa.

–Sí, no es nada grave. –Saira chasqueó los labios–. Isabel se ha enfadado un poco con Fabián y conmigo por tonterías.

–Espero que sean solo eso, tonterías. Si pasara algo, me lo contarías, ¿verdad? Estáis en una época un poco difícil.

Juanjo no podía evitar hacer de profesor fuera del colegio. En casa podía ser muy bromista, pero adoraba su trabajo y se tomaba muy en serio su papel como director.

–Claro. De momento no ha pasado nada que no podamos solucionar –afirmó mirando la carretera.

Fabián esperaba a Saira en la puerta del colegio. A su alrededor, algunos compañeros de clase hablaban sobre la noticia del día. Todo el mundo sabía que Sebas Lozano era un maltratador y que necesitaba ayuda. Twitter podía ser un arma de doble filo que Fabián sabía utilizar en su beneficio cuando quería.

Antes de entrar en clase, Isabel pasó como alma que lleva el diablo por delante de Saira y de Fabián sin dignarse mirarlos a la cara. Saira sintió una opresión en el pecho y, no obstante, corrió hacia ella.

–Isabel, espera, quiero hablar contigo.

–Ya es un poco tarde para eso. –Continuó caminando sin ni siquiera mirarla.

–¿Y cuándo querías que te lo dijera? Este mes no has tenido ni un solo minuto para hablar conmigo. ¿Cuántas veces te he llamado por teléfono y siempre has estado ocupada? –trató de justificarse.

–Has sido tú, ¿verdad? –Se volvió hacia Saira. Apretaba los dientes y los puños con rabia y su mirada era capaz de incendiar lo que se le pusiera por delante-. ¡Tú eres QueenTwi y has dicho que Sebas es un maltratador! Mi padre ha leído todos esos mensajes y está pensando en tomar medidas contra él... ¿Por qué lo has hecho? Me has jodido a base de bien. Sebas me ha dicho que todo lo que me dijo no era cierto... y que le dé tiempo. Me quiere.

–No, no te quiere, Isabel. Y tampoco he sido yo quien ha escrito ese mensaje, pero me alegro de que haya servido para desenmascararlo.

–No te creo. Te faltó tiempo para ponerlo en Twitter. Jamás pensé que me hicieras esto.

–Yo no he hecho nada, Isabel, aunque, si yo fuera QueenTwi, habría hecho lo mismo, y más sabiendo que Berta contaría lo de tus fotos.

Isabel giró sobre sus talones para alejarse de Saira.

–Eres una mentirosa –repuso Isabel con acritud.

–Siento todo lo que ha pasado entre nosotras.

–Tú siempre tan correcta, tan perfecta, la que no da problemas a nadie. Pues ¿sabes lo que te digo? Olvídame.

Saira se quedó mirándola. Si Isabel supiera que no era tan perfecta como pensaba y

que guardaba un secreto que cada vez la avergonzaba más, quizás la tachara de fraude. No, Saira no era quien decía ser.

Fabián llegó cuando Isabel se encaminaba a los baños. Saira contenía el aliento para no llorar.

–En unos días se le pasará, ya verás.

Saira resopló y, aunque no las tuviera todas consigo, dejó que Fabián tirara de ella hasta el aula. La mañana transcurrió lenta. Ese día solo tenían cuatro horas de clase, pero no hacía más que mirar el reloj. La última clase fue horrible: en varias ocasiones, Isabel le contestó de malas maneras al profesor con la intención de que la expulsara al pasillo, y antes de que sonara el timbre la chica aseguró que no haría el examen previsto para el día siguiente. Sin embargo, el profesor no la expulsó y esperó a que acabara la clase para entregarle una nota.

–Mañana la quiero firmada por sus padres. Por los dos. ¿Lo ha comprendido, señorita Bellido?

Isabel salió de clase a la carrera, echa una furia, y se metió en el baño dando un portazo. Aunque Saira había quedado con Pablo para comer, prefirió seguir a su amiga. Abrió la puerta con cuidado. Isabel estaba encerrada en un compartimento. La oyó llorar y después tirar de la cadena. La llamó, pero no recibió respuesta alguna. Tras un segundo intento, Isabel le pidió por favor que la dejara en paz de una vez.

–¿Quieres hablar conmigo?

–No necesito nada de ti.

La puerta del baño se abrió de nuevo. En el umbral se encontraba Sebas, con el gesto descompuesto. La cerró de una patada y se abalanzó sobre Saira arrastrándola contra la pared.

–¿Qué haces aquí? Tú no deberías estar aquí. –Saira dejó la mochila en el suelo y buscó el móvil en el bolsillo de su pantalón.

Sebas le dio una patada en la mano cuando Saira hizo amago de sacarlo. Ella ahogó un grito. Los dedos le ardían y el dolor la dejó boqueando. El chico la agarró de las muñecas para que no pudiera defenderse y le abrió las piernas para que no pudiera moverse.

–Hola, zorra, al fin estamos a solas tú y yo. Qué ganas te tenía.

Sebas olía a alcohol y a tabaco. Además, le costaba mantener los ojos abiertos y arrastraba las palabras.

–Suéltame –dijo sin pestañear–. Me das asco.

–Eso es porque no me has probado. No voy a soltarte. Dime que no deseabas estar así conmigo.

–O eres imbécil o un masoca. Hace más de un mes que debería haberte quedado claro que no me interesabas. Yo nunca habría salido contigo ni loca, pero ahora mucho menos. Eres un cobarde asqueroso.

Sebas aspiró el perfume de Saira y empezó a darle pequeños mordiscos en el cuello.

–Eso, tú sigue hablándome así, no sabes lo que me pone que me digas que no.

Saira se encogió de hombros para impedir que Sebas siguiera mordisqueándola.

–Si dejar babas y pegar es todo lo que sabes hacer, no entiendo qué ven en ti las chicas.

–Lo mejor lo tengo reservado para ti. ¿No te ha hablado Isabel de lo caballeroso que soy? Ella no es como tú, no la soporto.

–¡Suéltame ya! –gritó Saira–. Isabel es lo mejor que has encontrado en tu vida.

Sebas reprimió un grito, pero no se cortó y le dio un puñetazo en el estómago. Saira boqueó de nuevo y las rodillas le fallaron.

–No me hables de ella. Y no grites. Te prometo que seré bueno contigo...

La puerta del baño donde estaba Isabel se abrió, desconcertando a Sebas, que dio un respingo cuando se encontró con quien menos esperaba. Isabel atizó a Sebas en toda la cara con una carpeta de tapas rígidas que llevaba en una mano. Él perdió por un instante la noción del tiempo, pero enseguida se recompuso y esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

–¿Te unes a la fiesta?

–¿No has oído a mi amiga? ¡Suéltala de una vez, cabrón! –gritó golpeándole de nuevo con la carpeta.

El segundo golpe fue más directo que el primero y dio de lleno en la nariz de la que tanto presumía Sebas. Este soltó a Saira y ella aprovechó para pegarle un rodillazo en la entrepierna que lo dejó fuera de juego, al tiempo que Isabel y ella salían del baño. Ya en el pasillo, lo oyeron gemir y decir:

–Me las pagaréis...

–Está bien, pero que sea con un cheque en blanco. Nosotras ya pondremos la cantidad –repuso Isabel. Miró a su amiga de reojo, pero Saira trataba de recuperar el

aliento—. Lo siento, Saira. —Se derrumbó en un banco—. Me he comportado como una niña pequeña y estúpida. Me daba rabia que tuvieras razón. Por una vez que alguien se fijaba en mí...

—Por una vez me habría gustado estar equivocada.

—Cuando he oído que te ponía la mano encima me ha entrado una cosa en el estómago que... No he podido resistir pegarle un carpetazo —gimió Isabel—. Me alegro de que mi padre sea abogado, porque se le van a caer los calzoncillos al suelo.

Saira quiso reír, pero todavía sentía el puñetazo que le había propinado Sebas y el dolor de su mano era intenso. Isabel volvía a recuperar el humor.

—¿Eso quiere decir...?

—Eso quiere decir que soy una imbécil y que me gustaría que me perdonaras —respondió.

Se abrazaron durante un buen rato. ¡Cuánto la había echado de menos Isabel!

—Siempre hemos dicho que ningún tío rompería nuestra amistad y, a la primera de cambio, me olvido hasta de quién soy —murmuró—. He dejado que un tío nos joda. Prométeme que la próxima vez...

—No habrá próxima vez —la interrumpió Saira—. Antes prefiero darte un carpetazo que dejar que te enrolles con una alimaña como Sebas.

—Y lo mismo haré contigo si sales con un tipejo como Sebas.

—Tranquila, no estoy por la labor.

Isabel miró a Saira sin comprender por qué le decía aquello. Aunque llevaban un tiempo separadas, sabía que su amistad con Pablo era algo más que eso, o por lo menos eso le decían las miradas entre ellos el día que se conocieron. ¿No se había dado cuenta ella? Quizás necesitaba un empujoncito...

—¿Seguro?

Pero, antes de que Saira contestara, vieron a Pablo acercándose por el pasillo acompañado de Fabián. Por lo visto, este estaba poniéndolo al día sobre el tema de Sebas. Pablo se arrodilló ante Saira cuando advirtió que no se encontraba bien. Estaba pálida, temblaba y abría y cerraba la mano para desentumecerla. Supuso que no tenía nada roto porque, aunque estaban un poco hinchados, podía mover los dedos con facilidad. Isabel abrazaba a Saira y le frotaba los brazos como si tuviera frío. Y aunque Saira no quería llorar delante de sus amigos, era lo que más le apetecía.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Pablo al fin–. Deja que te vea la mano.

–Creo que solo necesita un poco de hielo –respondió Saira.

–Iré a buscarlo a la cafetería –se ofreció Isabel.

Pero Saira apenas podía hablar, así que fue Isabel quien relató lo que había pasado en el baño de chicas. Pablo escuchaba procurando no mostrar su enfado; pero, cuando Isabel terminó, se incorporó sin decir palabra en busca de Sebas. Sin embargo, antes de que abriera la puerta, Saira se colocó delante de él y negó con la cabeza para que se marchara y no empeorara la situación.

–El padre de Isabel va a encargarse de él. No merece la pena que te busques un lío por su culpa.

–¿Quieres que se vaya de rositas?

–No. Lo mejor que podemos hacer es ir a buscar a Juanjo para que llame a la policía.

Isabel y Fabián se marcharon en busca de Juanjo y los dejaron a solas.

Pablo le dio un golpe a la pared y soltó un grito. A continuación, la agarró de una mano y la atrajo hacia sí para abrazarla. Aspiró su perfume delicado y cerró los ojos. ¿Qué habría pasado de no haber estado Isabel con ella?, se dijo Pablo. Entonces Saira se permitió llorar lo que no había llorado hasta ese momento. Entre sus brazos advirtió que el corazón de Pablo se calmaba poco a poco, y ella volvió a respirar con tranquilidad.

Cuando Juanjo, acompañado de Isabel y de Fabián, llegó al lavabo de chicas, Sebas estaba tirado en el suelo, inconsciente, y su camisa estaba empapada en sangre. Dedujo que Isabel debía de haberle roto la nariz. Juanjo le tomó el pulso y percibió que su ritmo cardíaco era muy lento.

Pablo y Saira también se acercaron al baño e Isabel le entregó a su amiga una bolsa de plástico con unos cubitos en el interior.

–¿Sabéis qué ha tomado, además de alcohol? –preguntó Juanjo.

Tanto Isabel como Saira negaron con la cabeza. Esta apretaba la bolsa con fuerza.

–Enseguida vendrá la policía para tomaros declaración sobre lo ocurrido. ¿Queréis ponerle una denuncia?

–Sí –contestó Saira.

–Yo también, pero prefiero que esté mi padre delante. Actuará como nuestro abogado –afirmó, refiriéndose también a su compañera.

Saira se volvió hacia Isabel. Eso significaba que tendría que mostrar el vídeo y las fotos que Sebas le había hecho. Pero parecía que estaba dispuesta a ello, después de lo ocurrido en el baño.

–¿Estás segura? –le preguntó Saira.

–Completamente. A Sebas se le va a caer el pelo.

Sobre las dos de la tarde salieron del instituto. El padre de Isabel había llegado con una mujer bastante más joven que él, que tomó notas de todo lo que explicaron las chicas. Además de la policía, también se presentó una ambulancia. El estado de Sebas parecía grave. El médico les contó después que se había tomado una caja de Trankimazin de medio miligramo; encontraron la caja en el bolsillo del pantalón del chico. Tuvieron que hacerle un lavado de estómago de urgencia en el hospital.

También le echaron un vistazo a la mano de Saira. Le pusieron una venda compresiva y descartaron que tuviera algo roto. Tenía los dedos morados y un poco hinchados, nada que no se curara en unos días.

Cuando el padre de Isabel tuvo todos los datos necesarios, se despidió de su hija entregándole dos billetes de cincuenta euros para que se relajara comprándose alguna prenda mona. Isabel los rechazó con un gesto de la mano. Lo que necesitaba no era olvidar lo que había ocurrido, sino que su padre la apoyara. Quería sentir por una vez que este no solo se encargaba de pagarle los caprichos, sino que era algo más que eso. Sin embargo, su padre no lo entendió de la misma manera. Parecían estar en ondas diferentes: el uno en Marte y la otra en la Tierra. El hombre se marchó ofendido porque Isabel no aceptaba su dinero, aunque debió de pasársele enseguida cuando su secretaria le comentó algo al oído, porque ambos soltaron una carcajada impertinente, que le dolió hasta a Saira. La cara de Isabel lo decía todo: para su padre, aquello parecía ser simplemente un caso más.

Pablo los invitó a comer a su casa, pero tanto Isabel como Fabián rechazaron la oferta.

–Preferimos ponernos al día –comentó Fabián empujando a Saira para que se metiera de una vez en el coche de Pablo–. Isabel tiene que contarme algunas cosas.

–Como queráis, pero me gustaría que vinieseis.

–Otro día, quizás –respondió Isabel.

Esta vez, Pablo traía el Seat Toledo que compartía con su primo. Antes de poner música le preguntó a Saira si le apetecía escuchar algo en concreto.

–Sí, ¿tienes algo de Alicia Keys?

–Tengo un concierto grabado. Creo que está en la guantera.

Durante buena parte del camino estuvieron escuchando música. Pablo la miraba de vez en cuando, pero no se decidía a hablar. Antes de entrar en Valencia, Pablo comentó:

–Tengo una sorpresa en casa para ti.

–¿Para mí? ¿Y eso? –se sorprendió Saira.

–Bueno, en realidad es una tontería, pero creo que te gustará.

–¿De qué se trata?

–Me he pasado toda la mañana cocinando un plato típico de tu país. Espero que te guste. He seguido una receta que encontré en Internet.

–Seguro que sí... *Mamnunam*.

–¿Eso significa «gracias»?

–Sí. ¿Lo has hecho tú solo o has tenido ayuda?

Pablo dudó unos instantes antes de contestar, pero al final reconoció que su tía lo había ayudado un poco.

–De todas maneras, te lo agradezco. Es un gesto precioso por tu parte.

Pablo encontró aparcamiento enseguida. Estaba un poco nervioso y se le cayeron las llaves al suelo cuando fue a abrir la puerta de su casa. El edificio no tenía portero y el portal y la escalera no resultaron ser tan elegantes como los del edificio de la Alameda de sus tíos, aunque a Saira no le importó. Subieron hasta el último piso por las escaleras. Desde la entrada se olía la cúrcuma que Pablo había utilizado para el guiso de pollo.

Pablo le enseñó el pequeño estudio en el que su tío vivía antes de casarse con Cristina. Era un piso pequeño y acogedor. Tenía dos habitaciones; una de ellas, la más pequeña, la utilizaba como despacho y biblioteca. Además, contaba con una cocina americana y un baño con ducha. Desde el comedor-cocina se accedía a una terraza llena de macetas con flores y con dos hamacas, que era un poco más grande que la casa. El tío de Pablo había decorado el piso alternando piezas antiguas con otras de diseño. En una pared había un armario chino lacado en rojo junto a una *chaise longue* de Le Corbusier. Saira admiró los detalles de las habitaciones, desde unas acuarelas de Miquel Barceló hasta un centro de flores que había en la barra de la cocina. Nunca había imaginado que Pablo vivía en un sitio tan cuidado.

–Tu tío tiene muy buen gusto –comentó pasando la mano por el mueble del baño, también lacado en rojo.

–En realidad, esta reforma fue idea mía, aunque me ayudó mi tía. Casi todos los

muebles que ves los compré con el dinero que me dejó mi padre al morir.

–No sabía que te gustaba la decoración.

–Sabes muy pocas cosas de mí. Mi padre era anticuario y a menudo lo acompañaba en sus viajes de trabajo. He ido con él en muchas ocasiones y he visitado casi todos los grandes museos europeos.

Saira se encontraba tan a gusto que esperaba que Pablo siguiera hablando de esas cosas que ella no conocía.

–He pensado que podríamos comer en la terraza. He puesto el toldo y a estas horas el sol ya no pica tanto.

Pablo había preparado una mesa con una vela en el centro y un mantel rojo de hilo. A ambos lados de la mesa había un plato de porcelana blanca con los bordes de color burdeos, una servilleta encima, del mismo color que el mantel, dos copas y unos cubiertos.

–Me siento como una princesa –afirmó Saira.

–Es lo que te mereces.

Se miraron a los ojos, pero Saira apartó la vista cuando sintió que se ruborizaba. Pablo tuvo el impulso de acariciarle la mejilla, pero no se atrevió por miedo a ser rechazado.

–Deja que te ayude a poner los platos.

–No, hoy eres mi invitada. Por favor, deja que sea yo quien te sirva.

Saira se encogió de hombros. En su país era impensable que un hombre sirviera a una mujer. Cada cual ocupaba su sitio y resultaba muy difícil luchar contra esas normas. Pero, como no estaban en Kabul, Saira dejó que fuera Pablo quien se ocupara de aquella tarea. Antes de comer, Saira aspiró el aroma de las especias; desde muy pequeña se sentía atraída por ellas.

Pablo esperó a que fuera la chica quien se decidiera a probar el plato.

–¿Te gusta?

–Está bueno –contestó Saira–. Se parece al que hacía mi madre.

–Eso es todo un halago.

Pablo se relajó. La primera prueba estaba superada. A Saira le gustaba la comida que le había preparado y eso suponía un gran reto. Cuando acabaron, Pablo trajo de la cocina un

bizcocho de chocolate, dos platos pequeños y dos boles para servir helado. Sacó de dos variedades, de chocolate y de vainilla con nueces de macadamia. Saira probó los dos sabores junto al bizcocho.

–¿Sabes que hasta los ocho años no probé el chocolate? Y quizás nunca lo hubiera hecho de no ser por Mariam.

Pablo advirtió que siempre que hablaba de su hermana su mirada se teñía de tristeza y se le quebraba la voz. No quiso preguntarle nada sobre ella; esperaría a que fuera Saira quien se decidiera a hacerlo.

–Yo soy adicto al chocolate negro, y, cuanto más amargo, mejor. Todas las noches me como unas cuantas onzas antes de dormir. Me gusta comerlo junto a un buen libro.

–¿Cómo puedes mantenerte tú solo si no trabajas? –Saira saboreaba lentamente cada cucharada de helado.

–Mi padre me dejó bastante dinero y de vez en cuando ayudo a mi tío. Este verano me iré con él a Kenia. Además, mi tía siempre me pasa algo todos los meses, ya sabes, para gasolina, los gastos del piso y la ropa.

–¿Y no tienes conflictos con tu primo?

–No. Sergio es casi un hermano mayor para mí. Me saca cinco años y le quedan pocas asignaturas para terminar la carrera de Medicina. De pequeños ambos queríamos ser médicos.

–Qué casualidad que estudiéis lo mismo.

–En realidad es culpa de mi tío. Si no estudiábamos Medicina nos desheredaba.

Saira no supo calibrar aquel comentario; no sabía si estaba hablando en serio o bromeaba.

–Ja, ja, ja –rió Pablo–, es una broma. Supongo que es cuestión de genes o de vete a saber qué, pero tanto Sergio como yo hemos querido ayudar a la gente desde que tenemos uso de razón.

–Sois un poco idealistas, ¿no?

–No viene mal en este mundo tan terrenal.

Pablo hacía verdaderos esfuerzos por no parecer un imbécil delante de Saira. Se obligaba a apartar la mirada de vez en cuando para no molestarla. Sin embargo, lo que le apetecía era no dejar de mirarla, estudiar cada gesto, cada mueca. Le habría gustado levantarse y abrazarla, y descubrir el tacto de su pelo, que suponía que sería como la seda.

Se perdería en ella, en sus besos, y el mundo podría acabarse que a él no le importaría.

Tras una sobremesa plagada de bromas, Saira se ofreció a preparar el café y Pablo se dispuso a fregar los platos.

La cocina era pequeña y, aunque cada uno ocupaba un espacio, terminaron tropezando. Pablo la miró con intensidad y se acercó a ella para fundirse en un cálido beso. Saira se quedó bloqueada. Le gustó sentir los labios de él, pero de repente le entró miedo. Comenzó a temblar y a faltarle la respiración. Recordó a Mariam; la vida era muy injusta por permitirle a ella disfrutar de lo que Pablo le estaba brindando.

El chico se separó al notar que algo no iba bien. Saira no correspondía a su abrazo.

–Siento si te he molestado, pero no puedo ocultártelo más tiempo. Me gustas mucho... No quiero ser solo tu amigo.

Saira cerró los ojos y negó con la cabeza. El amor no era fácil. En ese momento, Saira fue consciente de que no era la persona que le convenía a Pablo. Le causaba pavor pensar qué diría Pablo cuando supiera su pequeño «secreto». ¿Cómo respondería él? Y sintió la necesidad de calmar esa ansiedad con algo punzante, un cuchillo, unas tijeras o una espina de las rosas del centro de flores que había en la barra de la cocina. Prefería terminar en ese momento que estar jugando al gato y al ratón, con el «ahora sí, ahora no», como hacían algunas de sus compañeras de clase. Al menos le debía eso a Pablo.

–Por favor, Pablo. Creo que te equivocas conmigo. No soy la persona que te conviene.

–Deja que sea yo quien decida eso –respondió Pablo.

Saira bajó los hombros y dejó que su mirada vagara sin rumbo por la cocina.

–No, Pablo, lo sé. Al final tú también te cansarás y te irás, como se fue Mariam...

–¿De qué voy a cansarme? ¿De quererte? –Pablo trató de que Saira lo mirara a los ojos. Necesitaba ver en ellos que no sentía nada por él–. ¿De estar a tu lado cuando me necesites? Si piensas eso de mí estás muy equivocada.

Cada palabra que pronunciaba Pablo era peor que un latigazo, pues deseaba decirle que sí, que confiaba en él para que la ayudara, y sin embargo había algo que la ataba al dolor, a rechazarlo.

–No, Pablo, no me equivoco. –Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas–. Siempre pasa lo mismo. Mariam, el abuelo... me prometieron que estarían conmigo. Y además... Mariam...

Pablo se encogió de hombros.

–Tú no eres Mariam...

–No, y no es justo que fuera ella quien muriera –lo interrumpió Saira con un grito seco.

–¿Y qué tiene que ver Mariam con esto? –se preguntó Pablo moviendo los brazos.

–Todo, ojalá ella estuviera aquí.

–Tampoco sería justo que fueras tú quien ocupara su lugar. –La voz de Pablo se suavizó después de que Saira diera unos pasos hacia atrás–. Cuando te des cuenta de lo especial que eres, podrás hacer magia con tu vida. A mí ya me has hecho feliz.

Saira alzó la mirada. Las lágrimas cubrían sus ojos y veía a Pablo como si estuviera detrás de un velo. ¿No sería acaso parte de un sueño? Era lo mismo que le había dicho Laura en Kabul. Hacer magia. ¿Cómo se hacía? ¿Había algún conjuro que pudiera aplicar a su vida? ¿Algo así como: «Abracadabra, que tus preocupaciones se conviertan en ilusiones»? Eso ocurría en los cuentos, no en la vida real.

–¿Es que no lo entiendes? –se justificó Saira–. Yo no sé hacer nada de eso que dices.

–Lo que entiendo es que tú tienes elección, cosa que ni Mariam ni tu madre tuvieron. Eran ellas las que no podían elegir, no tú. ¿Vas a quedarte en el pasado y sentir pena una y otra vez por algo de lo que tú no tienes la culpa? Tú puedes cambiar tu vida.

Saira salió de la cocina. Sentía que le faltaba la fuerza necesaria para rechazar a Pablo. Fue a la terraza y caminó hasta el muro que la separaba del vacío. Se agarró al borde para no dejarse caer al suelo, para no derrumbarse.

–Yo quería cambiar el mundo –dijo Saira cuando notó a Pablo a sus espaldas.

–Para cambiar el mundo primero tienes que cambiar tú. Dime, ¿de qué tienes miedo?

«De no ser lo que esperas, del amor, miedo a que te vayas y me abandones», quiso decirle, pero solo alcanzó a susurrar:

–Tengo miedo de ti.

–Saira, mírame –repuso Pablo. Estaba tan cerca de ella que podía escuchar su respiración agitada. Saira se dio la vuelta con temor–. Toma mi mano... cógela sin miedo, sabes que nunca te haría daño.

Ella dudó. Pensó que se iría al suelo en cualquier momento.

–Llévame a casa. –Y no dio opción a que Pablo replicara.

El chico contuvo la respiración y abrió los ojos desmesuradamente, pues era la respuesta que menos esperaba.

–Como quieras –dijo llevándose las manos a los bolsillos y dejando que Saira pasara por delante de él sin poder hacer lo que más deseaba: abrazarla.

De camino al coche, Pablo repasó mentalmente una y otra vez lo que había sucedido en la cocina. No entendía nada. ¿Había interpretado mal los gestos de Saira? Creía que ella también deseaba un beso. Condujo en silencio y, al igual que ella, contuvo las lágrimas. Puso un disco recopilatorio con varios artistas. Cinco canciones después sonó *I want to hold your hand* en la versión de la película *Across the universe*.

*Oh yeah, I'll tell you something
I think you'll understand
When I'll say that something
I wanna hold your hand
I wanna hold your hand
I wanna hold your hand
Oh please, say to me
You'll let me be your man
And please, say to me
You'll let me hold your hand
Now let me hold your hand
I wanna hold your hand
And when I touch you I feel happy inside
It's such a feeling that my love
I can't hide, I can't hide, I can't hide...*^[25]

Y ella tampoco debería ocultarlo, se dijo cuando escuchó ese fragmento de la canción. Solo tenía que alargar una mano para entrelazar sus dedos con los de Pablo, dejarse llevar por una vez... Pero no podía olvidar que parte de lo que ocurrió la noche en que perdió a Mariam fue culpa suya. Tendría que haber aceptado su destino y haberse casado con Ahmad, como había pactado Ramin. Ahora, por mucho que quisiera, no podía cerrar los ojos al pasado como si nada hubiese ocurrido. Quería una nueva vida, pero no a cambio de la de su hermana. Además, ya había defraudado a la persona que más había querido, y seguro que con Pablo sucedería lo mismo si seguía a su lado.

Esta vez Saira no miró la aguja que marcaba el límite de velocidad, pues sabía que

Pablo estaba retrasando el momento de la despedida, y en cierta manera ella también lo deseaba. Esperaba que ocurriera algo que la hiciera cambiar de opinión, pero no sabía qué.

–¿Sabes? No tienes por qué romper con el pasado. Yo no quiero olvidar lo que me ha ocurrido, porque gracias a eso soy quien soy.

–Para ti es muy fácil –contestó Saira.

–En eso te equivocas. Tampoco es fácil para mí... en realidad, para nadie. No sé por qué, pero tengo la sensación de que te gusta bailar sola los compases que te va marcando la vida. Y pasas de puntillas, como con miedo a levantar la voz y decir: «¡Eh, estoy aquí, soy Saira!».

–Es la mejor manera de vivir.

–¿Y piensas que así nadie va a herirte? Entonces te deseo mucha suerte.

Saira quería darle la razón, sabía que en el fondo era cierto lo que Pablo le había dicho. Estaba dejando pasar el tren que siempre había querido coger. La campana anunciaba el último aviso y, por más que lo intentara, no conseguía subirse al vagón.

–¿Y qué tiene de malo no necesitar a nadie?

–Eso no es posible.

–¿Es que no entiendes que no quiero defraudar a nadie?

La última curva antes de llegar a la casa de Saira fue la más dolorosa. Pablo detuvo el coche; no quería rendirse tan pronto. ¿Qué le estaba ocultando y por qué no era del todo sincera con él?

–Deja que esté a tu lado, que te quiera... sé que ahora no lo ves claro, pero no tengas miedo, por favor. Voy a estar junto a ti cuando abras los ojos.

–De verdad, tu vida sería más sencilla sin mí.

–Bueno, a mí me gustan los retos. –Pablo esbozó una media sonrisa–. Mi vida tampoco ha sido sencilla.

–Dame tiempo.

–¿Eso es un no para que te deje ir?

–No lo sé. –Saira dejó caer los hombros.

–Ya sabes dónde estoy... –replicó Pablo.

Saira abrió la puerta y, en el último momento, se dio la vuelta. Quiso acariciar su mejilla y volver a probar sus labios, pero ya no era posible. Pablo advirtió un brillo en su mirada y albergó la esperanza de que hubiera cambiado de idea.

–Pablo... lo siento.

–Yo también siento que esto no salga como esperaba –contestó cerrando los ojos–. Saira, mi mano sigue abierta, no lo olvides cuando entres por esa puerta, y tampoco mañana. ¿Me harás ese favor?

Saira asintió sin querer mirar atrás. Cerraría esa puerta con llave y no volvería a abrirla. ¿Cómo había sido tan imbécil de pensar que Pablo solo quería ser su amigo? Pensaba que podía controlar sus emociones y no dejarse atrapar por la trampa del amor. Ella no creía en eso... o sí. Su corazón le dictaba algo muy distinto de lo que su mente le ordenaba.

Al llegar a casa, vio a Laura en la cocina preparándose una infusión en el microondas. Saira la saludó desde la puerta. Había estado unos minutos llorando en el jardín antes de entrar. No quiso subir a su habitación inmediatamente, pues no deseaba asustar a Laura. Ya había tenido suficientes emociones con Sebas ese día como para contarle que había rechazado a Pablo y que no estaba segura de lo que quería.

–Has regresado antes de lo que esperaba.

–Sí, Pablo tenía cosas que hacer –comentó Saira con un hilo de voz.

Laura se acercó a ella.

–¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado con Pablo?

Saira no quería hablar; no estaba con ánimos para explicarle lo que había pasado esa tarde. Quizás Laura trataría de convencerla de que se había equivocado y de que debería darle otra oportunidad.

–Laura, ahora no me apetece hablar. ¿Lo dejamos para otra ocasión?

La mujer no quiso insistir. Sabía que Saira tenía momentos en los que, por más que quisiera, no soltaba prenda. La dejaría tranquila un rato y más tarde le preguntaría qué había ocurrido.

Lo primero que hizo Saira cuando entró en su habitación fue tumbarse en la cama. Ni siquiera encendió el ordenador para mirar sus mensajes ni para conectarse al Messenger. Apretó los dedos magullados para no pensar en Pablo. Era cierto que un dolor tapaba otro mayor.

Hacía apenas diez minutos que había llegado a casa cuando escuchó el *Waka Waka*

de Shakira, el tono que utilizaba para cuando llamaba Isabel. Dejó que sonara varias veces hasta que, de tanto insistir, apagó el móvil. Tenía la impresión de que si respondía le contaría cómo le había ido la tarde con Pablo. ¿Y qué iba a decirle? No había nada que contar, solo que había dado carpetazo a «algo» que podría haber sido.

No quería pensar más en el asunto. Había tomado una decisión y quería mantenerse firme. Además, al día siguiente tenía el último examen de matemáticas. No quería bajar del sobresaliente. Durante dos horas estuvo repasando ejercicios y buscando información en Internet. Cuando le surgía alguna duda, investigaba hasta dar con la solución al problema. Las matemáticas resultaban fáciles, las ecuaciones solo eran fórmulas. ¡Si eso mismo pudiera trasladarse al amor, no le daría tantas vueltas a la cabeza!

Después de un rato mirando la pantalla decidió conectarse al Messenger. Tuvo un escalofrío cuando vio el estado de Pablo: «*I miss you ♥*».^[26]

–Yo también –contestó.

Y, como si algo en su interior explotara, cogió unas tijeras y apretó muy cerca del corte que tenía en el muslo. Como tantas otras veces, no miró cuando sintió que un poco de vida se le escapaba por la herida.

Laura entró en la habitación en ese momento. Saira estaba de espaldas y parecía que no la había oído. La mancha roja que cercaba la silla de la chica la alertó.

–Saira... ¡Oh, Dios mío! Pero ¿qué te ocurre, Saira?

Era tanto el dolor, que no lo soportó más; las tijeras ya no la aliviaban. Tomó aire antes de contestar:

–Laura, lo siento, te he defraudado...

–No, cariño, estoy muy orgullosa de ti. –Laura sacó un pañuelo limpio de su bolsillo para presionar la herida.

–Necesito ayuda –dijo con dificultad.

En aquel instante, la magia se produjo. Suspiró con alivio. Esas eran las dos palabras que se resistía a pronunciar.

–Estoy aquí. Coge mi mano. Vamos a superar esto como lo hicimos la otra vez.

25. «Oh, sí, voy a decirte algo / Creo que lo entenderás / Cuando te lo diga / Quiero coger tu mano / Quiero coger tu mano / Quiero coger tu mano / Oh, por favor, dime / Que me dejarás ser tu hombre / Y, por favor, dime / Que me dejarás coger tu mano / Déjame

coger tu mano / Quiero coger tu mano / Cuando te toco, me siento tan feliz / Es una sensación tal que no puedo ocultar mi amor / No puedo ocultarlo, no puedo ocultarlo...»

26. «Te echo de menos.»

CAPÍTULO DOCE

Tras encontrar a Saira con una herida en el muslo, Laura corrió a por su maletín. Esta vez, como la anterior, el corte no había sido profundo, pero necesitaba dos puntos de sutura. Saira no apartó la mirada mientras Laura trabajaba con la aguja. Había algo hipnótico en ver cómo el hilo salía de su piel. Reconoció entonces que estaba enganchada al dolor más de lo que le hubiese gustado. Y esta vez la recaída había sido mayor que cuando era niña. No había sido normal no sentir dolor cuando Laura le dio el primer punto. Incluso experimentó un poco de placer. Lo que realmente le dolía era la opresión que crecía en su pecho.

–Estoy cansada... y triste –dijo Saira cuando Laura terminó, y miró al suelo.

–¿No te has parado a pensar que eso es mejor que no estar de ninguna manera? –le contestó.

–No sé cómo enfrentarme a esto... creo que nunca voy a ser feliz.

–Los adolescentes tendéis a dramatizar demasiado. –Laura no pudo eludir una sonrisa–. Mírame a mí, me considero feliz.

–Es que es muy difícil.

–Les prestas más atención a aquellos que se fueron que a los que estamos aquí y nos preocupamos por ti.

No pretendía ser un reproche, aunque Saira la miró con dureza. No obstante, se relajó cuando Laura le acarició la melena.

–Tienes que pasar página de una vez por todas –siguió hablando Laura–. Es la única manera de superar el dolor. Yo lo hice... y eso no quiere decir que no me acuerde de ella.

Saira hundió el rostro entre las manos. Había tocado fondo. Laura la dejó llorar, desahogarse. Le vendría bien echar todo lo que había acumulado durante años. Esperó a que fuera Saira quien volviera a hablar. Tras unos minutos de silencio, buscó la mirada dulce de Laura.

–He rechazado a Pablo.

Laura pensó la respuesta antes de contestar.

–Eso, como casi todas las cosas en esta vida, tiene solución. –Le limpió las lágrimas con un pañuelo de papel–. Ya sabes qué es lo único que no se puede enmendar. No podemos luchar contra la muerte, así que no remes a contracorriente.

Saira se cubrió el pecho con los brazos. Estaba temblando, aunque la temperatura en

la habitación era de unos veintidós grados. Laura alargó un brazo para coger la manta de colores que la abuela Elvira le había hecho a ganchillo. Pero no fue que quisiera abrirla lo que Saira agradeció, sino el abrazo firme de Laura. A su lado se sentía capaz de afrontar cualquier cosa.

–Me gustaría parecerme más a ti, a Mariam, y ser tan fuerte como vosotras.

–Es un halago que me digas eso, pero a mí me gustas como eres. Has sido muy valiente al pedir ayuda. Hoy has dado un paso más en tu recuperación.

–No te entiendo –dijo aferrada a la manta.

–Si has vuelto a recaer en la autoagresión es porque aún te sientes culpable por lo que ocurrió en Kabul –le explicó–. Eras una niña de apenas nueve años que no tenía poder de decisión. ¿Cómo enfrentarte a molinos tan altos tú sola? Era imposible. No puedes estar segura de que tarde o temprano Ramin no acabara con la vida de tu hermana. Dime, ¿cómo lo habrías impedido cuando te hubieras casado con Ahmad?

–Pero no fue eso lo que ocurrió –se justificó Saira.

–Ya, pero no permitas que la vida de tu hermana no tenga valor. Juegas al límite de la vida, de tu vida.

Saira se mordió el labio; seguía temblando. Cuando llegó a Valencia, Laura solía cogerla en brazos cuando tenía un problema y la cubría de besos mientras estaba en su regazo. Con dieciséis años no podía pretender que hiciera lo mismo, aunque aún seguía sintiéndose pequeña e insignificante. Había llegado el momento de coger el toro por los cuernos y enfrentarse a su problema. Era eso o rendirse definitivamente...

–Necesito poner orden en mi vida.

–Y pedir ayuda es el primer paso para la recuperación. No está todo tan perdido como crees. –Trató de desdramatizar la situación con una sonrisa–. El segundo paso es querer curarse.

–Te estoy haciendo sufrir mucho, ¿verdad?

–No eres muy diferente de la adolescente que yo fui –repuso Laura–. Y, si no, pregúntaselo a la abuela Elvira. Yo también tuve mis movidas con mi madre.

–Gracias por estar a mi lado.

Laura le despeinó la melena y Saira se metió en la cama. Estaba agotada y necesitaba descansar y asimilar todo lo que le había sucedido ese día. Laura se sentó en el borde de la cama y le ofreció su mano, como cuando era pequeña y no podía dormir. Había superado el miedo a la oscuridad gracias a ella. Sí, Laura no era su madre, pero jamás la

había defraudado. En momentos como esos lamentaba no poder llamarla «madre», pues era lo que se merecía.

–Me encantará ser la hermana mayor del niño que os van a conceder –le dijo con una sonrisa cansada.

–¡No me digas que has consultado una bola de cristal!

Saira rió.

–No, pero ¿quién mejor que tú para ser madre?

Laura suspiró. Aquello sí que era todo un halago. Los ojos se le humedecieron y se mordió el labio para no echarse a llorar.

–Anda, duérmete ya, que al final vamos a terminar las dos llorando a moco tendido.

Los días pasaron lentos, pero cada vez que Saira iba a la consulta de la psicóloga salía con un peso menos encima. Iba a ser una terapia larga, tanto como Saira quisiera. A veces se resistía a avanzar y se provocaba una pequeña herida, pero siempre acababa recurriendo a Laura. Poco a poco, Saira estaba aprendiendo a mantener a raya la necesidad de provocarse dolor.

La última noche antes de que les dieran las notas de fin de curso, Saira estaba intranquila. Se había conectado al Messenger y el estado de Pablo no había variado. Vio que él también estaba conectado, pero no se atrevió a importunarlo. No sabía qué decirle ni cómo pedirle disculpas. Se decidió a cambiar el estado. Ya era hora de dar el paso: کی بر می گردی؟ زدی؟ می زندگ بد هم ک ی دوباره . Sabía que nadie lo entendería, pero para ella supuso un alivio. Se trataba de un mensaje muy claro y tenía un solo destinatario: Pablo. Era su manera de pedirle perdón y lo único que podía ofrecerle de momento.

No esperó una respuesta inmediata. Apagó el ordenador y cogió un libro que tenía a medias, una novela juvenil que le había dejado Isabel. Se puso los cascos y le dio a la lista de reproducción de su Mp4. Buscó la carpeta de Muse. Después de que Fabián le insistiera mucho, había acabado por gustarle a ella también.

Antes de la medianoche oyó un bip y cogió el móvil con manos temblorosas. Deseaba que Pablo hubiera entendido el mensaje y que el msm fuera suyo. Chasqueó los labios; era de Fabián, él tampoco podía dormir. «*Stas despierta? T spero en el MSM. I kiss.*»

Saira volvió a encender el ordenador. Además de hablar con Fabián quería comprobar si Pablo seguía conectado. Suspiró cuando vio que su amigo era el único que estaba disponible. Al menos sabía que con él las risas estaban aseguradas.

–Hola –saludó Saira–. Somos los únicos que quedamos en pie.

–Quería hablar contigo antes de hacerlo con Isabel... El año que viene me voy a estudiar a Madrid y viviré en casa de mi abuela ¿K te parece? □ □ □? –soltó de sopetón.

Pero así era Fabián. Cuando tenía una idea en la cabeza, la soltaba antes de que nadie pudiera replicarle. Y, como esperaba Fabián, la noticia pilló desprevenida a Saira, que tardó un rato en contestarle.

–Pero todos los fines de semana vendré a Valencia –comentó Fabián al no tener noticias de Saira–. Terminaré el bachillerato allí y luego trataré de matricularme en el Centro Superior de Diseño de Moda de Madrid.

–Me alegro por ti –respondió al fin Saira–. Cuéntame más detalles *_*.

–No, antes tienes que contarme qué has puesto en tu estado.

–Es un mensaje para alguien especial... –comentó.

–¿Para Pabloooooo ♥? Cuenta, cuenta, *amore*...

–Solo he puesto: «¿Cuándo me llamarás otra vez? ¿Cuándo volverás?».

–¿Y por qué no lo llamas tú? □ –A Fabián le encantaba poner emoticonos.

–Porque no sé cómo decirle que lo siento. ¿Tú crees que aún tengo alguna posibilidad?

Fabián tardaba en contestar.

–¿¿¿¿¿Sigues ahíííí?????

–Claro que sí... Llámalo mañana y ya verás como todo se soluciona. Yo creo que hacéis muy buena *parejaaaa* ♥ □ ♥.

Saira sonrió. Eso mismo esperaba ella, que lo resolviera lo antes posible.

–No te pases, que me desconecto □

–Vale, pero voy a contarte las últimas noticias de Sebas. Isabel me ha dicho que han

encontrado en su ordenador material suficiente como para meterlo un tiempo entre rejas.

–Me alegro de que Isabel lo haya denunciado.

–Al parecer sufrió abusos cuando era pequeño.

–Suele pasar –respondió Saira.

–¿Cómo puede haber gente así...?

–¿Podemos hablar de otra cosa? –sugirió Saira.

Bastantes problemas tenía ella como para preocuparse de los de Sebas. Estaba segura de que, si Fabián seguía hablándole de cosas así, esa noche tendría una pesadilla y los recuerdos de su infancia la visitarían.

Fabián y Saira se pasaron una hora delante del ordenador, entre risas, enlaces de vídeos de YouTube y emoticonos. Antes de apagar el ordenador, Saira advirtió que Pablo volvía a conectarse. Esperó unos minutos, pero Pablo se desconectó enseguida. Había cambiado su estado a «Mañana... ♥». A Saira le dio un vuelco el corazón. ¿Habría entendido lo que había escrito en farsi? ¿Tan rápido lo había encontrado?

–Buenas noches, Pablo. –Paseó los dedos por las letras que había escrito este en su estado de Messenger, recordando la última caricia de él.

El último día de clase, Isabel, Fabián y ella habían quedado a las nueve de la mañana en una cafetería de L’Eliana. Antes de que les entregaran las notas tomarían un buen desayuno. Saira solía comer churros con chocolate y un poco de nata, Fabián pedía siempre una napolitana de crema y un té verde, e Isabel, como estaba obsesionada con el peso, pedía una tostada integral con queso fresco y un café solo. Aquella mañana, cambió de opinión y pidió lo mismo que Saira. Fabián fue el primero en girar la cabeza hacia su amiga.

–No me mires así. Ya que me van a caer dos, voy a darle un gusto al cuerpo. Estoy cansada de hacer dieta. Total, todos los días hago trampas.

Fabián soltó una carcajada.

–¡Lo sabía! –soltó Fabián elevando una octava el tono de su voz.

–Y también he tomado una decisión. –Isabel se acomodó en la silla y sacó unas gafas de sol–. No voy a estudiar Derecho. Lo odio. No quiero convertirme en alguien como mi padre.

–Whaaaaat? –Fabián se atragantó con el té.

–Lo que has oído. –Isabel le dio un mordisco al churro que había en su plato.

–Ya, pero gente como tu padre es necesaria en el mundo de la abogacía... –repuso Fabián con una sonrisa sarcástica–. ¿Estás segura? Ganarías mucho dinero como abogada... La vida del actor es muy difícil y solo unos pocos triunfan.

–¿No me crees capaz de hacerlo? –contestó Isabel dando un sorbo a su taza de chocolate–. Primero quiero intentar ser actriz. Además, no quiero convertirme en la bestia negra que es mi padre. Todo el mundo le tiene miedo.

–¿Vas a hacer Arte Dramático? –le preguntó Saira emocionada.

–Sí. Solo se lo he dicho a la tata, que es a quien realmente le importa si soy feliz –afirmó Isabel–. Cuando llegue a casa les daré la terrible noticia de mis notas y dejaré caer la bomba.

–Entonces Saira y yo iremos siempre a todas tus representaciones y nos sentaremos en la primera fila. –Fabián dio un salto en la silla y aplaudió varias veces–. Y aplaudiremos tan fuerte que tendrás que taparte los oídos.

Saira imitó a Fabián y aplaudió tres veces.

–Sí, Fabián y yo te apoyamos y el día del estreno estaremos en la primera fila para que veas que estamos muy orgullosos de ser tus amigos.

Aquel comentario era lo más parecido a una promesa de futuro que Saira se atrevía a dar. Era un pequeño paso, y hasta unas semanas antes no se habría atrevido a formularlo. Poco a poco estaba soltando las cadenas que la unían al pasado para mirar hacia delante.

–¿Y este cambio, a qué se debe? –inquirió Fabián.

–Llevaba tiempo pensándolo, pero desde que vi a Saira dar aquella charla en el instituto algo se movió dentro de mí.

–Vaya, Saira, eres un modelo a seguir –dijo Fabián empujando con suavidad a su amiga.

Saira trató de sonreír, pero aquello no era cierto; aquel comentario le venía un poco grande. Aunque se alegraba de haber dado el paso y haber pedido ayuda, sus amigos no sabían nada al respecto.

–Yo no he hecho nada –se justificó Saira–. Isabel es mucho más fuerte que yo.

La aludida reaccionó ante las palabras de su amiga con asombro.

–Eso no es cierto.

Los profesores los habían citado en el colegio a las diez de la mañana. Los alumnos de primero de bachillerato subieron las escaleras juntos. Después de las notas, se encargarían de poner la música para la fiesta que se organizaba en el patio para los más pequeños. Además, un grupo de animación iba a contarles un cuento.

Las notas fueron muy buenas tanto para Saira como para Fabián. Isabel sabía que le quedarían dos: latín y matemáticas, así que ni lloró ni protestó, como algunos de sus compañeros. En parte se alegró de quedarse en casa ese verano. Ahora tenía pruebas de que sus padres no eran la pareja perfecta que pretendían ser. Su madre estaba liada con el guardia de seguridad de la urbanización y su padre, con la secretaria que conoció el día que detuvieron a Sebas. Sus padres se marcharían a Mallorca de vacaciones, y no le apetecía nada ir con ellos.

Antes de bajar al patio, Saira recibió un mensaje en el móvil:
[27] ديو دمت می دیو گز بار یک ایو کاش

Saira soltó una carcajada. Pablo era único: había conseguido descifrar su mensaje y encima había encontrado la manera de comunicarse con ella en farsi. Ya no quería marear más la perdiz, así que se decidió a llamarlo.

–Hola –dijo ella–. Al final lo resolviste.

–Sí, ya te dije que me gustaban los retos. Y el farsi no se me iba a resistir.

Saira sintió que le faltaba la respiración y tragó saliva antes de hacer la siguiente pregunta:

–¿Todavía sigue en pie la cena? ¿No te has arrepentido?

–Solo tienes que poner fecha y hora y yo pasaré a recogerte.

–¿Esta noche te va bien? –murmuró ella.

–¿Esta noche...? Espera que lo piense. Hum, esta noche es perfecta. Es la noche de San Juan. Te propongo que vayamos a la Malvarrosa y que pillemos algo de comer allí.

Saira no respondió enseguida. Su respiración comenzó a agitarse. Pedir perdón era difícil.

–Pablo, lo siento. Te debo una disculpa...

–Cuando te apetezca, Saira. No estoy pidiéndote explicaciones.

–Pero me gustaría dártelas ahora mismo... –comentó Saira.

–¿Ahora? ¿Ya?

–Sí. Bueno, cuando acaben las clases...

–Espera un segundo que me quite las gafas de Clark Kent, la camisa, la corbata, me meta en una cabina y saque la capa de superhéroe...

Durante unos segundos, Saira escuchó un sonido entrecortado que no entendió.

–¿Pablo...? ¿Estás ahí...? –Miró su móvil por si se había quedado sin cobertura.

Saira notó cómo una mano se posaba en su hombro. Dio media vuelta y se encontró con la sonrisa de Pablo.

–¡Vaya, el disfraz de Superman funciona...! Ya pensaba que me habían timado cuando lo compré en eBay.

Saira guardó el móvil en su mochila. A lo lejos, desde la puerta que daba al patio, Isabel y Fabián le hacían señas para que se marchara del colegio. Saira puso los ojos en blanco. Pablo se volvió hacia los amigos de Saira y los saludó con una mano. Fabián elevó el dedo pulgar y les guiñó un ojo.

–Eso es porque no tenían disfraces de payaso. –Saira esbozó una sonrisa–. Porque es el que te pega.

–No lo creas, estuve dudando entre este y el de payaso, pero alguien me aseguró que causaría mejor impresión con el de Superman.

–¿Tú crees? –preguntó Saira chasqueando los dientes.

–No lo sé, lo dejo a tu elección.

Saira elevó los ojos al techo, como si estuviera decidiendo algo muy importante.

–A mí me gustas así –dijo al fin.

–Uf... me parece que voy a darte una mala noticia. Esto también es un disfraz, que desaparecerá esta noche a las doce.

–¿Hay alguna manera de remediar ese contratiempo? –preguntó Saira con cara de preocupación.

–Sí, mi hada madrina me comentó que solo podría mantener el disfraz si invitaba a cenar a una chica esta noche.

Saira sabía que estaban alargando la conversación por miedo a decirse realmente lo que necesitaban escuchar. No quería esperar mucho más, así que le envió un mensaje a Isabel diciéndole que se iba con Pablo y que luego la llamaría.

Salieron del colegio evitando mirarse a los ojos. Ambos caminaban con la vista hacia el suelo y estaban nerviosos; los dos por el mismo motivo. La palabra «rechazo» pululaba por sus cabezas. Antes de abrirle la puerta del coche a Saira, Pablo tuvo el impulso de abrazarla y decirle cuánto la había echado de menos. Desde que la escuchó por primera vez, sintió que algo lo unía a ella. Y era extraño que eso le ocurriera, porque siempre había creído que el amor a primera vista no existía. Desde luego, si aquel día en el salón de actos de su instituto había un pequeño dios revoloteando a su alrededor, había acertado de lleno. Lo pilló tan desarmado que, cuando quiso darse cuenta, Saira ya se había colado en su vida.

Saira también percibió que Pablo se había contenido para no abrazarla. Esta vez quería tomarse las cosas con calma y no precipitarse, supuso. Una vez dentro del coche, la música se conectó sola. Alicia Keys cantaba: *Empire State of Mind, Part II*.

–¿No te gustaría conocer Nueva York después de escuchar esta canción? –le preguntó Saira.

–Eso depende de con quién fuera. La compañía es muy importante.

Saira eludió preguntarle si le parecía que ella era una buena compañera para ese viaje.

–Debe de ser increíble –comentó en cambio.

La mano de Saira chocó con la de Pablo antes de que este arrancara el motor. No se miraron, pero ambos entrelazaron los dedos. Saira se estremeció y Pablo contuvo el aliento.

Una vez que salieron del aparcamiento, Saira se decidió a contarle su secreto. Mientras le explicaba cómo solía mitigar su dolor, Pablo miraba la carretera. Cada palabra desgarrada de ella era como un latigazo que recibía él. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de Saira y el corazón de Pablo latía con fuerza.

Saira siguió hablando durante todo el camino. A veces se callaba unos segundos, pero estar cerca de Pablo la ayudaba a seguir adelante. Al final llegaron hasta la playa de la Malvarrosa. Había gente caminando por el paseo y algunos extranjeros tomaban el aperitivo en las terrazas que se sucedían a lo largo del mismo.

Pablo aparcó el coche. No sabía qué decir.

–Entendería que pasaras de mí...

Pablo no comprendió el comentario.

–¿Por qué dices eso? Conocía parte de tu historia y no me he asustado... a no ser que escondas algo más. ¡Ya está, vienes de Marte!

–Esto es serio. –Saira bajó la mirada al suelo.

–Lo sé. –La miró a los ojos–. ¿Qué te hace pensar que voy a pasar de ti?

–Tal vez no ahora, pero mañana quizás...

Pablo no dejó que Saira acabara con la frase. Posó el dedo índice en los labios de ella.

–Chist... no te adelantes, Saira. Tú tampoco puedes asegurarme que mañana no seas tú la que pase de mí. Así que vamos a disfrutar de lo que tenemos.

–Habrá días difíciles...

–Y los superaremos.

–Y habrá días...

–En los que disfrutemos tanto como hoy, ¿no crees?

Saira asintió a las palabras de Pablo. Parecía seguro de ellas, como si nunca hubiera dudado de sí mismo. Sin embargo, sabía que tras esa sonrisa había un chico tan frágil como ella. La única diferencia era que Pablo amaba la vida, mientras que ella todavía no había descubierto cuál era la puerta que tenía que abrir.

–¿Te apetece caminar por la arena? –sugirió Saira.

–Me apetece estar contigo y me da igual dónde.

Saira se giró sobre sus talones. Sus mejillas se habían teñido de rojo. Pablo conseguía ruborizarla, pero además sabía cómo arrancarle una sonrisa. Caminaron en silencio hasta la orilla del mar. Hacía un día tranquilo y el sol brillaba con intensidad en un cielo sin nubes. Pablo se quitó las sandalias para mojarse los pies, pero Saira se lo pensó. Llevaba un pantalón largo y no quería mojárselo.

–Está muy buena, ven, dame la mano.

Saira negó con la cabeza.

–No te fíes de mí.

–Sí, pero prométeme que no me mojarás...

–¿Por quién me has tomado?

Antes de que Saira respondiera a la pregunta, sonó su móvil. Era Laura. Para ella utilizaba la canción de The Beatles *Good day sunshine*.

–Hola, Laura, ¿pasa algo? –se extrañó Saira, y entonces oyó un grito de júbilo.

–¡Sí, nos han concedido la custodia de una niña! ¡Vas a tener una nueva hermana!

Saira dio otro grito, aunque más contenido que el de Laura; se le habían humedecido los ojos. Pablo acudió a su lado.

–¿Qué pasa, Saira?

Esta le hizo un gesto con la mano para que se callara y así poder escuchar a Laura.

–¿Estás con alguien? –le preguntó ella.

–Sí, con Pablo.

–Entonces te dejo –respondió Laura soltando una carcajada–. Hoy es un día estupendo, ¿no crees? Ya hablaremos en la comida.

–Laura, espera...

Pero Laura ya había colgado. Saira se volvió hacia Pablo con una sonrisa. Sus ojos brillaban de una manera muy especial, y la alegría que desbordaba contagió a Pablo.

–A Laura y a Juanjo les han concedido la custodia de una niña. ¡Voy a tener una hermana!

–Me alegro.

–Se llamará Mariam... –Unas lágrimas cubrieron sus ojos–. Y yo voy a cuidar de ella...

Pablo sintió que debía abrazarla, y esta vez no pensaba reprimirse. Saira se perdió entre sus brazos. Era tan agradable sentir el ritmo de su pecho, de su respiración, que de repente supo qué puerta debía abrir. Todo lo que necesitaba era amor, pero amor en mayúsculas, como esa canción de The Beatles *All you need is love*. Con el tiempo aprendería, y Pablo se lo estaba poniendo muy fácil.

–Vas a hacerlo muy bien.

Saira asintió. Tenía miedo de ese nuevo reto, pero quería ser fuerte y darle un futuro a esa niña, como lo había tenido ella.

–*Mâchem kon*.^[28]

–No me hagas esto. Ahora no tengo a Fabián para que me traduzca.

Saira se echó a reír.

–¿Así que fue Fabián quien te lo chivó? Me alegro.

–¿Y bien? ¿Qué quieres que haga? ¿Que te lleve a casa? ¿Que me calle? ¿Qué? –le preguntó Pablo, inquieto.

–Que me beses –dijo con miedo.

Pablo atrajo la cabeza de Saira y sus labios se juntaron como si fuera la primera vez.

–*Asheqetam*^[29] –respondió Pablo cuando volvieron a mirarse a los ojos.

Entonces Saira supo que le gustaba más bailar con Pablo que sola. Y ese era el día perfecto para empezar.

27. «Me gustaría/desearía verte una vez más».

28. «Bésame.»

29. «Te quiero.»

EPÍLOGO

2 de agosto de 2010

Querida hija:

Hace muchos días que no sé nada de ti. Perdóname por todo el daño que te he causado, por no ser la madre que necesitabas y por no escribirte en todos estos años. La verdad es que no sé por dónde empezar. Siempre fuimos unas desconocidas y asumo que no supe decirte cuánto te quería. Y ahora, con el paso de los años, siento que ya no encajo en tu vida.

Solo te pido una cosa: no llores, por favor, no llores, amor mío. Sabes que te quiero, que eres mi vida entera. Así que, por favor, no llores. No soportaría que las lágrimas surcaran tus mejillas, o saber que te derrumbas y que no tienes ganas ni de hablar. Tú eres la fuerte de las dos, y sé que podrás salvar la distancia que nos separa, como has superado tantas otras cosas. ¿Acaso no te acuerdas de todo lo que pasamos juntas? Confía en mis palabras, por favor, y comprobarás que el dolor que te embarga es solo pasajero. Créeme si te digo que al final terminarás por darme la razón. El tiempo lo cura todo, hasta las heridas más profundas.

¿Te acuerdas, preciosa mía, de lo cabezona que eras cuando te empeñabas en algo? Yo me desesperaba, pero ahí estaba Mariam para mediar entre las dos. Y cómo os reíais en la cocina con los cuentos del abuelo. Ya ves, me he puesto sentimental. No te rías de mí... me siento un poco estúpida y yo también acabaré llorando... ¿Sabes una cosa que nunca te he dicho...? Sí, mi vida... jamás dejaré de quererte... Pero, por favor, cariño, deja que termine lo que quería decirte.

Sé que ahora tienes miedo y estás sufriendo, que tienes ganas de salir corriendo y gritar al mundo tu dolor. No temas decir al mundo o a Laura cómo te sientes. Para ti siempre fue más fácil que para mí. Y espero que eso no haya cambiado en ti.

Ahora sueño todos los días con ver de nuevo el azul del cielo, el color de la libertad, de tus ojos. Eso me empuja a seguir adelante, a luchar por ti, para que obtengas independencia y para que seas una mujer que mira al futuro con valentía, como hacemos muchas de las reclusas que estamos aquí. Y todas las mañanas oigo el trinar de los pájaros. Eso me recuerda lo feliz que soy por tener una hija como tú.

Dicen que la soledad no es buena, pero tus cartas me han ayudado a sobrellevar este encierro y a quererte más cada día. He memorizado tus palabras y las siento muy dentro de mí. Además, tengo una foto tuya que enseño a todas las reclusas. Manuel Rojas me la trajo la última vez que vino a verme. Estás cambiada, muy alta y guapa. Cómo has crecido, mi niña. Yo les digo a mis compañeras que tú eres mi blanca paloma y que pronto serás periodista. Desde aquí todas te envían un abrazo fuerte. Incluso una de ellas me dice

que eres «Saira, la niña que ha aprendido a volar sola». Estoy orgullosa de todo lo que has conseguido.

Y, por favor, no llores. Yo hace años que dejé de hacerlo. Y te esperaré, porque allá donde estés, yo siempre te querré.

Te quiere,

tu madre

Saira leyó la carta una vez más. Aunque su madre le pedía que no llorara, era inevitable hacerlo. Aquellas palabras habían servido más que todos los años de silencio en los que había esperado una respuesta. Ahora sabía que Bahar pensaba en ella. Guardó la carta en una caja de madera en la que tenía todos sus «tesoros». Estaba la pulsera del abuelo, la carta que le había escrito a Mariam y hasta una rosa marchita que le había regalado Pablo antes de marcharse a Kenia. El corazón que le había regalado su madre lo llevaba colgado del cuello siempre.

Necesitaba hablar con él. Quería contarle que había recibido una carta de su madre. Encendió el ordenador y abrió su cuenta de correo. Había varios mensajes, aunque el que le interesaba era el de Pablo.

Para: Saira

De: Pablo

Asunto: ¿Sabes que te quiero?

Hola, Saira. ¿Cómo va todo por Valencia? Te escribo en un hueco que he encontrado. Aquí estamos trabajando muy duro, ya sabes, de doce a catorce horas todos los días. Y mi tío es tan entusiasta que nos mete caña incluso cuando el curro nos sobrepasa. Estoy seguro de que si lo conocieras un poco más también querrías ser médico.

Está siendo una experiencia maravillosa y estoy aprendiendo más cosas de las que pensaba. Hemos hecho algunos amigos, como un niño que nos traduce del suahili al inglés. Es bastante despierto y quiere ser médico, como mi tío y yo. Me paso los días conduciendo, recogiendo pacientes de los pueblos y llevando agua al hospital y a las mujeres. El equipo ha conseguido operar a más de ciento cincuenta personas, y aun así consideramos que no

son suficientes. Nos faltan días, manos, material... En fin, que hacemos todo lo que podemos.

Ahora ya solo cuento los días que nos quedan para volver a estar de nuevo juntos. En una semana estaré en Valencia. No soy muy de palabras y, aunque me gustaría decirte muchas cosas, ya sabes que se me dan mejor las matemáticas. No puedo olvidarme de todos los días que me has regalado. Me has hecho feliz y, como te prometí, te digo todos los días cuánto te quiero. Ahora solo me gustaría tocar tus labios y jugar a besarnos, dibujar tu contorno hasta perdernos en el tiempo. Dime que tú también piensas en mí.

Sabes que siempre te siento.

Te quiero,

Pablo

Saira le contestó enseguida.

Para: Pablo

De: Saira

Asunto: Re: ¿Sabes que te quiero?

Hola, Pablo. Yo también te quiero. No me olvido de ti. Este mes y medio se me está haciendo muy largo. Echo de menos tus risas, tus payasadas y... sí, también echo de menos tus abrazos. No me hubiera perdonado que te quedaras aquí y no disfrutaras de esa oportunidad. Laura dice que estoy un poco insoportable porque no hago más que hablar de ti, pero me da igual lo que diga, ahora que te he encontrado no quiero que te marches.

Hoy es un día especial, estoy muy contenta. ¿Sabes que he recibido una carta de mi madre? Cuando llegues voy a enseñártela. A Laura se la he leído como cinco o seis veces. Bahar me ha dicho cosas increíbles y todavía no me creo que se haya decidido a escribirme. Al fin, todo sale como siempre había soñado.

Yo tampoco tengo mucho tiempo. Hoy vamos a recoger a Mariam. Nos han dicho que es una niña búlgara a la que su madre abandonó nada más nacer. Ahora tiene un mes y medio. Laura le ha comprado un montón de ropita de color verde. Se niega a que su hija

vista de rosa. Y la abuela Elvira ya le ha hecho una manta y le ha bordado un cuadro a punto de cruz con su nombre para ponerlo en su habitación. No cambia, ella es así.

Ahora tengo que dejarte porque Laura me está llamando. También cuento los días para verte, y espero que todas esas cosas que me has dicho en la carta me las digas a la cara. ¿Sabes que te quiero? Te lo digo por si no te acordabas.

Ah, se me olvidaba decirte que hace dos meses y diez días que no me provocho una herida. ¿Verdad que es maravilloso? La psicóloga está muy contenta por cómo estoy respondiendo a la terapia.

Te quiero mucho ♥♥♥♥

Saira

Laura y Juanjo la esperaban en el coche. En el asiento de atrás había un canasto vacío, que muy pronto lo ocuparía un nuevo miembro de la familia. Laura estaba tan radiante como nerviosa. Tantos años esperando una oportunidad y al fin lograban sus sueños. Los últimos análisis habían salido bien y en unos meses Laura ya no tendría que regresar al oncólogo. Aun así, seguía de baja. Saira y Mariam iban a necesitarla más que nunca.

El camino fue más corto de lo que esperaban. Laura no dejaba de preguntarles si creían que tal o cual música era la adecuada para una niña de un mes y medio, o si el vestidito que llevaba para ponerle era acertado para cuando la llevaran a casa. Y aunque no quería que los nervios la traicionaran, Laura se echó a llorar en el coche antes de recoger al bebé.

Juanjo la consoló posando una mano sobre su cabeza. Se miraron a los ojos y, sin decir una sola palabra, se dijeron un «te quiero» que hizo suspirar a Saira.

La abuela Elvira los esperaba en la entrada del hospital. La niña había tenido una pequeña neumonía, pero ya estaba totalmente recuperada. Había engordado medio kilo desde que nació, y ya no parecía una ratita desamparada.

Laura fue la primera en cogerla en brazos. La niña bostezó al sentir el abrazo de su nueva madre. Parecía estar tranquila en su regazo. Laura no pudo evitar emocionarse de nuevo. Ahí estaba su hija. La olió y la besó con ternura.

–Saluda a tu familia. –Laura alzó con suavidad la mano de la niña–. Este es tu papá,

es un poco tontorrón...

–Eso, eso, tú ponla ya en mi contra –replicó Juanjo.

–Pero también es adorable. No quiero decirlo muy fuerte porque luego se lo cree –le susurró en la oreja–. Vas a ser una de las niñas de sus ojos, porque a la otra la tienes aquí. Esta es Saira y está deseando conocerte.

Laura colocó la niña en los brazos de Saira. Aquel gesto no se lo esperaba. Se humedeció los labios. Temía no cogerle bien la cabeza, y le preguntó con la mirada a Laura si estaba haciéndolo como correspondía. Con el gesto de Laura, Saira se tranquilizó. La niña parecía reír.

–Creo que le gustas –le dijo Juanjo.

Saira la miró con asombro. Era tan pequeña y tan hermosa que solo podía llamarse como su hermana.

–Hola, Mariam, soy Saira, tu hermana mayor, y voy a cuidar de ti.

AGRADECIMIENTOS

Llegar hasta aquí ha sido un camino largo, pero ha valido la pena. ¡Vaya que sí! Tengo tanto que agradecer que espero no dejarme a nadie.

Me gustaría dar las gracias en primer lugar a todo el equipo de Plataforma Neo, en especial a Miriam Malagrida, una editora que mimra a sus autores y siempre mantiene una sonrisa.

A Lola Rodríguez, por hacer la portada perfecta.

A Francesc Miralles, por hacerme esa llamada tan especial y por todas las cosas que me has enseñado.

A Elena Martínez Blanco, que se resistía a leer esta historia y al final terminó rendida ante Saira, y a Mamen de Zulueta de ZW, por confiar en mí.

A mis padres (Marga y Paco) y a mis hermanos (Paco, Nuria y Marga), porque sin vosotros yo no sería la que soy. Os necesito siempre, aunque la distancia sea larga.

A mis suegros y a mis cuñados, por hacerme sentir una más de la familia.

A Dani Ojeda Checa, porque cuando decidí darle una oportunidad a esta novela me acompañaba al teléfono. ¡Pareces mi hada madrina!

A María Gardey y a Noemí Fernández, porque os debo varios paquetes de pañuelos.

A Sergio Rodríguez, porque durante un año le dio miedo enfrentarse a esta historia y cuando lo hizo se emocionó.

A Olga Salar, por todas las conversaciones telefónicas.

A las chicas de *Juvenil Romántica*, Rocío Muñoz y Eva Rubio, porque siempre me habéis echado una mano cuando la he necesitado.

A Vane y a Patricia Madrid, por vuestro entusiasmo.

A Anika Lillo, por su contribución a la literatura.

A José Manuel García Layunta, por el asesoramiento legal.

A Belén Vidallach y a Santi Morales, por vuestros consejos y por ser mis ojos en la base militar de Kabul-Herat. Sé que me he tomado algunas licencias, pero la historia me lo pedía así.

A mis amigas del café, María José, Lola, Araceli, Paqui, Consuelo, Rosa y Mari

Carmen, con las que arreglo el mundo entre risas.

A los bloggers valencianos, Arantxa Marín, Arantxa Vázquez, Amparo Ramada (me encanta tu entusiasmo), Laura Blasco, Ali Rojo, Soraya Arán, Irene G. Fuentes, Mari Carmen Fombuena, Elena López-Botet y Alicia Santos (tú también eres una bloguera), porque siempre habéis estado a mi lado.

A los otros bloggers, Tamara Escudero, Laura Peláez, Mike, Selene, Verónica Fernández, Álex Campoy, Miryam Artigas, Verónica Giménez Fuentes y su hermana Jéssica, Zulema, Bella, Iria G. Parente, María Cabal, Anna Gallagher, Noelia Guirao, Lucía Rodríguez Gayo, Vanesa López, Da y Elo, porque me habéis acompañado en este viaje. Sois muchos más, lo sé.

A los chicos de las quedadas, David Mateo, Joe Álamo, Sergio R. Alarte, Carmen Cabello, José Vicente Ortuño y los demás, porque con vosotros he compartido momentos literarios maravillosos.

Y, cómo no, a todos los autores de los que tanto he aprendido, Francisco Fernández de Paula (no me cansaré de repetir lo generoso que eres), Javier Ruescas, Esther Sanz, Rocío Carmona, Javi Aragón, Isabel Hierro, Isabel del Río, Antonio Martín Morales, Nuria Mayoral y Susana Vallejo.

A Juanjo, por tu amor, porque sin tu apoyo yo no podría escribir. Te quiero, siempre. A Ían, porque ser tu madre es el mejor viaje que puedo tener en esta vida.

Y por último a ti, lector, gracias por haber llegado hasta aquí. Deseo que nos leamos en la siguiente aventura